

# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

DEL

## CORONEL IGNOTUS

Serie de interesantísimas y vibrantes novelas editadas con lujosas y artísticas ilustraciones por la **LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA**, a 4 pesetas tomo.

### OBRAS PUBLICADAS

(Cada volumen forma por sí solo un episodio completo.)

#### NOVELAS

#### VOLUMENES

- |  |                             |
|--|-----------------------------|
| Viajes Planetarios en el Siglo XXII. . . | I.—De los Andes al Cielo.   |
|  | II.—Del Océano a Venus.     |
|  | III.—El Mundo Venusiano.    |
| La Desterrada de la Tierra. . . . .      | IV.—El Mundo-Luz.           |
|  | V.—El Mundo-Sombra.         |
| El Amor en el Siglo Cien . . . . .       | VI.                         |
|  | VII.—Los Vengadores.        |
| La Mayor Conquista . . . . .             | VIII.—Policía Telegráfica.  |
|  | IX.—Los Modernos Prometeos. |

### EN PREPARACIÓN

UN MUNDO NUEVO y otras muchas que se publicarán a razón de un volumen cada cuatro meses.

# LA MAYOR CONQUISTA ULTIMO EPISODIO LOS MODERNOS PROMETEOS POR EL CORONEL IGNOTUS

BIBLIOTECA  
NOVELESCO-  
CIENTIFICA



LIBRERIA Y EDITORIAL  
RIVADENEYRA







BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

---

# LOS MODERNOS PROMETEOS



UNIVERSITY OF MICHIGAN  
LIBRARY  
ANN ARBOR, MICHIGAN



BIBLIOTECA NOVELSCO-CIENTIFICA

LOS MODELOS  
PROMETEOS



Es propiedad. Prohibida la repro-  
ducción, incluso la "cinematográ-  
fica", sin permiso del autor. ✿



# LA MAYOR CONQUISTA

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA

---

TERCER Y ÚLTIMO EPISODIO

## LOS MODERNOS PROMETEOS



MADRID, LIBRERÍA RIVADENEYRA

1922



LA MAYOR

CONSTITUCION

DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

LIBRO DE TEXTO

LOS MODERNOS PROGRESOS

LIBRO DE TEXTO

LIBRO DE TEXTO

LIBRO DE TEXTO



# INDICE

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
I.—Un paseo por el campo insolatorio. . . . .	7	XVIII.—Una revelación de Al-láh. . .	67
II.—Cascadas de fuego. . . . .	10	XIX.—Donde Emma sirve de cimbel	70
III.—De cuándo puso Gahel el mote a la huri rubia. . . . .	14	XX.—El gabinete negro del Califa.	73
IV.—La traza que buscaba Abd-el-Gahel para llegar a Emma.	18	XXI.—Una artimaña de Kitvinoff y la contraofensiva subterránea. . . . .	77
V.—Reaparece el truhán que salió para el Borkú. . . . .	21	XXII.—La mala pasada que una noche les jugó el Sol a los sahareños. . . . .	81
VI.—Nuevas preocupaciones. . . . .	24	XXIII.—Cómo un ronquido puede cambiar la suerte de las armas. . . . .	85
VII.—Comienza el asedio de la Residencia. . . . .	29	XXIV.—Ben-Cassim reaparece cuando no es esperado. . . . .	90
VIII.—Saca del Sol Lobera frío o calor, según le place . . . . .	32	XXV.—La mujer de Lobera. . . . .	94
IX.—El anzuelo y la celada. . . . .	35	XXVI.—Cassim busca una cosa y encuentra otra. . . . .	97
X.—Entre mieles de triunfo ahlea el desengaño. . . . .	38	XXVII.—Donde se ve que alguna vez había de ser Gahel el sorprendido. . . . .	101
XI.—El asedio se convierte en ataque. . . . .	42	XXVIII.—A Sabankafi. . . . .	104
XII.—Tres «ahoras» . . . . .	46	XXIX.—¿Dónde está Emma? . . . . .	107
XIII.—¡Desventurado vencedor!. . .	49	XXX.—La última hazaña bélica del Sol y su retiro a pacífico vir. . . . .	111
XIV.—El rapto. . . . .	53		
XV.—El vengador opinó que no comienzan mal las cosas. . . . .	55		
XVI.—La segunda entrevista. . . . .	60		
XVII.—Donde la muerte ronda a Pepe.	63		

## ERRATA IMPORTANTE

Donde en la página 33, tercero y cuarto renglón, primera columna, dice: «pasa el agua de gaseosa a la líquida», debe decir: «pasa el aire de gaseoso a líquido».



# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición..	4
DEL OCEANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CIENT.....	4
LA MAYOR CONQUISTA.—Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
POLICÍA TELEGRÁFICA.—Segundo episodio de la anterior.....	4
LOS MODERNOS PROMETEOS.—Tercer y último episodio de la anterior.....	4

## EN PREPARACIÓN:

UN MUNDO NUEVO.

## OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

MODERNAS BRUJERIAS DE LA CIENCIA .....	6
MÁS BRUJERÍAS CIENTÍFICAS.—En preparación.	
EUGENIA.—Novela.....	3
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos.....	3
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos.....	1
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada).	
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Comedia en dos actos (agotada).	
LA NIETECILLA.—Idem en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS.—Idem en un acto, íd.	
PRECOCIDAD.—Idem en íd., íd.	
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i> .....	2
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo IGNOTUS.....	3,50
EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3
LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés (agotada).	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo IGNOTUS (agotada.)	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> (agotada).	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1
PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes..	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO. ....	7
ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española..	3

## EN PRENSA:

LAS HERRAMIENTAS DEL TOPÓGRAFO EN EL CAMPO.



## UN PASEO POR EL CAMPO INSOLATORIO

Cuando, tan laboriosamente salvado cual se indicó en el último capítulo del segundo episodio de esta historia (1), aterrizó Raúl en la Residencia, la halló sumamente cambiada de como a su partida la dejó, pues el perímetro de ella había crecido mucho al abarcar, además del antiguo centro ferroviario, el campo insolatorio y los pabellones fabriles de la Heliodinámica: uno y otros cercanos a terminación.

El trabajo realizado en dos meses escasos era enorme, pero también lo eran los elementos en él empleados; pues a los 600 jornaleros congolese traídos por Manolo Lobera se habían unido 750 *dazas* y *tibous*, alojados dentro del recinto fortificado, como gente de confianza, y los 3.000 trabajadores *dagatums*, *tagamas*, *damergás*, etc., desocupados con la suspensión de las obras del ferrocarril y acantonados en la aldea o acampados en sus cercanías: en suma, cerca de 4.500 braceros, dirigidos por el personal europeo de capataces y ayudantes de la vía férrea, y por los maestros y obreros aventajados procedentes de Los Llanos. Mas con ser de importancia lo numeroso de los braceros, tenía mucho mayor la fuerza de 37.000 caballos de vapor contratados en la Hidroeléctrica de Stanley Pool, llegados a Techiasco en ondas etéreas y allí empleados en mover excavadoras, explanadoras, transportadores, perforadoras, arietes, aserradoras y demás máquinas de la paralizada empresa ferroviaria, o traídas de la antigua y frustrada central de Bolivia.

De ésta habían también llegado, éstos ya para la instalación, los filtros fototérmicos, las pilas luminosas, las placas y globos sondas, ya mencionados, para capturar la electricidad solar, así como las pilas caloríficas, de que pronto hablaremos, con sus aparatos complementarios destinados a producir bajísimas temperaturas, que eran clave del

inusitado rendimiento obtenido de aquéllas en los novísimos métodos de Pepe Lobera.

Las remociones de tierras estaban ya casi terminadas al llegar a Techiasco los fugitivos de Agadés y ser los trescientos hombres válidos que entre ellos había incorporados, según sus aptitudes, a las cuadrillas de instalación de los talleres auxiliares frigorífico y electrodinámico, o agregados a las empleadas en dar los últimos toques a las obras de defensa.

Como el dramático interés de las aventuras de la exploración telegráfica y el del alzamiento mahometano se sobrepuso a todos los demás en los últimos relatos, el lector se halla casi tan atrasado de noticias como Raúl respecto al invento heliodinámico; y siendo de creer que su curiosidad iguale a la sentida por aquél, aprovechemos los paseos que daba, con los Loberas, por obras y talleres, y las conversaciones de uno y otros con Don Gustavo, *pez*, como decía él, en ciencias físicas, para enterarnos de todo a la par que ambos.

Excitó en primer término la curiosidad de Raúl el desmesurado socavón bajo el campo insolatorio, ya, por entorces, casi completamente cubierto con un entramado de cementada viguería estribada en los hitos de tierra natural que la excavación dejó enhiestos para servir de pilares de lo que a la par sería techo del sótano, piso del área de insolación y sostén de los espejos absorbentes de la luz motriz de las pilas rotelétricas y reflectores del calor enviado a las térmicas.

Mientras unas cuadrillas instalaban dichos aparatos sobre el piso artificial, montándolos en filas paralelas y a distancias, cada uno, de veinticinco metros de los inmediatos en su fila, colocaban otras en las zonas centrales de los vanos, y también en varias filas igualmente paralelas a las de los espejos, gran número de cajas de cristal ennegrecido, herméticamente cerradas y con dos alambrillos cada una empalmables

(1) Policía Telegráfica.



a otros homólogos de las cajas inmediatas en su hilera.

Entre y sobre ellas era apisonado un cascajo o grava de vidrio negro menudamente triturado.

—Por lo visto—dijo Raúl al darse cuenta de la diferencia entre este sistema de instalación y el empleado en el sótano—, tratas de capturar en las cajas de arriba calor exterior, evitando vuelva a irradiar afuera, y en las de abajo no te preocupa sino aislar su temperatura interna de las de aire y tierra.

—Precisamente—contestó Pepe—. Las de arriba recibirán indirectamente el calor difuso llegado al vidrio del piso, y de un modo directo el más intenso de los rayos solares reflejados en el espejo correspondiente a cada tramo.

—Según eso las cajas de cada serie absorberán la energía calorífica del Sol llegada a la faja de terreno de seis metros de anchura comprendida entre cada dos filas contiguas de reflectores, y cuya longitud es los veinticinco de espejo a espejo. Es decir, en junto cincuenta metros cuadrados. Luego teniendo el campo doscientos mil, según me has dicho, necesitas un número de espejos igual a...

—No te molestes en echar la cuenta: mil trescientos treinta y tres.

—Ya son algunos—comentó Don Gustavo—, y no habrá sido floja faena la de fabricarlos.

—Verdad es. ¿Cómo en el poco tiempo transcurrido desde mi marcha te ha sido posible...?

—No, hombre, no; esa fabricación, y cuantas constituyen preparatoria labor, han venido ya ejecutadas de la antigua central de Los Llanos. Aquí no hemos tenido sino faenas de montaje: coser y cantar, como quien dice.

—Ya... Pero se me ocurre una dificultad.

—Venga.

—Como el Sol varía incesantemente de lugar en el cielo, los espejos no concentrarán sus rayos sobre las cajas sino pocos minutos en todo el día.

—Así sería, de montarlos en posiciones fijas.

—¡Ah! ¿Son giratorios?

—Naturalmente. Repara que todas las filas de ellos tienen dirección este oeste; y así, al amanecer, podrán ser todos orientados con sus concavidades hacia el orto del Sol y recibir los primeros rayos del alba. Pasada ésta, y según suba el día, girarán de

abajo a arriba para seguir al Sol de modo que siempre se hallen enfrentados a él mientras vaya elevándose sobre el horizonte: resultado obtenido montando en cada reflector un mecanismo sincrónico con la traslación solar, mediante juego de contrapesos cuyo cálculo sabes es juego de niños (1).

—¡Canario con estos ingenieros! Todo lo hallan fácil: hasta correr a par del Sol.. ¡Juego de niños!

—Sí, Don Gustavo, facilísimo: la solución del problema es conocida de cualquier relojero desde hace muchos siglos; y para Raúl y para mí, incomparablemente menos ardua que las habilidades, para usted sencillísimas, de cortar piernas, abrir barrigas o arrancar riñones.

—¡Bah! Esas son cosas de aquí abajo, mientras que habérselas con el Sol, seguirlo sin discrepar...

—Pero nosotros no podemos sino seguirlo, y no pararlo ni desviar su carrera, mientras de usted me consta que a veces corre más de prisa que la Muerte y logra detenerla y ahuyentarla.

—Si lo toma usted así... Pero siga, siga su explicación.

—Sí, Pepe; continúa. Porque si bien veo claro el funcionamiento de tus reflectores desde el amanecer al mediodía, se me ocurre que en las horas de la tarde tendrán al Sol de espaldas.

—No, porque al llegar el Sol al meridiano todos los espejos giran verticalmente, volviendo sus concavidades al oeste, e invirtiéndose el juego de las pesas, el movimiento ascensional de la mañana pasa a ser descendente hasta el ocaso.

—¿Y cómo puede usted mover en el instante del mediodía esos mil no sé cuántos espejos?

—Con sendos motorcitos, simultáneamente movidos por maniobra eléctrica.

—Pero aun siendo, como usted dice, motorcitos, su crecido número requerirá en conjunto una fuerza colosal.

—La gran cuantía de las obtenidas y empleadas en mi sistema es característica primordial de él; pero aunque la requerida por esa maniobra es grande, no lo es tanto como supondrá quien no sepa que las armaduras de mis reflectores son, no de alu-

(1) De muy antiguo son, efectivamente, conocidos con el nombre de helióstatos los aparatos con anteojos o espejos que por efecto de movimientos automáticos producido por aparatos de relojería apuntan constantemente al Sol.



minio, sino de *alumineón*, todavía más ligero. Además, como el Sol dará pródigamente su energía, por mucha que invirtamos en las necesidades de la explotación todavía sobrarán muchísima para emplearla en el mundo en menesteres hoy atendidos generosamente con los combustibles sólidos, líquidos y gaseosos o con la fuerza hidráulica.

—¿Y qué son esas grandes bolas negras sostenidas en columnillas de igual color y esparcidas entre espejo y espejo?

—Recipientes de calor, huecos y llenos de agua, como los cilindros que los sostienen, y como éstos de palastro ahumado externamente y brufido por dentro. Su objeto, y de ahí su color negro, absorber el calor del ambiente y de algunos rayos solares que puedan no llegar a los reflectores.

—¿Y para qué los llena usted de agua?

—Está claro, Don Gustavo: para substraer al hierro de esferas y cilindros el calor por él tomado del sol y del aire, y que el agua lo retenga... ¿No es esto, Pepe?

—Así es: lo has visto perfectamente.

—Sí, sí; ustedes dos se entienden con media palabra, pero yo no lo veo tan claro como Raúl.

—La razón es que en el agua se pueden almacenar (y buen testigo de ello la máquina de vapor) las grandísimas cantidades de calórico que el hierro, en contacto con el aire, substraerá a éste y transmitirá al agua de esferas, columnas y a la contenida en tubos irradiantes de las bases de las segundas por debajo del vidrio molido del piso.

—En eso debe de andar aquello del calor a lo ancho y a lo hondo que nos enseñó usted a Emma y a este pobre aprendiz.

—Efectivamente, Don Gustavo; pues, prescindiendo de pérdidas en el metal, cuyo papel es conducir el calor del aire al agua, por cada grado de temperatura que ésta suba rebajará en cuatro la de cada volumen de aire circundante igual al suyo. Así, mediante los tubos radiales horizontales, calientando el vidrio machacado, aislador de las cajas donde se concentran los rayos solares reflejados por los espejos; y así no ellas, sino el vidrio, sufrirá las pérdidas inevitables, aun cuando pequeñas, por irradiación al exterior.

—Bueno; pero a todo esto no nos ha dicho usted qué contienen las cajas enterradas con sus misteriosos alambres; y barbrunto que ahí se encierra el busilis.

—Y sospecha usted bien, amigo mío. Ellas

y las de abajo son elementos de mis novísimas pilas termoeléctricas. Supongo que su prurito de alardear de ignorancia no le hará a usted decir que tampoco sabe nada de tal clase de pilas.

—Mi ciencia se reduce a saber que soldando alternadamente barras de dos metales, calentando las soldaduras pares y enfriando las impares, o viceversa, nace en las barras una corriente eléctrica. Pero que no es alarde, sino real mi ignorancia, lo demuestra que no puedo decir si esa corriente va de las soldaduras calientes a las frías o a la inversa.

—Ni le hace falta, ni hay regla general (1). Lo importante es que cuanto mayor tal diferencia, más poderosa la corriente.

—No siempre.

—Dejemos eso a un lado por ahora, Raúl (2); no quiero aumentar los apuros de este pobre ignorante.

(1) El sentido de tal corriente depende de los metales en contacto y de la diferencia de temperaturas de sus alternados contactos.

(2) Calentando una soldadura de plata alemana y hierro descubrió Seebeck, en 1821, la pila termoeléctrica; en 1834 otro sabio, Peltier, comprobó que, a la inversa, el paso de una corriente por una soldadura la calienta o enfría según pase en un sentido o en el opuesto: fenómeno al cual se dio el nombre de *efecto Peltier*.

De entonces acá las pilas termoeléctricas de diversas combinaciones de metales han andado muy poco camino por lo pequeño de los voltajes obtenidos con ellas, siendo bastante utilizadas como termómetros para medir temperaturas muy altas—pirómetros—o muy bajas, y para evaluar pequeñas diferencias de ellas con sensibilidad tan exquisita, que en el Radio-Micrómetro de Boys, un par termoeléctrico mide la subida termométrica extremadamente minúscula que en la soldadura de bismuto y antimonio produce el calor (de una bufa situada a 2.500 metros), concentrándolo sobre la pila por un espejo parabólico en cuyo foco se halla la llama de aquella. Dato que tomo de una monografía publicada en 1816 por el profesor Rogers Rusk, de la Universidad de Wesleyan: Ohio.

Este resultado, que parecerá increíble a quienes desconozcan los prodigios hoy realizados por las ciencias metrológicas en toda clase de mediciones, se alcanza mediante la desviación que en un aro ligerísimo de cobre, recorrido por la corriente de una pila ordinaria determina la acción repelente de la engendradora en la soldadura cuando la luz de la bufa encendida a media legua la caldea en cantidad inapreciable para los más sensibles termómetros ordinarios.

La energía eléctrica transformada de la del calor empleado en calentar la soldadura de las pilas térmicas era, hasta el descubrimiento de Pepe Lobera, pequeña, pues sobre no haberse antes dado aplicación práctica al conocimiento efectivo, pero poco puntual, de que el contacto entre líquidos y entre gases podría dar superiores voltajes que el de los metales, tampoco era posible utilizar gran-



—Que, sin embargo, se permite hacer constar que ha cogido al maestro en un renuncio.

—¡A mí!

—Sí, señor. Yo le he oído a usted desdeñar, por vulgar, el sistema, corriente en los ensayos de sus precursores, de calentar agua con rayos de sol, y ahora salimos con que...

—No, Don Gustavo, no salimos con lo que usted supone: si la caliente no es para constituir una máquina de vapor donde el carbón sea sustituido por los rayos solares; pues precisamente por tomar aquellos señores tal camino obtuvieron tan exiguos rendimientos de sus motores. Ya que con todo y ser tal máquina una de las más maravillosas invenciones humanas, y haber transformado la vida de los pueblos civilizados, no es menos cierto que ella y aun la turbina son imperfectísimos, primitivos iba a decir, transformadores de energía.

—¡Anda! Menudo zipzape se iba a armar como oyeran a usted Wat o Langley, Curtis, Parsons, y hasta el mismo Duvey, que tan orondo está con sus nuevas locomotoras *archicompound*.

—No lo crea, Don Gustavo: mi padre es, y todos esos inventores fueron de la opinión de Pepe.

—Como no fueran. No hay inventor que no se deje ahorcar antes que reconocer una equivocación... En eso son iguales a los médicos: enfermo curado lo salvamos nosotros; los muertos se los lleva Dios.

—Ca, el caso es diferente; pues yo, que me guardaré bien de responder que usted no haya ayudado a Dios a despenar algunos enfermos...

—Yo tampoco. Pero eso nada tiene que ver con las máquinas de vapor.

—Sí tiene; pues a Wat y a los otros los eximo de culpa en las deficiencias de las suyas, dependientes de imposibilidades de la Naturaleza.

Al llegar a este punto de su conversación dejó Pepe a Don Gustavo con la curiosidad de saber cuáles eran las fatales imposibilidades a que el primero había aludido; pues hubo de marcharse al taller de montaje de las pilas luminosas, de donde lo llamaban por haber surgido una dificultad que requerría su intervención.

## II

### CASCADAS DE FUEGO

—Se me va a lo mejor—exclamó el galeño al ver marcharse a Lobera—. ¡Yo que tenía a las máquinas y las turbinas de vapor por el *non plus ultra* de la perfección! ¡Otra ilusión perdida! Y es lo peor que ya me había consentido en que tu cuñado me explicará porqué la pierdo.

—Si le falta paciencia para esperar su

vuelta y se fía usted de mis explicaciones, puedo yo satisfacerle la curiosidad; pues nada tienen de común con los inventos de Pepe.

—Está visto que aquí todos sois sabios, menos yo.

—Valiente sabiduría: esas cosas las sabe todo el mundo.

des diferencias de temperaturas entre las alternadas soldaduras frías y calientes; pues en las veleidosas pilas térmicas comenzaba la corriente a crecer con la cuantía de dicha diferencia, pero cuando llegaba a cierto valor (variable según tipos) disminuía para mayores desequilibrios termométricos, llegando a veces hasta correr en sentido contrario.

Causa de esta irregularidad de funcionamiento que al efecto Peltier—el cual explica la transformación directa de calor en electricidad—, se sobrepone, cuando la diferencia de temperaturas crece mucho, es otro fenómeno llamado *efecto Thomson*, del nombre del físico que lo descubrió, y consistente en que cuando los extremos de una barra metálica se ponen a diferente temperatura nace en ella

una corriente eléctrica, *aun cuando no esté en contacto con otro metal diferente*; y así en una pila en funciones circulan dos, una en cada metal, que a determinadas temperaturas son contrarrestantes de la que va de uno a otro, llegando a veces a sobreponerse a ella.

Todas estas dificultades eran las responsables de que veinticinco vatios fuera la potencia máxima a que prácticamente hubieran llegado los físicos en pilas termoeléctricas compuestas de sesenta a setenta pares de barras de metales diferentes. Potencia que, traducida a trabajo mecánico, representa algo más que el trigésimo de un caballo de vapor, exigua para aplicaciones industriales.



—Me parece, monígote, que me estás ofendiendo: pues, ignorándolas yo, me has llamado Don Nadie.

—Quiero decir todo el que tenga nociones de mecánica.

—Eso es ya otra cosa. Pues andando. En primer lugar creo imposible me convenzas de que ingenios tan maravillosos como la locomotora y la turbina, que con sólo quemar unas cuantas paletadas de carbón en sus hogares arrastran un tren enorme kilómetros y kilómetros, o un buque millas y millas, puedan ser calificados de imperfectísimos.

—Lo intentaré, sin embargo. ¿Qué diría usted de un cocinero que por cada chuleta de doscientos gramos que le sirviera (y como tiene usted buen diente no me ando con miserias) le pusiera en la cuenta dos o dos y medio kilogramos de carne?

—Que era un redomado ladronazo, y que buscaría otro cocinero. ¿Pero a qué viene esa patochada?

—A que por igual razón busca Pepe otra máquina para sustituir a la de Wat; porque, ¿sabe usted los caballos contenidos en una tonelada de buen carbón de ocho mil calorías en kilogramo?

—No pretendas liarne, ¿eh?... ¿Qué es eso de caballos metidos en kilos de carbón?

—Una metáfora, útil por abreviar el lenguaje, y que además responde a una realidad; pues si con las calorías del carbón quemado engendran las máquinas trabajo que medimos en caballos, mi pregunta equivale a esta otra: ¿Cuántos caballos de vapor rendiría por tonelada de hulla la caldera que, sin pérdida, aprovechara todo el combustible consumido en ella?

—¿Por dónde voy a saber yo eso?

—Pues se lo diré yo, y no se asuste: 45.440.000.

—Ni los ejércitos de Jerjes, ni las hordas de Atila. Con semejante atelaje bastaría, digo yo, para tirar del mundo. Veo que las zozobras y penalidades de la expedición no te han quitado las ganas de broma.

—No es broma; mas sí confieso que por deseo de asombrar a usted un poco he llamado que para rendir esos millones de caballos habría de quemarse la tonelada de carbón íntegramente en un segundo, y que sólo durante dicho tiempo produciría trabajo; mientras que de quemarla en diez horas, la misma hipotética máquina perfecta proporcionaría potencia equivalente a la desarrollada por 1.262 caballos trabajando continuamente en dichas horas: lo cual da

para fuerza del kilogramo de hulla unos doce y medio caballos hora.

—¡Qué atrocidad! Nunca creí fuera tanto.

—Y advierta que los caballos de vapor tienen más fuerza que los de carne y hueso.

—¡Lástima no poder echar la silla a uno de esos caballos de carbón!

—Sí, señor; a pocos kilogramos que tuviera podría usted hacer en él muy largas correrías. Pero, volviendo a lo interesante, que se nos queda un poco atrás, ¿sabe usted lo que esa misma tonelada rinde en las mejores máquinas fijas?

—¡Qué pesado te pones! Ya te he dicho que no sé nada de esas cosas.

—Pues de 100 a 125 en las mismas diez horas. Y en la locomotora, ni tanto.

—¿Cómo? ¡De 1.262 bajan a esa miseria! Y los demás, ¿qué es de ellos?

—Sin dejarse uncir, se arremolinan, coceantes, contra las paredes de calderas y hogares caldeándolas; se encabritan para escalar la chimenea, y en forma de calor, y sin llegar a convertirse en fuerza mecánicamente aprovechable, escapan dando corcovos por el aire ambiente. Vea si no hay razón para decir que el hombre dilapida locamente los inmensos tesoros de energía que la Naturaleza le ha entregado en el carbón. Vea porque la cuenta del trabajo y el gasto de la máquina viene a ser peor que la de la chuleta de marras; porque los más hábiles maquinistas y fogoneros no sacan al combustible, en las más perfeccionadas máquinas de los más expertos fabricantes, sino nueve a diez por ciento de la total fuerza contenida en él.

—Pues francamente, chico, no veo en qué fundan sus humos los señores ingenieros, que desde lo alto de su vanidad nos miran a quienes ignoramos que en humo se les va todo el carbón. ¡Tonto de mí, que los tenía por semimagos, y reverenciaba a los inventores de esas máquinas como a verdaderos genios!

—Y lo han sido.

—No lo veo.

—Sí, señor; porque de esas pérdidas no son ellos responsables sino en pequeña parte.

—¡Ah! Las imposibilidades a que aludí Lobera....

—Precisamente.

—Ya las había olvidado.

—Ahora las va usted a ver. El trabajo de toda máquina resulta del aprovechamiento de un desnivel en la caída de un peso o de algo equivalente a un peso: en el pión, la



altura de donde lo suelta el apisonador y la cuantía de su masa; pues cayendo de dos metros produce doble efecto que cayendo desde uno, y duplicando el peso se obtiene el mismo resultado sin aumentar la altura; en los saltos de agua, la de donde ésta cae y el caudal caído, que entre sí multiplicados ya sabe usted dan la fuerza del salto.

—Eso sí, sí lo sé. Pero tú te me vas a cada paso por una callejuela: ¿qué tienen que ver el pisón y el salto hidráulico con las máquinas de vapor?

—Mucho; pues ellas, y en general todas las térmicas, sean locomotoras, turbinas o motores explosivos, no son sino cascadas, donde en vez de bajar agua desde tantos a cuantos metros de altura, *cae calor desde una temperatura a otra más baja.*

—¿Cómo, cómo? No entiendo bien eso de caer calor.

—Porque a mayor temperatura en la caldera, mayor presión en el vapor, equivalente a más alto nivel del agua en la presa del salto, y a más vapor (equiparable al caudal de la cascada líquida), mayor cantidad del que ejerce presión.

—Ya, ya.

—La diferencia entre la temperatura del vapor de la caldera y la del condensador, donde retorna al estado líquido, es el *desnivel térmico*, esencialmente igual en su aspecto mecánico a la diferencia de altura de la presa y de las ruedas o turbinas por el agua impulsadas.

—Aguarda, aguarda: todavía se me ocurre una objeción.

—¿Cuál?

—Que el agua es una realidad, pues la veo salir a borbotones de los álabes donde empuja la rueda del molino o de los canales de desagüe de la central después de haber hecho girar la dinamo; mientras que ese calor caído de la caldera no lo veo.

—Porque parte se gasta en calentar la máquina y el agua del condensador, y el restante pasa a difundirse en el aire ambiente, que es un océano de calor asimilable a los marítimos, en donde, al cabo, paran también las aguas de los saltos. Y así como al transmutar en otras fuerzas las de caídas hidráulicas no se recoge cuanta en potencia existe en el caudal acopiado en lo alto, tampoco la máquina térmica aprovecha íntegra la altura termométrica del vapor que de su caldera sale, pues grandísima parte del calor contenido en él pasa a la tierra y al aire por irradiación y se es-

parce en los calientes gases de la combustión.

—¿Y son esas las imposibilidades de que hablabais antes?

—Solamente las contrarrestables parcialmente por los ingenieros con perfeccionamientos crecientes de día en día; pero hay otras, en absoluto inevitables.

—Esas, esas quiero ver.

—Por poco ducho que sea usted en mecánica, ya me ha dicho que sabe que la fuerza de un salto se mide multiplicando la altura de él por las toneladas de agua caída; y, por tanto, me podrá contestar a esta pregunta: ¿Cuál es la potencia existente en una masa de agua de 1.000 toneladas situada a 1.000 metros sobre el nivel del mar?

—Será... Mil multiplicado por mil...: un millón de tonelámetros (1).

—Eso es. Pero la utilización de tal potencia exige que el agua vaya directamente de la presa elevada mil metros a la máquina situada a la orilla del mar, y *sin derramarse en toda su caída*, mientras que si esa agua a mil metros sobre el nivel del mar está tierra adentro elevada tan sólo doscientos sobre la rueda situada en un llano por donde corra libremente el agua al salir de la rueda o la turbina, claro es que la fuerza desarrollada en tales artefactos ya no será mil toneladas multiplicadas por mil metros, sino solamente por los doscientos del *desnivel* entre presa y llano: doscientos mil tonelámetros en lugar de un millón. Esta es una *imposibilidad natural y absoluta* de aprovechar la total potencia existente en el agua de lo alto.

—Sí, pero eso se refiere a la máquina hidráulica, no a la de vapor.

—Acuérdese de que éstas son también cascadas, sólo que de calor, y advierta que así como la altura absoluta del ejemplo no es la de los doscientos metros entre presa y llano, sino la de los mil sobre el mar, último límite de la caída de las aguas en la superficie de la tierra, así la diferencia entre la temperatura del condensador, que es *el llano donde está la máquina y el calor se derrama*, y la del vapor de la caldera, presa de donde cae, representa el salto máximo termométrico obtenible: muy inferior al total descenso hasta cero grados, que es el

(1) Capaz de elevar a un kilómetro de altura un peso de mil toneladas, o diez mil toneladas a cien metros, o cien mil a diez.



necesario para desarrollar la íntegra fuerza térmica contenida en aquel vapor (1).

—Creo que entiendo; pero si pusieras un ejemplo...

—Con mucho gusto. Suponiendo una máquina donde el vapor tenga en la caldera temperatura de 170 grados y en el condensador 40, el desnivel eficiente será tan sólo el de los 130 de la diferencia.

—Ya, ya lo veo claro: como el cero termométrico es el punto de partida de las temperaturas, se pierden en la caída los 40 grados a que sobre él está el condensador.

—Es algo parecido, pero con mucho más alcance, porque el cero del termómetro centígrado o del Farenheit no son equiparables al nivel del mar, ni realidades positivas, sino orígenes puramente ficticios, nacidos

(1) Del mismo modo que el agua no desarrolla fuerza sino cuando se mueve—y por sí no se mueve sino cayendo de un lugar a otro más bajo—, así el calor no trabaja sino moviéndose entre temperaturas diferentes. Y es bien sabido que el calor va siempre del cuerpo o lugar más caliente al más frío.

Así como gastando fuerza para impulsar una bomba podemos subir agua a un depósito, desde el cual podrá luego caer desarrollando fuerza que en parte devuelva la invertida en elevarla, de igual modo, quemando carbón en el hogar de una máquina, vaporizamos agua en su caldera, y después elevamos la temperatura del vapor aumentando más y más su fuerza expansiva, contrarrestada por la resistencia de las paredes de la caldera y obrante sobre los pistones móviles de los émbolos o las aletas de la turbina, comunicando a unos u otras el movimiento que proporciona los impulsos mecánicos.

A cada empujón se *enfria el vapor* al dilatarse de uno a otro cilindro, y en el enfriamiento devuelve la fuerza que el calentamiento había ingerido en él. Mas no teniendo al llegar al condensador y convertirse en agua nada ya en derredor suyo que substraiga a ésta más calor, ya no puede proseguir el enfriamiento ni desenvolver más fuerza mecánica.

De aquí que el trabajo de una máquina térmica se halle limitado a la vez por la máxima temperatura a que pueda elevarse el agua o el gas con que se la alimenta, y por la más baja—a lo sumo la del aire ambiente—a que uno u otra salgan de ella.

Nuestra atmósfera, en donde se hallan sumergidas todas las máquinas de vapor, representa, pues, en la cascada térmica lo que en la hidráulica el llano elevado sobre el mar donde estaba la rueda o la turbina de aquel nombre; y el número de grados de su temperatura ambiente sobre el cero absoluto representa altura equivalente al número de metros de altitud de aquel llano sobre el mar, que es el cero absoluto también donde el agua cesa de caer sobre la superficie del globo.

El origen físico de este infranqueable límite del rendimiento de las máquinas térmicas fué descubierto por Carnot y formulado en el principio que lleva su nombre.

de convenios arbitrarios de los físicos. Por ello la altura térmica absoluta de un vapor a 170 grados centígrados no está medida realmente por ese número de grados.

—¡Ah! El cero absoluto.

—Precisamente: el frío sideral, donde se paraliza el movimiento de las moléculas de todos los gases, el verdadero frío; que no es *poco calor, sino ninguno*; la falta absoluta del calor, que es en el universo hijo unas veces y padre otras del movimiento: el *cero absoluto*, que está (esto sí lo sabrá usted) 273 grados por debajo del cero del termómetro centígrado, resultando de ello que la real temperatura del vapor a 170 grados centígrados es  $170 + 273$ , o sea 443 grados. y la del condensador,  $313 = 40 + 273$  (1).

—Entonces la pérdida en la máquina estará representada, no por los 40 grados centígrados del condensador, sino por esos 313 absolutos del agua de él.

—Claro. Y utilizando en la caída 130 no más de los 443 del vapor, el máximo rendimiento (únicamente teórico) es poco más del 31 por 100. Y todavía hay además que deducir las pérdidas entre el carbón y la caldera.

—Pero entre eso y el nueve o el diez que antes dijiste se aprovechaba en las máquinas de vapor, hay gran diferencia (2).

(1) Mas ¿cómo se han llegado a medir esos 273 grados que por bajo del usual cero termométrico, correspondiente a la fusión del hielo, quedan hasta el cero absoluto, que es una temperatura que muy probablemente será siempre inasequible en los laboratorios? ¿Cómo, si el mercurio se licua a cuarenta y tres grados y el alcohol cerca de los cien bajo cero?

Por deducción matemática, e ingenándose como suelen ingenarse los sabios.

Para ello tomaron un tubo de cristal recto y capilar de 932,5 milímetros, cerrado en su interior, lleno de aire, y en lo alto del cual queda sostenido por la presión del aire, cuando éste está a los cien grados del agua hirviendo, en donde, al fabricar este especial termómetro, se sumerge el mencionado tubo que lo constituye.

Al sacarlo de ésta y enfriarse el tubo va decreciendo la tensión del aire en su interior y bajando la gota de mercurio dos y medio milímetros por grado centígrado de enfriamiento, quedando a altura de 682 al llegar a la temperatura del hielo fundido.

Graduando, por tanto, el tubo con trazos entre sí separados dos y medio milímetros, tendremos un *termómetro absoluto* con 373 divisiones: 100 sobre el cero usual del agua hirviendo y 273 por bajo, hasta el punto en que *ningún gas tiene tensión*.

(2) En una magnífica turbina de expansión cuyo vapor saliera de la caldera a 250 grados, el rendimiento teórico subiría poco por cima del 40 por 100.



—La imputable a las pérdidas inherentes a toda transformación de energía: escapes, rozamiento, etc., etc. De su alcance podrá usted hacerse cargo cuando me oiga que, si después de convertirse el calor de la combustión del carbón en movimiento de una biela o rotación de un eje, fuera empleada dicha rotación en mover una dinamo de alumbrado, se sufriría nueva y considerable merma de la energía transformada; pues la obtenida en las lámparas oscila, no ya entre el nueve y el diez de antes, sino entre el uno y el dos por ciento de la *del combustible consumido* (1).

—Otro envidiable éxito de los ingenieros. Ya no me extraña lo cara que nos venden la luz eléctrica.

—Mal está usted con ellos, a pesar de deberles el ferrocarril, el teléfono, el aeroplano.

—Pero tú mismo, entusiasta defensor de esos señores, has confesado que carísimo todo, dilapidando los dones recibidos de la Naturaleza y arruinando a la pobre humanidad.

—Pues por eso estaban haciendo mucha falta inventos como los de Pepe.

Llegando la conversación de Don Gustavo y Raúl al punto donde alcanzan los anteriores párrafos, retornó Pepe, y al disponerse a continuar en compañía de ellos el

paseo por el campo insolatorio, reasumiendo el oficio de *cicerone* atrajo su atención y le despertó cuidados la vista inopinada de un aeroplano que al acercarse a la Residencia acortaba marcha y disminuía altura al vuelo para planear en círculo a no más de cien metros por encima de aquélla y alejarse rápido hacia saliente, de donde había venido. Al verlo Raúl supuso fuera uno de los de la Compañía Heliodinámica, procedente de América; mas no así Pepe, pues sobre no poder confundir el tipo de ellos con el de éste, a primera vista había reconocido en él al que la víspera dió caza al suyo al retorno de In-Ziza; y presumiendo la presencia de Abd-el-Gahel o alguno de sus subordinados en el avión, se inquietó por temer fuera objeto del vuelo realizar un reconocimiento para fundar el plan de ataque que en la Residencia contaban todos recibir, y que los jefes, enterados de la concentración, en torno de Techiasco, cuyas órdenes sorprendió Raúl desde la caverna aguardaban tan pronto transcurrieran los pocos días faltantes para la fecha marcada a la completa terminación de aquélla.

Y como la novedad era importante, inmediatamente se fué Pepe a enterar de ella a su suegro y a Bertier.

### III

## DE CUANDO PUSO GAHEL EL MOTE A LA HURI RUBIA

Barrunto de realidad y no caviloso temor fué el de Pepe Lobera al recelar que el hélice que le impidió proseguir mostrando a Raúl el conjunto de la instalación heliodinámica estuviera tripulado por Abd-el-Gahel; pues, efectivamente, el Gran Caid, a punto ya de encumbramiento a Gran Califa, era quien, a vista de pájaro y planeando en

círculo sobre la Residencia, realizaba por sí un reconocimiento, por creer necesaria tal ojeada de conjunto para mejor utilizar después el plano detallado de sus defensas, que habría de dibujarse con los datos proporcionados por una cámara foto-topográfica con que, mientras se cernía sobre el recinto atrincherado, impresionó varias placas.

(1) En la máquina de vapor se verifican sucesivas transformaciones de energías: primera, la química de la combustión al combinarse el oxígeno del aire con el carbón, que, ardiendo, engendra el calor transmitido del hogar a la caldera, al agua y al vapor de ésta; segunda, la metamorfosis del calor del vapor en aumento de las fuerzas repulsivas entre las moléculas de él, a su vez transmitidas a los pistones o las aletas que impulsa por la presión sobre unos u otras de dichas moléculas.

En el cañón, en el barreno, la energía química de la combustión se trueca en impulsión mecánica sin haber menester de agentes intermedios, y de aquí la superioridad sobre las máquinas de vapor de los motores de explosión, que no son sino *barrenos* o *cañones* domados: afirmación un poco atrevida, cuya justificación se daría aquí a no pesar ya mucho la materia contenida en las notas de esta obra, lo cual me obliga, para no recargarla con exceso, a dejar el asunto para otro libro.



Hecho esto regresó a Sabankafi, donde en las casas y almacenes de Mohamed había establecido su cuartel general por parecerle Techiasco demasiado cercano al centro ferroviario para instalarlo allí.

En días anteriores al de su arribo a la primera aldehuela, y cumpliendo órdenes de él recibidas con antelación, había llegado a ella el personal completo de su secretaría, unos cuantos de sus principales tenientes, regresados a las demarcaciones de su mando tan pronto conferenciaron con el caudillo, y más de una docena de técnicos en cosas poco estiladas en el Sahara y de corriente uso en los países civilizados. De ellos, eran los menos árabes—previamente adiestrados en sus especialidades en El Cabo o en la India—y los demás una baraja de tunos, tan inteligentes y aptos en sus profesiones como ayunos de honradez, huidos o expulsados de diversas naciones o ejércitos, o hasta cumplidos o escapados de presidio: antecedentes que no retrajeron a Abd-el-Gahel de contratarlos; pues para lo que los quería no era estorbo tuvieran ancha la conciencia, y porque el no cuidarse de esto le permitió formar un plantel técnicamente muy útil de mecánicos, ingenieros, aviadores, fotógrafos, químicos, metalúrgicos, etc., etc., que ya le habían prestado muy buenos servicios y aun esperaba los prestaran mayores.

Al bajar del hélico, en retorno del reconocimiento, ordenó fuera avisado uno de aquellos pillos, fotógrafo de profesión, de que el Gran Caíd lo aguardaba en su despacho, y en cuanto se le presentó recibió encargo de revelar inmediatamente las placas traídas de la expedición.

A la par hizo telegrafiar a Techiasco que Tinkert saliera para Sabankafi sin perder momento, y acompañado de un topógrafo ex ayudante del Catastro del Transvaal y un ingeniero ruso de las minas del Cáucaso, que desde mucho antes de llegar sus colegas al cuartel general de la última aldea estaban en Techiasco realizando cometidos que al ser Tinkert encargado del mando en la comarca, les fueron encomendados, y de cuyo acabamiento, en relación con la fecha en que la concentración de las bandas insurgentes quedara terminada, dependía el comienzo de las hostilidades contra la Residencia, que de otra parte no serían rotas hasta después de alcanzado un objetivo previo no militar, la posesión de Emma; pues temiendo Gahel los peligros para ella probables en un asalto dado por las bestiales fieras que componían sus huestes, tenía re-

suelto no atacar mientras allá estuviera la mujer que lo tenía enloquecido con amor de índole extraña en un mahometano de su prosapia y poderío, que teniendo en el Eglab bien provisto serrallo, y no siendo para los agarenos las mujeres sino instrumentos de placer, parecía verosímil no pensara sino en hacer de Emma una odalisca más, aun cuando fuera favorita mientras ahitara el capricho del señor.

Y no, no éste, sino muy otro era el sentir del Vengador, que hondísimamente enamorado, ya que no a lo cristiano, a la europea, pensaba en Emma como en criatura muy por cima de todas sus concubinas, seduciéndole en ella, además de su belleza corporal, encantos del espíritu prometedores para quien ganara su afecto de inmateriales goces, incomparablemente superiores a los espirituales deleites solamente entrevistos en amores que durante su larga residencia en los países civilizados habían por él sentido mujeres de ellos, a las que había correspondido, pero no había amado.

Y era que, como resultado de su educación en Europa, de su larga residencia entre gentes cultas y a despecho de su sangre árabe y su salvaje sentir a lo africano, ni podía ya pensar en bárbaro ni experimentaba por los de su raza sino desprecio: al punto que a no mirar en ellos puntales de su ambición, escabeles de su gloria y pilares de su encumbramiento, habría renegado del Africa, de los musulmanes y acaso de Mahoma, para irse a vivir al mundo más a la medida de su inteligencia y su cultura, que despertó la una y le dió la otra; donde había aprendido cuanto le hacía único en su tierra que le negaba todos los goces de la civilización fuera de ella probados y cuya pérdida sólo era compensada por la satisfacción de la satánica soberbia de ser en Africa, por doquier y entre todos, el primero: más todavía, el Amo.

Tal era el estado de espíritu del Vengador cuando conoció a Emma, no, cual creará el lector, en el ferrocarril de Tángier a Agadés, donde esta historia les mostró a uno y otra por la primera vez, sino dos meses antes, en París, en ocasión de haber ido allí el Gran Caíd para asuntos financieros, relacionados con los valores del célebre tesoro del abuelo—que la proximidad del alzamiento hacía necesario realizar para tener abundante dinero contante a mano—, y estando allí ella disfrutando los meses de asueto que de cuando en cuando iba a pasar su padre en la madre patria. Ocurrió el encuentro



cuando ya casi terminados sus asuntos tenía Gahel que imponerse violencia para avenirse al sacrificio de renunciar por la segunda vez a la brillante vida de la hermosa ciudad y al trato con sus refinados habitantes, para tornar a los arenales sahárícos y al obscuro vivir del desierto, entre brutales e ignorantes bárbaros.

No que sintiera ni aun leve tentación de quedarse y desistir de sus proyectos, pues nada pesaba en su ánimo como su desapoderada ambición, ni nada le acuciaba con aguijón tan fuerte cual la soberbia de creerse llamado a los altísimos destinos cuyo escalamiento había sido norte e imán de su vida entera, y a los cuales jamás renunciaría por tener convicción firmísima de haber nacido predestinado a ellos. No por Allah—el islamismo de Gahel, naufragado al civilizarse, no era sino señuelo embaucador de los hermanos africanos—, no por Al-lan, sino por la Naturaleza, que le había hecho nacer superior a todos los hombres de su raza.

Pero aunque no sintiera vacilación ninguna en volver al Africa a proseguir el camino que se había trazado, no por ello dejaba de dolerle el pensar que en cuanto allá estuviera retoñarían en su espíritu melancólicas añoranzas ya conocidas de él cuando cuatro años antes abandonó el mundo de la inteligencia para sumirse en la barbarie y gobernar el Diván Supremo de Africa Vengadora, compuesto de magnates tan supersticiosos, tan rudos, poco menos incultos que las estultas masas que a mover iban salvaje fanatismo y odio a todo saber y a todo progreso: con fanatismo y odio que él habría de fingir, exagerándolos para que nadie le aventajara en ellos.

... ..  
... ..  
... ..

Una mañana que en un *restaurant* del Bosque de Bolonia almorzaba el Gran Caid en compañía de su agente financiero en París, fué cuando por vez primera vió a Emma Duvery. El tal agente era un banquero tunecino, desde mucho atrás establecido en París, testaferro de Gahel ante los bancos depositarios de los valores que había llegado necesidad de ir realizando, y jefe de una casa de banca, cuyos propios y ostensibles negocios eran descuentos, préstamos y giros entre Francia y sus colonias africanas, teniendo por principales clientes a comerciantes, industriales y empresas radicantes en dichas colonias.

El volumen de sus negocios, su larguísima residencia en la capital de Francia y su entusiasmo por este país, lo hacían codearse, como uno de tantos, con los principales financieros parisienses.

A mitad de su almuerzo estarían ambos comensales, cuando en una mesa no inmediata, pero sí cercana a la ocupada por ellos, llegaron a sentarse una señora y dos señoritas jóvenes, una de las cuales se llevó tras sí los ojos de Gahel, fascinado por su delicadísima belleza.

A poco entró un caballero de edad madura y distinguido porte, que saludando al paso al tunecino fué a sentarse a la mesa de las tres señoras; y antes de que hubiera acabado de hacerlo, ya Gahel había preguntado a su amigo:

—¿Quién es ese caballero? ¿Quiénes son ellas?

—El es Monsieur Gerard, el Presidente del Consejo directivo del ferrocarril de Tángier a Agadés; la señora y la señorita más gruesa, su mujer y su hija.

—Me tienen sin cuidado. La otra, la otra.

—No la conozco.

—¿Qué hechicera criatura!

—Efectivamente, es bellísima; pero demasiado frágil. A mí me gustan...

—Lo supongo, las deslumbrantes hermosuras de nuestra raza con formas opulentas y ojos negros de mirar punzante... Esta es todo lo contrario, y en serlo estriba su mayor encanto... ¡Qué suavísima dulzura la de su mirada, qué serena paz en su rostro, qué luz de aureola en sus cabellos! Parece una mujer de ensueño... Y oiga, oígala hablar. ¡Qué voz, qué voz! Jamás he oído nada semejante.

—Nos lo ha hechizado a usted.

—Es que yo he visto mujeres hermosísimas, más hermosas que ella; pero ninguna con belleza tan dulcemente atractiva, ninguna como esta... Porque esta es... esta es otra cosa... ¿Podría usted presentarme a esa familia?

—No trato a las señoras, y aun con Monsieur Gerard sólo tengo relaciones bursátiles, que no me autorizan para presentarle a nadie estando con su familia.

—Y que, además, tal pretensión es una inútil sandez mía: ¿a qué ni para qué hacerme presentar, si dentro de tres días he de marcharme?

Al decir esto se volvió bruscamente Abdel-Gahel en su asiento para dejar de contemplar a Emma; pero a costa de esfuerzo



delatado en un gesto de contrariedad, y agregando:

—Y, sin embargo, me gustaría saber quién es.

Mas transcurrido breve rato pensó que si su próximo viaje le imponía resignación forzosa a no extasiarse en adelante con aquella deidad, ello no era razón para anticipar la privación de tal placer mientras pudiera disfrutarlo; y se volvió de nuevo, y mirándola estuvo mientras duró la comida; pero sin conseguir que Emma se diera cuenta de la impresión que en el buen mozo había causado, pues distraída con sus amigas, y no estando por completo de frente al africano, no hizo alto en él.

Cuando, terminado el almuerzo, vió el tunecino al Señor Gerard levantarse de la mesa y despedirse de las damas, lo llamó preguntándole si iba a Bolsa; y obtenida contestación afirmativa, le pidió y obtuvo el favor de que lo llevara en su auto; pues él, que también iba allá, deseaba dejar el suyo a Gahel, quien después de marcharse los dos bolsistas aguardó la salida de las señoras del comedor y las siguió a distancia en su paseo por el bosque, pasando inadvertido.

Al cabo de una hora las vió subir en el Panhard, que tomó hacia Boulogne y Meudon, siendo su primera idea decir al motorista del suyo: "Detrás de ese auto". Pero en seguida pensó: "¿Es que a mis treinta y nueve años y con las graves cosas que sobre mí tengo voy ahora a jugar al colegial enamorado?" Y en lugar de aquella orden dió la de llevarle al hotel donde posaba: lamentando tal vez no poder trocarse en el estudiantillo al que le avergonzaba parecerse.

...

Aquella misma tarde lo visitó su anfitrión de la mañana para decirle que solamente para complacerlo, averiguando quién era la mujer que tanto le había agradado, se había hecho llevar a la Bolsa por M. Gerard, y ponderado a éste la belleza de la *inglesita* que acompañaba a su señora: no porque la creyera hija de Inglaterra, sino como medio de hacer hablar al otro de ella.

—Albricias—dijo al entrar en la habitación donde el Vengador trabajaba—; *la divinidad* se va con usted a Africa.

—¿Qué?—contestó Abd-el-Gahel brincando en el asiento—. ¡A Africa!

—Sí: al Sahara. No está en París sino de temporada. Es hija de Mr. Duvery, el in-

geniero jefe de la línea Tánger a Agadés. El ha ido unos días a comprar material de vía en Inglaterra, dejando a su hija en casa y al cuidado de la señora de su gran amigo Gerard. En cuanto el padre acabe sus compras en Manchester y expire su licencia en Francia, se vuelven ambos a Agadés.

—¿Pero cuándo, cuándo?

—A punto fijo no lo sé. No me ha parecido prudente preguntar de una vez tantas cosas, que si, de otra parte, interesan a usted, pueden fácilmente saberse por los empleados subalternos de la directiva de los ferrocarriles.

—¡Al Africa, al Africa, como yo!...—exclamó Gahel—. Parece...—providencial, iba a decir, cuando, acordándose de que no estaba solo dejó incompleta la frase; y pensando en que ya sabría él hallar a Emma allá, pero sintiendo despertarse deseo de abreviar la espera, agregó:—¿Y no podría volver a verla antes de marcharme?

—No lo veo fácil... A no ser... Los Gerards deben de estar abonados a la Grande Opera, porque siempre los veo en el mismo proscenio de la izquierda, pero no me he fijado en qué turno.

—Eso es facilísimo de saber gratificando a un empleado de contaduría para que lo mire en la lista de abonados...

...

Tres días después coincidió el turno de Madame Gerard con la fecha fijada por Gahel para su viaje, no siendo esto óbice para que en vez de meterse en el tren se pasara los tres actos de la ópera con los ojos clavados en la que aquella noche llamó por la primera vez la *huri rubia*, sin que tampoco ella se enterara entonces de la insistencia con que era contemplada desde una butaca *ex profeso* elegida para ver bien desde ella el palco en donde estaba.

A la siguiente tarde el Gran Caid tomaba el rápido de Algeciras, y a su partida encaecía al banquero tunecino averiguara la fecha de salida de Duvery en regreso a su destino, telegrafándole tan pronto le fuera conocida al *corresponsal de Tánger*: comeciente en cuya casa funcionaba una de las radiotelegráficas estaciones de antena enterada, que era una de las vías por donde llegaban al Eglab las noticias interesantes para la conspiración en marcha, que a Abd-el-Gahel enviaban sus agentes en el mundo de los perros.

Además, a su paso por Tánger ordenó el último al citado corresponsal que en cuanto



recibiera aquel aviso se lo comunicase sin demora, se pusiera a la mira de la llegada del ingeniero y husmeara la fecha de su salida para Agadés. Por si no bastara esto para darle la certeza que tanto le preocupaba, telegrafió a Mohamed, en Agadés, que por sí o por Morand averiguara en las oficinas del ferrocarril en aquel pueblo la fecha del regreso del director.

Al mes escaso de su llegada al Eglab recibió avisos de las dos poblaciones que le permitieron estar en la primera de ellas al desembarco de Emma y entreverla dos veces en los días de su permanencia. Allí vió por primera vez a Pepe Lobera, agradándole

poco la atención que la huri parecía prestarle.

Mientras Gahel estuvo en Tánger, de donde con dos fechas de anticipación a Emma salió, para reunirse en Taflete con Cassim, según plan previamente convenido, efectuaron los *hermanos africanos* el secuestro, seguido de asesinato, de los verdaderos Núñez y Pozo, cuyas personalidades usurparon sobrino y tío al subir al tren donde los franceses y el argentino iban a Agadés. En lo cual ya se ve no intervino casualidad ninguna, aunque Cassim creyera lo contrario.

#### IV

### LA TRAZA QUE BUSCABA ABD-EL-GAHEL PARA LLEGAR A EMMA

Con la llamada de Tinkert, el topógrafo y el ingeniero ruso, iba orden de que acudirían con los datos necesarios para enterar al Gran Caid del estado de los trabajos a su cargo. Por ello llegaron los dos primeros a Sabankafi con sendos rollos.

Uno era el plano del itinerario topográfico de una línea poligonal, con lados entre mil quinientos y dos mil metros, que partiendo de la aldea de Techiasco, circunvalaba la Residencia a distancias siempre poco discrepantes de los tres kilómetros existentes entre ella y el punto de partida sobre el cual se cerraba el itinerario.

El plano de esta línea se había levantado con un teodolito que, además de dar las direcciones de los lados del polígono, medía sus longitudes (1).

Este era el primer cerco con que antes de ser rodeado por rebeldes había sido ya envuelto el refugio de los franceses. Pero lo dicho no era todo el plano; pues asestando el antejo a los puntos más señalados de los parapetos de la Residencia, los cruces, en el plano, de las visuales correspondientes a cada uno de los enfilados desde diver-

sos vértices de la poligonal daban la posición respectiva de aquéllos y el trazado, por tanto, de los atrincheramientos dibujados a escala: conociéndose así dimensiones, formas y distancias.

Pero tal plano, completo en lo relativo al exterior, proporcionaba poquísimos datos de lo existente dentro, pues el relieve de las trincheras y la multiplicidad de edificios por ellas amparados ocultaban al teodolito, desde afuera y de lejos empleado, los detalles de la distribución interna, de la que solamente se había logrado situar en el dibujo el castillete del lumiteléfono de comunicación con Agadés, ocioso desde el abandono de aquel pueblo, y algunas esquinas de unos cuantos talleres, barracones y cobertizos inmediatos a los atrincheramientos.

Precisamente por presuponer tales deficiencias había Gahel efectuado el reconocimiento aéreo y tomado las vistas cuyas pruebas, ya tiradas, recibió del fotógrafo media hora antes de llegar los venidos de Techiasco, y entregó al topógrafo, acompañadas de unas cuantas distancias entre puntos importantes del interior anotadas en su libro de memorias desde que a pasos las midió personalmente cuando, en compañía de Tinkert y disfrazados ambos de gendarmes senegaleses, pasó una mañana entera en el centro ferroviario la víspera del crimen de Tadelaka: unas y otras para que, encajando tales datos entre los más exac-

(1) Apreciando la de cada uno por la que en una pértiga, colocada en un extremo, interceptaban dos trozos grabados en el interior del antejo y visibles sobre aquella al mirarla con éste desde el otro extremo: procedimiento que no sólo no era novedad en los tiempos de Abd-el-Gahel, pero ni un siglo antes.



tos, pero menos densos, obtenidos con el teodolito, completaran su trabajo.

—Como la puntualidad de este plano interior me interesa más todavía que la del exterior—dijo el caudillo—, no dibujes nada sin certeza plena; y si tuvieses dudas, pide el avión y ve a echar un vistazo a los puntos dudosos. Pero ante todo, y sobre todo, son importantes la colocación del gran edificio central de oficinas y alojamiento del alto personal y la seguridad en sus dimensiones, distribución de patios y situación de puertas.

—Descuide, señor—contestó en inglés el topógrafo, a quien Abd-el-Gahel hablaba en dicho idioma por saber no entendía el árabe ni el temasig, el primero de los cuales empleaba el ingeniero ruso, que lo poseía bien por hacer ya cuatro años que, escapado del Cáucaso con el dinero de la caja de la empresa minera donde servía, llegó al Cairo y fué allí conocido por el Vengador cuando, perdido hasta el último rublo a la ruleta, estaba a punto de ser atrapado por la policía inglesa, de la cual lo libró dándole medios de escapar al Sahara y tomándolo a su servicio.

Terminadas las recomendaciones al topógrafo, volvióse Gahel al ruso y a Tinkert, preguntándoles:

—¿Y cómo andáis vosotros de lo vuestro?

—Aquí traigo un calco en papel transparente de los progresos de la galería.

—¿A qué escala?

—A la misma del plano de Harks—el nombre del transvaalense que había hecho el recién visto por Gahel—. Cuando nos enviaste a buscar a los dos comprendí para qué nos hacías venir juntos, y a la carrera tomé el calco del original que en Techiasco tengo. Además, en cuanto comencé la galería pregunté a Harks a qué escala dibujaba su plano para ajustarme a ella en el mío y poder apreciar rápidamente en cualquier momento los avances de mi trabajo, sin necesidad de perder tiempo en reducciones.

—A ver, a ver. Trae ese calco y colócalo sobre el plano de la superficie. Tengo impaciencia de saber a punto fijo adónde llegas ya.

Mientras el ingeniero desenrollaba el papel-tela donde solamente se veían dibujadas dos líneas, recta y negra una, indicadora de la dirección norte sur, y roja otra cercana a la rectitud, pero con varias inflexiones, decía:

—El punto exacto adonde mis minadores han llegado no lo puedo precisar hasta que

el plano del interior no nos lo diga; mas respondo que desde que pasamos por debajo de las trincheras han avanzado lo menos trescientos metros más allá de ellas.

—¡Trescientos! Entonces habéis de estar a punto de llegar debajo de...

Detúvose Gahel a tiempo de no decir "las habitaciones de la Señorita Emma", por pensar bastaba ya que el secreto de su corazón fuera conocido por Tinkert, para revelárselo al otro, quien advirtiendo la pausa de su jefe prosiguió:

—Sí, del gran edificio central... Y puede que no estemos cerca, sino ya debajo. Supondrás, señor, que no he aguardado a luego para consultar el plano de lo alto y ver si se desviaban los minadores.

Efectivamente, colocado el papel-tela del calco de la mina sobre el plano de las fortificaciones, hecho por el topógrafo, y paralelas las direcciones norte-sur de calco y plano, cayeron los extremos de la línea roja en la aldea uno, y dentro el otro del espacio blanco comprendido por el dibujo del recinto atrincherado, dentro del cual no se veían sino siete u ocho crucecitas aisladas, indicadoras de los pocos lugares del interior que habían podido ser situados con el teodolito.

—¿Cuál, cuál de estas cruces es el torreón del pabellón central?—preguntó Gahel en inglés a Harks.

—Este.

—Mide, mide la distancia, Kitvinoff.

Obedeciendo esta orden sacó el ingeniero un doble decímetro, y después de aplicarlo al papel transparente sobrepuesto al plano de conjunto, contestó:

—Nueve metros.

—¿Nada más?

—No. Bien decía yo que acaso estemos ya debajo del edificio. Mas de cierto no podemos saberlo hasta tener dibujada la planta de él en el plano de arriba.

Sentía Gahel gran emoción, porque la línea roja era el trazado de una galería de mina socavada con objeto de llegar a Emma y sacarla de la Residencia antes de lanzar las hordas sahareñas al asalto de ésta; y al oír "nueve metros" le pareció que solamente tan cortísima distancia lo separaba de ella, y que tocaba ya el ansiado momento de poseerla.

Esta mina, por la que ya le oímos preguntar a Tinkert en la entrevista de Abalakh, y comenzada bastante tiempo atrás, cuando el antiguo capataz de Moyfsk, acompañado de Harsk y Kitvinoff, fué a encar-



garse del mando de la gente de Techiasco, tenía su punto de partida en un pozanco que a fin de evitar pudiera ser visto por quienes no convenía se enteraran de la perforación subterránea, fué abierto en la parte de la aldea más cercana a la Residencia, y dentro de un gran cercado en donde se vertieron, también a somorgujo de indiscretos ojos, las tierras arrancadas de la mina.

—¿A qué profundidad está?

—El techo, a dos y medio o tres metros del suelo.

—¿Y porqué no la has hecho completamente recta, y habrías avanzado más?

—Al contrario, menos: porque su forma obedece a ir contorneando una masa de rocas, que atacada de frente habría obligado a perforar materiales muchísimo más duros que los deleznales del borde del peñasco al que me he ido cifiendo.

—Entonces has hecho bien. ¿Y cómo has podido avanzar tanto en mes y medio no pudiendo emplear explosivos?

—Porque en cuanto me dijiste que se trataba de obra cuya ejecución no podíamos descubrir con estampidos de barrenos, y vista la imposibilidad de hacerla rápidamente a punta de pico y fuerza de brazo, me acordé de que en las canteras de sal de Korao, a cien kilómetros no más de Techiasco, emplean *hurones* para trabajar de prisa.

—¿Hurones! ¿Qué es eso?

—Unos a modo de torpedos subterráneos (1), unos férreos gusanos de tierra

(1) El nombre de *hurón* dado al aparato de que hablaba Kitvinoff, estaba, en realidad, mal aplicado, pues aquel animal no *se come*, como los gusanos, la tierra que éstos pasan a través de sus cuerpos después de triturarla con los dientes, siendo en esto equiparables al torpedo empleado en horadar la mina de Techiasco a la Residencia, que si no digerían la tierra desgranada, la expulsaban en pos de sí, no dejando a los mineros sino el trabajo de recogerla suelta y cargarla en las vagones de extracción.

El precursor de los hurones fué el torpedo terrestre de Mr. Marye, cuyo primer ensayo fué hecho con finalidad puramente militar, en Staten Island, y constituido por un cilindro de 12 metros de longitud y dos y medio de diámetro, erizado de pequeñas aletas rígidas de acero, destinadas a servir de guías de dirección del tubo perforador, que mediante revolución de sus cuchillas obra a la manera de las barrenas ordinarias; y así como éstas dejan a lo largo de ellas paso al serrín de la madera horadada, así el torpedo da salida por su culata a la tierra que sus dientes mascan y una espiral interna empuja hacia atrás por giro de ella simultáneo con el de las cuchillas del frente.

En la parte posterior cuatro émbolos electro-

que en ésta se abren camino con los dientes de sus ruedas concéntricas erizadas de puntas, con las cuales perforan galerías de sesenta centímetros de anchura. Y como el empleo de ellos me es familiar, por haberlos usado mucho en Kasbek...—las caucásicas minas cuya caja dejó limpia Kitvinoff.

—¡Ya!... ¿Son esos, entonces, los aparatos de que Tinkert me pidió autorización para apoderarse en Korao?

—Sí: allá fuimos los dos acompañados de doscientos hombres, cuya facha bastó para que los señores de las minas pusieran a nuestra disposición cuanto quisiéramos.

—¿Y cómo funcionan esos aparatos?

—Usualmente, por la electricidad; pero al faltarme aquí les apliqué unos motores de gasolina. He hecho funcionar los cuatro de frente en dos parejas, situadas una encima de otra, abriendo así dos boquetes arriba, separados de otros dos debajo por medio metro de espesor de tierras: el mismo de la pared de ellas dejada sin arrancar entre los derecho e izquierdo de las parejas alta y baja.

—¿Como celdillas de un panal de abejas?

—Precisamente. Detrás de los hurones van las cuadrillas, que con pocos golpes de pico en los cuatro tabiques del panal los

hidráulicos trabajan como arietes sobre la masa de las tierras expelidas, y la reacción obliga al aparato a marchar adelante.

La fuerza que mueve las cuchillas es engendrada en dos motores eléctricos de 600 caballos, fijos en el lugar donde se comienza a perforar el tubo subterráneo, y otros cuatro de 30 dan impulso a los émbolos-arietes, siendo la fuerza de unos y otros conducida por un cable eléctrico que, arrollado dentro del torpedo, va desarrollándose según avanza éste. Dicho avance podía llegar a ocho kilómetros en el modelo ensayado en Staten Island.

El autor del torpedo gigante subterráneo—así se llama el recién descripto—afirma que según la dureza de la tierra perforada oscila la velocidad de trabajo entre 12 y 40 metros por hora.

No ha de confundirse este aparato con las usuales barrenas de túneles, normalmente utilizadas en los ferrocarriles modernos, pues en el empleo de éste nadie se preocupa de remover la tierra suelta que detrás de él queda relleno la galería abuecada, pero no vaciada, pues destinado a fines puramente militares, conviene dejarla para que haga el efecto de *ataque* de mina en el momento de la explosión del torpedo al reventar bajo el campo o edificio enemigo por la acción de la carga que desde su partida lleva dentro.

La aplicación del principio fundamental del torpedo Marye, pero modificado y perfeccionado en el tiempo transcurrido desde la invención de él a la época en que fué acometida la galería de Techiasco a la Residencia, había creado los *hurones* industriales de la minería de final del siglo XX.



desmoronan con poquísimo trabajo y gran rapidez.

—Muy bien, muy bien; estoy muy satisfecho, Kitvinoff. Pero ¿podré estar absolutamente seguro de que una vez terminada la galería caerá su extremo exactamente debajo del punto que te señalaré en el plano del centro ferroviario?

—Según lo que se entienda por exactamente; pues si un metro más o menos adelante o atrás, a derecha o a izquierda, es indiferente...

—Desde luego: aun cuando sean dos o tres.

—Entonces respondo, porque hasta ahora no he levantado el plano de lo hecho sino con la brújula colgante; pero como sospecho que el punto bajo al que he de llegar no ha de poder ser señalado hasta que

Harsk acabe el del interior, y como hasta conocerlo no sabré la dirección exacta en que he de prolongar la galería, voy a emplear el tiempo que él tarde en dibujarlo en hacer con un buen teodolito de minas un levantamiento exactísimo de la parte ya perforada de ella, que tendré terminado mañana a la noche, o a más tardar pasado a medio día (1).

—Pues poneos de acuerdo para traerme vuestros trabajos los dos al mismo tiempo. Y tú, Harsk, que has de hacer el más largo, abrévalo cuanto sea posible; pues todo el tiempo que tú tardes estará paralizada la mina, que corre prisa avance. Podéis retiraros. No. Tinkert, tú no. Y vosotros aguardad abajo a que acabemos, para volveros los tres juntos a Techiasco.

## V

### REAPARECE EL TRUHÁN QUE SALIÓ PARA EL BORKÚ

Quiso Abd-el-Gahel quedarse a solas con su fidelísimo auxiliar para preguntarle cosas que, inquiridas delante de los otros, habrían divulgado, y no estaba dispuesto a publicarlo, cómo su corazón influía en planes de campaña a los que lógica y exclusivamente atribuían la perforación de la mina quienes de ella estaban enterados, cuando, si bien pudiera servir luego para asaltar o volar parapetos y edificios, tenía por primero y primordial objeto sacar por allí a Emma antes de asaltar el centro ferroviario.

La pregunta principal, cuya respuesta tenía intranquilo al caudillo, era si Tinkert había salido airoso en el encargo de averiguar la parte del edificio central donde desde su boda residía Emma: sin nombrar por supuesto a su marido, pues precisamente por dolerle demasiado el matrimonio y tenerlo harto presente no hablaba nunca de Pepe, ni jamás llamaba a la que ya era Señora de Lobera sino Emma o Señorita Duvrey: puerilidad por el estilo de la de los niños que tapándose los ojos creen no ha de verlos nadie; pues a veces no son los hombres sino niños grandes.

.....  
.....

La situación exacta en el edificio de las habitaciones del matrimonio era fundamental para el éxito del proyectado golpe de mano, que exigía surgir del suelo dentro de ellas en ocasión convenientemente elegida; pues de salir a otros aposentos sin conocer la distribución interior de ellos sería casi imposible llegar rápidamente adonde Emma estuviera, y se caería en el riesgo de tro-

(1) El procedimiento más sencillo de verificar los levantamientos topográficos de las galerías de minas es colgar a lo largo de sus techos cuerdas tensas y suspendiendo de ellas una brújula de minas por unos garfios que al efecto llevan éstas, en las cuales la cuerda hace el efecto de los anteojos de las ordinariamente empleadas en los levantamientos de la superficie del terreno. Obtienen así los rumbos de los diversos tramos de diferente dirección de la galería, leyéndolos con la aguja imánada en el cuadrante graduado de la brújula. Las longitudes de ellos se miden a lo largo de la cuerda suspendida entre cada dos puntos donde varía la dirección de ella por hacerlo la de la mina.

Cuando se quiere mayor exactitud se emplean teodolitos de minas y señales luminosas que, como ellos, se montan en trípodes. Teodolito y señales se instalan sucesivamente en los puntos de cambio de dirección, y enfilando el antejo de aquél a la señal, el teodolito da con gran aproximación el rumbo y la pendiente de la galería entre una y otra. Así se sabe siempre debajo de qué punto del terreno se está y a qué profundidad.



pezar con quien diera la alarma y frustrara la empresa, cuya índole requería acometerla con poca gente; pues no pudiendo darle cima a viva fuerza, no a la cuantía de la empleada, sino al sigilo y a la rapidez había de fiarse el buen suceso de ella.

—Ahora te toca a ti, Tinkert; pues si tú no me has averiguado lo que te encargué, de poco van a servirme mina y plano. ¿Sabes ya dónde están las habitaciones de la Señorita?

—En la esquina de las fachadas norte y saliente, con tres huecos a ésta y cuatro a aquélla.

—¿Ventanas o balcones?

—Ventanas del piso bajo.

—Mejor, mucho mejor; pues aunque de estar en el principal ya buscaríamos modo de arreglarnos, eso evita complicaciones y da certeza de éxito. ¿Cómo te las has compuesto para averiguarlo?

—No era fácil; pues no p día pensarse en que pudiera verlo ninguno de los nuestros que trabajan en las obras nuevas o exteriores del antiguo parapeto, porque ni para un remedio dejan los *perros* entrar a nadie en el recinto interior, ni siquiera asomar las narices al otro lado de las primitivas trincheras, conservadas detrás de las nuevas como segunda línea de defensa. Con los *cochos* de adentro (aludía a los dazas y tibús) no podía contar, pues no me fio de ninguno, y ellos están siempre recelosos de los que afuera trabajamos.

Si el tuareg no hubiese comenzado echando por delante lo que más interesaba a Gahel, no le habría éste tolerado pormenores ni circunloquios en la narración; pero aquietada su curiosidad en lo esencial, despertóse la de conocer cómo se había ingeniado el otro y el deseo de ver si había dejado suelto cabo capaz de suscitar sospecha en los allegados de Emma de estar tramándose nuevo rapto de ella. Por eso, sin apremiar al que ha tiempo venía siendo su hombre de confianza y su mano derecha, dijo:

—Veamos cómo saliste del aprieto.

—A fuerza de darle vueltas sin atinar con rendija ni resquicio, me acordé un día del hermano argelino, que, después de preparar por nuestra cuenta la fuga de Cassim, ayudó a la Señorita a sacarlo de esa madriguera de perros.

—¿El enfermero?

—Sí. Siete u ocho horas después de llegar Ben-Cassim a Techiasco y de escaparos los dos dejándome el mando de este cotarro, vino a buscarme la negra por quien enviá-

bamos las cartas preparando la evasión, y me preguntó si podía o no tener en su casa al argelino, que acababa de llegar pidiendo lo escondiera. Me fui con ella a hablar con el mozo, que me contó...

Ya conocido del lector, como narrado en el segundo episodio de esta historia, el relato de la salida del practicante de la Residencia, no lo repetiremos transcribiendo el que Tinkert hizo al Gran Caíd, donde faltaba el cuánto le valió al truhán del enfermero su ayuda a Emma; pues mal podía saberlo el relatante de segunda mano cuando el protagonista se lo había callado, atribuyendo la cooperación prestada a la Señorita a deseo de servir al Vengador, con cuyos planes concordaban los de ésta, y a miedo de Bertier su personal fuga.

Saltando lo sabido, oigamos al tuareg cuando llegó a contar lo que todavía ignoramos.

—El mozo venía escamado, temiendo que después de darle el pasaporte hubiera Duvrey avisado a su amigo el capitán para que con orden, no de prenderlo, sino de darle cuatro tiros sin dejarle tiempo de contar nada, echara sus gendarmes por el camino del Borkú; pues así capitán y director quedarían más seguros de que nunca podría berrearse. De tomar otra ruta lo detendría la primera pareja con que se topara, por hallarlo en una diferente de la marcada en su salvoconducto, que, según él, no le había sido dado sino para que más sobre seguro lo alcanzaran quienes de cierto saldrían a apiolarlo.

Como aquel miedo me pareció bien fundado—opinión de Tinkert en armonía con la de los musulmanes sobre el valor de una palabra dada a un *perro*, y resultante del para él lógico supuesto de que no valdrían más las de los *perros* a los musulmanes—, hice que la negra le ofreciera posada y cuanto ella parecía ganosa de conceder a su fingido amante: tal vez para quitarse, trocando en realidad el fingimiento, los escrúpulos de las pasadas mentiras.

Yo, por mi parte, le proporcioné las ropas, el litzam y los papeles de uno de tres dagatums que por entonces sacaron asfixiados de entre las tierras derrumbadas en un hundimiento de la mina de Kitvinoff.

A los pocos días me dió la idea de que, habiendo vivido el argelino hasta recientemente en el centro ferroviario, de seguro estaría enterado de lo que tú me mandaste averiguar, contestándome él que a su salida de allí sabía todo el mundo que habían sido



desocupadas las habitaciones de la esquina nordeste, sacando de ellas los muebles de los despachos de los ingenieros que allí estaban antes, y arreglándolas para que después de la boda las ocupasen la Señorita y...

—Abrevia, abrevia: no necesito tantos detalles. Además, si no tienes sino noticias fiambres de mes y medio.

—No he acabado, Señor...

—Y si después han hecho otra mudanza como la que nos reventó la tentativa del camión de Sabankafi, nos habremos lucido. Y eso que no eran tan añejas como éstas las que entonces teníamos.

—Señor, te iba a decir, pero no me dejaste hablar, que tengo noticias más frescas.

—¡Ah!

—Sí. Yo también, acordándome de que ya una vez cogieron en la ratonera a Ben-Cassim y estuvieron a dos dedos de cazarnos a los tres, pensé que sería estúpido dejarse atrapar por segunda vez en la misma trampa.

—¿Y qué, qué? No ha menester saber lo que has pensado, sino lo que has hecho.

—Primero se me ocurrió buscar manera de que el enfermero volviera de *ocultis* allá dentro a fisgar si aquellas habitaciones siguen ocupadas por...

—¿Y pudo entrar?

—No: tanto miedo le dió órmelo que temí le diera tentación, si lo cogían, de salvarse vendiéndonos y contando que queremos saber en dónde duerme la Señorita.

—Verdad, verdad; tienes razón. Veo que eres prudente... ¿Pues entonces?...

—Busqué en las cuadrillas de mi gente que trabaja afuera un dagatum de los que hace dos meses expulsaron de allá, que por haber sido ordenanza de las oficinas conoce bien el gran pabellón central.

—Y lo disfrazaste de daza o de tibou.

—Ca: eso era muy peligroso, pues a todo el que allí entra lo miran con más ojos que una red, y porque siempre que uno de esos gorrinos salé o entra tiene que presentar un pase al portero y quitarse el litzam, a la salida, para enseñarle la cara, que, lo mismo que el pase, han de mirarle también a la vuelta. Envió a mi hombre a las claras, sin ocultar que era el antiguo ordenanza expulsado, a quien el portero conoce de sobra.

—Pero entonces, ¿cómo habría de dejarlo entrar?

—Porque llevaba un buen empeño para la Señorita y su... y el americano.

—¡Una recomendación! Acaba de acertijos.

—Una carta del enfermero argelino para el Señor Lobera o la Señorita Emma con que poco después de amanecer, para estar cierto de cogerlos en sus habitaciones, se presentó el dagatum al portero, diciéndole que era importantísima para los señores, a quienes era preciso despertar con urgencia.

Decía la carta que si su portador no era inmediatamente oído *a solas y sin demora* por ella o él, el argelino los denunciaría como autores de la evasión de Ben-Cassim y al capitán Bertier como encubridor de ellos; que presentaría la denuncia al coronel de éste y lo probaría todo con el pasaporte que atribuyéndole personalidad supuesta le había dado el señor Duvery.

Decía además la carta que también sería hecha la denuncia si el mensajero fuere preso o siquiera visto por el capitán o Don Héctor, o si tardara más de una hora en estar de nuevo fuera de la Residencia.

—Bueno, ¿y qué?

—Que el dagatum dió la carta en la portería, diciendo que era importantísima; que fuera del recinto aguardó mientras la llevaban adentro; que al poco rato, conducido por Maka, entró en las habitaciones consabidas, donde contó al Señor Lobera el cuento que le habíamos enseñado el enfermero y yo: una historia de tuaregs que le habían robado los ahorrillos que llevaba—ya se recordará que el practicante no había hablado a Tinkert de las cantidades recibidas de Duvery y su yerno—, y que hallándose sin recursos necesitaba le fueran entregados dos mil francos al mensajero, que de viva voz repitió la amenaza de la denuncia si no los recibía inmediatamente. Y antes de las siete de la mañana, una hora después de haberse presentado en la barrera de entrada, ya estaba nuestro hombre otra vez afuera con los cuartos, que, como buenos hermanitos, se repartieron el enfermero y él.

—Muy bien, Tinkert, divinamente: eres un mozo de provecho.

—Gracias, Señor.

—Está muy bien, muy bien, porque no hay miedo que sospechen nada de la jugarrreta, muy verosímil en un pillastre de la calaña de ése.

\* \* \*

Dos noches después de recibir los encargos de Abd-el-Gahel volvían a Sabankafi Harsk, con el plano, en donde no estaba aún terminado el dibujo de todo lo interior de



la Residencia, pero sí representados con tornos y situación del edificio central, y Kitvinoff con el trazado, exacto ya, y levantado con el teodolito de minas, de la galería subterránea.

Dentro del ángulo de la esquina nordeste de la planta de aquel edificio y a cuatro metros de ambas fachadas marcó Abd-el-Gahel con lápiz una cruz, diciendo a Kitvinoff:

—Aquí debe acabar la galería. ¿Para cuándo estará?

—Faltan quince metros desde donde hemos llegado... Dentro de seis días. Mis hurones tienen buenas uñas y trabajan de prisa.

—Pero ¿meten ruido que pueda oírse desde arriba? Porque has de tener en cuenta que ahora van a arañar debajo de habitaciones ocupadas.

—No hay miedo: el espesor de tierras sobre la galería bastará a amortiguar el ruido que producen a gran velocidad.

—No confíes en ese espesor, que ha de disminuir hasta pocos decímetros al final de la mina.

—¡Ah! ¿Es que no tengo que cargar allí de explosivos un hornillo?

—Prepáralo para más adelante; pero lo urgente ahora es poder salir rápidamente y con sigilo, cuando yo lo ordene, a las habitaciones de arriba.

—¡Ah! Entonces ya es preciso comenzar a minar en cuesta para acercarse al suelo. Para evitar que nos oigan reduciré a la mitad la velocidad de los hurones hasta llegar un metro por bajo del punto de ataque al piso, y entonces, para que ni siquiera el escaso ruido que hacen a marcha reducida pueda delatarnos, haré que el boquete de salida hasta llegar a los durmientes de sostenimiento de la tablazón del pavimento lo abran a mano; y no a pico, sino arañando y desgarrando la tierra a punta de barra. Pero ya comprenderás, Señor, que trabajando en tales condiciones los seis días se converti-

rán en doce o trece, puede que en quince; porque ni siquiera con esas precauciones será prudente minar a última hora sino cuando no oigamos andar por encima.

—Mucho es, mas qué le hemos de hacer: lo esencial es no descubrirnos. Y prepárate por si conviniere abrir desde diversos puntos de esa galería ramales a otros lugares que te diré cuando Harsk haya acabado su plano... Aun cuando acaso... Oye, Tinkert, ¿hacia dónde cae el gran sótano de que me has hablado y no me explico a qué diablos puedan destinarlo?

—Del lado de Techiasco: debajo de la mayor parte del terreno cerrado por los atrincheramientos nuevos, sobre el que están montando una porción de aparatos raros.

—Ya sé cuáles son; los he visto desde el avión. Pero entonces ha de pasar cerca de ese sótano la galería de nuestra mina.

—Tanto—repuso Kitvinoff—, que a no haber yo andado listo una tarde que dentro de la mina me llegó el ruido de los golpes de ariete que al vaciar esa gran excavación daban los de la Residencia, les hubieran proporcionado una sorpresa mis hurones al colarse en la cueva.

—¡Caramba! ¿Tan cerca estabas?

—Este segundo recodo de nuestra galería marca el punto en que para evitar ser descubierta cambié la dirección para no acercarme más al sitio de donde venía el ruido. Desde aquí hasta aquí sigue la galería paralela a una de las paredes del socavón.

—¿Puedes calcular a qué distancia?

—Por la intensidad con que se oía el ruido colijo que ni a más de ocho ni a menos de dos metros.

—Bueno es saberlo... Mientras una cuadrilla acaba la galería, pon otras seis a reducir, pero muy calladito, ese espesor a medio metro en otros tantos lugares. Necesitamos poder entrar en un momento dado por seis puertas a la vez en el sótano. Y podéis iros ya.

## VI

### NUEVAS PREOCUPACIONES

Como la presunción de que Abd-el-Gahel guiara el hélico que había volado sobre la Residencia no era infundada, y parecía co-

rrroborarla la escasa duración del vuelo y el retroceso del aeroplano hacia el lugar de su partida, la dió Lobera por cierta,





... que le permitieron presenciar el desembarco de Emma y ver por primera vez a Lobera, agradándole poco la atención que la hurí le prestaba.







coincidiendo con él Duvery y Bertier, a quienes desagradó la novedad no menos que a él cuando los enteró de ella; pues cuando sobreviniera el previsto asalto daría grandes ventajas al atacante la posesión de semejante medio de conocer el trazado interior de las obras defensivas y la situación de los lugares donde hubieran de instalarse sostenes y reservas.

La gravedad del caso les hizo celebrar sin demora consejo para arbitrar medios de disminuir aquellas desventajas, advirtiendo, al examinarlas, que a las de orden puramente militar se agregaba la de que en cuanto estuviera terminada la gran antena pendiente de construcción, destinada a comunicar con la metrópoli, era muy verosímil que Abd-el-Gahel, que con el arrancamiento de la de Agades ya había demostrado cuánta importancia daba a privar a sus enemigos del telégrafo, se le ocurriera repetir en Techiasco la hazaña con su avión.

Tal contingencia era gravísima; pues aun siendo muchos y fuertes los elementos de resistencia acumulados en el centro ferroviario con la gente y recursos traídos por Bertier, y aun cuando a dichos elementos se sumaran los novísimos proporcionados por la instalación heliodinámica, si no del todo terminada, ya en estado de capturar no despreciable cantidad de fuerza solar—cuya utilización en bélicos menesteres venía preparando Pepe desde que tuvo noticia de la inminencia del alzamiento—, no era posible aspirar sino a que la improvisada fortaleza se sostuviera en tanto le llegara socorro de Francia, pero nunca forjarse la ilusión de que por sí pudiera contrarrestar indefinidamente el empuje de todo el África mahometana, que, de prolongarse la defensa, caería al cabo sobre ella. Más aún, ni en tal supuesto absurdo podría aprovecharse la indefinida capacidad de resistencia militar, pues el agotamiento de los víveres impondría límite más precario a la defensa.

Cuál fuera éste, cómo desde días atrás se preparaban los presuntos sitiados para alejarlo, y qué fué lo que hicieron en los siguientes con el propio objeto, son cosas que diremos en breve, mas ahora no, pues por lo pronto apremia con mayor urgencia ver cómo los reunidos intentaron conjurar la más grave amenaza, a combatir la cual fueron especialmente destinados tres de los cañoncillos-revólveres Hockings, manejados por ingenieros, capataces y gendarmes, repartiéndose en turnos el día y la noche para que nunca faltaran observadores y artilleros

dispuestos a concentrar fuegos en el avión si volviera a acercarse a la Residencia.

—Y si además del que hemos visto—dijo Don Héctor—tienen otros, será preciso guardarnos no solamente de las miradas de quienes los tripulen, sino de sus ametralladores, o de algo peor.

—¿De qué, Bertier?

—De bombas arrojadizas.

—Eso no lo creo posible.

—¿Por qué, amigo Lobera?

—Por imposibilidad de fabricarlas sino en talleres delicados, que no es verosímil tengan estos insurrectos ignorantes y semisalvajes.

—No todos.

—El ser su jefe inteligente y culto no le capacita para realizar cosas que exigen numerosos auxiliares técnicos.

—Pero si las bombas se las proporcionan otros...

—No lo creo; sería infame que ninguna nación civilizada...

—Tan infame como usted cándido; pero muy posible.

—¿Qué atrocidad! No puede ser.

—Te equivocas, Pepe. No sería la primera vez. La historia de las rivalidades coloniales de los países cultos atestigua, con oprobio de la civilización, que los temores de Bertier no son descabellados.

—Pues como ahora se repitiera el caso estaríamos perdidos, pues contra ese arma es muy insegura la defensa de nuestros Hockings; y en el soterramiento, única protección con eficacia, no podemos pensar, porque nuestros enemigos no han de darnos tiempo de minar los grandes socavones necesarios para que en ellos pueda guarecerse la numerosa población de la Residencia.

—¿Y el sótano de debajo del campo insulatorio?

—Ni su techo es a prueba de bomba, ni podríamos dedicarlo a tal uso sin desistir de aprovechar en la defensa las fuerzas solares, ni dedicado al suyo resultaría habilitable por... Pero persisto en no temer se nos ataque con bombas, pues aunque alguien se las proporcionara a los indígenas, tendrían que traerlas descargadas, y la carga, que aquí habrían de hacer, es no menos difícil y muchísimo más peligrosa, para gentes como ellos, que la fabricación.

—Pues aunque así no fuera, como estamos de acuerdo en que de las bombas no podemos defendernos sino con el tiro contra los aeroplanos que pudieran lanzarlas, no perdamos más tiempo en discutir tal con-



tingencia, y atendamos a lo más importante, que, en mi opinión, es acabar la antena para pedir socorros; cuanto antes mejor.

—Soy de igual parecer, amigo Duvery. Diga, Lobera, ¿cuántos días necesita usted para dejarla lista?

—Pasado mañana lo estará.

—¡Pasado mañana! ¿Pero no decía que la altura que necesita tener para comunicaciones a gran distancia obliga a levantar andamiajes imposibles de armar en menos de siete u ocho días? ¿No fué por esto precisamente por lo que, para telegrafiar a Ziza, improvisaste la antena prendida en los racimos de globillos?

—Sí, papá; pero ahora he variado de plan, y esa provisional, todavía más alta que la proyectada, será la que utilizaremos para comunicarnos con el mundo. Para ello me bastará aumentar su capacidad y la potencia a que trabaje: cosa más breve que lo de la andamiada.

—¿Entonces desiste usted de establecer la otra?

—Sí, Bertier, desisto. Es decir, no.

—Sí y no. No te entiendo, Pepe.

—Porque mañana mismo, a mediodía, quedará montada otra a la altura que ya alcanzan los andamios, igual, poco más o menos, a la de la arrancada en Agadés. A la par que haga esto reforzaré la suspendida y le daré gran longitud de onda, muy discrepante de la usada por la radiotelegrafía de los rebeldes: ganando así certeza de que por mucho que varíen sus receptores no lograrán interceptar nuestros despachos a las grandes estaciones de comunicación mundial, ni siquiera enterarse de que telegrafiamos.

—Pero si con la otra no has de telegrafiar, ¿a qué montarla?

—Porque ésa defenderá la colgada de los globos con más eficacia que los cañones-revólveres.

—No entiendo.

—Es muy sencillo: en cuanto Abd-el-Gahel la vea, y no sabiendo nadie sino nosotros, que sólo es una antena simulada, no se le ocurrirá que existe otra, ni hacer nada para inutilizar la verdadera, que tomará por uno de los artefactos de la instalación heliodinámica.

—Es verdad, es verdad; está perfectamente visto.

—Y no sólo eso, sino que la antena ordinaria será además anzuelo...

—¿Cómo?

—¡Anzuelo!

—Sí. Es verosímil que en cuanto ese pillo la vea montar entre en ganas de repetir la maniobra que tan bien le salió en Agadés; y como para ello tendrá que acercarse con el avión a distancia muy corta y en dirección perfectamente conocida, podrán los Hockings hacer fuego sobre él casi a golpe seguro. ¡Calla! Y hasta...

—¿Qué?

—Nada. Es decir, una idea borrosa.

—¿Pero qué es?

—Tal vez una tontería; y mientras me asegure de si lo es o no, más vale no hablar de ella.

—Como quieras.

Aquella misma tarde se comenzó a montar, a 30 metros de altura, la gran antena horizontal que se había preparado para instalarla cuando los castilletes de los andamios llegaran a los 80 primitivamente proyectados, que en proyecto quedaron. Al mismo tiempo se preparaban cables de refuerzo de la ondulante y verdadera, y los racimos de pequeños globos que para suspenderla habían de unirse a los utilizados ya al comunicar con Ziza.

En esto se emplearon más de la mitad de los aerostatos destinados a apresar en la altura la electricidad diluida entre los rayos de luz, perdiéndose, por tanto, en la instalación solar la fuerza correspondiente a la que con ellos dejaba de capturarse y la posibilidad de dedicarla a las faenas auxiliares del funcionamiento de la heliodinámica a que se destinaba; pero el inconveniente no era grave pudiendo reemplazarla la venida de El Congo, pues todo se reduciría a retrasar el momento en que la Heliodinámica Lobera se bastara a sí misma y a pagar las facturas de la Hidroeléctrica de Stanley-Pool durante unas cuantas semanas más.

En todas estas labores era Pepe eficazmente ayudado por Raúl, que echando muy de menos la estación y el radiogoniómetro abandonados con el auto en Ziza—pues su *raid* por el desierto le había aumentado la afición a la radiotelegrafía y la competencia en ella—y pensando cuán útil sería recuperar la posibilidad, perdida con aquellos aparatos, de espiar a los rebeldes e interceptar sus órdenes telegráficas para librarse de sorpresas, hizo observar a su cuñado que, siendo la antena colgada incapaz de funcionar con la frecuencia de las del enemigo, y fingida no más la horizontal que estaban montando, era preciso renunciar a



saber nada de los insurgentes hasta que encima los tuvieran.

—No te dé cuidado eso—contestó Pepe—, pues ya he pensado en ello, y Manolo, auxiliado por Joubert y el jefe de telégrafos de Agadés, está ya preparando lo necesario para que en cuanto salgamos de esta urgencia que entre manos traemos establezcamos rápidamente una estación exclusivamente destinada a esos fines.

—¿Y dónde la vas a instalar? Porque estando vigilados por ese maldito avión, ni aun siendo tan pequeña como la de mi auto convendría montarla al exterior.

—Descuida; será una estación sin antena.

—¡Sin antena!

—Quiero decir sin antena aérea. Será una estación sumamente adecuada para recibir los telegramas de los aparatos de esos pillos, que tampoco las tienen.

—¿Cómo lo sabes, si no has visto ninguna?

—Porque desde que me contaste lo que tanto te preocupó, cuando después de días y días de no poder capturar ningún despacho de El Eglab recibiste el primero estando bajo tierra, en la gruta, he reflexionado mucho en ello y relacionado esa que tú juzgabas anomalía con el fracaso de los telegrafistas enviados a sorprender las estaciones clandestinas cuya situación aproximada diste a Bertier: fracaso que yo no atribuyo, como tú, a torpeza de los comisionados, sino a imposibilidad de dar con las antenas de los rebeldes, que no sólo no están por cima de tejados y azoteas, mas ni siquiera bajo techado.

—Si hablas en enigmas no será fácil entenderte: si no están encima, a la fuerza han de estar debajo.

—Debajo, sí... Pero *muy* debajo, y no donde hace pensar lo que solemos entender en la frase *bajo techado*.

—Sigo no entendiendo.

—Quiero decir *bajo tierra*.

—¡Bajo tierra! ¿Pero puede ser eso?

—Sí. A principios de este siglo se patentizó la posibilidad de transmitir y recibir con antenas enterradas o sumergidas en ríos o pozos (1).

—No lo sabía. Pero si eso puede explicar

que los telegrafistas no hallaran las de los conspiradores, y hasta que en la cueva de Ziza recibiera yo de la antena que en El Eglab supones enterrada telegramas que estando sobre el suelo no había podido hasta entonces oír, se me ocurre, en cambio, la objeción de que a ser cierta tu hipótesis no se comprende que yendo por debajo de tierra las ondas de las estaciones cuya situación determiné antes, pudiera interceptarlas con mi estación, que estaba encima de ella.

—No, Raúl, no, el enterramiento de las antenas no implica que la comunicación entre ellas sea una telegrafía exclusivamente subterránea; pues sabes bien que entre las aéreas se propagan las ondas telegráficas no solamente por la atmósfera (1), sino por la superficie y por debajo del suelo...

—Sí, sí; es verdad.

—Pues del mismo modo, vibraciones provocadas por una antena soterrada no sola-

despachos procedentes del otro lado del Atlántico.

Con el sistema de enterradas antenas en estrella, constituidas por alambres tendidos como rayos de agnells, con longitudes alternadas de 200 y 2.000 pies, soterrados no más de unos cuantos por debajo de la superficie del terreno y aun sobre éste cuando estaba mojado, consiguió Mr. James Harris Rogers, autor del sistema, recibir en los Estados Unidos las señales de la estación de telegrafía sin hilos de Nauen (Alemania). Para distancias no tan largas y transmisión con ondas de más cortas longitudes que las empleadas en la radiotelegrafía transoceánica, el mismo experimentador pudo usar, también fructíferamente, antenas espirales arrolladas en bastidores de madera sumergidos en pozos a 50 pies de profundidad.

Por último, con dos arrollamientos de alambre en forma de madejas circulares o elípticas, con diámetros entre dos y quince, realizó otras investigaciones Mr. Edward T. Jones.

El primer experimento lo llevó a cabo sumergiendo ambas madejas, ligadas, claro es, al receptor, en el lago de Pontchartrain (Luisiana).

En los siguientes enterró la antena, de carretes gemelos, en el río Mississippi, estableciendo el receptor en la Comandancia de Marina, donde se recibieron despachos de muchas estaciones muy distantes, entre ellas las de Colón (Panamá), Grandes Lagos limítrofes de los Estados Unidos y el Canadá, islas Bermudas, Guantánamo (Cuba) y las de varios buques navegantes en el Golfo de Méjico.

La profundidad a que las dos madejas sumergidas descansaban en el fondo del río fué de 12 pies, y la longitud del alambre arrollado en cada madeja, de 200; pero en experimentos posteriores se llegaron a emplear arrollamientos de 2.000. Ha de advertirse que una estación enterrada lo mismo comunica con otra de la misma clase que con las de antena aérea.

(1) Esto no quiere decir que el aire sea el agente transmisor, pues al éter en que se apoyan las moléculas del aire y las de la tierra es al que corresponde tal papel.

(1) Con antenas enterradas hicieron en La Florida muy curiosos experimentos hace varios años unos ingenieros de la Compañía Marconi. A poco de comenzada la gran guerra europea de 1914-1918 se efectuaron en la Universidad de Shenectady otros notabilísimos, en los cuales se logró recibir



mente serpean bajo tierra, sino que vuelan por el aire. Por eso pudiste recibir los primeros telegramas; pero mejor y a mayor distancia los habrías recibido desde el principio a ser tu antena similar a las de los rebeldes: es decir, enterrada, como estoy cierto están las tuyas.

—Sí, sí, es verdad; todos sus despachos me llegaban a la gruta con mayor intensidad que al aire libre; es decir, lo contrario de lo que ocurría con los oficiales, no obstante ser de superior potencia. Eso era lo que me sorprendía.

—Y lo que a mí me ha abierto los ojos.

—De modo que...

—Que como nosotros no hemos de ser menos que los salvajes sahareños, también tendremos nuestra estación enterrada.

\* \* \*

Al otro día de la anterior conversación entre los dos cuñados, y cumpliendo Lobera lo prometido a Bertier y a Duvery, estaba reforzada la antena ondulante, montados los eléctricos elementos internos de la estación que la había de hacer funcionar cual transmisora y receptriz, e instalada otra segunda antena horizontal con robustísimos travesaños de enlace a los andamios en construcción que hacían las veces de las usuales pértigas o columnas donde suelen prenderse las ordinarias: tan desusadamente robustos que llamaron la atención de Duvery.

Dos días después entraban simultáneamente en acción la primera de las dos antenas indicadas y la enterrada de que Pepe había hablado a Raúl.

Con la libre suspendida de los globos se trató en vano, durante varias horas, de telegrafiar directamente a la torre Eiffel, de París. Vista la inutilidad de tales tentativas, se hicieron otras, igualmente infructuosas, para comunicar con Marsella, y a la postre se limitaron las aspiraciones, que coronó el éxito, a hablar con La Orotava (Tenerife) y Stanley-Pool.

La antena terrestre fué constituida a 30 metros bajo el suelo sumergiendo dos grandes madejas de alambre en el agua de dos de los varios pozos de donde se tomaba la consumida en las necesidades del centro ferroviario. La distancia entre los usados era cercana a cien metros, y ya antes de anoecer el día de la instalación vibró la sumergida antena con las ondas de varios tele-

gramas cruzados no sólo entre las clandestinas y enterradas estaciones rebeldes, sino con las del gobierno caídas en poder de los indígenas al triunfar el alzamiento general.

A La Orotava se pidió diera curso con urgencia a París al despacho que se le transmitió relatando sucintamente lo sabido de la rebelión por los partes interceptados en Ziza por Raúl, y dando la noticia de no quedar en todo el Sahara sino un solo núcleo de europeos, el de Techiasco, apercibidos a defensa, que no podrían prolongar de no ser auxiliados.

A Stanley-Pool se dieron análogas noticias, encomendándole telegrafiar a nuestro antiguo conocido el banquero sueco de Buenos Aires encargo de los Lobera para que enviara en lastre a Fernando Poo los dos zeppelines de la Heliodinámica, con orden de cargar allí una remesa de víveres, primera de una serie de ellas; pues con aquellas aeronaves proyectaba Pepe establecer un constante servicio de ida y vuelta entre la isla y la Residencia, relativamente cercanas, para abastecer la última (1).

Los dos aerohelicopteros, que con el que en Techiasco tenían los Loberas formaban la flotilla sutil de la empresa solar, habían de ser rápidamente enviados a la Residencia, armándolos previamente con sendas ametralladoras y cargándolos de la mayor provisión de bombas arrojadizas de *picrita* que pudieran transportar.

Salvo uno que interesó vivamente a quienes lo capturaron, todos los telegramas recibidos *vía pozos* no eran sino partes y órdenes consiguientes a los esfuerzos de Gahel con los jefes de diversas comarcas para iniciar en el desenfrenado maremágnum de un alzamiento ebrio con los desmanes del salvaje triunfo los comienzos de una organización de país serio.

El otro despacho hizo prorrumpir a Bertier, cuando lo conoció, en la siguiente increpación:

—Ya tenemos aquí las consecuencias naturales de la gracia que entre usted y Emma hicieron. Si entonces hubiéramos fusilado a ese bandido no tendríamos ahora que temer nada de él.

La exclamación del capitán, no contestada por Pepe sino bajando como un doctrino la cabeza, era provocada por el siguiente contexto del citado telegrama:

(1) Mil cuatrocientos kilómetros escasos en dirección casi norte-sur.



*"Abd-el-Gahel, en Sabankafi, a Ben-Cassim, en el Eglab.*

*Disponte embarcar. Mañana irá mi avión ahí recogerte. Necesario anticipes venida*

*quedar al frente esto, reemplazándome urgente ausencia mía. Ayer llegó tu harka de ouahilas."*

## VII

### COMIENZA EL ASEDIO DE LA RESIDENCIA

En las obras preparatorias de la defensa no trabajó sino la gente alojada dentro del recinto, por no ser de confianza la acantonada en Techiasco, a la cual, ya acabadas las grandes faenas de cavazón, faltó en qué emplear la mañana siguiente a la conversación de Abd-el-Gahel con el ingeniero ruso, previniéndose a los jornaleros, al terminar sus tajos, que a la tarde no volvieran a ellos, y en la aldea aguardaran órdenes que al día siguiente les serían enviadas.

Pero aquella noche se presentaron en la barrera de entrada de la Residencia trece cabos de cuadrilla (por Tinkert elegidos, cuidando fueran los más listos), manifestando que, comisionados por todos los trabajadores, solicitaban hablar en nombre de ellos a Don Héctor y al Señor Lobera, que para no exteriorizar desconfianzas dejándolos fuera del recinto, ni consentirles husmear en el interior de él, los recibieron en la portería, asistiendo Bertier a la entrevista; pues tan pronto oyó hablar de comisión de los sahareños quiso oír por sí lo que dijeran.

Al enviarlos, enseñándoles antes la lección bien ensayada, perseguía Tinkert el logro del artero propósito que Abd-el-Gahel deseaba alcanzar con la gente de Techiasco, según en Abalak manifestó después de la escapada de Okoon.

Acuitadísimos y cariacontecidos, dijeron ellos haberse corrido aquella tarde un runrún que, aun *no siendo creíble*, había hecho a los compañeros comisionarlos para hablar a los jefes. Ponderaron el servicio prestado por los trabajadores al desoir las propagandas de abandonar las obras para ir a engrosar la rebelión; encomiaron su lealtad a los franceses y afecto a Duvery al resistir las sugerencias de unirse a sus paisanos amotinados para atacar la Residencia, y arrojando, al mantenerse fieles, las consecuencias con que al negarse a secundar el alzamiento fueron amenazados.

Después de insistir bien en este exordio, recalcaron cuán grande sería su decepción si aquel comportamiento fuera pagado con despido, que de improviso y en un día dejara sin pan a 2.800 hombres, cuando, paralizadas con la rebelión todas las industrias y empresas, no se podía encontrar dónde ganarlo, y, lo que era todavía más grave y hasta más inhumano, los pusiera en trance de tener que volverse a sus aldeas, donde los compatriotas les harían pagar con la vida lo que llamaban su traición.

Al decir esto sonaban con tono congojoso en la voz del perorante inflexiones de desengañado reproche al hacer notar que ni la permanencia en el trabajo ni la negativa a combatir contra los de la Residencia eran los únicos servicios que la adhesión de sus jornaleros prestó a los refugiados en ella, que si habían escapado a la suerte de los otros europeos en el resto de Africa debióse únicamente al temor que casi 3.000 hombres fieles a ellos inspiraron a los rebeldes por saberlos dispuestos a unirse a la guarnición del centro ferroviario en la defensa de los parapetos que con sus propios brazos habían ellos mismos levantado.

Y véase cómo sugería el taimado Tinkert, por boca de los comisionados, la idea que el Gran Caid deseaba ver convertida en realidad.

Como el razonamiento parecía sensato, fundadísima la afirmación de haber los jornaleros salvado la Residencia de la general catástrofe; como de ser así las cosas, y tal viso tenían según iban pintándolas, resultaría, efectivamente, injustísimo y hasta inícuo el despido presentado por los sahareños, logró aquel alegato impresionar al mismo Dubery, propenso a desconfiar de los africanos, y muchísimo más a Pepe, que dijo por lo bajo a Bertier, en francés, por supuesto, para no ser entendido de los otros:

—¡Pobres gentes!



—¿Pobres?... ¡Pobres!... No llame nunca, pobre a un bereber.

—Es que les sobra razón: sin ellos, ni estarían hechas las obras de la Heliodinámica, ni los atrincheramientos, ni acaso vivo ninguno de nosotros.

—¿Pero usted cree en su lealtad y en lo real del auxilio que pretenden habernos prestado?

—¡Hombre! No negará usted que son los únicos indígenas que en el Desierto quedan fieles a Francia.

—Algo se esconderá tras esa fidelidad; y no hay prueba capaz de hacerme creer que cuando estos marrajos hablan a un europeo puedan jamás pensar sino lo contrario de lo que le dicen.

—Pero ahora no se trata de palabras ni protestas, sino de hechos, de evidencias.

—Mire, Lobera: lo que ellos quieren es *metérsenos en casa*. Ya lo han dejado ver, aunque con la malicia de no decirlo claro: pero si ellos son listos, lo soy yo más.

—Tanto, amigo Bertier, que me parece que se pasa.

—No lo creería usted si llevara mis años de Desierto.

Durante estos apartes contestaba Duvery a los mensajeros agradeciendo el comportamiento de los trabajadores y dando buenas palabras sobre la favorable predisposición con que su yerno y él estudiarían el asunto, pero sin prejuzgar resolución definitiva y echando por delante que, aun sin tener en cuenta la falta de trabajo, la mejor voluntad habría de luchar con el agotamiento de las cajas de las compañías ferroviaria y solar.

Replicaron ellos que cuando la enemiga de los rebeldes amenazaba seriamente a los jornaleros no habrían de preocuparles las soldadas; porque con tal de quedar al lado de los franceses para defenderse mutuamente contra el común enemigo, su adhesión no había menester, por lo pronto, otra paga que la manutención: desinterés que, conmoviendo a Lobera, escamó mucho más que lo estaba al capitán.

Como último argumento en pro de la urgencia de atender sus pretensiones, echaron los comisionados en la balanza la noticia de no ser nada remotes los peligros temidos, pues ya hacía días que numerosas bandas de tuaregs, tagammas, damergous, etcétera, iban llegando a diversos lugares comarcanos, y que dejar desamparados frente a ellas a los inermes obreros de Techiasco era tanto como sentenciarlos a ser en masa

degollados cual borregos si en la aldea aguardaban a los sacrificadores, o a perecer en grupos a sus golpes si optaren por marcharse a sus pueblos; pues todos los caminos estaban tomados por los insurrectos.

Aun pareciéndole a Duvery inverosímil la lealtad africana, volvió a impresionarle el trágico cuadro que pintaban las presuntas víctimas, y protestó de que jamás los dejaría en semejante desamparo; pero por un resto de prudencia más aún que habitual instintiva en sus tratos con los berberiscos, no adquirió compromiso categórico, limitándose a decir a los tres cabos que al día siguiente se adoptaría definitiva resolución.

Mas pareciéndole a Bertier que su amigo comenzaba a blandear inconvenientemente, intervino, preguntando a los de la comisión si sabían cuáles eran los pueblos donde llegaban ya gavillas de rebeldes, siendo contestado con los nombres de unas cuantas aldeas situadas al oriente de Techiasco; sorprendiéndole oírlos; pues recordando la orden de concentración del Gran Caid, que a fuerza de releer y estudiar se sabía de memoria, advirtió ser aquellas aldeas las señaladas en dicha orden como finales de los itinerarios marcados a los contingentes más lejanos de Kaavar y Bilma, que aun no tenían tiempo de haber llegado a ellas; y en vista de ello insistió en preguntar si hacia poniente y norte no habían llegado partidas, recibiendo respuesta negativa.

Teniendo buen cuidado de no dejar ver a los señores comisionados que había advertido la contradicción entre tales informes y su anterior dicho de hallarse en poder de los amotinados todos los caminos, tomó para sí buena nota de que lo uno o lo otro había de ser mentira, y sin decirles más los dejó marcharse a esperar al día siguiente el resultado de la inconcreta promesa de Don Héctor.

Apenas regresados al interior Bertier, Duvery y Pepe, y cuando comenzaban los dos últimos a discutir el punto suscitado por la entrevista, les pidió el primero no resolvieran ni aun debatieran nada hasta que él regresara de una breve excursión que en la mañana venidera iba a emprender en aeroplano. Para ello salió antes del alba, llevando de piloto a Manolo Lobera, a quien él, muy práctico del terreno sobre que olaban, marcaba la dirección del vuelo.

A mediodía estaba de regreso, sin haber encontrado el avión de Abd-el-Gabel, en el que toda la mañana estuvieron pensando Duvery y Pepe, quienes sólo al retorno de



Bertier se enteraron, pues hasta entonces no quiso éste descubrirlo, de que el objeto de su *raid*, de unos cuantos centenares de kilómetros, era echar una ojeada a los parajes donde la víspera dijeron los jornaleros había grandes núcleos de amotinados, que a la fuerza habían de ser visibles desde lo alto; pues siendo aquellos lugares aldehorrros pequeñísimos, sin capacidad para albergar en sus chozas sino escasa gente, las bandadas de insurgentes que en ellos estuvieran habrían de hallarse acampadas en vivaques, de los que en *ninguno de tales sitios* vislumbró rastro el capitán, que, en cambio, vió campamentos donde en total habría de 10.000 a 12.000 hombres, repartidos en lugares a poniente y norte, donde los *leales embusteros* negaron hubiera enemigos: con la sana intención, bien clara estaba ya, de no descubrir las direcciones en las cuales pudieran llegar los primeros ataques a la Residencia. Si es que el primero no venía de los mismos leales de Techiasco.

El resultado del reconocimiento ahorró a Bertier saliva, que no necesitó gastar en convencer a sus amigos de que adversario franco enfrente es preferible al que, vestido de aliado, se tiene junto a sí. Como consecuencia de tal convencimiento, al volver a la noche la comisión por la respuesta prometida, le fué comunicado por el portero el despido de todas las cuadrillas y orden de Bertier de evacuar la aldea con toda brevedad, yéndose cada quisque a su tierra.

Al regreso a Techiasco se hallaron los procuradores de los jornaleros con la novedad de encontrar sus afueras bañadas en la luz de los proyectores de la Residencia, que desde aquella noche no dejó ninguna de iluminarlas para descubrir, con tiempo de prevenirse contra él, cualquier intento de nocturno ataque que de allí partiera.

En cuanto a la orden de evacuación, excusado es decir que no fué obedecida.

.....

Tan pronto fueron despedidos los indígenas se montó, con el único avión de que los sitiados disponían, un servicio de exploración aérea mediante cotidiano vuelo circular de no más de tres kilómetros de radio en torno del reducto: limitándolo así porque, faltar el aeroplano de armamento, era imprudente alejarlo a distancia que le impidiera refugiarse rápidamente en la Residencia si lo atacara el armado de Abd-el-Gahel.

No fué tal aeroplano visto en varios días

porque el caudillo estaba lejos; pero la diaria ronda exterior aérea hizo saber que las partidas enemigas, acampadas cuando las vió Bertier en lugares todavía lejanos de la fortaleza, iban ya trasladando sus campos a pocos kilómetros de ella, yendo uno de estos núcleos, que de cierto pasaba de los dos millares, a establecerse detrás de la aldea de Techiasco, con objeto evidente de reforzar a los antiguos jornaleros del ferrocarril y la heliodinámica; siendo esta la causa que hizo desistir al capitán de su propósito de compelerlos por la fuerza a evacuarla; pues contra tan gran número, con posibilidad de recibir ayuda en poco tiempo de los otros grupos, ya cercanos a causa del general avance, habría sido problemático el éxito de una salida.

No había, pues, sino aguardar lo que de allí venir pudiera, consumiéndose en pasividad desesperante y dejándose cercar más estrecha y fuertemente de día en día, pues cada uno señalaba el arribo a la línea envolvente de nuevos tropes vandálicos de árabes o berberiscos abandalizados; y aunque con anteojos eran vistos unos y podían otros ser señalados por el aeroplano a los Hockings, dentro de cuyo alcance estaban varios, el disparar habría sido inútil despillar de municiones que debían economizarse; pues aquellas piezas, propias para el combate contra tropas próximas, no darían en el tiro a largas distancias sino resultado que, contra pequeñas agrupaciones desperdigadas, sería semejante al que obtendría quien quisiera cazar mosquitos a pistoletazos.

Tal era la opinión, muy razonable, de Bertier, que acosado por las impacencias de Raúl, no resignado a estar viendo aquella canalla *sin decirle nada*, las resistía diciendo:

—No, chiquillo, no: antes que perder municiones, antes de darles pie a reírse de nosotros quitándoles el miedo a nuestros cañones y antes que tirar y tirar sin hacer carne, preferible es aguardar se nos acerquen.

—¿Pero a qué esperan? No creo que piensen atacarnos desde una legua.

—Eso lo sabrán ellos. Puede que sea porque su Vengador quiera presenciar la fiesta.

—Verdad... Probablemente estarán aguardando su regreso.

—¿Dónde andará?... A ese bribón le tengo yo más miedo cuando está más tranquilo.

—Oiga, Bertier, ¿y si cuando viniera tampoco se acercaran?



—Por lo visto se te ha ocurrido, como a mí, la idea de que tal vez se estén ahí quietos como pasmarotes hasta que se nos acaben los víveres.

—Sí, señor.

Pues cállatelo, porque si eso se corriera podría desmoralizar a nuestra gente.

—Por callado. Pero a usted le diré, tan en secreto como quiera, que si tienen tal plan mucho me temo no duren nuestras provisiones hasta la venida del socorro de Francia.

—Creo lo mismo; pero espero que antes lleguen vituallas de Fernando Poo en los

dirigibles de tu cuñado. Y cuando los aeroplanos, que ya tardan, acaben de llegar con las ametralladoras y, sobre todo, con las bombas, ya entonces no tendremos que estar hechos unos papanatas; y o tendremos que acercarse esos bandidos o les haremos que se larguen.

—Sí, sí, las bombas; eso corre más prisa que los víveres.

—Que venga todo, hijo, porque el gusto de espanzurrar unos centenares de tu-nantes será muy agradable, pero incompleto si lo disfrutamos con las barrigas huecas.

## VIII

### SACA DEL SOL LOBERA FRÍO O CALOR, SEGÚN LE PLACE

Todos los inventos, obras e ingenios de la Heliodinámica discurridos, proyectados, trazados con el sano propósito de hacer más fructífero el trabajo de los hombres y más fácil su vida, proporcionándoles nuevas fuentes de riqueza y potentísimas palancas de pacífico progreso, habían, ya antes de nacer, mudado la aplicación de la fuerza solar desviándola del cauce por donde Pepe se propuso fluyera mansa y apacible; y en vez de ello iba a dársele como primer empleo la guerra, la destrucción del hombre, porque frente a las masas abrumadoras y amenazantes de caer sobre los sitiados, se aprestaban éstos a llamar en auxilio de su inferioridad numérica al Sol en su defensa.

Una vez más iba el Odio a robar a la Ciencia el fruto de sus desvelos, a convertir en males los bienes alcanzados por ella, a usar como instrumentos de muerte sus medios creadores.

Merced a organización de trabajo verdaderamente admirable, a cuya cabeza estaban los Loberas, y que hallaba facilidades en la cooperación de Duvery, sus ingenieros y capataces, pudo llevarse la ordenada división del trabajo a extremo que en los últimos aprestos de defensa permitió utilizar todos los hombres válidos con rendimiento increíble en otras condiciones.

Pero con ser grande el influjo de esta acumulación de elementos, Emma fué, aunque ni ella ni nadie pudiera sospecharlo, quien más contribuyó a que todos los medios de

resistencia estuvieran listos cuando sobrevinieron los ataques; pues a no ser por el amor de Abd-el-Gahel y su deseo de preparar la ejecución del rapto con anterioridad a los asaltos, les habría faltado a los defensores tiempo, de que así dispusieron, para aperebirse a la defensa.

Terminadas las grandes remociones de tierras, y aparte otras labores auxiliares no previstas en el plan primitivo por nacidas de la necesidad de aprovechar la energía solar en la defensa, se concentró la actividad de todos en terminar la instalación de los reflectores y de las pilas térmicas, todavía pendientes de montaje en el campo insolatorio y en el sótano.

En marcha normal de la empresa heliodinámica, la electricidad substraída a los rayos del Sol por las placas colgadas a gran altura de los pequeños globos se habría dedicado a impulsar los motores de bombas de compresión y expansión, donde el aire, tomado del ambiente exterior, sufría reiteradas expansiones a temperaturas sucesivamente más bajas, cuyo último resultado era liquidarlo (1) en recipientes comunicantes.

(1) Habiendo explicado el proceso general de la fabricación del aire líquido con motivo del accidente que sumió en marasmo de ocho siglos a doña Inés Ramírez y a D. Juan García, personajes de otra obra de esta biblioteca, *El amor en el siglo cten*, se omite en ésta tal explicación, pues sería monótono decir lo mismo en todas.



con las zanzas o atarjeas del suelo del sótano, revestidas de materiales malos conductores.

Como a 191 grados bajo cero pasa el agua de gaseosa a líquida, poco menos frías, a 185, por no ser posible el perfecto aislamiento del suelo, estaban las cajas enterradas en dichas zanzas; y como las otras cajas del campo insulatorio, sobre las cuales concentraban los reflectores el calor solar, se hallaban a 150, la diferencia de las temperaturas de unas y otras era 335 grados, desnivel calorífico muchísimo mayor que los usuales en las más poderosas pilas térmicas; cascada de calor incomparablemente más potente que las más poderosas anteriormente empleadas en ninguna industria.

Debíase tal éxito a la genial idea de Pepe de sacar frío del Sol: empeño que si de pronto antójase a cualquiera absurdo y sueña a hazaña increíblemente paradójica, tiene tal paradoja explicación muy natural vista a la luz de los principios que rigen la transformación de la energía.

—Es sumamente ingenioso, elegantísimo— dijo Duvery al enterarle Pepe del invento—. Y en realidad lógico, aunque nadie antes que tú lo haya visto. Pero me choca no se te ocurriera aprovechar esa enorme diferencia de temperaturas en una máquina no de vapor, ya que la congelación del agua no te habría permitido utilizar tus 185 grados por debajo de cero, sino de aire calentado por el Sol en recipientes que hicieran veces de calderas, hasta llegar a los 150 que por encima obtienes y en donde la presión del aire, por esa temperatura dilatado, trabajaría como en las de Cayley o de Stirling, que seguramente conocerás. Pero no solamente hasta que las expansiones lo enfriaran a la del aire ambiente, como en ellas, sino hasta bajar a los 185 bajo cero, que lo licuarían en los depósitos inferiores de la tuya, completamente equiparables al condensador de una locomotora (1).

—Aunque conozco esas vetustas máquinas,

(1) No eran novedades las máquinas de aire caliente a que se refería Duvery, pues la de Cayley fué inventada nada menos que en 1870 y la de Stirling entre 1820 y 1830.

Del mismo modo que la caldera de una ordinaria de vapor se carga con agua fría, que el hogar caliente hasta transformarla en vapor, la de la máquina de Cayley se carga con aire frío, que en ella es calentado aumentando su fuerza expansiva, después empleada, como la presión del vapor en la primera, para impulsar pistones. Y lo mismo podría emplearse en hacer girar el árbol de una turbina empujando sus aletas.

Cuando la expansión del aire interior lo enfría

nunca se me ocurrió resucitarlas, aunque si fabricar motores de explosión de aire análogos a los de los automóviles, pero inyectando en sus cilindros a 150 grados no gasolina, sino aire líquido, en sucesivas pulverizaciones, que vaporizándose y subiendo además a esa temperatura desde la suya de 191 bajo cero, daría instantáneamente un brinco de 341 grados, produciendo no interrumpida serie de potentísimas explosiones.

—¿Y por qué en lugar de eso has acudido a las pilas termoeléctricas, incapaces de buenos rendimientos?

—Primero, porque siendo *ondas eléctricas* lo que yo he de suministrar a las industrias para que ellas las transformen luego en la

hasta temperatura igual o poco superior a la del ambiente, deja de tener fuerza para empujar los pistones y sale de la máquina que en sus tiempos no fué un mero ensayo teórico, pues se aplicó hasta para mover barcos; aunque después dejó de usarse con tal aplicación por su escasa eficiencia, si bien todavía es actualmente empleada alguna vez en pequeños motores de fuerza no mayor de un caballo.

La máquina de Stirling, según nota que traducimos de una obra de Th. W. Corbin, consta de dos cilindros con pistón, uno en todo semejante al de una máquina, y el segundo con otro pistón más largo, llamado *agitador*, que no ajusta al cilindro, pues su objeto no es sino mover en éste el aire constantemente de uno a otro extremo, manteniendo lo más caliente el uno y lo más frío el otro que se pueda, de modo que cuando el agitador llega al extremo caliente queda casi todo el aire del cilindro donde oscila en el extremo frío y se contrae, dilatándose, por el contrario, cuando el émbolo se halla en el extremo frío.

Mediante un tubo se halla este segundo cilindro en comunicación con un extremo del primero, llamado *de trabajo*, y así, cuando el aire de aquél se calienta y dilata, empuja el pistón de éste, que, al contrario, es *sorbido* por el frío y contraído del opuesto extremo. De este modo se obtiene el movimiento alternativo de vaivén del émbolo.

Es, pues, particularidad saliente de esta máquina que un mismo volumen de aire se emplea indefinidamente sin necesidad de renovarlo, y la disposición del cilindro agitador, caliente en un extremo, frío en otro, fué lo que hizo pensar a Duvery que con las enormes diferencias de temperatura obtenidas por su yerno cabría obtener de la vieja máquina un rendimiento que de ella no fué posible alcanzar antes, pues dichos extremos, frío y caliente, podrían corresponder a lo alto del campo insulatorio y a los recipientes de aire líquido.

El verdadero interés puramente histórico de estas dos máquinas estriba hoy en que fueron el origen del interesantísimo proceso de los esfuerzos que, tratando de aumentar la eficiencia de ellas, condujo a inventar los maravillosos motores de explosión que en la industria y la locomoción van reemplazando a las máquinas de vapor, que aun cuando todavía muy usadas, cada vez lo son menos.

Lenoir, Langen, Otto son los físicos cuyos ilustres nombres señalan las etapas del camino recorrido entre los viejos motores de aire caliente y los modernísimos de explosión.



fuerza que cada una haya menester, la conversión en tales motores del calor solar en rotación de ruedas me obligaría a transformar después esos impulsos en corriente eléctrica, ésta a su vez en ondas electromagnéticas y...

—Verdad, verdad; y en cada una de esas transformaciones perderías gran parte de la energía transformada. Pero siempre queda el punto flaco de la pobreza y veleidad de las pilas térmicas.

—No tan pobres; porque empleando líquido, es decir, fundido, uno de los cuerpos del contacto caliente, he conseguido decuplicar la potencia de esas pilas; y sus veleidades las evito ligando dicho contacto con el frío, no por medio de los mismos cuerpos, sino por barras de plomo (1).

Así, por acumulación de los efectos de mis pilas, obtengo corrientes de la gran intensidad y tensión suficientes a provocar la ondulación eléctrica transportadora de la fuerza, o almaceno en baterías de acumuladores enormes cantidades de electricidad a voltajes colosales, hasta hoy no alcanzo (2).

Al llegar a este punto se enfrascó la con-

(1) Único metal donde no nacen, como en los demás, las corrientes parasitarias que en las pilas comunes impiden que el crecimiento de la principal aumente a igual compás que la diferencia de temperatura entre las soldaduras caliente y fría.

(2) Se ha dicho ya en nota anterior que cuando aumenta mucho la diferencia de temperatura entre los extremos de las barras correspondientes a las soldaduras fría y caliente se interrumpe el crecimiento de la corriente eléctrica con el de dicha diferencia, interrupción debida a que el desequilibrio de las temperaturas de sus extremos hace nacer en cada una de las barras una corriente local que a veces llega hasta anular la primaria entre los contactos de aquellas.

Leroux fué quien primero afirmó que el plomo es el único metal en donde no se engendra esta parasitaria corriente perturbadora.

De otra parte, ya en 1922 era sabido que barras alternativas de bismuto y selenio, calentadas en las soldaduras impares y enfriadas en las pares (o viceversa), dan corriente cuya fuerza electromotriz es siete veces mayor que la pila de bismuto y antimonio, durante muchos años tenida por la más potente. Sabíase asimismo, pero solamente como hecho entrevisto en los gabinetes de física, que los contactos de líquidos y aun de gases dan fuerzas electromotrices muy superiores a las engendradas en las soldaduras sólidas, pero sin que de tal conocimiento se hubiera sacado partido aplicándolo a la constitución de pilas térmicas de mayor eficiencia que las de antaño conocidas.

Hasta aquí lo que sabían los físicos en la citada fecha y corría impreso en los tratados. Mas como acaso algún lector sienta curiosidad de conocer la solución con que Lobera daba por resuelto el problema, insertamos, como ampliación a la presente

versión de suegro y yerno en técnicas honduras, que aquí no son del caso, y basando lo dicho para proseguir nuestro relato, diremos solamente que por entonces se ultimaba la instalación de filtro-reflectores y pilas térmicas y lumínicas, y se tendían de la central eléctrica a las fortificaciones alambres radiales perfectamente aislados y enterrados, cuya utilización en la defensa hemos de ver en breve.

En diversos lugares de trincheras y fosos se excavaron hoyos, cargándolos de *oxiquilita*, llenándolos con piedras y cubriéndolos

nota, los párrafos siguientes, copiados de una de las varias memorias del inventor sobre su invento, que lleva pie de imprenta del año 2001.

“Los cuerpos usados no son bismuto y selenio, sino bismuto y *yoduro de selenio*. Cada una de las cajas frías de las atarjeas del sótano contiene dos dados, uno de cada cuerpo, soldados entre sí. Las cajas, calientes bajo el cascajo de vidrio del campo insulatorio, encierran dados sólidos de bismuto, sobre los cuales queda yoduro de selenio, pero *líquido*, pues, caldeadas por el sol, están aquellas cajas a 150 grados, temperatura casi doble de la de 65 de fusión de dicho cuerpo.

La necesidad de aprovechar la gran fuerza electromotriz desarrollada en el contacto sólido-líquido es la que me ha movido a no emplear selenio puro, que, dado su alto punto de fusión, habría estado tan sólido en las cajas calientes como en las frías.

Los alambres que salen de las cajas de arriba unen, de una parte, los bismutos calientes de las inmediatas en cada fila de éstas, y de otra, los yoduros selénicos, también calientes, de ella. Del mismo modo se unen abajo el bismuto frío de cada caja con los de las inmediatas anterior y posterior en su fila, ligándose de igual manera las placas de yoduro de selenio de las mismas cajas. De tal disposición resulta que cada par de filas, una de abajo y otra de arriba, engendra corriente de voltaje igual a la que produciría un par de cajas, fría y caliente; pero la cantidad de electricidad por ella arrastrada viene multiplicada por el número de cajitas en fila; es decir, por 4.000.

De la última caja de la primera fila sale un grueso alambre de plomo, que, soldado al bismuto caliente de aquella, baja al sótano a soldarse al bismuto frío de la última caja de la *segunda* fila baja; otro igual desciende del bismuto caliente de arriba de esta misma fila al frío de la primera caja de la tercera fila de abajo; el último caliente de la tercera fila se une de igual modo al último frío de la cuarta, y así hasta llegar a las últimas filas tendidas en los 500 metros de anchura del campo insulatorio, quedando libres y siendo bornes de la pila total el bismuto frío de la primera caja de la primera fila de abajo y el caliente de la última caja de la última fila de arriba.

Claro es que tal acoplamiento en tensión de las corrientes individuales de cada par de cajas, alta y baja, produce corriente definitiva, cuyo voltaje es el de una multiplicada por el número de filas; es decir, por 7.500. Así se obtienen las enormes corrientes propias de mi sistema, cuyo voltaje eleva en seguida para el transporte en un convertidor corriente.”



con tierra suelta, entre la cual fueron enterrados alambres gruesos terminados en esferillas metálicas y encorvados en círculos no completamente cerrados, sino rotos por vanos entre las esferillas, con aberturas variables en los diversos aros de unos cuantos milímetros.

Con todo esto, cuando tales faenas quedaran terminadas se darían por ultimados los preparativos de defensa, a reserva de otros medios que las incidencias del ataque fueron sugiriendo a los sitiados cuando sobrevinieron.

## IX

### EL ANZUELO Y LA CELADA

*Ben-Cassim, en Sabankafi, a Bu-el-Melah, Caid de Tombuctú.—Gran Caid se llevó único avión aquí tentamos. Enviame urgentemente uno.*

Tal decía el telegrama gracias al cual sabían Raúl y Bertier que Abd-el-Gahel estaba lejos.

El mismo día que la antena enterrada capturó tal despacho recibió la oscilante un aerograma de La Orotava, reexpedición de otro de la torre Eiffel, en que el Ministro de la Guerra contestaba a la petición de socorro diciendo que estudiaba modo de prestarlo con urgencia.

Dos fechas más tarde nuevo radiograma de la misma autoridad avisó que, aparte los grandes preparativos para embarcar las tropas que la metrópoli destinaba a combatir la insurrección musulmana, en cuyo poder no estaba Francia dispuesta a dejar su imperio africano, ya se había transmitido al general Bessieres orden de arbitrar medios de socorrer urgentemente a los sitiados, de quienes estaba aquél relativamente cerca, pues al frente de una fuerte columna había invadido la Nigricia Inglesa.

Bessieres era el Comandante General de los territorios del Tchad, y combatía a los ingleses en el sur del Sahara con las tropas de su Comandancia, reforzadas con los senegaleses antes enviados al Borkú y el Air, y cuya retirada de las guarniciones de estas dos comarcas, que se recordará conocía de antemano Gahel, fué por éste aprovechada para dar la orden del alzamiento.

Por eso dijo Bertier al conocer el telegrama de París:

—En esa columna están las tropas que nos enviaron a Tombuctú, a Agadés y a Zinder cuando pedimos refuerzos, y nos quitaron cuatro días antes de estallar la rebelión.

Bessieres es un gran soldado, y, por lo visto, ya se lo ha hecho sentir a los ingleses, invadiéndolos antes de que nos invadieran; pero la mayor parte de su columna ha de estar compuesta de indígenas.

—No es envidiable entonces—dijo Duberry—la situación del general mandando tales tropas en esta época de predicación en todo Africa de la guerra santa.

—Y menos teniendo que atender de una parte a los ingleses y acudir de otra en nuestra ayuda, estando de nosotros a cuatrocientos o quinientos kilómetros. ¡Eso le parece cerca al Señor Ministro!... ¡Y se habrá quedado tan satisfecho! Claro, él ya está a salvo con decir al país y a nosotros que ha ordenado socorrernos: cumplo y miento... Tendría que ver la cara de Bessieres al recibir tal orden.

—¿De modo, Bertier, que usted no cree posible que venga en nuestra ayuda?

—¡Qué he de creer! Mientras esté en Nigricia, donde no hay insurrectos, podrá bandearse contra los ingleses, con sus tropas traídas de Cafrería y Hotentocia, que no son musulmanes; pero si da la vuelta hacia acá y con senegaleses e indígenas del Tchad y del Uaday intenta combatir la insurrección del Sahara, es hombre perdido.

Aquella misma tarde expidió la Residencia un telegrama a París, vía Tenerife, así concebido:

*Clave Comandancia Gendarmería Sahárica.—Capitán Bertier a Ministro Guerra. París.—Gracias auxilio ordenado General Bessieres. Dificilísimo lo preste gran distancia y probable falta confianza en sus tropas luchar contra sahareños. Fuerte ya cercado; insurgentes aumentan constantemente. De no venir más eficaz socorro, resistiremos defendiendo bandera hasta perder vida.*



La contestación, llegada a las treinta y seis horas, decía secamente que al General Bessieres, ya triunfante de los ingleses, le sobraban medios para salvar a los cercados del Air, y que sus tropas acababan de probar su fidelidad en Nigricia.

—El tiempo lo dirá—gruñó Bertier, que no pudo desahogarse poniendo como un trapo al ministro, cual se disponía a hacerlo, porque un gran vocerío le hizo echarse fuera de la habitación donde estaba con Joubert, que le había traído la respuesta de París, y distraerse con la extraordinaria novedad que a sus ojos se ofreció al percibir la causa de las exclamaciones y carreras de europeos, argelinos, dazas y tibous, que, abandonando sus tareas, corrían a la plazoleta, sobre la cual se levantaban los andamios sostenedores de la antena fija y fingida, instalada por Pepe para despistar a Abd-el-Gahel sobre la existencia de la verdadera y ondulante.

—Está preso, está preso.

—Se le ha enganchado algo y no puede escapar.

—Parece que va bajando.

Las anteriores frases eran proferidas por quienes en todas direcciones acudían atraídos por el espectáculo de un hélico retenido por su ancla a uno de los travesaños de la antena, sin que los esfuerzos infructuosos del giro apresurado de sus hélices horizontales y verticales consiguieran elevarlo ni separarlo de la antena.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?—preguntó Bertier a Lobera, que al mismo tiempo que él llegaba al pie del andamiaje.

—Que hemos hecho prisionero un avión enemigo, y que ya tenemos dos, uno de ellos armado, en vez de uno solo desarmado. ¿No lo ve usted enredado en la antena?

—¿Qué casualidad!

—No está mala casualidad—replicó Lobera sin agregar razón de porqué rechazaba el calificativo dado al apresamiento, que era premeditada pesca preparada por él; pues preocupándole por lo pronto más atender a que el pez—bueno, pájaro—no rompiera el sedal, daba, al efecto, orden de que tres o cuatro hombres se colgaran de cada una de tres maromas pendientes del cable de comunicación a tierra de la antena amarrada por sus vientos al travesaño en donde había engarrado el ancla del avión que pugnaba por huír.

Aquel cable era el mismo cuya robustez insólita había sorprendido a Don Héctor

cuando vió a su yerno montarlo y sin que éste le diera explicaciones, también calladas, en la misma ocasión, de porqué se le escapó llamar anzuelo a la simulada antena.

Lo recio de tal cable obedecía a no estar destinado a establecer comunicación eléctrica con tierra, sino a contrarrestar el tirón de un aeroplano, si alguno intentara llevarse la antena del modo como había sido arrebatada la de Agadés. Para ello estaba preso por su parte inferior a un robusto torno que un potente motor eléctrico haría girar, cobrando cable, tan pronto fuera maniobrado su conmutador de entrada de corriente por un vigilante, que acudiría a él en cuanto fuera señalada la proximidad de un avión.

Del cable pendían las cuerdas de las que Pepe hizo colgarse a los obreros para que ayudaran al motor, en previsión de que éste no fuera capaz de vencer por sí solo la fuerza de las hélices del avión si la desconocida de ellas resultare mayor que la de él, no obstante haber sido ésta calculada por el argentino con precaución y margen que hacían improbable semejante deficiencia.

Apenas adoptadas estas disposiciones, se convenció Pepe de que ya comenzaba a descender el hélico, a despecho de los esfuerzos que para huír hacía; y volviéndose a Bertier, dijo:

—Vea, vea que la casualidad nada tiene que ver con la ratonera que he preparado, y en donde dentro de un minuto va usted a poder prender al Vengador.

Regocijado con tal promesa, llamó Bertier a tres o cuatro gendarmes que, en primera fila estaban entre los mirones, y con los cuales aprehendió en seguida a los dos tripulantes del aeroplano al tocar éste tierra. Pero sufriendo él y Lobera desengaño grande porque ninguno de ellos era el Vengador, a la sazón muy lejos de Techiasco, y porque el avión recién caído en la trampa no era el de Gahel, sino el pedido por Ben-Cassim a Tombuctú, que tan pronto aterrizado en Sabankafi, salió en vuelo a tomar, desde la altura, unas vistas fotográficas de la Residencia para solventar dudas que impedían a Harsk ultimar el plano del interior de ella.

Sin novedad impresionó el topógrafo las placas de los puntos dudosos, y cuando ya iniciaba el aeroplano la virada de regreso, reparó su piloto en la antena, acometiéndole tentación de llevársela; pues siendo el mismo que iba en el hélico que arrancó



la de Agadés, le agradaba ofrecer tal presente al Vengador, para que viera éste cuando retornara que había sacado un buen discípulo.

Por tal se tuvo el aviador al ver que a la primera intentona lograba meter el ancla entre los alambres paralelos de la antena y hacerla en seguida correr por debajo de ellos hasta engancharla en el fortísimo travesaño de fundición donde se amarraban, del cual saltaron rotos al tirón dado con el aumento de velocidad de su aparato.

Pero inmediatamente sintió la sacudida de un segundo tirón que, a no ir bien atado a su asiento, le habría despedido al espacio; y comprendiendo entonces que por algo estaba retenido el helicóptero, forzó la marcha de las hélices, que comenzaron a luchar con el cable sujeto por tres dobles vientos de robusto alambre al travesaño del que con su ancla creía aquel hombre tirar, cuando el cable era realmente el que de ella tiraba.

Al hallar en el cepo, armado para un león, dos ratoncillos míseros, pues Harsk y el piloto eran presa muy diferente de la que Pepe y Bertier creyeron un momento les caía en las manos, lo acedo de la decepción agrió el contento de éstos, mas no bastó a quitarles el de la captura de un avión armado con ametralladora a proa y a popa: éxito nada despreciable que despertó ruidosísimo entusiasmo en dazas y tibous, y no tan resonante, pero no menos grande, en argelinos y franceses, que felicitaron cañorosamente a Pepe, a quien vitoreaba la plebe.

Mas la alegría de quienes formaban lo que podemos llamar Estado Mayor de la Residencia duró poco, pues a la noche llegó a la antena de los pozos una tristísima noticia en un *geograma* (*geo*, pues venía serpenteando a través de la tierra) oficial enviado al Residente general inglés en Lagos por el teniente jefe de la sección radiotelegráfica de campaña de la columna Troppers, operante en Nigricia contra el general Bessieres.

Aun cuando muy largo, era el despacho tan interesantísimo, que lo copiamos íntegro, según fué traducido al francés por el propio Duvery; pues la terrible concisión de su sobrio contexto no consiente extractos.

Helo aquí:

*Teniente Hicks, desde Karifa, a Mayor General en Lagos.—Por avería carro antena esta sección Coronel Troppers la dejó atrás, siguiendo él cumplir orden V. E. lle-*

*gar anteayer Bebeji conferenciar jefe sahareño llegado vía aérea. Por eso mi sección y yo, únicos ingleses escapados catástrofe que telegrafo. Ignoro tratos conferencia celebrada supuesto alado día dicho. Siguiendo tarde nuestra columna atacada Bessieres, contra quien apenas entablado combate se volvieron sus tropas musulmanas gritando: "¡Viva el Vengador! ¡Viva Inglaterra!"*

*Entre ellas y los nuestros deshicieron franceses sin dejar uno vivo, a pesar esfuerzos Troppers salvar prisioneros. Juntos vivaquearon senegaleses pasados a nosotros la compañía de highlanders y nuestros cafres y hotentotes; pero después de media noche cayeron los primeros sobre las tiendas de highlanders y de la oficialidad inglesa de las tropas negras, asesinando dormidos a unos y otra. Cafres y hotentotes sin jefes inmolados o desbandados antes de formar.*

*Los traidores ya no gritaban Viva Inglaterra, sino Africa, Africa, Viva el Vengador.*

*Esta mañana en marcha unirne columna encontró intérprete ella que pudo escapar obscuridad noche repitiendo los vivas de los asesinos en idioma ellos. Ha visto caer Coronel y martirizar ferozmente todos mis jefes y compañeros, y él me lo ha referido todo.*

*Durante matanza oyó al llamado Vengador enardecer a sus sicarios gritándoles: "¡A ellos, a ellos! A estas horas vuestros hermanos de Egipto, Nubia, Sudán y Abisinia exterminan ingleses como antes exterminaron franceses."*

*Hoy se me han incorporado grupos cafres fugitivos. Mañana me replegaré dirección Bida. Imposible telegrafiar hasta ahora diez noche, pues imposibilitado componer antena la suplo deshaciéndola, tendiendo sus alambres en estrella en el suelo y ligándolos a cinco grandes baobales por los cuales transmito (1).*

Al oír leer este parte, que solamente co-

(1) Experimentos practicados bajo la dirección del general George O. Squier, jefe del "Signal Corps", del ejército norteamericano, demuestran que, a reserva de ulteriores perfeccionamientos, ya una posibilidad la comunicación radiotelegráfica empleando árboles para hacer veces de antenas.

En prueba de ello, a continuación traducimos el siguiente párrafo de una memoria del mencionado general:

"Inmediatamente descubrimos que con los sensibles amplificadores de recepción hoy en uso era posible recibir señales de las principales estaciones de Europa sin más que establecer en el suelo, debajo de un árbol que no esté seco, una red de alambre, y uniéndola, mediante otro alambre ais-



nocieron Duvery que lo tradujo, su hijo, Lobera y Bertier, dijo Raúl:

—Ya sabemos dónde estaba Abd-el-Gahel. ¡Infame!

Y exclamó el veterano:

—¡Canalla!... ¡Pobre Bessieres!... Ahora verá el Señor Ministro lo que valía su prometido auxilio. Traiga, Duvery, traiga ese despacho. He de copiarlo en cifra antes de dárselo mañana a los telegrafistas para que lo trasladen a París por el Congo o Tene-rife. Con lo largo que es, ya tengo tarea hasta la amanecida.

Siento de veras no poder ver la cara que Su Excelencia va a poner al leerlo.

Con la tristeza consiguiente al deprimente suceso se separaron los demás de Bertier. La ira de Raúl no hablaba sino de salir en el aeroplano apresado aquella tarde para darse el gustazo de ametrallar con sus propias ametralladoras a las hordas que cercaban la Residencia: propósito del que le hicieron desistir su padre y su cuñado diciéndole que nada convenía hacer en tanto no estuvieran terminados los trabajos, todavía pendientes de ultimar, que Pepe realizaba para reforzar la defensa con los elementos de la Heliodinámica; pues si los sitiadores no atacaban, no convenía precipitarlos.

—¡Qué lástima!—contestó el impulsivo muchacho—. ¡Y qué lástima que cuando estábamos tan satisfechos con tu éxito de esta tarde, venga esto a estropearlo!

—Sí: el éxito de mi anzuelo no compensa ni con mucho el de la celada de ese infame...

—Celada doble; pues por lo visto estaba de acuerdo con el Residente de Lagos, que aprenderá con esto lo que valen las alianzas con africanos.

—Le está bien empleado.

—Pero ¡qué vergüenza para un país civilizado!

—Lo negarán, estoy seguro: de esas habilidades de la diplomacia reniegan siempre los autores de ellas; pero ya ves con cuánta razón te llamaba cándido cuando creías imposible que un país culto ayudara a salvajes y asesinos.

—Verdad, verdad.

—Cuando salvajes, asesinos, piratas o revolucionarios son enemigos de otro país civilizado, pero competidor en un mercado pingüe, la civilización de unos cree lógico ayudarlos a destruir la civilización creada por los otros; y así camina a la barbarie la civilización de todos, y así va el mundo despeñándose a horrendas hecatombes.

Mira, mira la historia: y un día verás un pirata hecho duque, y otro azuzar una revolución que cuesta trono y vida a un aliado, y después a jefes de naciones civilizadas dar beligerancia y tratar como a iguales a los verdugos magnos de la horda mayor de ladrones y asesinos que el mundo ha conocido.

## X

### ENTRE MIELES DE TRIUNFO AHELEA EL DESENGAÑO

El éxito de la doble traición del Gran Caíd no era, según se ha visto en el parte inglés transmitido por los baobales, sino episodio de la general matanza de ingleses con quie-

*lado, a un clavo hincado en la parte alta del árbol, por bajo de la copa.*

*Mensajes radiotelefónicos procedentes de aeroplanos fueron también fácilmente recibidos por el árbol antena.*

Mas aun radiotelefonemas transmitidos por un árbol antena fueron recibidos por otras antenas de esta misma clase.

Para obtener efectos más intensos cabe usar antenas constituidas no por uno, sino por varios árboles."

nes árabes y bereberes repitieron en todo el Africa septentrional lo hecho antes con los franceses; mas sorprendiéndolos más de improviso todavía que a éstos; pues adormecida la desconfianza de las autoridades por sus secretas inteligencias con Gahel, no creían que contra ellos fuera el movimiento musulmán, olvidando que el odio africano no distingue entre europeos, y que amistades con quienes tienen la falacia en la sangre siempre dan, a la corta o la larga, iguales frutos.

Aquel nuevo y resonante triunfo fué para Abd-el-Gahel postrer peldaño cuyo ascen-



so lo encumbró a lo más alto de sus ambiciones; pues una semana después de la jornada de Bebeji, los Emires del Diván Supremo y los lugartenientes de la rebelión en los diversos países entre el Mar Rojo, el Mediterráneo y el Atlántico se reunían en los oasis de Kufra (1), y en solemne asamblea declaraban constituido el Imperio Islámico Africano y aclamaban por Gran Califa al Vengador.

Tan pronto éste confirmó en sus mandos en Marruecos, Argelia, Egipto, Nubia, etcétera, a quienes le habían dado la corona, oyó sus informes, les comunicó instrucciones, y se fueron todos ellos a sus residencias, tardando en dejar libre al flamante califa tres días, que pesaron cual siglos a la impaciencia de él, retornó a Sabankafi, en donde al verle aterrizar Cassim—que estaba telegráficamente enterado de su proclamación, a la cual no asistió por no aban-

(1) Hermoso archipiélago de verdeguantes 's-las llama Eliseo Reclús a Kufra, que no es un oasis, sino cinco oasis, separados por llanuras arenosas, donde se elevan numerosas dunas que el tiempo y el viento cambian de lugar.

En el centro del Desierto Líbico ocupan dichos oasis una extensión de 350 kilómetros de Oriente a Occidente, por más de 200 en sentido Norte-Sur. Al Sur de los oasis de Aoudjila, ya citados en esta obra, distan del más meridional de éstos, el de Djala, 400 kilómetros, en los que no se encuentra un solo pozo. Del Borkú distan 700 kilómetros en dirección NNE., y para llegar por el Este hasta el Nilo preciso es recorrer más de un millar de ellos.

No es, pues, extraño que esta región, que hay fundamento para creer no fué conocida del mundo antiguo, no lo haya sido del moderno sino hasta fines del siglo pasado, en que la visitó el viajero Rohlf en 1879.

El nombre de Kufra, que quiere decir "País de los Paganos", le viene de sus primeros habitantes, *tibous*, hoy en escasa proporción en él y sometidos al yugo de los senusitas, que son completamente independientes de todo poder cristiano o musulmán.

Los oasis son: Buseima, en el centro; Erbehna y Kebabo, al Sur, cada uno de 200 kilómetros de Este a Oeste; Taiserbó y Sirhen, al Norte.

El agua, muy somera en todas partes, es abundantísima por doquier, y la vegetación, copiosa. Existen varios lagos, siendo el más importante el de Buseima, que alcanza 10 kilómetros.

Son notables las ruinas, muy bien conservadas, de pueblos enteros y grandes; las de un castillo, cuyos muros son de sal en vez de piedra, y el actual convento islámico de los *hermanos senusitas*, que son los señores de toda la comarca. Este monasterio, muy semejante a una fortaleza, con mallas blanquísimas, en armonía con su nombre, se llama *Convento de la Pureza*. A fines del siglo pasado albergaba a 250 monjes y pocos más esclavos *tibous*.

Hay quien cree, mientras otros lo niegan, que éste es el lugar paradisíaco cuyo camino fué perdido, de que hablan antiguas leyendas africanas.

donar el mando frente a la Residencia—se mostró sorprendido y disgustado por creer la de Techiasco poca empresa para quien ya ostentaba la dignidad de Gran Califa, manifestándole a las claras, al decirse así, su temor de que los magnates que lo habían elegido lo censuraran al saber que en lugar de atender a los asuntos de general importancia que requerían su atención al comenzar a ejercer su autoridad, y lo vieran, no preocupado en prepararse a rechazar la reacción que contra las costas de Africa ya estarían fraguando las naciones expulsadas de ella, sino distraído en la expugnación de una bicoca como aquella mísera fortaleza improvisada en el fin del Sahara y defendida solamente por un puñado de perros imposibilitados de salir de su madriguera, donde de cierto los habría ya él exterminado a no haberlo cohibido la orden de su sobrino de limitarse en su ausencia a organizar y adiestrar sus allegadizas huestes, cuyo bravío espíritu y sueltos hábitos repugnaban regulares encuadramiento y disciplina: siendo muy de temer que a tardar poco más en darles algún botín se desharían como sal en el agua, porque ya iban murmurando sin rebozo de los aplazamientos de la acción y las molestias del aprendizaje militar, de las que acaso se librasen los soñados batallones desertados en masa.

Que en atacar la Residencia no podía ya perder tiempo si no quería quedarse sin las veleidosas fuerzas que mandaba, se lo dijo igualmente Tinkert a Gahel al darle cuenta de la impaciencia y descontento de ellas, que a no ser por la creencia de que en cuanto llegara el califa las llevaría en seguida al saqueo, habrían estallado en rebelión contra Cassim y el informante.

Por último, las entusiastas ovaciones que al recorrer aquel día en un auto los vivas recibió Gahel, confirmaron los anteriores concordantes informes, pues tanto o más que los vivas al Califa y al Vengador del Africa sonaban los mueras a los perros de la Residencia y las clamorosas peticiones de asalto, reforzadas con gritos llamando cobardes y traidores a Cassim y a Tinker: diciendo todo al vitoreado que para no poner su popularidad en grave riesgo de desvanecerse le era preciso prometer a sus fieras que al día siguiente las llevaría al asalto, cediéndoles la parte que a él le correspondiera en el pillaje: oferta que le valió vítores mucho más entusiastas que los que a su llegada le habían acogido.



He aquí cómo se le frustró a Gahel su madurado plan de anteponer al ataque el raptó de Emma, sintiendo al verse compelido a someter su voluntad a la de la canalla, cólera tanto más peligrosa para sus causantes cuanto más callada.

Apenas retornado a Sabankafi, ya caída la tarde, rápidamente ideó medio de realizar el prometido asalto en forma que, dentro de cuanto a humana previsión fuera dable alcanzar, no peligrara en él la vida de su amada; pero el temor a imprevistas contingencias que pudieran inutilizar sus precauciones fué nuevo soplo al escondido, pero ardiente rescoldo de su ira.

Después de meditar el plan para el siguiente día sobre el plano del recinto interior de la Residencia, ya casi terminado, mas no completo a causa del apresamiento de Harsk, atribuido por Gahel a un accidente del hélico, llamó a Ben-Cassim, y encomendándole el mando de las fuerzas sitiadoras a occidente de la improvisada fortaleza, le ordenó las hiciera avanzar aquella misma noche hasta situarlas tan cerca de los atrincheramientos como fuera posible, dentro de la condición de que, tendidas en el suelo y cubiertas con las ondulaciones de él, no pudieran ser vistas por los sitiados cuando amaneciera. Las tropas de Cassim no debían disparar un solo tiro hasta que él las lanzara, sin cuidarse de bajas, al ataque a fondo, en el momento en que viera remontarse sobre Techiasco el avión donde el califa había regresado de Kufra y ondear en él el estandarte blanco y verde del recién nacido imperio; pues los ex jornaleros del ferrocarril alojados en dicha aldea, y conocedores de los parapetos con sus manos levantados y del terreno entre aquélla y éstos, eran los más indicados y aptos para formar la vanguardia e iniciar el ataque. Cuando éste hubiera progresado en términos de atraer la guarnición a las trincheras y sujetar la mayor parte de ella a las fronteras a Techiasco, sería la ocasión oportuna de que las taifas al mando de Cassim cayeran sobre los otros frentes en momento que apreciaría Abd-el-Gahel, señalándoselo a aquél con el aeroplano.

Además del alto mando de la línea entera, quiso el califa reservarse la dirección personal de la primera embestida de la gente de Techiasco.

Enterado Cassim del plan de conjunto y de la intervención que le incumbía en él, a su cargo quedaba tomar disposiciones y en-

viar propios en motos a los cabos de taifas más lejanas, y en camellos a las vivaqueantes a menor distancia, con orden de romper la marcha a media noche, en el mayor silencio, hacia los lugares que él señalaría a cada contingente, y en donde los revistaría personalmente recorriendo, antes de amanecer, la línea entera para rectificar cuanto fuere menester, señalar puntos de ataque a las taifas de primera línea y constituir con otras la reserva a sus inmediatas órdenes.

A estas prevenciones agregó Gahel dos especiales y muy recalcados encargos.

Fué uno advertir a los cabecillas que sería degollado quien consintiera a su tropa disparar un solo tiro o realizar acto capaz de descubrir a los sitiados la inminencia del ataque antes de dar Cassim orden de comenzar.

Era otro hacer saber a todos que a nadie había de darse cuartel, pues no se querían prisioneros: con la sola excepción de Duvry, su hijo, su hija y el capitán Bertier, personajes ellos que por su importancia debían morir en un cadalso en Fez con más solemnidad y resonancia que obscuramente en el degüello subsiguiente al asalto; y sagrada ella, como destinada al serrallo del califa.

En consecuencia, se haría todo esfuerzo para cogerlos vivos, recibiendo quienes así los entregaran cinco mil francos de recompensa por cada una de las personas indicadas.

Al oír esto, el mulato fijó en su sobrino mirada tan insistente y escrutadora que Abd-el-Gahel la sintió penetrarle sentimientos y propósitos, leyendo él a su vez en la expresión de ella que su feroz pariente no se dejaba engañar por el embustero proyecto de ejecución en Fez; y conociendo el fanático odio de su tío a los cristianos y su crueldad inflexible receló primero opusiera objeciones al mandato, temió después pasara de miradas incrédulas a indiscretas preguntas para obligarle a declarar su escondida intención, y se espantó por último al pensar que nada preguntara, pero tampoco obedeciera.

Mas pasado un instante se tranquilizó, pues desviando Ben-Cassim los ojos cual quien no necesita inquirir ni mirar para saber a qué atenerse, dijo con firme entonación, donde vibraba sinceridad indudable, que aquello corría de su cuenta, mas sólo en parte; pues el aborrecimiento de los indígenas a los gendarmes haría muy difícil evitar que muriera el capitán. Y aun cuan-



do sorprendió al califa extraordinariamente, como cosa imprevista, la categórica promesa, no quiso escudriñar la causa de tan inverosímil humanitarismo en tal persona: que si no beneficiaba a Bertier como a la familia Duvery, era por haber conocido Cassim que la recomendación de coger vivo a aquél no era sino añagaza de su sobrino para no dejar ver interés exclusivo en salvar al padre y al hermano de la huf.

Con esto terminó la conferencia, que Gahel se apresuró a cortar, apremiando al otro para que aprovechara el tiempo hasta el alba restante y no sobrante, para hacer cuanto le había encomendado, dejándose a él de meditar y dictar las disposiciones preliminares de la actuación de las fuerzas de Techiasco.

Media noche era cuando, ya a solas, volvió Abd-el-Gahel a reflexionar sobre los planos de la Residencia, tomó notas y llevándose las consigo subió al hélico, del cual bajó en Techiasco a la media hora, después de brevísimo alto a mitad de camino en el campamento de los rebeldes en reserva de los jornaleros de aquel pueblo. Estos habían trocado los picos y palas por fusiles que Tinkert tenía escondidos y les distribuyó el día mismo en que fueron despedidos de la Residencia.

Aquel alto tenía por objeto ordenar al jefe de los acampados que inmediatamente los llevara marchando con el mayor sigilo a la citada aldea y se le presentara a tomar órdenes al llegar a ella, en lo cual tardaría poco más de una hora. Cuando pasada ésta le dió en Techiasco parte el cabecilla de haber llegado con su gente, ya había el califa distribuido los jornaleros en grupos a las órdenes de los cabos de taifas, indicado a éstos las direcciones en que habían de marchar con los suyos cuando bastante antes de amanecer les fuera enviada orden de comenzar el combate, y comunicádoles instrucciones para la primera parte de éste, en la que si no podía aspirarse a sorprender en absoluto a los atacados porque la luz de los proyectores de iluminación permitiría a los centinelas de la plaza enterarse del avance de los sitiadores, cabía que éstos aprovecharan la hora de la embestida acercándose muy rápidamente a los parapetos para cortar las alambradas y aun tal vez escalarlos; pues siempre se ganaría el tiempo que, al aviso de los centinelas, tardara la guarnición en despertarse, levantarse y ponerse en defensa; pues, salvo al-

gún pequeño retén de guardia, todo el mundo estaría allí profundamente dormido.

Seguidamente hizo Gahel a sus subalternos el mismo encargo que a Cassim, ofreciéndoles las propias recompensas de que a éste había hablado para quienes entregaran vivos a los Duvery y al capitán, insistiendo muy machaconamente en la prohibición de dar cuartel a *nadie*, exceptuando los citados.

Es de notar que Tinkert no acaudillaría las taifas de su mando por asumir éste el califa, que después de despedir a los cabecillas conversó reservadamente con aquél hasta muy tarde, quedándose, cuando el otro se marchó, en estado de excitación, causada por lo que, dándole su verdadero nombre, era miedo: verdadero miedo, como jamás lo había experimentado, extrañísimo en quien, como él, siempre se había encontrado ecuanime, sereno, frío, en los mayores peligros.

¡Miedo!... Sí; mas no por él, que ni a tal sentimiento era personalmente accesible, ni podía tenerlo en aquella ocasión en que atendida su altísima personalidad se mantendría al día siguiente alejado de los riesgos de la lucha, sino terror de que todas las precauciones por él tomadas ya y las que Tinkert adoptaría para preservar la vida de *ella* pudieran resultar infructuosas, porque ¿quién sabe adónde van las balas en un asalto?

Y al miedo se juntaba el amargor natural en un hombre de su temple y su soberbia ante el sarcástico contraste de que cuando acababa de escalar la autoridad suprema fuese cuando advirtiera por la primera vez su falta de libertad para ejercerla como no la ajustara al cuándo, cómo y para qué le plugiera a la canalla: ¡menguada autoridad, irrisorio poder!

El imperio que él había hecho surgir, el califato de que estaba investido, su talento, su voluntad, cultura y fuerza nada valían, nada pesaban, puesto que habían de obedecer a la barbarie ingénita y al salvajismo de las masas, que en Africa eran la única fuerza incontrastable.

¡Y para alcanzar tal simulacro ruin de poderío, realmente esclavo de quienes parecían acatarlo, había él empleado veinticinco años de juventud aprisionada en estudio incesante y renunciado a la vida entera en un mundo mejor hacia el que su cultura lo atraía, y dedicado vida entera, meditaciones y esfuerzos a la redención de pueblos y de razas a la postre incapaces de toda redención!

¡Y como recompensa a desvelos y renun-



ciaciones y sacrificios veíase, al llegar a lo alto, en el amargo trance de esoger entre afrontar impopularidad que, de no plegarse a llevar sin demora su manada a saciar bestiales ansias y viles apetitos en la matanza y el pillaje, habría arruinado su prestigio ocasionando sedición y acaso asesinato del ídolo de ayer por el delito de no ser tan bestia como ellos, o resignarse a padecer el acerbo desprecio que, recién alcanzado el ensueño de su vida, le inspiraba su autoridad suprema! ¡Suprema! ¡Qué sarcasmo!

Al saborear el triunfo de sus ambiciones amargábale en él la hiel del desengaño.

Pero había algo peor, porque no era arañazo en la soberbia del ambicioso, sino congoja del corazón enamorado, punzadas en él dadas por la incertidumbre de si el destino le reservaría, como botín de la jornada que iba a alumbrar la luz del día, cercanísimo ya, la desesperación de que el primer

abrazo a la adorada criatura dueña de su alma y afán primero de su vida, ante el cual ya se esfumaba su ambición, solamente pusiera entre sus brazos el cadáver de ella!

Pero entonces, ¿por qué había accedido a dar el asalto donde ella podría perecer o donde acaso las rijosas fieras sahareñas? ¡Qué horror, qué horror!

Porque había visto clara la decisión de las masas de asaltar la Residencia con él o contra él; porque resistirse a darlo habría sido provocar el motín que, arrebatándole el mando, le impediría hacer lo que había hecho y lo que iba a hacer para apartar de Emma los peligros.

Tales fueron las cavilaciones, recelos y amarguras en que lo halló sumido la hora del ataque, sin haber intentado pegar los ojos. ¿A qué, si estaba cierto de que no habría acudido el sueño a ellos?

## XI

### EL ASEDO SE CONVIERTE EN ATAQUE...

El avance de los de Techiasco fué descubierto una hora antes de romper el alba: no por los centinelas, sino por el capataz americano de turno a aquella hora en los proyectores que, en constante actividad durante la noche entera, iluminaban desde la Residencia todo el terreno circundante.

Los Lobera, los Duvery, Bertier y sus oficiales se habían hacía tiempo repartido las noches por cuartos para que siempre hubiera despierta una persona caracterizada y de criterio con independencia del personal de turno en los departamentos de dinamos, acumuladores, transmisiones tele-electro-mecánicas y demás dependencias donde en toda ocasión hacían guardia sendos capataces u obreros aventajados.

A Don Héctor, jefe de cuarto a aquella hora, dió la alarma el vigía al ver que de la gran sombra inmóvil del montón de casucas y tugurios que constituían casi toda la edificación del villorrio se desgajaban angostas, alargadas y múltiples sombras sueltas movibles en el suelo alumbrado por la melancólica luz argentada del proyector.

Aun cuando la impaciencia de los lectores pida ser rápidamente informada de las pe-

ripecias del combate, forzoso es informarlos antes de antecedentes que, ignorados, harían obscuro e incomprensible el desarrollo de la lucha.

Al recibir el aviso hallábase Duvery en un vasto aposento con aplicación análoga a la del puente de mando de un acorazado, pues desde él había de ejercerse el de la defensa por partir de allí las órdenes del pequeño campo atrincherado.

Desde dicha habitación y a través de seis rasgados ventanales, se oteaban a simple vista, por cima de todos los edificios de la Residencia, los alrededores más cercanos a ésta, y la lejanía con grandes anteojos prismáticos, binoculares y telemétricos de gran aumento montados en círculos graduados que daban las direcciones en las cuales eran dichos objetos vistos, leyéndose simultáneamente en los mismos gemelos las distancias a que se encontraban: datos que cuando sobrevinieran combates serían comunicados a los artilleros de los cañones revólveres, a los sirvientes de las ametralladoras y a las secciones de fusileros para que desde el primer disparo pudieran hacer fuego con el tiro arreglado.



En una gran mesa central y circular se alzaban veinticuatro a modo de tejas verticales metálicas, formando otros tantos espejos cilindro-parabólicos con sus concavidades vueltas hacia el campo en otras tantas direcciones radiales. Las alturas de ellas, en todas iguales, era de treinta centímetros. En la oquedad de cada una veíanse dos pares de alambres verticales, todos terminados en esferillas doradas, dos a dos fronteras y poco separadas entre sí, con tamaño doble en los pares superiores (eléctricamente independientes de los inferiores).

Las bolas y las variables aberturas entre ellas tenían parentesco estrechísimo con las esferas y vanos de los aros hendidos de alambre a que hicimos referencia al hablar de los trabajos preparatorios de la defensa, diciendo fueron enterrados en los hoyos de minas y fogatas pedreras en número doble de las tejas y distribuidos en dos líneas en torno del recinto: una en la cercanía de las trincheras, trescientos metros detrás de las alambradas; otra, cuatrocientos a vanguardia de éstas.

Ocupaba el centro de la mesa de las tejas, o, dándoles nombre menos pedestre, *reflectores electro-magnéticos*, un carrete Rumkford que, mediante un acumulador de cuarenta y ocho contactos, podía ser a voluntad puesto en comunicación con cada uno de los detonadores alojados en las concavidades de las 24 tejas-reflectores. ¡Ah! Creo no haber dicho hasta ahora que cada par de alambres con sus dos bolas fronteras se llama *detonador* o *excitador*, ni que los aros a distancia enterrados se llaman *resonadores* (1).

Salvada la omisión, prosigamos describiendo la cámara de *mando*, donde hallamos, además de lo dicho, no un cuadro de clavijas telefónicas, sino numerosos teléfonos directos a las baterías altas de los Hockings, a cinco *cabinas* situadas en el centro de igual número de sectores en que para la defensa próxima habían sido divididos los atrincheramientos, a la estación radiotelegráfica, polvorines, centrales de dinamos, electrotérmica, acumuladores, taller frigorífico, cuartelillos y a la sirena, cuyo alarido, en caso de alarma, equivaldría a orden al personal técnico de acudir inmediatamente a las dependencias donde cada uno prestaba servicio, y a la guarnición, de correr a los sectores de defensa en los que de antemano habían sido distribuidos todos los varones

válidos, cuyo total estaba más cercano a dos millares que a millar y medio.

El mando militar, entendiendo tal calificativo a la antigua usanza y restringiéndolo a la dirección de hombres armados y bocas de fuego, corría, claro es, a cargo de Bertier, siendo Pepe Lobera el director de la defensa en la parte de ella encomendada a la acción científica, auxiliado inmediata y directamente por su hermano, Don Héctor y Raúl, y en cada una de las secciones correspondientes a diversos tecnicismos, por los ingenieros del ferrocarril y de la helio-dinámica.

Salvo menudos detalles que harían enojosamente prolija la descripción de la rotunda de mando, lo dicho es lo esencial para proseguir el relato de los hechos; pues otros pormenores omitidos ahora irán saliendo a medida que jueguen en venideros sucesos.

\* \* \*

"Parece verse movimiento de columnas que salen de Techiasco", gritó en la rotunda la bocina del tubo acústico de comunicación entre aquella y el torreón de los proyectores desde donde daba el vigía el aviso, al oír el cual registró Duvery el campo con el anteojo del ventanal correspondiente a la dirección indicada; e inmediatamente convencido de que aquello tenía toda la apariencia de un comienzo de ataque por sorpresa antes de que rompiera el día, hizo sonar la sirena con reiterados bramidos, simultáneos con los repiques de los timbres de cuartelillos, talleres y de los teléfonos de los Lobera, Raúl y Bertier, volviéndose en seguida el anteojo; pues la rapidez que en su anterior vistazo le pareció advertir en el avance de los enemigos le sugirió la idea de que acaso antes de pasar el tiempo necesario a la guarnición para vestirse, armarse y llegar a las trincheras sería preciso que personalmente hiciera él algo para detener la primera embestida de los africanos.

Tres eran los grupos que con intervalos como de medio kilómetro salieron de Techiasco; pero al volver Don Héctor a mirarlos por segunda vez, ya no tenían, como la primera, forma de estrechas columnas en marcha a la desfilada hacia las fortificaciones; pues a la par que a la carrera se acercaban, iban desplegándose en línea de batalla con fuerza que en cada una de las tres tropas le pareció cercana a los mil hombres; pero no siendo aquellas fuerzas sino una vanguardia, detrás de la cual e inmediato a

(1) Pocos párrafos más adelante aparecerá clara la razón del porqué de estas denominaciones.



la aldea columbraba un manchón obscuro cuya movilidad no permitía confundirlo con la pardusca sombra del poblado, y que supuso fuera la hueste de sostén de quienes avanzaban en cabeza; mas de la cual no pudo hacer evaluación ni aproximada.

Sucesivamente enfiló el anteojo a los tres grupos de primera línea, aquilatando las direcciones de sus movimientos y la velocidad con que se acercaban a otros tantos salientes de las trincheras; se apartó en seguida de los prismáticos para consultar el plano de los atrincheramientos, permanentemente desplegado en una mesa inmediata a la del carrete y los detonadores; y viendo en él que las fogatas siete y ocho de la línea exterior a las alambradas eran las instaladas delante de los intervalos entre dichos salientes de la fortificación, retornó al anteojo para observar el campo y los enemigos, hasta que pasados pocos segundos juzgó ser llegado el crítico momento de detenerlos, dando entrada en el carrete eléctrico a la corriente de la central de las dinamos. Mediante el conmutador, puso después el carrete en sucesiva comunicación con las esferillas superiores y más gruesas de las tejas siete y ocho, produciéndose en una en pos de la otra los chisporroteos violentos del crepitar de las descargas eléctricas estallantes entre las esferas de ambos *detonadores*.

Esto en la rotonda donde Duvery estaba, pues en el campo, y simultáneamente con los chasquidos de las chispas se vieron a lo lejos emerger de la tierra y elevarse en la atmósfera dos enormes polvaredas, levantadas por la fuerza de la ígnea masa de incendiados vapores del explosivo: rojizas y tenuemente luminosas en sus núcleos junto al suelo por brillar entre nubes de polvo, pero lanzando en todas direcciones flamígeros dardos dorados y violáceos airones de fuego, que desgarraron un instante con resplandeciente luz la grisácea nube, que se elevaba y se ensanchaba, haciéndose cada vez menos densa.

Siguieron a esto dos estremecimientos del terreno, que con sus oscilaciones sacudieron los muros y los pisos de todos los edificios de la Residencia; vibró el aire, agitado por los estampidos de las explosiones de las fogatas, provocadas por las ondas electromagnéticas, que engendrándose en el vaivén vertiginoso de las chispas de las descargas eléctricas estallantes entre las bolas de los excitadores y reflejándose en los espejos de las tejas, fueron por éstos enviadas a través

del aire en la dirección de las fogatas siete y ocho, y al llegar a los *resonadores* de las esferillas terminales de los vanos de los alambres enterrados en las fogatas los hicieron vibrar con la misma frecuencia con que habían vibrado en los detonadores de la cámara de mando y lanzar entre las bolas escondidas bajo tierra cascadas de chispas que incendiaron los fulminantes y éstos la oxiquilita de la carga.

La energía eléctrica transmitida por Duvery, que de haber sido humanitariamente transformada en potencia mecánica, lumínica, calorífica, habría sido impulso del trabajo de un tractor agrícola, de un aeroplano, un buque, o luz en el taller o en el hogar, o calor en los irradiadores de una calefacción, habíase convertido en asolador fuego inhumano, en golpe que destruía vidas.

Cuando con diferencias de minutos entraron en la rotonda Pepe y Manolo Lobera, Bertier y Raúl, no era posible ver nada aún del estrago causado por las explosiones, por no haber descendido todavía al suelo el nubarrón de polvo flotante en los aires, que durante el tiempo que tardó en posarse se lo dió a quien lo había levantado de enterrar concisa y sumariamente a los recién venidos de lo visto por él, y de la necesidad en que la veloz embestida de los agarenos le había puesto de no perder momento en detenerla volando las fogatas.

... ..

Cuando la atmósfera se aclaró, la luz de los proyectores, que recibía ya la ayuda de los primeros claros de la aurora, comenzando a palidecer entre ellos, hizo ver la llanura salpicada en un kilómetro cuadrado de hombres tendidos, sin vida o a punto de perderla; más allá los núcleos de las tres columnas en precipitada fuga desordenada, y en pos de ellas muchos indígenas sueltos, a quienes sus heridas no bastaban a tender en tierra, pero sí a impedirles escapar al paso a que huían los ilesos.

—¡Rechazados, rechazados!—exclamó la vehemencia del inexperto Raúl, entusiasmado con la desbandada de los atacantes—. ¡Bravo, papá, bravo! Los has destrozado y has triunfado de ellos sin disparar un fusil, ni un cañón, ni darles tiempo de romper el fuego. Anda, Vengador, toma asalto. Anda, Gran Caído, toma sorpresa. Entérate, grandísimo Califa, entérate de que esto no es lo mismo que asesinar gente indefensa...

—Para, hombre, para—le interrumpió su padre—, y déjame hablar.



—Y no te entusiasmes tan pronto creyendo que todo está acabado; pues aunque tu padre nos ha salvado de una sorpresa que de no frustrarse podía salirnos cara, no quiere eso decir que ya no haya que...

—Pero Señor Bertier, ¿no está usted viéndolos correr a todos como liebres espantadas?

—Para volver, chiquillo, para volver... Si sólo se tratara de los de Techiasco tendrías razón; pero con la cantidad de fuerzas que *ese hombre* tiene concentradas contra nosotros, con el temple de él y con su inteligencia puedes estar seguro de que no basta lo de las fogatas para hacerle abandonar la partida.

—Tiene razón, Bertier; no hemos pasado de los preliminares.

—Conformes—dijo Pepe—. Y para que nos coja prevenidos lo que no tardará en vernos encima, póngase cada uno de ustedes, sin pérdida de tiempo, a las funciones que tiene señaladas. Excepto tú, Raúl, que tan pronto salga el Sol y acompañado de Friand, como buen práctico de estas cercanías, vas a elevarte en el hélico que les cogimos a éstos para reconocer si los grupos rebeldes acampados en direcciones diferentes de la del ataque rechazado siguen donde estaban ayer o si vienen también sobre nosotros.

—Perfectamente pensado, amigo Lobera—dijo el capitán—; y me figuro que el reconocimiento aéreo demostrará cuán oportunas son sus previsiones.

—Tú, ten presente que apenas has de alejarte, pues para ver cuanto necesitamos basta remontarse doscientos metros y volar en círculo a no más de medio kilómetro de los parapetos. Si, como es posible, se te viene encima algún avión, pues nada nos asegura que esa gente no tuviera sino el que hemos apresado, dispara contra él, pero retirándote y descendiendo rápidamente, porque es importantísimo no perder el único armado que tenemos y nos es indispensable para observar los movimientos del enemigo.

—Pero si al menor asomo de peligro me retiro *prudentemente* no podré ver nada.

—Te equivocas, chiquillo; mientras ellos se enteren de que tú estás arriba, den orden de darte caza y se acerquen, de sobra les habrás ya ganado los ocho o diez minutos suficientes para ver lo que vas a mirar. Tu cuñado tiene razón: nada de floreos, hijo; no es ahora buena ocasión de ellos.

—Ya lo oyes, Raúl; Bertier dice muy bien: nada de floreos. Además de Friand llévate

un telegrafista, pues si no intentaran hostilizarte y advirtieras aproximación de columnas, conviene te mantengas en lo alto hasta que te avisemos, para decirnos, con la telegrafía del hélico, las direcciones en que vengan y las distancias a ellas, para que podamos cañonearlas; y una vez roto el fuego, observarás y nos avisarás donde caigan los proyectiles, para que rectifiquemos las punterías y alzamos de nuestro tiro.

—Pues adiós. Voy a buscar a Friand, porque dentro de poco amanecerá.

Al ver salir a Raúl para su peligroso cometido se le encogió a su padre el corazón y sintió gran deseo de darle un abrazo; pero lo reprimió para no dar muestras de debilidad ni quitar ánimos al muchacho, a quien acaso veía por postrera vez; pero ya que no darle el abrazo pedido por su inquietud y su cariño, no pudo menos de aconsejarle encarecidamente que no olvidara "ninguna de las instrucciones de Pepe", para no decirle obedeciera la de aterrizar en cuanto se viera atacado por aeroplanos, que era la que a él le estaba preocupando.

Detrás de Raúl salió Bertier a inspeccionar cómo las secciones armadas guarnecían los sectores de defensa a dar instrucciones a los jefes de éstos y a instalarse en el puesto desde donde había de ejercer el mando de las armas, en telefónica comunicación con sus tenientes y con la rotunda central.

Ha de advertirse que siendo todos los teléfonos usados en la defensa no de tipo común, sino amplificadores, no exigían en la recepción idas y venidas a coger los auriculares; pues la voz, reforzada en portavoces, salía de las bocinas parlantes, resonando en la habitación donde se hallara la persona llamada, que en pos del repique del *timbre de atención* oía desde cualquier punto de aquella las palabras de quien hablaba al otro extremo de la línea (1).

(1) Los teléfonos de alta voz no solamente refuerzan ésta mediante resonancias en bocinas y reflectores acústicos, sino mediante amplificación eléctrica de la corriente de esta clase cuyas modulaciones determinan las de la lámina vibrante del auricular telefónico; pues cuando, cual suele suceder, es demasiado tenue esta corriente, se substituyen sus modulaciones por las que ellas hacen sufrir a otra corriente mucho más poderosa que no viene del *micrófono transmisor* ante el cual se halla, sino que nace y muere en la estación receptora.

Este es el procedimiento usual cuando, en vez de teléfonos con alambres, se usa la telefonía sin alambres o radiotelefonía, en la cual no son las modulaciones de una corriente circulante por una línea eléctrica entre el que habla y sus oyentes las



En la cámara de mando quedaron Pepe Lobera, sin especial cometido como encargado de todo, y Duvery, Manolo, un ingeniero subalterno de la Heliodinámica y dos del ferrocarril, constituyendo el estado mayor

del argentino, en el cual, y según distribución de antemano hecha, estaba cada uno encargado del manejo de determinados aparatos y de la comunicación con dependencias y secciones técnicas.

## XII

### TRES "AHORAS"

—Grande ha de ser el daño hecho cuando tanto tardan en volver a la carga. Sin duda, al jefe le cuesta trabajo reorganizar y reanimar a los fugitivos para nueva intentona.

—Se conoce que han producido pleno efecto las trayectorias bajas y rasantes a gran distancia, en que las fogatas despiden las piedras en abanico.

—Entre las dos disparadas deben de haber barrido el suelo en zona muy extensa y profunda.

—¿Cuál es la carga de piedras de cada fogata?

—Alrededor de diez mil kilogramos.

—¡Buena perdigonada!

—Además, al darle fuego observé bien que las sucesivas explosiones del hornillo de la

mina, que estalla hacia arriba, haciendo volar cuanto encima queda, y la de la fogata rasante, sobrevinieron como las habíamos preparado, con bastantes segundos de intervalo, para que una en pos de otra sumaran sus efectos. Los que venían en cabeza habían volado despedazados por los aires, y los de detrás recibirían la metralla de piedra.

La anterior conversación entre quienes se hallaban en la cámara de mando pasó seguidamente de los comentarios sobre la rechazada acometida a suposiciones sobre cuándo y por dónde llegaría la venidera, por casi todos aguardada en diferente dirección que la primera, sorprendiéndose todos cuando, corrida media hora larga, vieron no ya a la luz de los proyectores, sino de la lechosa claridad del alba, dos grandes tropeles de rebeldes que, saliendo de Techiasco a veloz carrera, avanzaban hacia los lugares donde las voladas fogatas habían removido hondamente el suelo, abriendo en él dos extensos y profundos hoyos.

—Es raro—dijo uno de los ingenieros de Duvery—. Me había figurado que habrían tomado asco a esta parte de frente y esperaba viniera el nuevo ataque en otra dirección.

—Yo también lo habría creído—contestó Lobera— a no habérmola sino con ignorantes dagatums y tuaregs; pero sabiendo quién manda esa patulea, no me extraña haya visto que el camino robado es el más seguro, y que no pudiendo las dos fogatas voladas defender ya ese frente, resulta ahora el más débil de todos.

Y no sólo eso, sino que miren, miren: también ha visto la posibilidad de aprovechar los hoyos y montones de tierra de las voladuras como reparos tras los cuales va a cubrir su gente para romper el fuego.

La maniobra indicada por Lobera era la realizada en aquellos momentos por los ata-

que transportan la palabra, sino las modulaciones de las ondas electromagnéticas que salvan el espacio entre las estaciones transmisora y receptora; pues la corriente que en esta última despierta tales ondas es, en general, muy tenue en la radiotelefonía, e insuficiente si la distancia es grande a mover con suficiente intensidad y claridad la placa parlante del auditivo telefónico.

Es lo notable que este reforzamiento no ha podido hacerse en la telefonía aérea sin alambres, hasta que al señor Lec de Forest se le ocurrió ampliar la corriente, haciéndola pasar a través de ¡bombillas de alumbrado!, dentro de las cuales metió una plaquita y una tela metálicas, interponiendo esta última entre la placa y el filamento iluminante: con lo cual las bombillas *hablan en el teléfono*.

Así se ha podido comunicar telefónicamente sin línea conductora, a grandísimas distancias, entre Europa y América, y hasta entre Washington y Honolulu (cerca de 10.000 kilómetros).

Y no sólo hablan las bombillas del Sr. De Forest, sino que gritan en teléfonos de alta voz, permitiendo oír a los asistentes a un banquete en París (21 de noviembre de 1921) el vals de *Mirella* y la cavatina de *El Barbero*, cantada en la Central Radiotelegráfica de Sainte-Assise (Sena y Marne), y así se oyen en los Estados Unidos constantemente, ya con gran frecuencia, discursos políticos óperas y sermones por gran número de personas congregadas en amplios locales y sin necesidad de auditivos.



cantes, que, como si en el suelo se sumieran, dejaron de ser visibles al acogerse al amparo de las tierras removidas. Pero si a ellos no, inmediatamente vieron los sitiados a lo largo de los lomos que formaban aquellas brillar los fogonazos de su fusilería.

Era que, fracasada la anterior sorpresa, comenzaba un combate regular, tan metódicamente conducido por Abd-el-Gahel como le era posible hacerlo con sus allegadizas, mal instruidas y salvajes tropas.

El tiempo invertido en la preparación del segundo avance dióselo sobrado a la guarnición para alistarse a contrastarlo; así que cuando los de Techiasco, alebrestados contra tierra, rompieron el fuego, recibieron la inmediata contestación de una descarga salida de los parapetos del frente; pero una sola, pues apenas disparada, oyó Davoust, que era el jefe de aquel sector de defensa, la siguiente orden telefónica de Bertier:

"Alto el fuego hasta que yo lo ordene o vea usted descubrirse al enemigo. Que la primera línea se tienda en la banqueta detrás de la trinchera, con las armas preparadas para hacer fuego de repetición, y la segunda se resguarde sentándose en el foso interior."

De los atrincheramientos saltó la voz de Bertier a la cámara de mando pidiendo la distancia a los montones donde se guardaban los indígenas, y al contestarle otra desde allí: "Mil doscientos metros", dió nuevo brinco, comunicando a la batería de Hockings esta orden:

"A mil doscientos metros, tiro indirecto (por elevación) de shrapnell de metralla, para batir el terreno inmediato y posterior a los montones en donde se agazapa esa raza."

Después hizo efectuar a las ametralladoras unos cuantos sucesivos disparos de ensayo, hasta ver saltar el polvo levantado por los proyectiles en lo alto de la terrosa cresta que protegía a los africanos; y seguro con esto de tener ya arreglado el tiro para cuando intentaran transponerla, ordenó a aquellas máquinas suspender el fuego mientras tal caso no llegara.

Entonces comenzaba a remontarse el aeroplano de Raúl, que cuando aun no llegaba ni a cien metros de altura recibió el siguiente radiograma:

"Bertier dice que antes de nada observes el efecto del fuego que va a romper con los revólveres sobre los que están en los hoyos de las fogatas, y procures evaluar las fuerzas que hay allí."

Cual del cielo llovidos comenzaron a caer los shrapnell: alguno sobre las tierras removidas y casi todos entre ellas y los parapetos. Los siguientes cayeron ya en los hoyos, al otro lado de los lomos, llegando a poco un aerograma de Raúl diciendo: "Tiros demasiado largos".

Acortado el alcance, avisó aquél estar bien éste, pero que las espoletas reventaban tarde; y una vez corregido el defecto, volvió a telegrafiar: "Bien, bien; ahora les cae encima un magnífico chaparrón de metralla. ¡Bravo, bravo!"

Una vez terminada la observación del fuego, comunicó el helicoplano: "En los hoyos debe de haber por cima de tres mil hombres, y tal vez mayor número en las calles de Techiasco, pues están atestadas de gente." Y transmitido tal informe y ampliando el radio de su vuelo algo más de lo prevenido por Pepe, comenzó Raúl el reconocimiento para averiguar si las otras fuerzas que por norte y poniente circunvalaban la fortaleza habían avanzado de sus posiciones de la víspera.

\* \* \*

Abd-el-Gahel, que presenciaba el combate desde un corralón de las afueras de Techiasco, se percató del fuego de shrapnells, y comprendiendo, al ver cómo iban los sitiados afinándolo, que de prolongarse se haría insostenible la situación de su primera línea, se volvió a un telegrafista que detrás de él estaba con su teléfono al extremo de un alambre tendido en el suelo, a cuyo opuesto cabo había otro telegrafista y otro teléfono con las tropas en fuego, y le dijo: "Ahora".

Esta misma palabra, repetida por el telegrafista a su micrófono, fué a poco dicha por su compañero al cabecilla que mandaba los tiradores de los hoyos, quienes a la voz de éste se levantaron, coronaron las crestas de su improvisada trinchera y vacilaron unos instantes, azotados por el huracán de plomo del fuego de repetición de los fusiles y las ametralladoras del parapeto que se aprestaban a asaltar. Pero al oír gritar a los cabos de taifa: "¡Viva el Califa, mueran los perros, viva el Vengador! ¡A ellos, son nuestros, Al-lah, Al-lah!", se precipitaron hacia la alambrada que tenían 300 metros por delante, llegando a ella en menos de dos minutos una tercera parte de la hueste, dispuesta a cortarla con grandes cizallas, hachas y barras, mientras los otros dos ter-



cios hacían fuego avanzando por grupos, que se tendían en tierra, disparaban las armas, se ponían en pie, daban una carrera hacia adelante para tenderse nuevamente, hacer nueva descarga, tornar a levantarse y proseguir hacia adelante en igual forma.

Pero el tiro de la defensa, a distancias bien conocidas de los defensores por el plano de la fortaleza, hacía horrendos estragos en los asaltantes descubiertos, mientras el desordenado fuego del avance de éstos contra parapetadas tropas era mucho menos eficaz.

Gahel se daba cabal cuenta de que caían sus hombres como caen las espigas tronchadas por nube de granizo. Y cosa extraña, su rostro, preocupado, contraído y sombrío desde el principio del combate, pareció serenarse, como si el espectáculo de la sangrienta riza hecha en sus africanos por los europeos le desarrugara el hosco entrecejo; sus ojos relucieron cual si los alumbraran luces de esperanza, y lo que aun fué más inverosímil, en aquel crítico momento de la cruenta lucha volvió a ésta la espalda, entrándose solo en una casucha de la corraliza desde donde la había antes contemplado.

Todo el mobiliario de las dos únicas habitaciones de ella lo componían unos cuantos taburetes rústicos, viéndose encima de uno de los del segundo aposento la bocina auricular de un teléfono, cuyos alambres, tendidos en el suelo, salían por debajo de la puerta trasera de la casa, y por el cual preguntó Gahel: "¿Me oyen?"

Contestada con un "sí" la pregunta, respondió el Vengador, también por el teléfono, la misma palabra: "Ahora", con la que poco antes había enviado a la muerte los centenares de hombres que yacían ya en el camino de las alambradas.

Estas fueron las que, después de dar la anterior orden, que sin duda llamaba a reservas lejanas, tiraron de sus ojos cuando salió de la casa.

Tiraron, sí, tal es la palabra adecuada, porque en todo el paisaje no veían los ojos, no podían ver sino los resplandores que en un punto y en otro del espacio ocupado por las redes de alambres lanzaban centelleantes llamaradas, cada una de las cuales no era una sola llama, sino estrellas de ignes surtidores que de pronto encendidos surgían divergentes, rasgando el aire con la explosión de innumerables rayos, que retorciéndose, alargándose, encogiéndose, lucían, flameaban, se extinguían para encenderse nue-

vamente en otros puntos, mientras en todas direcciones corrían ardientes chorros con brillo cegador de arroyos luminosos, sembrando serpeantes culebrinas de zigzagueantes luces verdes, rojas, violadas.

—¿Qué es eso?—preguntó el caudillo.

—Eso quisiera saber yo—le contestó uno de sus alquilados ingenieros europeos, dudo en la ciencia eléctrica, a quien había sido hecha la pregunta anterior—. Y eso me pregunto inútilmente; porque siendo indudable que los sitiados han cargado las alambradas a un voltaje tremendo, no puedo explicarme de dónde sacan esa electricidad no disponiendo de vapor, ni fuerza hidráulica, ni instalaciones de gas pobre ni molinos de viento para producirla.

Nosotros sabemos ya lo que aquel renegado de la civilización no conseguía explicarse; pero nos resta ver cómo funcionó aquella arma de la defensa en condiciones que aumentaron extraordinariamente su eficacia.

La alambrada, electrizada positivamente a un potencial altísimo, tenía recios y gruesos alambres completamente aislados de tierra; pero tan luego como los sahareños primeramente llegados a ella los golpearon con las hachas o les acercaron las cizallas para cortarlos, saltaron desde cada uno de los puntos tocados en los alambres fortísimos chispazos a las herramientas y de éstas a sus portadores, a través de cuyos cuerpos pasaron a la tierra, gran receptáculo, según es bien sabido, de electricidad negativa: chispazos que a tal voltaje eran verdaderos rayos. Y todo malaventurado a quien tal cosa ocurría era hombre muerto.

Así perecieron hasta una docena de indígenas, sin llegar a romper ni un solo alambre, y los demás se detuvieron vacilantes, sin atreverse a entrar en la alambrada por no correr la suerte de sus compañeros, hasta que viendo a unos cuantos menos temerosos cortar con sus cizallas un cable sin que saltase chispa alguna, cobraron todos nuevo ánimo, volviendo a la faena con tal brío que al llegar los tiradores que detrás venían ya estaba rota en muchos sitios la alambrada.

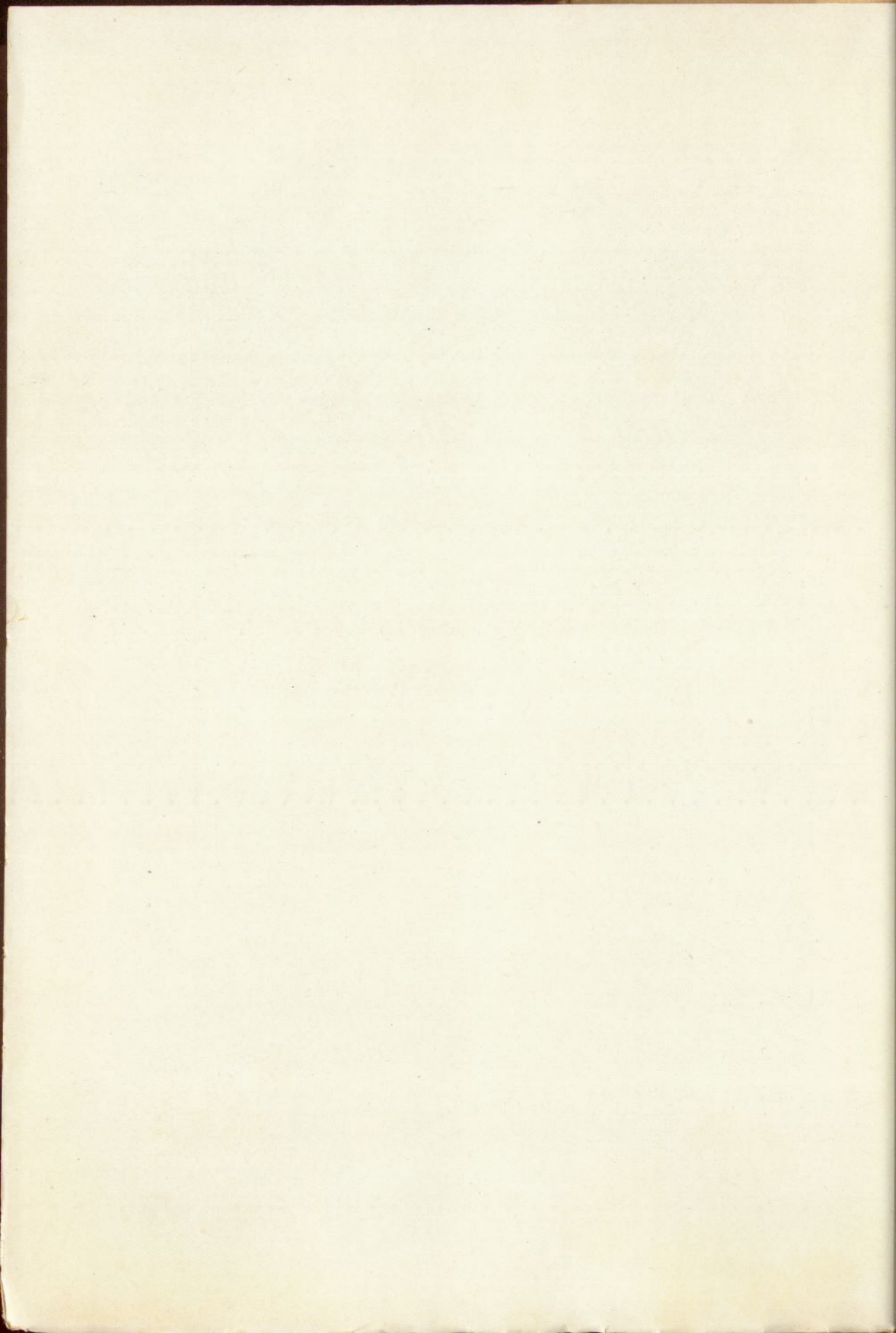
Prosiguieron los de las herramientas dando cortes y más cortes, y comenzaron los de los fusiles a ensanchar los portillos por aquéllos practicados, abriendo en la maraña de los cables anchas brechas y camino franco para lanzarse sobre el ya cercano para-





... tendiendo los alambres en el suelo, y ligándolos a cinco baobales, por los  
cuales telegrafía.







peto del campo insolatorio, desde el cual les hacían nutrido fuego, que al cesar los chispazos de la alambrada arreció espantosamente, por pensar quienes lo guarnecían que al faltarles la ayuda de las descargas eléctricas solamente podían ya confiar en el efecto de sus propias armas.

Para saber la causa de la interrupción de la defensa eléctrica en tan apretado trance volvamos a la cámara de mando, donde al ver Pepe Lobera estallar las primeras descargas eléctricas se acercó al teléfono comunicante con la gran nave de los acumuladores y dijo:

—Méndez, corta la corriente de la alambrada número tres y atención al teléfono.

—¿Qué haces?—gritó Don Héctor, asustado de las consecuencias de tal orden.

—¿Te has vuelto loco?—preguntó Manolo.

—No, no. Déjenme ahora—contestó el interpelado.

Y aproximándose a otro teléfono, gritó:

—Dínamos.

—Presente.

—Poned las máquinas al máximo número de revoluciones y echad toda la corriente a los acumuladores.

—¡Pero Pepe!

—Mira que están destrozando aquello muy de prisa; que en unos cuantos minutos tendrán el paso franco...

—No hay miedo; sé bien lo que hago—replicó Lobera muy sereno.

Echó un vistazo rápido al anteojo enfilado a los asaltantes y retornó junto al teléfono de los acumuladores, diciendo:

—Tú, Manolo, al anteojo, y avísame tan pronto estén ya dentro los dos últimos grupos de tiradores todavía no llegados a la alambrada.

Un minuto después gritaba Manolo: "Ahora", y daba Pepe la orden de restablecer la suspendida corriente de carga, que segundos después refulgía en toda la extensión de la alambrada con la luz deslumbrante de incontables centellas sin cesar fulminadas por cada una de las puntas de los alambres rotos, entre los cuales estaba entera ya la

columna de asalto, asaeteada con rayos, y destrozada al punto de que apenas si una cuarta parte de los que la formaban logró salvar la vida. Y si al huir despavoridos no llegaron hasta el mismo Techiasco quienes escapaban, fué por haber hallado en el camino el anterior reparo de los hoyos de las fogatas, en donde, para substraerse al fuego de las trincheras, que continuaba persiguiéndolos, se acocharon, sin pensar en asomar fuera del hoyo las cabezas para contestarlo por haber casi todos tirado los fusiles en la fuga.

Cuantos en la rotonda estaban prorrumpieron en exclamaciones jubilosas y parabienes a Pepe, comprendiendo entonces cuán avispada fué su perspicacia al prever que, de no descargar la alambrada, los chispazos harían desistir a los africanos de romperla, y que aunque esto bastara para rechazarlos, no les infiriría el terrible escarmiento que los puso, más que en retirada, en derrota desastrosa; porque para alcanzar tal resultado era preciso atraer a la gavilla entera a la alambrada y que ésta estuviera erizada de puntas de alambres rotos, entre los cuales y la tierra estallaran, sin necesidad de que fueran tocados, centenares de rayos por minuto.

—¡Qué terrible hecatombe!—dijo solemnemente y muy impresionado Don Héctor—. Pero este es el comienzo del castigo de esa raza traidora por la aleve matanza de millares de europeos indefensos...

\* \* \*

—¿De dónde, de dónde sacan esa electricidad?—seguía preguntándose el transfuga ingeniero de Abd-el-Gahel, abriendo y cerrando los ojos por no poder resistir el fulgor del infierno de fuego de centenares de centellas encendidas con electricidad, que el Sol enviaba para castigar la perfidia de los hijos de Sahara, e ignorante, claro es, de ser aquélla el arma con que la ciencia defendía a la Civilización de la Barbarie.

### XIII

#### ¡DESVENTURADO VENCEDOR!

—Mustafá, corre a ordenar a Hafsún que con todos los de Bilma avance a la carrera al hoyo de la derecha y en llegando rompa

el fuego. Abdaláh, lleva la misma orden a los tedas de Ben-Sadi, pero diciéndoles que vayan al hoyo de la izquierda. Tú, Omar,



di de mi parte al piloto del avión que ascendía en seguida arbolando el estandarte, que abatiéndolo e izándolo dos veces me avisase en cuanto vea romper la marcha a las fuerzas de Ben-Cassim, y que después baje y aterrice aquí.

Los tres bereberes a quienes se dirigieron los indicados mandatos partieron a toda la velocidad de sus motos, y a los cinco minutos por el norte y por el sur salían de Techiasco, respectivamente, 2.000 kavareños de Bilma, conducidos por Hafsún, y 1.500 tedas, guidados por Ben-Sadí, que antes de llegar en socorro de los escapados a la matanza de la alambrada, acogidos a los hoyos, y al acercarse a éstos ya sufrieron algunas bajas, causadas por los Hockings y las ametralladoras de los defensores, que siendo ya las siete de la mañana no hubieron menester de proyectores para enterarse de la salida de reservas a reforzar la línea de fuego, las cuales iniciaron el suyo en cuanto estuvieron resguardadas con las crestas de los hoyos, comenzando a la par a remover las tierras con picos y palas para perfeccionar los improvisados atrinchamientos.

Cuando ya reparadas tras aquel obstáculo cesó de tener positiva eficacia sobre ellas el fuego directo de la defensa, reanudó ésta el tiro de shrapnell, pero entonces mucho menos intenso que la vez pasada, pues parte de los revólveres no tiraban ya hacia saliente, donde estaban tedas, bilmeños y supervivientes del pasado ataque, sino hacia norte y poniente, en las direcciones y a las distancias indicadas por Raúl y Friand cuando desde lo alto descubrieron las bandas de Cassim tendidas en el suelo en espera de la señal de asalto.

La consecuencia de tal fuego fué que al verse hostilizadas no aguardaron estas hordas la orden que su jefe habría de darles al ver enarbolado en el helicoplano el estandarte del Califa.

Ya poco antes de elevarse su avión había Gahel advertido, sorprendiéndose de ella, la disminución del fuego por elevación contra su primera línea; después, cuando aquél comenzaba a remontarse más, sin haber aún ganado altura suficiente para poder ser visto desde el lugar donde el mulato estaba, le causaron extrañeza numerosos nubecillas que, desprendidas a lo largo de casi todos los parapetos enemigos, iban juntándose para formar una gran masa de humo, producido por el fuego que con ametralladoras y fusiles rompían los defensores

sobre las cuatro grandes masas de rebeldes que despertados por los shrapnells avanzaban contra el recinto fortificado.

—¿No aguardan mi orden!... ¿Porqué habrá sido?—se preguntó, molesto, el Vengador.

En esto su mirada, sujeta durante las anteriores peripecias del combate al terreno mediante entre las alambradas y Techiasco, se tendió a lo lejos para juzgar de la importancia del fuego de los otros sectores, viendo el aeroplano de Raúl y siendo entonces informado por quienes lo rodeaban de que desde hacía rato veían el avión, suponiendo lo habría él también visto al oírle ordenar se remontara el suyo.

A darle los sucesos tiempo de meditar, probablemente habría su perspicacia adivinado que aquel aeroplano había descubierto las escondidas tropas de la parte opuesta, mas le faltó el preciso para eslabonar en raciocinio sus observaciones por distraerle la explosión de una fogata que en aquel momento reventaba como las estalladas al amanecer, pero al norte y bajo los pies del más avanzado de los cuatro enjambres de agarenos que en desorden nacido de lo espontáneo de su ataque corrían hacia los atrinchamientos. Asimismo le llamó la atención la furiosa intensidad a que el fuego subía en todos los frentes, sugiriéndole la idea de que en la Residencia no debía quedar a la sazón un solo tirador no sujeto a las fortificaciones y a las armas, por el ataque general, ni un jefe cuya actuación y vigilancia no estuviera en absoluto concentrada en la dirección del combate.

Pensando con insistencia en esto, había olvidado la fogata recientemente volada, cuando al oeste oyó nuevo estampido; y al mirar hacia allí y ver que la explosión aventaba la embestida de otro tropel de indígenas, por segunda vez se iluminó el semblante del caudillo con alegría incomprensible ante los duros golpes asestados a los suyos, y nuevamente volvió la espalda a la pelea para meterse en la casucha donde media hora antes había entrado, coger el mismo teléfono utilizado entonces, y preguntar nervioso:

—¿No habéis acabado todavía?

—Todo va bien y ya falta poquísimo—contestaron del otro extremo de la línea.

—¿Cuánto es poquísimo?

—Cinco minutos a lo sumo.

—Que no sean más. Ahora es la ocasión. Y no olvides nada de lo encargado.



—Descuida, Señor; antes de una hora estaremos en Sabankafi.

Por entonces veía Pepe elevarse a los aires el avión enemigo, y no fiando gran cosa en la prudencia de Raúl, puso a éste un aerograma ordenándole aterrizar sin demora: orden que únicamente porque Friand se impuso, invocando el aforismo militar "quien manda manda y cartuchera en el cañón", fué obedecida, y eso a regañadientes; pues al muchacho le pedía el cuerpo realzar la defensa con un poquito de combate aéreo.

Al salir de la casa, después de su breve conversación telefónica, halló Abd-el-Gahel entablado en todo el frente, y con grandísima violencia, el combate cuyos episodios no se puntualizan porque no habiendo intervenido en ellos otros elementos de defensa que los anteriormente utilizados, sería el hacerlo repetición monótona de lo ya reseñado.

Saltando, por lo tanto, a la última etapa de la refriega, diremos que un cuarto de hora después de la última escapada del califa a la casita del cercado ya estaban sus secuaces por doquier reducidos a la impotencia, inmovilizados en los repliegues del terreno, donde se agazapaban para sus traerse en lo posible al fuego enemigo, e incapaces de nuevas acometidas, por aterrizarles afrontar las explosiones de las minas y los rayos de las alambradas.

Tal situación demandaba con evidente apremio no demorar la retirada general. Y, sin embargo, hasta que un dagatum que hacía él venía corriendo se le acercó y le dijo en voz baja: "Gran Señor, ya está todo hecho", no se decidió el caudillo a formular las órdenes de repliegue que los ayudantes habían de circular, en motos, a las tropas en fuego, necesitando al darlas hacer un gran esfuerzo para no dejar que quienes lo rodeaban vieran en su cara la inverosímil alegría que en aquel triste trance pugnaba por asomarse a ella.

Previno que la retirada se efectuara por contingentes separados, sosteniendo fuego por escalones, limitando el retroceso a lo preciso para ponerse fuera del alcance de los cañoncillos de la Residencia; y que cuando esto se hubiera conseguido, y ya estuvieran las fuerzas acampadas, se trasladaran a Sabankafi los jefes de todas las harkas regionales, con nota de las pérdidas sufridas por cada una; pues a las ocho de la noche los recibiría para comunicarles instrucciones.

—Y no estará de más decirles—agregó al despedir a los emisarios—que ellos hagan ver a su gente el resultado, que mi prudencia deseaba evitar y habría evitado, de precipitaciones e impacencias. Supongo que la lección les aprovechará en lo sucesivo.

Aun cuando hasta la noche no habrían de llegar a Sabankafi los llamados, debía de urgirle mucho a Abd-el-Gahel trasladarse allí, pues más de veinte veces consultó su reloj en la hora y media, para él interminable, que las fuerzas empeñadas en combate emplearon en dar completo cumplimiento a las órdenes; y porque con objeto de no demorar su marcha hasta la llegada de los partes de quedar terminada la maniobra, subió al aeroplano, elevándose en él hasta dominar todo el terreno donde las taifas iban deteniendo su marcha retrógrada. Y cuando vió que la más retrasada empezaba a acampar, tomó, sin descender antes a tierra, la vuelta de Sabankafi, pareciéndole lento el vuelo del avión, que hendía los aires con la celeridad del águila.

\* \* \*

Para visto, no para referido, fué el júbilo que en trincheras, talleres y rotonda de mando enajenó a todos los sitiados al ver la sangrienta derrota y general retirada de los asaltantes.

Dejemos a dazas y congoleses, ingenieros y obreros, gendarmes y refugiados de Agadés celebrar la victoria con entusiastas vítores a Pepe Lobera, y sigamos a éste, que substrayéndose a ellos y a los abrazos y felicitaciones de sus amigos, corrió a enterar a su mujer del gran triunfo obtenido; mas sin lograrlo, porque no solamente no la halló en las habitaciones que con ella ocupaba, sino que al recorrerlas todas, llamándola con gritos más angustiado cada uno que el precedente, se trocó su inquietud en espanto al llegar a la alcoba de Maka y ver en el piso de ella un gran boquete en donde, apenas visto, se sumió; y en cuanto sus pies tocaron el fondo de la mina perforada por Kitvinoff, por ella corrió a ciegas, dando trompicones a cada paso contra sus paredes, hasta tropezar y quedar detenido en un entramado de maderas que le cerraba por completo el paso.

Desesperado ante el obstáculo, volvió rápido atrás en busca de obreros y herramientas para derribarlo, y al salir a la alcoba de la negra y hallarse con su suegro y Bertier, que llegaban entonces, les gritó:



—No está, no está.

—¿Quién?

—¿Qué dice? ¿Emma?

—Sí, Emma. ¡Mi Emma en poder de ese infame!

—¿Pero cómo?

—Por una mina: por debajo de este cuarto.

—Vamos, vamos.

—Imposible, la han cegado barreándola. Es preciso derribar antes el *barraje*.

Duvery cayó consternado en una silla, exclamando entre sollozos:

—¡Hija mía! ¡Hija de mi alma! ¡Qué horror, qué horror!

Pepe no le oía por haber salido en busca de carpinteros y luces para desatracar la galería.

Cosa de escasos diez minutos fué, a su inmediata vuelta, echar abajo el tabique de madera formado con los durmientes del trozo de tarima arrancado al pavimento, los cuales habían sido empotrados a golpes de mazo entre las paredes de la galería, revisiéndolos luego, por el lado opuesto adonde estaban Pepe y los dos únicos obreros que de frente podían trabajar en tan angosto espacio, con las tablas de aquél, que al quedar privadas del sostenimiento de las vigas, tronchadas a hachazos por los operarios, se vinieron encima de éstos y de Pepe revueltas con la tierra que por detrás las empujaba.

Como, aunque suficiente a derribarlos, no bastaba la cantidad de ella a sepultarlos, se levantaron en seguida: no ilesos, pero tan sólo con algunas contusiones ocasionadas por los golpes de las maderas.

Pero lo grave para el infeliz marido no era esto, sino la pérdida de su ilusión de que apartando los troncos y las tablas podría correr en seguimiento de Emma, y si no rescatarla, hallar la muerte antes de dejar tiempo al pensamiento de atormentarlo con la idea de qué sería de ella en manos de *aquel hombre* ¡que la amaba... como aman los viles, los perversos y las fieras!

Y ya, ya estaba allí el execrable pensamiento, la obsesionante y terrible pregunta, "¿Qué será de ella?", la torturante pesadilla horrenda que se obstinaba en adivinar espeluznantes escenas, por el terror pintadas, entre Abd-el-Gahel y Emma.

Aquello era horrible: tan horrible que no había fuerza humana capaz de soportarlo... Y él allí quieto, reducido a la impotencia por la masa de tierras cuyo espesor no conocía,

y que aun supuesto escaso, era barrera cuya remoción requería tiempo que el otro aprovechaba para llevarse lejos al alma de su vida.

—Es inútil, es inútil—gritó fuera de sí; y como enajenado se salió de la mina diciendo:—Por ahí llegaré tarde.

Y al ver a su cuñado, que a la sazón llegaba, exclamó:

—Me la llevan, Raúl; a traición me la quita el malvado. Ven, ayúdame. Vamos, vamos por ella...

—Sí, sí. Deben de haberla llevado a Techiasco. No perdamos un minuto.

—Motos, motos.

—Y los que sean hombres que nos sigan.

Como dos dementes salieron al exterior del edificio Pepe y Raúl; y a la par que corrían a los garajes iban pidiendo a voces voluntarios para el descabellado intento.

Tan rapidísimamente se sucedieron los anteriores hechos, que cuando Bertier pudo darse cuenta del propósito de los dos cuñados, ya estaban afuera, y al pensar en detenerlos, sólo llegó a tiempo de cerrar el paso a Duvery, que, contagiado con la excitación de Pepe y Raúl, salía de su marasmo y se iba en pos de ellos, diciendo:

—Yo también, yo también. ¡Mi hija, mi hija! ¡Desdichada, desdichada! ¿Porqué me detiene usted, Bertier?

—Porque es preciso que me oiga.

—Ahora no puedo perder tiempo... Suélteme, me hace daño.

—Acaso querrá Dios devolverle su hija; pero si no me ayuda usted a detener a esos muchachos, no sólo la pierde hoy para siempre, sino que perderá también irremisiblemente a Raúl.

—Pero siquiera intentaremos...

—¿Qué locura!: aunque todos nos dejáramos arrastrar por esa noble, pero suicida indignación, ¿qué podríamos hacer en Techiasco? En lucha de uno contra seis, ¿recerían cuantos de aquí salieran; y mermada en ellos la guarnición, y muertos quienes saben manejar las defensas técnicas, no es dudosa la suerte de los que aquí quedaran.

Si usted y su yerno han olvidado, por tratarse de Emma, las familias de cuantos aquí tienen las suyas, yo, como jefe, no consentiré lo que no puede conducir sino a una catástrofe; pues toda la simpatía que me inspira su dolor respetable, pero egoísta; toda la pena que personalmente me causa esta terrible desgracia, no me harán olvidar mi deber de velar por las vidas de quinien-



tos franceses y por las de los pobres negros que nos ayudan en la lucha. Ya lo sabe; y si usted cree que no le alcanza mi responsabilidad, no me ayude, que yo solo sabré impedir esa locura, aun cuando sea por la fuerza.

—No, Bertier, no: no es mi dolor tan egoísta. Ayudaré a usted. Vamos a los varajes y juntos intentaremos convencerlos.

—No. Vaya solo; pues por si usted no consigue hacerlos entrar en razón necesito tomar disposiciones.

## XIV

### EL RAPTO

Para saber cómo se había efectuado el rapto de Emma, que además de camino a la satisfacción de apasionado amoroso deseo de Abd-el-Gahel era primordial precaución que protegía la vida de ella, es preciso retroceder varias horas, volviendo frente al califa cuando la anterior noche combinaba el plan de ataque, subordinado en todo a evitarle peligros a la mujer amada.

En el frente elegido era donde el asalto debía resultar más mortífero para sus africanos, pues aunque consiguieran expugnar las trincheras del campo insulatorio, hallarían detrás de ellas los parapetos del primitivo recinto del centro ferroviario; pero en esto precisamente veía el amante egoísmo de Gahel la ventaja de ser tal frente el más alejado del edificio central, donde Emma residía, y de estar protegido además por pabellones interpuestos entre él y los atrincheramientos: doble circunstancia que hacía remoto el riesgo de que una bala llegara a ella, cuya vida valía para el caudillo incomparablemente más que cuantas le iba a sacrificar al día siguiente. Sin gran pesar a la verdad, pues con ellas pagarían sus levantiscas huestes el haberle obligado a trastornar sus planes, atormentándolo con la zozobra de si la elección del punto de ataque, la recompensa ofrecida a quien entregara viva a Emma y aun sus disposiciones para sacarla de la Residencia antes de que el combate llegara a amenazarla, pudieran al cabo resultar precauciones que la fatalidad inutilizara.

La cooperación de las fuerzas de Ben-Cassim que habían de atacar frentes cercanos al lugar donde estaba la mujer por quien el Vengador lo olvidaba todo, no comenzaría a ser prestada sino después de consumado el rapto; pues él no les ordena-

ría romper el fuego hasta tener certeza de haberla ya Tinkert sacado por la mina perforada con tal objeto, y por la cual, y en días pasados, había sido silenciosamente arañada toda la tierra bajo el piso de la habitación situada encima del extremo de aquella, dejando al aire la viguería de sostenimiento de la tablazón del entarimado.

La noche anterior al asalto recibió el ex capataz las últimas instrucciones de Gahel, y media hora antes de comenzar, de madrugada, a reunirse, en las afueras de Téchiasco, los encargados de dar la primera acometida, le fueron repetidas al meterse en la mina acompañado de Kitvinoff, el enfermero argelino, el antiguo ordenanza dagatúm de las oficinas y cuatro sahareños escogidos.

Llegados a la cabeza de la galería poco antes de dar la sirena la señal de alarma, sentáronse en el suelo todos los bandidos, excepto Kitvinoff, que en lo interior del ángulo formado por los muros de cimientos abrió con un berbiquí de boca ancha un taladro en la tabla del piso, en lugar que, por hallarse en un rincón de la habitación bajo la cual estaban, no era fácil fuera visto desde ésta; con tan escaso ruido todo ello, que de estar arriba despierto alguien, cosa improbable a aquella hora, habría de confundirlo con la roedura de un ratón.

Al llegar la barrena a punto de calar la tabla hizo Kitvinoff apagar la linterna eléctrica con que alumbraba Tinkert, y acabó a oscuras de abrir el agujero. A tientas metió después en él un tubo de igual diámetro que el berbiquí, y al tenerlo ya encajado a presión fuerte dentro del taladro, avisó en voz baja a su compinche que volviera a encender la linterna.

El canuto contenía el micrófono de un



teléfono, cuyo auditivo se aplicó el ruso al oído. Después permanecieron todos en quietud y silencio.

Antes, al salir de Techiasco, y según fueron avanzando galería adelante, habían ido tendiendo a lo largo de ella un flexible a cuyos extremos estaban dos teléfonos: uno en la mano de Tinkert, siendo el otro el que en la aldea quedaba y Abd-el-Gahel usó en la casucha donde le hemos visto entrar dos veces durante el combate anteriormente reseñado: la primera para ordenar a los de la mina comenzaran a ejecutar lo proyectado, cuando lo intenso de la lucha le hizo suponer que todos los hombres de la Residencia estarían atentos al combate y Emma sin posibilidad de ser por nadie socorrida; la segunda, movido por la impaciencia de saber cuándo estaría logrado su propósito.

Por el teléfono del entarimado oyó el ingeniero bramar la sirena, el ruido hecho por una sola persona—Maka—al saltar de la cama, alarmada con los rugidos de aquella, vestirse y cerrar la puerta al salir de la alcoba; después constantes y confusos rumores de pasos y voces, que cesaron cuando Emma y su nodriza se quedaron solas en una habitación situada al otro lado de un pasillo, tres puertas más allá del dormitorio de la negra, y demasiado alejada de éste para que ningún ruido llegara al teléfono de Kitvinoff.

\* \* \*

Cuando Tinkert oyó el "Ahora" del Vengador, ordenó a su gente: "A la faena". Encendió el ruso una linterna de oxiacetileno, cuya poderosa llama—usada en los astilleros para serrar con grandísima facilidad gruesísimas planchas de blindaje de los acorazados—cortó en minutos, como si de marteaca fueran, las cabezas de los durmientes del entarimado. Al mismo tiempo el practicante argelino enfilaba a las vigas el chorro de un vulgar extintor de incendios para impedir levantaran llama que propagara el fuego al piso; pues el oxígeno del aire, en contacto con la madera, era arrebatado al combinarse con el líquido que la regaba, y así no era posible ardiera aquella sino en los puntos donde la sutil llama del soplete la mordía.

Cuando, aserrados los durmientes, ya comenzaba Kitvinoff a cortar las tablas por ellos sostenidas, llegó la pregunta de Abd-el-Gahel, y a los cinco minutos se izaban

los ocho hombres de la mina a la alcoba de Maka, completamente solitaria, a cuya puerta aplicó Tinkert la oreja tan pronto llegó arriba, diciendo en cuanto estuvo cerciorado de no oírse ruido alguno:

—Ahora te toca a ti.

Inútilmente trató el ex ordenanza, a quien tales palabras fueron dichas, de reconocer la habitación donde se hallaba, pues el nuevo aspecto de ella al cambiar de destino le hacía desconocerla. Persuadido al fin de lo infructuoso de su esfuerzo abrió sigilosamente la puerta, y descalzo, para no hacer ruido, y vestido, cual a intento venía, como los congolese de la Residencia, salió a paso de lobo al pasillo, en el que se orientó en seguida, tomando hacia donde recordaba haberlo llevado Maka a hablar con el marido de Emma la mañana en que éste le dió el dinero pedido en la carta del enfermero.

Sucesivamente aplicó oído y ojos a los agujeros de las cerraduras de varias puertas, miró al lado opuesto del pasillo, y seguro de que nadie venía y de no oírse sino el estruendo de las descargas de los sitiados, demasiado atentos a lo de afuera para pensar en lo de adentro, retornó donde los suyos le aguardaban.

Kitvinoff, el enfermero, y un tuareg se apostaron en el pasillo prestos a apuñalar rápidamente a quien tuviera la fatal ocurrencia de aparecer en él. Tinkert, con los demás, siguió al ordenanza a la puerta del gabinete en donde había oído hablar a Emma y Maka.

Precipitadamente irrumpieron los cinco en la habitación, arrojándose dos sobre la forzuda negra; a quien a duras penas sujetaron, evitando acudiera en auxilio de su niña, pero sin conseguir sofocar sus desahogados gritos, que nadie oía, pues sonaban más fuertes y cercanas las descargas en los oídos de todos los que pudieran valerlas.

Sobrecogida de terror que le impedía gritar fué sujeta Emma por dos dagatums, mientras Tinkert arrollaba a su cuerpo, con cuanta suavidad podía, largas bandas de lienzo a prevención traídas, que ciñéndole primero los brazos contra el torso y arrolladas después de modo que apretaran muslo con muslo y pierna contra pierna, la dejaron rígida sin posibilidad de movimiento.

—¿Qué hacemos con esta maldita?—preguntó uno de los dagatums al tiempo de propinar un puñetazo a Maka por sentirse rabiosamente mordido por ella en una mano.

—Atadla y tiradla en cualquier parte.



—No tenemos cuerdas.

—Lo mejor es matarla.

—Os he dicho que no se mata a nadie, y el que lo olvide no lo cuenta... Pero aquí no podemos dejarla suelta... Traedla a empujones y, si es preciso, a rastras—dijo Tinkert al salir detrás de Emma, llevada por los pies y los hombros por los otros dos hombres.

En cuanto a Maka no hubo que arrastrarla, pues al ver que le llevaban a su niña se fué detrás de ella como un perro.

Descendidos todos a la mina, echaron delante Tinkert y quienes llevaban a Emma; después seguía Maka vociferante, profiriendo insultos, y amarrada de brazos al llegar abajo con el alambre del teléfono anteriormente utilizado por Abd-el-Gahel y Tinkert, y en pos de ella el argelino, Kitvinoff y los demás dagatums.

En un automóvil cerrado que aguardaba en el corralón donde la galería desembocaba metieron a Maka y a Emma, aflojando a ésta, para que pudiera sentarse, las bandas que le envolvían las piernas, y frente a ellas subió Tinkert, que una hora después destataba a la huri en uno de los aposentos de un lujoso pabellón de la casa de Sabankafi,

donde Mohamed alojaba las mujeres que de su harén se traía cuando pasaba temporadas en aquel pueblo. En dicho pabellón instaló el tuareg a Emma, y la nodriza fué encerrada en un cuartucho, no obstante sus protestas de que ella tenía que estar con la niña.

En tanto Kitvinoff con los otros tres hombres se dedicaba a interceptar la galería barreándola con maderos cruzados, tablas sobre ellos clavadas y amontonando detrás de éstas tierra removida, a prevención acopiada en abundancia en un socavón lateral de la galería excavado días antes. Después de hecho esto se retiró, pero encendiendo al paso las dos mechas de otros tantos hornillos de mina de antemano también preparados en la galería: el primero a distancia de doscientos metros de la obstrucción recientemente levantada, y el otro bajo el parapeto interior del recinto de la Residencia, que separaba el antiguo centro ferroviario del campo atrincherado.

Pero aun siendo interesantes estas minas, los estallidos de ellas y los efectos de sus explosiones, como lo es más la primera entrevista del Vengador y Emma, posponemos al de ésta el relato de aquello.

## XV

### EL VENGADOR OPINA QUE NO COMIENZAN MAL LAS COSAS

Llegó Abd-el-Gahel al pabellón donde estaba Emma, no sabiendo si los descompasados latidos de su corazón y los estremecimientos de su cuerpo eran alegría de tenerla en su poder o temor a la primera entrevista, tan ansiada por él durante largo tiempo; y entre afán y recelo tal le trastornaban, que todavía después de descebar el pasador de la cerradura con una llave que sacó del bolsillo, vacilaba, sin atreverse a empujar la puerta mientras no se sintiera dueño de sí mismo y aquietara su ánimo, agitado por hondísima emoción.

Así pasaron unos minutos, en que por dos veces hizo resolución de entrar, deteniéndolo otras tantas el miedo a Emma, en aquellos momentos más temida que amada. Así siguió perplejo el Vengador hasta que a la tercera intentona la vergüenza, que en hombre como él, más que resuelto, temerario,

produjo la evidencia de sentirse pusilánime, levantó protesta, que, viniendo en auxilio del deseo, le hizo abrir la puerta, atravesar rápidamente dos desiertos salones y llegar al umbral de un gabinete donde con la cabeza entre las manos lloraba la mujer de Lobera.

La distancia, los tapices de las puertas de los salones, lo leve del ruido hecho en la exterior y la gruesa alfombra turca que cubría el suelo de aquel departamento, lujosamente amueblado al estilo oriental, amortiguaron el sonido de los pasos de Gahel, impidiendo a la infeliz, sumida en su congoja, enterarse de la llegada de su visitante, quien, después de contemplarla conmovidísimo unos instantes, dijo desde la puerta con insegura y suave voz, que habrían desconocido cuantos estaban habituados a la de su mando despótico, y en lengua que



tampoco habrían entendido, pues creyó más cortés y deferente que hablar en árabe hacerlo en el idioma patrio de su amada:

—Por mucho que esas lágrimas duelan a usted, mayor es el tormento que padezco al verlas.

Y no pudo continuar por impedírselo lo intenso de su hondo sentir.

Sobresaltada levantó la prisionera la cabeza mostrando el rostro, en donde a la dulzura, rasgo saliente que en la belleza de ella seducía a su raptor, se juntaba el atractivo incontrastable que al fundir en un solo sentimiento piedad y amor experimenta todo el que ama la vista del llanto de la mujer amada; y antes de dar tiempo a Emma de reponerse de su sorpresa, ni de decir palabra, él fué quien, no en el dulce tono de antes, sino con frase sacudida con estremecimientos de pasión potente, prosiguió:

—¡Tanto, tanto me duelen que por secarlas, aliviando de ellas esos ojos que son estrellas de mi vida, daría yo contento toda, toda la sangre de mis venas!

—De sangre habían de hablar las primeras palabras de quien sólo para verterla parece haber nacido.

Dolióse la respuesta a Abd-el-Gahel; mas no habiéndose jamás lisonjeado con la esperanza de no hallar en Emma resistencias que aguardaba y confiaba vencer por opuestos medios a los habitualmente empleados en sus demás empresas, respondió contristado:

—La sangre de que hablo es la mía, y Al-láh es testigo de cuán gozoso la daría por la felicidad de usted, a la que anheo consagrar mi vida. De mi sangre hablaba. Es usted injusta, Señorita.

Al oír el *mademoiselle* contestó ella rápidamente:

—*Mademoiselle* no, *madame*.

Y cayendo entonces en la cuenta de que estaban hablando en francés, agregó en árabe, con dureza de frase que a su acariciadora voz dulcísima le era imposible, aunque así lo intentaba, hacer sonar con acritud de tono:

—No me hables en francés. En tu boca me hiere el idioma de mis compatriotas por ti asesinados.

Sintió Abd-el-Gahel dos sucesivas oleadas de ira: la primera al recordarle ella que pertenecía a otro hombre; la segunda, al verle echada en cara las muertes de sus víctimas; pero al mirar a Emma ni pudo ni quiso soltar rienda a su cólera; pues sobre

querería demasiado para tratarla con dureza, su alta inteligencia y su conocimiento de los países cultos, en las ideas de los cuales se había educado ella, le dijeron que era muy explicable sintiera horror a los que entre africanos son considerados lógicos medios de combatir al enemigo.

Limitando, por tanto, de momento sus aspiraciones a desvanecer o atenuar cuando menos el concepto de inhumano y feroz en que era tenido, quiso mostrarse lo menos musulmán posible haciendo ver que poseía la cultura y la educación de las razas más civilizadas. Por ello, tan pronto dominó su ira, contestó:

—Te hablaré como quieras: tus deseos son para mí sagrados por ser tuyos; y a la misma crueldad de tus palabras hallo disculpa en tu ignorancia de mis altos deberes de cuna y raza; y tus duras palabras no me llegan a lo hondo, porque al entrar en mis oídos se embotan tus reproches en el encanto con que tu voz me embriaga, y en la caricia de ella se aduermen los dolores que me causas.

Hizo una pausa, y viendo que Emma no lo miraba ni hacía intención de contestar, continuó:

—Y te equivocas al creermelo manchado con sangre de franceses, pues ni a uno solo han tocado mis manos.

—Es que las manchas de la sangre son más horrendas cuando ensucian el alma. Ya entiendo: no mataste, ordenaste matar... Peor: los verdugos que empleaste tienen las manos salpicadas con la sangre que cada uno vertió, pero tú tienes enponzoñada el alma con la que todos derramaron. Imposible parece no te haya ahogado ya y que aún no estés ahito cuando todavía hoy necesitabas la de los pocos escapados a la anterior...

No pudo la infeliz acabar la frase, pues ignorando el resultado del asalto de la mafiana y agorándole triste desenlace por atribuir su raptó a vencimiento de los suyos, la creencia de que éstos habrían perecido, ahogó en acerbo llanto sus últimas palabras.

—Ahora sí que me llegan tus golpes, sin embotarse en nada, adentro y a lo vivo: ahora sí que me duelen; pero la fuerza que me hacen tus lágrimas se sobrepone a mis dolores y antes que de mi padecer me acongojo del tuyo, y primero que de rechazar tu crueldad injusta, que me hiere, sólo me acuerdo, sólo cuido de librarte de aflicción por los tuyos, diciéndote que están todos vivos y sanos.



—¿Prisioneros?

—No, libres.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!

—Y para mí, que he hecho imposibles por salvarlos, pisoteando mis deberes, sacrificando a las vidas de los tuyos centenares de vidas africanas; para mí, que las doy gozoso por perdidas al ver luz de alegría en tus ojos que empañaban las lágrimas; para mí, que en silencio sufro tu injusticia sin acordarme sino de apartar el dolor de tu alma, para mí no hay gracias. El vencimiento y la derrota que por ti he buscado donde pude triunfar, el sacrificio de los míos, la inmolación de mi sufrir al tuyo, nada valen.

—¿Pero es cierto? ¿Es posible que seas tú quien haya defendido sus vidas?

—Te lo juro por lo único a que no puedo ser perjuro; pues yo, muy por encima de escrúpulos y supersticiones que esclavizan a los demás hombres, demasiado alto para asustarme de perjurios, me aterraría de mentir invocando el amor con que te adoro desde que ha medio año te hiciste reina de mi vida. No por Mahoma, no por Al-láh, sino por ti, que eres para mí incomparablemente más que Mahoma y Al-láh, te juro que están sanos y libres.

Aun advirtiéndola Emma con sorpresa lo dicho por Abd-el-Gahel del tiempo en que la conoció; aun espantada de su amor y tanto más cuanto más grande lo pintara, desvaneciéronse ambas impresiones en el júbilo encendido en su corazón por aquella feliz noticia, dada con tan inconfundible acento de energía que no dudando de la veracidad de ella, dijo conmovidísima:

—Pues si los has salvado, también a ti te doy las gracias. Y que esa buena acción te sea tomada en descargo de las otras como...

Interrumpiéndola prorrumpió Gahel en efusivas "Gracias, gracias", dando en seguida prueba del gran dominio que sobre sí tenía; pues la entereza de su voluntad logró enfrenar el violento deseo que las palabras de Emma, tan plácidas y suaves cual su voz y sus ojos, despertaron en él de arrojarle a sus pies dejando desbordar en carifiosas frases los sentimientos que ella le inspiraba.

Y fué que su clarividente inteligencia y su conocimiento del corazón humano le hicieron ver que, sobre prematuras por demás, en el actual instante, serían tales demostraciones proceder incorrecto, impropio de hombre de su altura y su mundo, que debía esquivar el sugerir a Emma sospecha de propósito indelicado en él de explotar

inmediatamente la gratitud por ella demostrada. Así, pues, reprimiendo sus pasionales ímpetus, agregó:

—Gracias. Ténnela en cuenta tú; y pues me crees capaz de alguna buena acción, sírname ésa para que ya no veas tan negra cual la veías la mancha de que hablabas, en mi alma.

Nada contestó ella. Transcurrió un rato de silencio, y pareciéndole a Gahel imprudente prolongar aquella primera visita, con riesgo de caer en alguna impremeditación que destruyera la buena impresión producida con la noticia recién dada, decidió retirarse y meditar después con calma sobre las venideras entrevistas. Mas creyendo posible mejorar todavía el concepto con que de él quedara su prisionera, preguntó:

—¿Me querías responder con lealtad a una última pregunta que antes de retirarme deseo hacerte?

—Yo siempre hablo lealmente.

—Pues bien, ¿qué temiste en el primer momento al verte en mi poder?

—Todo.

—Esa es otra injusticia que conmigo cometes.

—Lo celebro vivamente, pero has pedido lealtad.

—¿Y continuas con los mismos temores después de haberme oído?

—No sé... Ya te he dicho que no miento jamás.

El segundo inciso de esta contestación fué respuesta a un amargo gesto de Abd-el-Gahel al ver a Emma todavía desconfiada.

—En prueba de que también en eso eres injusta, toma esta gumiá, y si te ofendo úsala contra mí.

Apartando el arma que se le tendía, replicó ella:

—¡Qué horror! Las mujeres como yo saben morir, muriendo se defienden; pero matar no saben.

Aquella manifestación de la angelical condición, que era el mayor encanto por el árabe amado en ella, hicieron que a los ojos de éste asomara de nuevo lo grande de su amor; mas también esta vez supo sujetarlo para que en ellos se quedara.

—Tienes razón: de mí no necesitas defenderte; pero, no obstante, a mi salida dejaré puesta por dentro la llave de la puerta de este pabellón.

—Gracias. Pero aun sin ella me guardaría mi voluntad.

—Y tanto como ella la mía; pues aunque



me hechiza tu belleza, no es tu cuerpo, sino tú entera, toda tú, quien me enamora; y aun cuando te parezca anhelo loco el mío, sueño ante todo y sobre todo con despertar en ti la voluntad de hacer de mí tu esclavo.

El Vengador no pudo ver el espanto con que lo miró Emma, porque no queriendo él proseguir la conversación un solo instante para no oír la negativa con que si allí permanecía sería seguramente rechazada la aspiración que había declarado, volvió la espalda apenas la hubo formulado y se salió del aposento. Pero teniendo buen cuidado cuando llegó al último, donde estaba la puerta exterior del pabellón, de hacer cuanto ruido pudo al sacar de la cerradura la llave (que en su emoción había dejado, al entrar, olvidada por la parte de afuera) y volver a introducirla por el lado de adentro.

Emma quedaba consternada y diciéndose, en el colmo del asombro:

—¡No es el cuerpo, es el alma lo que quiere!... Eso es todavía más horrendo... ¡Vestoy prisionera, prisionera. ¡Pepe, Pepe de mi alma, mi Pepe, mi Pepe!

Y repitiendo sin cesar Pepe, Pepe, prorumpió en desolado llanto.

\* \* \*

Al confesar el Vengador serle el perjurio peso leve, era más franco que otros mayores de rebaños humanos que, como él, se consideran superiores a los demás mortales por no estorbarles sus conciencias sueltas, flexibles, anchas, para hacer cosas que ciertos grandes hombres llaman grandes y que muchos pequeños saben y no quieren hacer.

Que así fuera Abd-el-Gahel no es sorprendente en quien era exclusivamente gobernado por el resorte de su ambición soberbia; pero es incomprensible que, pareciéndole liviano jurar en falso por lo más sagrado, le asustara el perjurio de amor, donde, aun no siendo musulmanes, tropiezan hasta los hombres más sinceros de nuestro mundo culto. Verdad que en su disculpa alegan que lo mismo hacen las mujeres.

Pues nos es dada posibilidad de penetrar la mente de Abd-el-Gahel, no será inoportuna escudriñarla para saber a qué atenerse sobre dos puntos interesantes:

Primero, la verdad con que juraba no haber sufrido daños las personas queridas de Emma: inquisición donde no son precisos psicológicos sondeos, pues ignorando

cuanto ocurría dentro de la Residencia, mal podía asegurar que no hubiera una baña muerto o herido a alguna de aquellas personas. Había, pues, mentido porque le convenía.

Segunda y más ardua pregunta: ¿No sentía realmente el califa por su prisionera sino el amor ideal que le pintaba?... Distingamos. Era evidentemente cierto, ya se ha dicho, que su pasión no era meramente carnal, que en la anhelada correspondencia a ella presentía deleites impregnados en fragancias de idealidades y sentimientos que no pidió jamás a las hembras de su raza. No era menos verdad que ni por un instante había pensado, para cuando tuviera a Emma en su poder, conducirse con ella como con una mujer más aprisionada en su serrallo, ni estropear el fantaseado idilio con brutales impacencias de amo, sino antes al contrario, mimarla, enamorarla, con toda deferencia, a la europea: seducirla, en suma, prometiéndose placeres muy superiores al de inmediata posesión impuesta del demorado, más voluntario, rendimiento y de la emoción de los preliminares conducentes a éste: mas dándolo, eso sí, por descontado desenlace de la empresa; pues en ninguna de su índole había nunca fracasado el hermoso árabe.

¿Que Emma era casada?... Pronto sería viuda, y ya cuidaría bien el amador de tomar sus medidas para que la viudez pareciera achacable a lance natural de los combates, donde el morir no es raro. Si algún evento inverosímil hiciera que Lobera escapara con vida, forzosamente habría de ser huyendo de Africa, pues de seguir en ella, seguro estaba Abd-el-Gahel de que viviría poco; y entonces la situación de esposa abandonada le parecía magnífica para Emma y altamente explotable.

Aun sin eso, él sabía bien que el matrimonio es, en el mundo de Emma, obstáculo que con divorcio o sin divorcio saltan muchas encopetadas damas, aun sin necesidad de ser abandonadas: sobre todo habiendo de por medio un hombre como Gahel que, al compararse con Lobera, se veía incomparablemente más hermoso—y esto no era vanidosa ilusión, sino realidad—, y se tonía por tan civilizado, por más inteligente y por más culto que él. Y esto, aun no siendo cierto, lo creía tan verdad como lo otro, pues ignorando el alcance y los vuelos de las obras de Pepe en la Residencia, creíalas destinadas a una vulgar empresa industrial, temiéndolo a él por uno de tantos ingenieri-



llos de tres al cuarto como al Sahara van a establecerlas.

Pero aun a serle conocidos el talento y la ciencia extraordinarios del marido de su amada, no habría variado de opinión, pues a la altura del Vengador no creía el Vengador llegara hombre ninguno; porque en él dábale la paradoja extraña de que no siendo su religión sino farsa y palanca para mover en beneficio propio a los demás, no creyendo en amistad, virtud, honradez, ni siquiera en Al-láh, tenía por verdad intangible su predestinación para el providencial papel que representaba.

Sólo para esto le servía el dios de los musulmanes, porque después de fundirlo a él del metal acendrado de que los otros hombres son escorias y de romper el molde, nada que hacer le quedaba ya a Al-láh, ni a Abd-el-Gahel le hacía Al-láh falta ninguna, sino para mover en nombre suyo a sus muñecos, como Mahoma, con quien se hallaba notable semejanza había movido antaño otros muñecos.

Vanidoso que tributaba a su persona tal autoadoración, que disponiendo de oro y poderío veía siempre plegarse todas las voluntades a la suya, no era fácil creyera hallar una absurda excepción en la mujer que amaba, y tanto menos cuando él reciente esplendoroso tránsito de Abd-el-Gahel a secas a *Abd-el-Gahel I* venía a realizar sus personales excelencias; pues ni el trono de sultana de un imperio como el que había él creado, ni la gloria y el orgullo de ver nacer de sí los vástagos de una dinastía fundada con tal prez son honores que la suerte depare con frecuencia a las mujeres, y a los cuales no podía en su sentir ser insensible quien tuviera el elevado espíritu que él suponía a su prisionera.

A las risueñas perspectivas anteriores con que el califa se había lisonjeado desde mucho antes de llegar a serlo se agregaba, a su salida de la primera entrevista con la huri, la satisfacción de haber estado habilísimo en ella; pues a despecho de que el barniz de su cultura no conseguía mudarle la ardiente sangre mora de sus venas ni amansar la violencia arrolladora de sus arrebatadas pasiones, había sabido esconder tras delicadas y corteses exterioridades su desmandado natural, pareciéndole—no sin razón a la ver-

dad—haber logrado que al separarse de Emma no lo tuviera ésta en el concepto del bárbaro africano con quien antes de comenzar la conferencia temería encontrarse, y en lugar de agraviada con las atrocidades que de seguro recelaba, dejábala agradecida en dos conceptos.

Esto era mucho, pues la sorpresa y el agradecimiento obligarían a Emma, quieraa que no, a pensar en él, y esto es lo primero que es preciso lograr con las mujeres.

Confiaba además Gahel en que su afirmación sobre Don Héctor y Raúl saliera cierta, pues en el ataque a la Residencia no pudieron los sahareños llegar a distancia desde donde su fuego fuera capaz de causar bajas numerosas en la guarnición, y mala suerte habría de ser que el juramento le resultara falso.

Las vidas cuya conservación le era ya agradecida habrían de hallarse nuevamente en riesgo, brindándole reiteradas ocasiones de salvarlas y de recoger nuevas cosechas de gratitud. Y si la gratitud anduviere perezosa para trocarse en recompensa *a posteriori*, siempre cabría cobrarla *a priori*, cual precio anticipado de venideras salvaciones: precio que un hombre de su altura no pediría empleando feos procedimientos, pero que exacerbando las inquietudes de Emma y exagerando las dificultades de librar a los suyos de peligros, conseguiría que pagara o a lo menos prometería ella.

Pero ¿y si a pesar de todo?... Esta pregunta no es de Gahel, que aunque sin impacencias confiaba en el triunfo, y todavía más después que la meditación subsiguiente a la reciente entrevista le sugirió una idea luminosa, relativa a Pepe Lobera, que pronto le veremos poner por obra.

El inciso anterior se deja atrás una pregunta seguida de unos puntos suspensivos, con los cuales quedaba imprecisa. Puntualicémosla.

¿Qué haría el moro de fracasar en la conquista de afectuosa correspondencia de Emma?... ¿Resistiría a tal golpe el semiplatonismo de su amor, o al recibirlo no vería ya en ella sino la bellísima mujer cuya posesión codiciaba y tenía en su poder?

Ahora queda ya clara la pregunta; mas para la respuesta, preciso es aguardar a den los acontecimientos venideros.



## XVI

## LA SEGUNDA ENTREVISTA

Antes de encerrarse Abd-el-Gahel a hacer las reflexiones sintetizadas en el último capítulo quiso coronar sus atenciones a Emma enviándole a Maka para que la sirviera y acompañara, proporcionando así a la prisionera el gran consuelo de abrazar a su ama, a quien quería casi como madre, y de llorar en brazos de ella en vez de llorar sola.

A la negra le fué concedida relativa libertad para entrar y salir en el pabellón de Emma al ir a recoger a las cocinas las comidas que servía a su niña, o a pedir al mayordomo del califa cuanto ésta deseara; pero eso sí, desde que trasponía la puerta, a la salida, hasta que regresaba, iba constantemente acompañada por uno de los dos centinelas a todas horas apostados frente a la del pabellón, quedando el otro en su puesto para no consentir salir a Emma, que ni una vez lo pretendió por comprender que a nada conduciría.

Estos centinelas eran siempre moros de una pequeña escolta personal del califa, como gente de absoluta confianza por pertenecer a la *harka* de Ouahila, que Ben-Casím mandaba, pues su padre, Abd-el-Gahel el Viejo, cuyo era el señorío de la cabila, se lo había legado a su bastardo.

Utilizaba Gahel la comunicación de sus gentes con Maka para que ponderaran a la nodriza el valor, el poderío y la gloria del Gran Califa como si fuera un semidiós, pues sin querer tocar por sí estos puntos en sus conversaciones con su prisionera, deseaba impresionarla y deslumbrarla con ellos.

A prima noche del día siguiente a la primera entrevista con Emma llamó el Vengador a la puerta del pabellón, diciendo a la nodriza cuando ésta salió a abrirle que pasara recado a su ama de que el califa solicitaba su venia para saludarla y comunicarle cosas importantes.

—Estoy en su poder; me tiene presa, y ¿me pide permiso para entrar?... ¿De qué me servirá negárselo?... Dile que entre. Y si él no te echa, quédate junto a mí hasta que se vaya.

.....

—Después de darte gracias de haberme recibido—dijo Gahel en cuanto estuvo dentro—, deseo asegurarme de si mis noticias de ayer sobre las personas por quienes te afligías te han devuelto la tranquilidad que deseo tengas; ya que por ti, y después de las seguridades que me oíste y quise hacer más firmes enviándote a tu criada, no creo temas ya nada.

—El recibirte no merece gracias, pues no estando en mi casa ni pudiendo, por tanto...

—Te equivocas.

—Si pudiera reír, me reiría... Pero dejemos eso. En cuanto a mí, y aunque celebre tus seguridades y agradezca el envío de mi ama...

—Que sin duda asiste a mi visita por orden tuya.

—No he creído hubiera inconveniente.

—Para mí el de apariencia de guardarte de lo que no te amenaza. Y en su permanencia aquí tienes la prueba de que estás en tu casa y en ella mandas.

—Ya ayer te dije que para guardarme me basto. Maka, vete... No, no es ese mi miedo.

Fuése la negra, y disimulando Gahel que le amargaba el gusto de la salida de ella la reiterada alusión a la fortaleza de Emma, dijo:

—Puesto que felizmente no te preocupa ya ese extremo, únicamente queda el de inquietud por tu familia, que ayer creí haber sosegado.

—Sosiego de un instante; pues cercada la Residencia por esos... hombres que tú mandas, y temiendo que en cualquier instante sea de nuevo asaltada, no puede durarme hoy la tranquilidad que ayer me diste.

—Si quieres convencerte de tu poder ordename no volver a asaltarla.

Inundó el rostro de Emma una oleada de carmín y contestó.

—Yo no doy nunca órdenes a quienes no tengo títulos para mandarles nada.

Comprendió Gahel que había ido más de prisa de lo que era prudente, y tomando otro rumbo y aparentando no haber visto el rubor de ella ni apreciado el alcance de la respuesta, prosiguió:



—Como gustes. Pero para afirmar esa tranquilidad que no crees pueda ser duradera, te diré que ayer, en mi deseo de no oír tu respuesta a lo que no mi voluntad, sino mi corazón dejó escapar—No, no me la digas: tengo ya adivinada esa respuesta—, me hizo marcharme precipitadamente, y por ello no pude hacerte comprender que si disponiendo, como sabes dispongo, de una mica bajo el centro ferroviario no ha volado ya éste con todos sus defensores...

—¡Qué horror!

—... es por estar allí personas que te son queridas. Bien ves que te doy pruebas de que no solamente ayer les he evitado muerte cierta, sino de que mi voluntad es la que de ella continúa librándolos en todos los instantes.

—Pero esa mina.

—No te asustes; la tienes en tus manos.

—¡Qué! ¿Qué quieres decir?... Otra vez esa idea monstruosa, abominable.

—No, no es eso: sería, en efecto, abominable—interrumpió vivamente Gahel viendo que caía de nuevo en la imprudencia de poco antes y cuán urgente era no hacerse odioso a Emma—e injusto me ofendieras suponiendo infamias en que no pienso. No me has entendido: quise decir que al estar en mis manos esa mina es como si en las tuyas la tuvieras, pues tengo decisión firmísima de continuar velando por tu padre y tu hermano.

—¿Y mi marido?

A no estar tan sobre sí como desde que entraba en el pabellón de la prisionera se ponía el Vengador para no descubrir su violenta condición, habríale vendido la rabia que se le desbordaba siempre que algo venía a recordarle al dueño de la mujer codiciada por él, reverdeciéndole el despecho de su doble fracaso en la tentativa de asesinato de Lobera y del primer rapto de Emma, uno y otro intentados para impedir la maldita unión con que ella misma venía a darle en cara.

Tal le hirvió, al oírla, su salvaje sangre mora, que la primera arrebatada impresión tuvo más fuerza que su doblez y contestó en tono donde gritaba el odio:

—¿Tu marido?... No te acuerdes de él...

Mas conociendo que a dejarse ir por la pendiente en donde resbalaba lo llevaría ésta a mostrar claramente cómo era cuando se le caía la careta de hombre civilizado, se reportó. Pero no hallando para la frase comenzada final que fuera diferente del que

su aborrecimiento estaba ya a punto de darle, la cortó en seco, quedándose callado.

Aun cuando Emma no conocía el odio ni sabía cómo habla, presintió algo siniestro en la voz y en el semblante, y, por último, en el silencio de su carcelero; y creyendo lo peor gimió:

—Ha muerto, ha muerto... ¡Desdichada de mí!... Tus seguridades de ayer eran mentira... ¡Dios mío, Dios mío!

—No, no eran mentira.

Contestaba Gahel casi maquinalmente, distraído con el recuerdo de una idea que en sus meditaciones de la víspera se le había ocurrido; mas solamente como embrión de un plan que la respuesta de Emma le empujaba a poner ya por obra, no obstante no tener todavía madurados los detalles del modo.

Por ello procuraba ganar tiempo con la negativa, que no podía convencer a Emma mientras no fuera explicada, y por ello dejaba correr el llanto de ella el poco tiempo que la despierta inteligencia de él había menester para desarrollar en acto el embrión.

Pensando, pues, que a la ventaja, ya vista en su proyecto al meditar sobre él la noche anterior, de no aparecer ante Emma responsable de la muerte de su marido, cuando sobreviniera ésta—cosa que tenía *por escrita*—le convendría agregar la de que antes de morir realmente Lobera hubiera muerto ya en la estimación de su mujer, aseguró a ésta que ni la víspera había mentido ni mentía entonces al decir que el *señor Lobera* estaba vivo.

Cuando la pobre desventurada, con cuyo corazón jugaba como un tigre el amor del que en sus garras la tenía, oyó que su Pepe estaba vivo, preguntó cual asombrada de un absurdo:

—Pues si vive, ¿qué significa el decirme que no me acuerde de él?

—Que puedes desechar todo temor por él, pues ya no corre los peligros que cuido de apartar de tu padre y tu hermano.

—No lo entiendo.

—Porque esta mañana han llegado al centro ferroviario dos dirigibles y dos helicópteros de la Argentina, que después de descargar allí se han vuelto a su país, llevándose a *todos los argentinos*.

A Emma, enterada de que su marido esperaba de un momento a otro los zepelines y los helicópteros, le hizo impresión de verdad lo dicho por Abd-el-Gahel; pero, no obstante, gritó con íntimo convencimiento:



—Mentira, mentira. Mi marido no se ha ido... No, no, no... Además, ¿cómo lo sabes tú? Tú no puedes saberlo.

—Tampoco yo lo *habría creído posible* al no habérmelo dicho el piloto y los pasajeros de uno de los hélicos obligado a aterrizar por avería entre mis tropas. Yo mismo los he interrogado aun no hace dos horas.

—¿Y te han dicho que mi marido se vuelve a su país?

—Sí.

—¡En estas circunstancias!... Mentira.

—Deploro el daño que te causo—repuso hipócritamente aquel embustero—; pero si no me hubiese cerciorado de que no hay excepciones, no te habría dicho que *han huído todos los argentinos*.

—¡Huído!... No supondrás que mi marido tiene miedo, pues te consta que por no salir de Africa afrontó la muerte contra quien no se atrevió a herirle por su mano.

—No hago suposiciones. Para aliviar tus inquietudes me limito a informarte de hechos. Y empleo la palabra adecuada al hablar de la marcha de... de los argentinos—replicó Gahel temblándole la voz, pero sin levantarla ni perder la calma al recibir el bofetón de Emma, que aguantó sin protesta; mas solamente a costa de colosal esfuerzo, en que apretó los puños con rabia tan frenética que las uñas de los dedos se mancharon de sangre al clavarse en las palmas de las manos, sin que siquiera se enterara del dolor físico por dolerle incomparablemente más el afrentoso agravio.

¡Grande era, grande su pasión cuando tanto aguantaba!; aunque creyó por un instante que el amor a Emma se le trocaba en odio.

—Pues no, y no, y no: mi marido no ha huído... Es imposible... Eso tiene que ser... tiene que ser... otra cosa.

La vacilación de Emma obedecía a haber estado a punto de decir: "Tiene que ser que esos dirigibles vienen a libertarme". Pero viendo de pronto que decirlo sería despertar el cuidado de aquel hombre y hacerlo prevenirse contra la empresa que ella pensaba acometer a su marido por salvarla, se contuvo; pero su falta de doblez no supo sofocar antes de que en su rostro reluciera resplandor de alegría encendida por esperanza tan visible que no podía pasar inadvertida a la escrutadora mirada que la vigilaba.

—Te he dicho la verdad, y no he de molestarte insistiendo en ella; mas sólo te recuerdo que tu incredulidad ~~de~~ hace un

momento, cuando te prometía seguir velando por tu padre y tu hermano, ha tenido que rendirse a la evidencia que olvidabas aún habiéndola visto por tus ojos.

—¿Por mis ojos?... ¿Una evidencia?... ¡Ah, sí: esa mina!

—No te espantes... Si te la recuerdo no es para avivar temores que deseo deseches, sino para decirte que así como ella te convenció de aquello, también el tiempo te vencerá de esto que ahora te parece increíble... Y créeme: la idea a que para huir de un desengaño se aferra ahora tu pensamiento no puede conducirte sino a otro; pues te aseguro que los aviones y los dirigibles no vuelan hacia aquí, sino con rumbo a América.

Nada respondió Emma; pero asustada en su sencillez de la facilidad con que aquel hombre le penetraba el pensamiento, lo miró con asombro, donde él leyó que no se equivocaba sobre la causa de la alegría que había iluminado el rostro de ella al oír que su esposo había salido de la Residencia. Y sonriendo satisfecho de haber dado tal prueba de su perspicacia, y no pareciéndole oportuno insistir aquel día en demostraciones amorosas, *solicitó permiso* para volver a diario a traer noticias de Don Héctor y Raúl.

Contestó Emma que no era necesario, pues para su sosiego bastaba convinieran en que mientras las noticias fueran buenas no se molestara en visitarla: convenio no aceptado por haberle puesto Gahel el reparo de que no esperando ella de sus visitas sino malos nuevas, las temería en vez de desearlas. Y dicho esto se despidió hasta el día siguiente.

\* \* \*

Todas las afirmaciones de Abd-el-Gahel fueron completamente inútiles para convencer a Emma de que su marido la hubiera abandonado, pues apenas aquél la dejó sola volvió a exclamar con firme convicción, nacida de ciega fe en su Pepe: "Mentira, mentira. Ha salido de allí para buscarme; estoy segura". Y llamando a Maka, la hizo partícipe de sus esperanzas, mas condoliéndose de haberlas dejado traslucir y temiendo las consecuencias de haber puesto en guardia al Vengador.

Incertidumbres, temores e ilusiones sobre el éxito de la supuesta empresa llenaron la noche entera el pensamiento y la conversación de las dos mujeres; pues alucinada por su deseo no consintió acostarse Em-



ma para estar dispuesta a escapar cuando llegara Pepe, lo cual podía ocurrir aquella misma noche.

Entre tal ilusión y la zozobra de los peligros de la empresa en que creía empeñado a su marido ahuyentábanle el sueño. Y por si una y otra no fueran ya sobradas para exacerbar su excitación, entremezclábase a ellas el recuerdo de la amenaza permanente suspendida sobre su padre, Raúl y todos los moradores de la Residencia: la terrible mina que *ella tenía en sus manos...*

¿En sus manos?... Verdad que el hombre aquel había protestado al adivinar—era odioso sentirse de tal modo adivinados todos los pensamientos—el bochornoso miedo que la sobrecogió al creer iban a serle ofrecidas aquellas vidas a un execrable y repugnante precio; mas recordándola, al hacerle, el aborrecible amor que le había arrastrado a cometer dos crímenes.

No, no podía fiar en la lealtad de las protestas de quien empleaba como usual arma traición artera y acudía a sus villanos procedimientos para ganar el amor de ella. Además, no una, sino dos veces había dejado traslucir la misma horrible idea, pues ya antes del recuerdo de la mina había dicho que de ordenarlo ella no volvería a ser asaltada la Residencia.

¿Sería tan desdichada que la reservara su destino la tremebunda alternativa de ser ella quien sentenciara a muerte a su padre, a su hermano y a centenares de infelices compañeros de infortunio, o aceptar para sí?... ¡Qué horror!

En cuanto a Maka, su opinión, dictada por el conocimiento de las gentes de su raza,

se resumía en estos consejos insistentemente repetidos:

—No te fíes; no creas nada. Ese hombre miente, miente; su lengua no conoce la verdad, su corazón es un nido de traiciones.

.....

De cómo por la opuesta fase que Emma veía Abd-el-Gahel la conversación por ambos mantenida, el entrecejo contraído y el semblante hosco que llevaba al salir del pabellón parecían indicios de no sacar de aquella entrevista impresión tan favorable como de la primera: indicios no engañosos, pues sobre haberle producido de primera intención punzante disgusto y parecerle desagradable agüero la fe de ella en su marido, largo rato después de retirado a sus habitaciones escociale aún como abrasante quemadura el afrentoso bofetón de aquel recuerdo de la emboscada traicionera, en donde Pepe estuvo a pique de perecer.

Y si al cabo consiguió ver las cosas menos negras de como el mal humor se las teñía, debiólo solamente a su profunda confianza en su estrella y a su costumbre de triunfar en todo; pues una y otra le decían ser insensata aspiración e ilusión vana pretender en dos días derrumbar las ya previstas resistencias de Emma, que cuando viera desvanecerse la esperanza de ser por su marido libertada forzosamente creería en su abandono, del cual ya cuidaría el Vengador de amañar pruebas fehacientes en cuanto Lobera hubiera muerto y ella viera vivos y sanos a Don Héctor y a Raúl: cosas una y otra muy urgentes. Y tanto como ellas, para su prestigio de caudillo, acabar de una vez con los demás perros del centro ferroviario.

## XVII

### DONDE LA MUERTE RONDA A PEPE

En lo que solamente a medias mintió Gahel a Emma fué en la noticia de la llegada de los *aerókinos*—dirigibles ya mencionados en anteriores episodios de esta historia—y los helicópteros; pues, efectivamente, a otro día del asalto y del rapto de Emma habían llegado a la Residencia, pero no marchándose sino los *aerókinos*, en busca de nuevo cargamento de víveres a Fer-

nando Poo, y sin llevarse a los argentinos, que no venían de raza capaz de abandonar a sus compañeros de infortunio. En cuanto a los hélicos armados, allí se quedaron de estada para ser empleados...

Pero antes de decir en qué y de explicar cómo el Vengador los convirtió en seguida en arma sin filo y despuntada, preciso es enterarnos de los sucesos acaecidos en la



Residencia desde que de ella nos salimos en seguimiento de la robada esposa de Lobera.

Como un loco hace ciento, y más tratándose de locuras heroicas, y todavía más si éstas son reacción contra infamias como la de que eran víctimas Emma, adorada de todos los sitiados, y Pepe, a quien debían el reciente triunfo sobre los africanos, no le faltaron a éste y Raúl numerosos voluntarios dispuestos a jugarse la vida en el empeño de rescatar a la *raptada*: tantos, que o había de renunciarse a acometerlo en motos, por no haber suficientes ni para un décimo de ellos, o prescindir de tales vehículos, marchando a pie todos los combatientes. Lo uno era debilitar inconvenientemente la improvisada hueste; lo otro, perder celeridad, dejando tiempo a los raptos de ganar distancia.

Ni Pepe ni Raúl, capaces en su exasperación de acometer solos a la morisma entera, veían esto; pero sí lo veían algunos ingenieros y Davoust, arrastrados por el entusiasmo de la romántica intentona, que cuando se esforzaba en hacer entender a los dos cuñados la imposibilidad de echar a correr sin optar antes por el término más favorable del anterior dilema, vieron llegar a Don Héctor a los garajes a tiempo que Bertier hacía tocar "llamada a la carrera" a sus gendarmes, obligando a Davoust a separarse de Pepe y Raúl, en obediencia al toque.

Pero apenas comenzó Duvery su argumentación para hacer comprender a sus hijos lo temerario y aun inútil de la desesperada tentativa a que se aprestaban, y cuando el veterano, decidido a llegar para impedirle a atar a aquellos locos, si preciso fuera, daba orden a su tropa de no dejar salir a nadie, sobrevino un acontecimiento que tuvo mayor fuerza que razonamientos y gendarmes. Y fué que, con intervalo de menos de un minuto, se oyeron una serie de pequeñas, pero bien perceptibles explosiones bajo el suelo, que de éste alzaron fuera de los parapetos del recinto antiguo, pero dentro de los del campo insulatorio, extensa, pero leve polvareda larga y estrecha en el primer momento. Con lo cual, atraído todo el mundo a los lugares de las explosiones, quedáronse sin tropa los capitaneadores de la de rescate, a su vez obligados por Don Héctor a seguirle para enterarse de qué había ocurrido.

Como el lector habrá ya adivinado, aquello era que las mechas encendidas por Kitvinoff prendían en la carga de los horni-

llos preparados en la galería haciéndolos estallar, y cegándola mucho más eficazmente que el barreado de ella.

No queriendo Abd-el-Gahel explosiones mortíferas en el centro ferr viario, capaces de matar a los Duvery y de atraerle a él invencible odiosidad de Emma, habían sido calculadas las cargas de modo que estrictamente bastaran para que el derrumbamiento sobre la mina de unos quinientos metros del terreno la obstruyera, pero sin fuerza para volarlo a lo alto ni ocasionar daños de importancia. Así, el rosario de hornillos determinó el hundimiento de una faja larga y estrecha de suelo, según la dirección de la subterránea galería, llenándola con la tierra sumida, y abismándose en ella un trozo de la trinchera avanzada, lo cual hizo pensar a los defensores, cuando vieron la brecha, que abrirla era el objeto de las explosiones, que si no habían ocasionado mayores daños dentro del recinto era debido a deficiente cálculo de las cargas.

Como el boquete de la brecha no tenía sino unos cuantos metros de anchura, no era difícil ni largo reponer el aportillado parapeto; mas urgía no dilatar la reparación, aprovechando para hacerla aquellos momentos en que, castigadas media hora antes con terribles pérdidas las taifas rechazadas a Techiasco, ni tenían fuerzas ni ánimos para asaltar la brecha.

En consecuencia, inmediatamente ordenó Bertier comenzar el trabajo con cuanto gente cupo en el espacio donde había de ejecutarse; y echando deliberadamente mano en el primer momento de quienes se disponían a seguir a Pepe y a Raúl, dejó a éstos sin auxiliares, que ante el apremio del común peligro a la vista se distrajeran de lo otro, obedeciendo la orden de acudir a conjurarlo. Así quedó imposibilitado el disparatado ataque a Techiasco, donde, según Don Héctor y Bertier dijeron a los presuntos y frustrados jefes de él, no estaría Emma; pues dominando el Vengador en todo el Sahara, no habría de llevarla al lugar más cercano de todos a la Residencia: siendo dicho razonamiento el único que hizo impresión a los dos cuñados, que aunque rivalizantes en insensatez, parecieron quedar convencidos: ¿Y qué remedio les quedaba?

Además, al llevarse Bertier al padre hacia la brecha, no para que lo ayudara a dirigir las reparaciones, sino con pretexto de enseñársela, y en realidad para no dejarlo solo con sus pensamientos, encargó al yer-



no y al hijo fueran en seguida a las naves de acumuladores y dínamos cercanas al extremo de la zanja abierta por la explosión, para ver si los aparatos habían padecido con la trepidación del piso o por haberse hundido o desnivelado alguna parte de él.

.....

—Si a lo menos supiésemos dónde está la otra boca de esta maldita mina, ahora más cegada que antes—dijo Raúl a su cuñado cuando con éste echaba a andar a cumplir el encargo de Bertier—, tendríamos un indicio, pues de momento deben de haber llevado a Emma al poblado más próximo. Pero faltándonos tal dato, imposible de obtener...

—A menos de buscar la acometida de la ruina, no por debajo, sino por encima del suelo.

—Pero eso llevaría mucho tiempo, requerría gente para combatir, y ya ves que nos hemos quedado sin ella.

—No necesitamos a nadie; solos podemos hacer la exploración en aeroplano. ¿Quieres acompañarme?

Ni Raúl pensó en la dificultad de hallar la entrada de la galería, que, más que por convencimiento, pretendía buscar Pepe por no avenirse a la inacción, ni se preguntó qué podrían hacer, en caso de encontrarla, dos hombres solos, que en cuanto aterrizaran caerían en poder de los enemigos. Sólo vió, como el otro, que lo propuesto era siquiera un medio de no desesperarse cruzado de brazos, y contestó sin vacilar.

—Sí, sí. Tienes razón: es una magnífica idea.

—Pues vamos, vamos.

Torcieron camino. Su lento paso hacia la central eléctrica se hizo carrera a los hangares; y aun no habían pasado diez minutos desde que Pepe propuso la expedición, cuando uno de los cavadores de la brecha gritó asustadísimo: "Los tuaregs, los tuaregs en aviones, ya los tenemos encima", alarmando a todos, que al levantar la vista vieron que no eran aviones, sino un solo avión, en el que Bertier y Duvery reconocieron el que Lobera había utilizado para salvar a los perdidos en Ziza, y por él preferido al capturado al enemigo, por conocerlo como no conocía éste, y estar muy familiarizado con su manejo y condiciones.

—¿Irán ahí esos locos?—dijo el gendarme presintiendo la realidad.

—Mucho me lo temo, Bertier.

—Pero ¿qué nuevo desatino es ese?..

¿Adónde van, y que nueva insensatez se proponen?

—Que en un día me quede sin mi hija y sin mi hijo. ¡Emma! ¡Emma! ¡Mi Raúl! ¡Mi Raúl! ¡Los dos, los dos hijos de mi alma! ¡Desdichado de mí!

Viendo Manuel Lobera y varios ingenieros subordinados del pobre Duvery el estado en que éste se encontraba, le obligaron a retirarse de la trinchera; pues a Bertier, que bien sintió no poder acompañar a su amigo en aquel trance, lo retenía en ella el deber hasta dejarla completamente reparada.

Pero Duvery no consintió irse a sus habitaciones hasta asegurarse de que su hijo y su yerno eran quienes volaban en el hélico, y para ello fué desde el parapeto a los hangares, donde los mozos de ellos le dijeron que así era en efecto.

Adquirida tal certeza ordenó telegrafiar al avión mandato de regresar inmediatamente, reiterándolo hasta verlo obedecido. Después, ya convencido de su impotencia de hacer más, se sumió en doloroso y desconsolado pesimismo, suplicando a sus acompañantes que lo dejaran solo con su pena.

La orden fué telegraphada, repetida y vuelta a reiterar con insistencia, pero infructuosamente; pues no habiéndose puesto ni Pepe ni Raúl los auditivos de la estación del hélico, no se enteraron de ella. Y hasta es probable que, aun a oír, tampoco habrían vuelto.

—¿Pero qué hacen?—preguntaba asombrado al verlos volar en torno de la Residencia uno de los ingenieros auxiliares de Pepe.

—No me lo explico—contestó el piloto del avión que los otros llevaban—, porque no volarían de otro modo a querer suicidarse. Y no me lo explico, porque el señor Lobera es un aviador de primera y sabe cuán absurdo es volar tan cercano a tierra; pues la menor irregularidad, aun sin llegar a *panne*, del motor, una leve guñada de timones, el cabeceo de un ala, bastan, por pequeños que sean, para estrellarse contra el suelo antes de tener tiempo de reponerse de ellas.

—Sin contar con que según van ensanchando las vueltas pronto llegarán donde están los rebeldes, que a tan escasa altura los cazarán a boca de jarro.

—Dios quiera me equivoque, pero mucho me temo que no volvamos a ver a esos pobres muchachos.

La inconcebible y temeraria manera de



volar, que tenía al piloto con el alma en un hilo aguardando el siniestro a cada instante, respondía a que ni Pepe ni Raúl se curaban del riesgo con tal de ir muy cercanos al suelo para que no les pasara inadvertida la boca del pozo de mina que buscaban. Y no era ésta la única imprudencia en aquel insensato vuelo cometida, porque para efectuar más a conciencia la pesquisa no avanzaban sino a la mínima velocidad estrictamente indispensable para no caer: con lo cual iban en situación análoga a la de quien corriera por el borde mismo de una sima en vehículo de precaria estabilidad, cuyo despeñamiento no pendiera sino de que sus ruedas encontraran un menudo guijarro.

Para explorar en sucesivos tornos todos los alrededores de la Residencia describía el aeroplano una espiral, en la que cada vuelta venía a distar de la anterior unos doscientos metros; y así, cuando la curva fué ensanchando ocurrió lo previsto: que al volar sobre parajes ocupados por rebeldes, frecuentemente recibía el fuego de éstos: con gran suerte al principio, pues aunque cual granizo acantaleaban los proyectiles el metal del fuselaje del aparato, parecían respetar a los tripulantes. Pero esto, que era verdadero milagro, no podía prolongarse indefinidamente, y al cabo una bala alcanzó en el hombro derecho a Pepe, que, a pesar de las instancias de Raúl, no le cedió el volante sino cuando, pasado un rato, sintió hormigueo en el brazo, precursor de invalidez de éste. Mas no permitiendo lo bajo del vuelo que el gobierno quedara abandonado el tiempo necesario para que cambiando de asiento con Raúl, sentado a su derecha, pudiera aquél seguir gobernando con la mano izquierda, dijo:

—Coge, coge el volante. De prisa. No puedo manejarlo.

Aun cuando no se perdió tiempo en el cambio de mano, dió éste lugar a cabeceo que inclinó la proa del hélico hacia tierra, donde un gran grupo de indígenas prorrumpió en clamores de feroz júbilo al creer ya caídos a los aviadores. Pero todavía pudo

disponer Pepe de un brevísimo instante y serenidad para aprovecharlo cargando todo el peso de su cuerpo sobre el pie apoyado en la zapata de mando del timón horizontal, gritando al mismo tiempo: "Más marcha, Raúl"; y cuando ya el aparato parecía estar a punto de hincar la proa en el suelo, se levantó, dió un brinco y se remontó: después de haber estado tan cerca de aquél que sus ruedas de aterrizaje derribaron a un tuareg con la cabeza destrozada.

El peligro milagrosamente esquivado y la herida de Pepe, a quien Raúl no podía atender sin descuidar el gobierno, ni tenerlo indefinidamente sin asistencia, aclararon el juicio del muchacho mostrándole la ineficacia de la suicida exploración que estaban realizando; pues una hora de ella no había dado ni indicio de la boca de la mina. Así que al ver descender nuevamente el hélico por haber cesado Pepe de apretar el timón de altura, actuó sobre el de dirección para virar hacia la Residencia, diciendo al hacer esto:

—No bajes, no bajes.

—Sí, sí. Y tú, ¿qué haces?

—Dar la vuelta. Es preciso curarte.

—No te cuides de mí. Emma, Emma.

—Es inútil, Pepe: ya estoy convencido de que no adelantaremos nada. Además, yo no sé gobernar, como tú, a tan escasa altura.

—No, no. Emma, Emma.

Comprendió Raúl que sería vano intento pretender atendiera razones su cuñado, y no consintiéndole la alarmante prosecución del descenso perder segundo en discusiones, estiró la pierna izquierda y pisando brutalmente con el pie de tal lado el derecho de Lobera, hizo que el de éste oprimiera, quieras que no, la palanca del timón horizontal y elevara el hélico, que tres minutos después aterrizaba en el campo de donde había partido, y al cual llegaba el pobre Duvary corriendo cual si tuviera veinte años; pues había sido avisado por sus amigos y a ver éstos la virada del aeroplano donde su hijo retornaba.



## XVIII

## UNA REVELACIÓN DE AL-LAH

Las tremendas emociones del día y el desánimo de no haber obtenido fruto ninguno del reconocimiento aéreo; el retorno de éste, a su despecho realizado; el coraje de su impotencia para buscar y defender a Emma, traían al pobre marido en estado de exaltación frisanse en la demencia, agregándose a todo el efecto del balazo que, aun sin ser de entidad por no interesar hueso ni arteria, siempre era causa deprimente.

Después de sondear la herida, y antes de comenzar la cura, dió Don Gustavo la enhorabuena a Pepe por no ser aquella de importancia; y al recibir por toda respuesta: "Más valiera que me hubiesen dejado seco", asustó al doctor el tono de ferviente deseo de morir que advirtió en la respuesta.

Las malas condiciones en que la excitación moral y la debilidad física ponían al herido para soportar la extracción de la bala determinaron en los momentos más dolorosos de ella una crisis muy parecida a paroxismo, en la que sin desvanecerse no era dueño de reprimirse, ni siquiera de darse cuenta de que otros oían los ayes que, no el dolor del cuerpo, sino el del alma, le arrancaba, haciéndole decir:

—Emma, Emma... No verte más... Y si te veo será después... ¡Qué horror, qué horror!

Comprendió Don Gustavo que el espanto que en su delirio aterraba al desventurado esposo era causado por la idea de cómo le devolvería su esposa, si es que la devolvía, el malvado raptor. Entonces se le presentó al médico el más grave caso de profesional conciencia con que en su vida había tropezado; pues se le aferró a la imaginación intuitivo pero tenaz convencimiento de que en tal estado de flaqueza mental no podría Pepe resistir su desesperación, siendo muy de temer aprovechara para suicidarse el menor descuido de quienes lo cuidaran.

Dijose que el primero y más eficaz remedio de que aquella naturaleza estaba necesitada era el reposo absoluto del pensamiento, la completa inactividad de la mente, cuando la mente, por desgracia, no cesaría ni un momento en su desaforado batallar...

—Un calmante fuerte, un verdadero narcótico cuya acción durara quince o veinte horas—murmuraba Don Gustavo—daría la solución en otro caso; pero, ¿quién se atreve a suministrárselo a un hombre que acaba de perder Dios sabe cuántas onzas de sangre y cuyo pulso está como estoy viendo?... Pues yo, ea, yo me atrevo. En último extremo, entre que se nos vuelva loco y se nos mate, o matarlo yo, más le vale esto; y en cuanto a mí, ya verá Dios que si lo mato no es por mi deseo.

Una vez tomada su resolución no quiso propinar a Lobera por la boca el narcótico; pues habiendo antes intentado, al comenzar la cura, calmar su excitación con un cordial, se negó en redondo a beberlo, agregando que ni ahora ni después lo molestaran con potingues, pues sus males no tenían sino *una eficaz medicina*: callándose cuál fuera, y aumentando con ello los temores del médico, que lo sospechaba. Por ello, para darle el calmante sin que se enterara, sacó Don Gustavo de un armario de la sala de operaciones donde estaban una jeringuilla de inyecciones, la cargó con una buena dosis del narcótico que había elegido y se la inyectó al paciente, sin prevenirlo a él ni a Raúl: como si fuera una de las operaciones de la cura, y diciendo para sí: "Ahora, la Providencia nos tenga de su mano; y si me sale mal esta barbaridad, no nos enteraremos de ella sino Dios y yo."

Seguidamente dió los últimos toques a los vendajes y los regó exteriormente, sin la menor necesidad, con una pulverización desinfectante: todo con deliberada lentitud para mantener a Pepe en postura y quietud coadyuvantes al comienzo del efecto narcotizante; y cuando éste fué pleno y vió a aquél sumido en sueño profundísimo, lo sacó de la enfermería en una camilla, yéndose tras ella; pues mientras durara la acción del atrevido tratamiento no quería apartarse un instante de la cabecera del narcotizado para vigilar si sobrevengan y combatir sin pérdida de tiempo posibles complicaciones. Y cuando lo vió tranquilo ya en la ca-



ma pensó, muy satisfecho de sí mismo: "Por lo menos no piensa el infeliz."

Y tenía razón, pues en la horrible tragedia del esposo de Emma sustraerle memoria, pensamiento y juicio era el mayor bien que podía hacérsele.

—¡Pobre Lobera! ¡Pobre Lobera!... ¡Si a mí se me hielan la sangre al pensar en la situación de esa pobre niña!, ¿qué tormentos no sentiría este pobre desventurado en cuanto despierto hubiera caído en la inacción del lecho...! ¡Qué tremenda mañana y qué amontonamiento, en ocho o nueve horas, de horrores y catástrofes capaces de llenar muchos, muchos días aciagos—murmuró Don Gustavo cuando dejándolo con el que ambos miraban ya cual verdadero hijo y hermano, salieron de la alcoba Duvery y Raúl para hablar con Bertier y ver si con mayor serenidad que ellos discurría medio de acudir en socorro de Emma.

Las poquitas esperanzas que de ello llevaban les crecieron inopinadamente en el momento mismo de salir al pasillo, donde aguardaban su salida dos mocetones como dos hastiales, negros como la pez, que en lo grandes, retintos y fornidos eran ramas parejas con el tronco de donde habían brotado; pues los dos negrazos eran hijos de Maka, y viviente contraste peregrino con su hermana de leche, la rubia, delicada y blanquísima Emma.

Tenía el mayor veintisiete años, y veinticinco, uno más que Emma, el otro. Ambos eran, como su madre, kavareños; pues se recordará que en uno de los oasis de Kavvar-El Dirki, de donde los tres eran oriundos, había nacido la hija de Duvery.

Los dos mozallones querían nada menos que obtener permiso de Don Héctor para irse a indagar, por lo pronto, adónde habían llevado a su madre y a la Señorita, y luego a lo que se pudiera.

La empresa de los dos sahareños, conocedores de las arterías y tretas de sus paisanos, e hijos de una comarca que en masa se había alzado en armas y cooperado a la degollina de franceses, tenía, aun cuando hasta para ellos fuera arriesgadísima, muy otro cariz que los desatinados proyectos de Pepe y Raúl.

Tal fué desde el primer momento la opinión de Duvery y su hijo, pensando lo mismo Bertier, a quien, con los negros, se fueron aquéllos en seguida a buscar a la brecha en reparación; pues en cuanto vió el capitán la traza de los dos africanos y se enteró

de quiénes eran y cuáles sus propósitos, dijo a Raúl:

—Esto ya es otra cosa que vuestras locuras de esta mañana.

Pasamos por alto el interrogatorio de los hermanos, porque Bertier quería saber cómo pensaban proceder una vez en el campo, para juzgar si podía confiarse en su meollo. Igualmente se calla cómo fué convenida contraseña para que a su regreso, dado que no los descubrieran y mataran los rebeldes, no fueran tomados por tales y recibidos a tiros por los centinelas; pues no saliendo todos los planes cual se trazan, preferible a anticipar proyectos es relatar más tarde el desarrollo de ellos, bastando por ahora decir que siendo ya noche cerrada, Bertier y los Duvery despidieron conmovidísimos a los dos negros al pie del parapeto, viéndolos en seguida escalarlo, descolgarse al foso, trepar al glacis y desaparecer en dirección que, a intento, no sería alumbrada en una hora por los proyectores.

Al verlos sumirse en las sombras de una noche negra de puro obscura, entró en las almas de los que se quedaban el primer albor de esperanza. Tenue era, mas siquiera se había ya comenzado a hacer algo en favor de Emma.

Al promediar la siguiente mañana llegaron los aerókinos y los helicoplanos de que Abd-el-Gahel habló a la noche a su prisionera, y en cuanto supo Raúl que traían bombas arrojadizas, pidió a Bertier permiso para darse el gusto de obsequiar con ellas a los africanos que por haberse puesto fuera del alcance de los revólveres se creerían muy seguros.

A condición de que llevara el mejor piloto y a Davoust de jefe del aéreo raid no vió inconveniente el capitán en autorizar el desahogo. Y aun se alegró de él, pues sobre todos los defensores de la fortaleza pesaba continua y penosísimamente el recuerdo de Emma, ocasionando inconveniente depresión de ánimos, para contrarrestar la cual venía bien sobrevinieran incidentes o accidentes, y hasta peligros, que distrajeran de aquella idea fija, obligando a pensar en otras cosas.

\*\*\*

Cuando principiaron a caer bombas sobre los vivaques de las turbas sahareñas, Abd-el-Gahel, seguido de su pequeña escolta en motos, andaba recorriendo los de toda la línea de circunvalación.

La noche de la víspera, día del fracaso



asalto, reunió en Sabankafi a los jefes de contingentes, a quienes de mañana había citado: reunión de que asuntos más interesantes nos han impedido dar cuenta hasta ahora.

Cargó en ella el califa a la ignorancia de los impacientes el descalabro de la mañana, que, previsto por él, había sin embargo afrontado para que así hallaran castigo y aprendieran obediencia quienes habían menester de escarmiento para abstenerse en lo venidero de nueva tentación de pesar en las decisiones del mando, que conociendo los elementos de defensa con que contaban los sitiados, sabía cómo podrían contrarrestarse y cuándo convenía combatir: cosa de que los reunidos y sus harkas eran incapaces, según a costa suya habían aprendido.

Exigió en consecuencia obediencia ciega para lo venidero, conminando con terribles castigos las infracciones de ella, y ordenó que al día siguiente se comenzara a abrir trincheras para irse acercando a cubierto de fuegos al centro ferroviario y expugnarlo al uso de los ejército regulares.

En señalar puntos de partida a dichos aproches y marcarles direcciones se ocupaba Abd-el-Gahel cuando Davoust y Raül arrojaron las primeras bombas sobre las hordas que mandaba.

Ocurriósele inmediatamente al Vengador ordenar por telégrafo a Sabankafi que el hélico donde había regresado después de su proclamación saliera a atacar al de los sitiados; mas en seguida cayó en la cuenta de que no disponiendo sino de uno, pues el otro se lo habían cazado, sería muy desigual la partida de uno contra cuatro: los dos recién llegados al centro ferroviario, el que ya allí estaba antes y el que el estúpido piloto se había dejado apresar. Esta consideración hizo a Gahel desistir de la idea, contrariándole mucho, pues veía que aquel fuego desmoralizaba grandemente a sus africanos: más que por el daño padecido, que en campo abierto y hecho por neófitos en tal tiro no era cosa mayor, *por bajar del cielo*, contra el cual iban creyendo ya tener que combatir algunos tímidos supersticiosos impresionados desde la "tempestad de la alambrada". Por ello buscó ahincadamente medio de ofender al avión, y no hallando ninguno rápido y eficaz le sugirió su ingenio, tan agudo cual perverso, el de amenazar a los sitiados con temible represalia que seguramente les haría suspender el bombardeo.

Mas lo difícil era hacer llegar a ellos la

amenaza, pues de enviarles un parlamentario tenía certeza de que siendo de los franceses conocida la mala fe de los berberiscos no se fiarían de la bandera blanca y recibirían al emisario a tiros. Pero sin duda debió hallar otro expediente, pues pidió su moto y partió a escape con la escolta para Techiasco, ordenando antes a la estación telegráfica de campaña del vivac donde estaba—de alambres tendidos en el suelo por no tenerlas radiotelegráficas portátiles—que circulara a los demás el siguiente despacho:

*"Califa ordena todos cabos de taifa que en cuanto vean aproximarse avión las dispersen a la carrera en amplio espacio, por grupos dos o tres hombres, mientras él toma medidas impedir enemigo bombardee mañana."*

Este telegrama fué puesto a las tres de la tarde, y media hora después llegaba Gahel a la aldea, donde sin pérdida de tiempo adoptó disposiciones para cumplir la promesa hecha a sus gentes en el telegrama.

\* \* \*

Cuando el capataz de servicio en la iluminación exploradora encendió aquella noche los proyectores de la Residencia, le llamó la atención el cambio de color que advertía en las fronteras paredes terrosas de Techiasco; pues en vez del color obscuro propio de ellas mostraban blanco fondo surcado por dos rayas negras horizontales, lo cual les daba la apariencia de enormes hojas de papel escrito que a distancia demasiado grande para ser leídas a simple vista permitían, sin embargo, apreciar las líneas de la escritura tendidas en contiguas hojas—más bien blancas pizarras—en extensión de sesenta metros a lo largo de las paredes de las casas de la aldehucha, visibles desde la torrecilla de los proyectores.

Con el tubo acústico avisó en seguida el capataz al ingeniero del ferrocarril, de cuarto a la sazón en la rotonda de mando, quien, acercándose el anteojo, leyó el siguiente mensaje, que en tan extraña forma, *y en inglés*, enviaba el Vengador a los sitiados:

*"Apagando dos veces, a media noche, proyectores, prometan no volver bombardear. Si no, degollaremos hija Duvery."*

Pareciéndole inhumano enterar de la abominable amenaza al pobre padre, que se hallaba en la alcoba de su yerno, llamó el ingeniero a Bertier, que echando tacos y reniegos contra el Sahara, árabes, bereberes,



Abd-el-Gahel y Mahoma, ordenó que a la hora indicada fueran los proyectores apagados dos veces; encargó al capataz y al ingeniero el secreto sobre ello, mientras se pudiera, y a la mañana siguiente dijo, con asombro de todos e indignación de Raúl, que por no creer prudente la salida de los cuatro aeroplanos, quedaba suspendido el proyectado bombardeo aéreo, para el cual toda la noche se habían estado cargando bombas con grandísima premura.

Las razones de por qué no era prudente el bombardeo se las llamó para no alarmar al padre ni al hermano de Emma.

\* \* \*

A poco de dar las doce de la noche, y estando Abd-el-Gahel en su despacho de Sabankafi meditando sobre la conversación u-

rato antes tenida con Emma, le entró el telegrafista de servicio de su cuartel general un parte de Tinkert, que desde Techiasco comunicaba una sola palabra: "Vengador": contraseña cuyo significado era que los proyectores habían sido apagados.

—Imbéciles—exclamó al leerlo—. Se han creído que yo la mataría.

Y en seguida ordenó al telegrafista contestar a Tinkert: "Borra aquello", y poner en cuanto llegaran las siete de la mañana un telegrama circular a todos los jefes de taifa, diciendo:

*"Innecesario mantener precauciones bombardeo. Loado sea Al-láh, que anoche se ha aparecido Califa prometiéndole que los impedirá."*

He aquí porqué dijimos que Gahel había despuntado y mellado las armas que con los hélicos llegaron a la Residencia.

## XIX

### DONDE EMMA SIRVE DE CIMBEL

Haciendo honor a la verdad, ha de reconocerse que no todos los caides de taifa cayeron en la candidez de creer en la sobrenatural comunicación con que el Califa pretendía estar favorecido; pero como también entre mahometanos es arriesgado desmentir a farsantes poderosos, tuvieron todos buen cuidado de aparentar credulidad; y como, de otra parte, ni aquel día, ni al otro, ni en los sucesivos volvieron a caer bombas del cielo, quedó la chusma persuadida de la gran influencia con la Divinidad del Vengador, cuyo prestigio creció al lograr, como se proponía, que sus órdenes fueran reverenciadas por la plebe como inspiraciones de Al-láh.

Pudo cuajar la superchería por no haber en Techiasco quien supiera leer la conminación a suspender el bombardeo por haber sido escrita en inglés, que Gahel supuso poseerían casi todos los ingenieros del ferrocarril, y estaba cierto hablaban Don Héctor y Raúl.

Por eso lo primero que la tarde anterior hizo al llegar a Techiasco fué enviar en comisiones urgentes, fuera de la aldea, a dos de sus técnicos tráfugas, que conocían dicho idioma, para que de nada se enteraran. En seguida ordenó que cincuenta indígenas

encalaran a toda prisa, con escobas, las paredes de las casas situadas en la parte del perímetro del pueblo que daba frente a la Residencia, mientras otros cuantos preparaban varias docenas de cubos de un menjurje negro y espesísimo, que a cuatro tuaregs apaces de escribir a su modo el francés sirvió para copiar con él, y también con escobas, letra a letra, de a metro de altura, las del trozo del escrito inglés, que dividido en cuatro fué repartido entre ellos.

Así a las siete de la tarde pudo estar terminado el letrado completo y retornar Gahel a Sabankafi, a hacer a Emma su segunda visita, ya anteriormente relatada, quedándose Tinkert a la mira de la respuesta de los proyectores para telegrafiarla a aquél y borrar tan pronto la recibiera lo escrito en las paredes. Con lo que nadie que supiera inglés tuvo ocasión de leerlo.

\* \* \*

El mismo día del bombardeo con los hélicos, al despertar Pepe del sueño de diez y siete horas en que lo había tenido Don Gustavo, se apresuró éste a enterarlo de la salida y del objeto de ella de los hijos de



Maka, agregando que Bertier esperaba que en breve traerían noticias de Emma. Y aunque no fuera grande la confianza del capitán en el éxito y menos en la brevedad de la tentativa, corroboró después lo dicho por el médico.

Esta noticia no calmó, pero atenuó la violencia de la desesperación del pobre esposo, y haciéndole entrever aquel hilillo de esperanza, alejó, en opinión de Don Gustavo, el riesgo más temido de que atentara a su vida; pero la imposibilidad de hacer nada por sí mismo y aquel consumirse en la inacción mientras llegaran nuevas, que sabe Dios cuánto tardarían en traer los dos hermanos, lo postraron en hosca melancolía, en la que sin querer ver ni oír a nadie lo atormentaba a todas horas la obsesionante y terrible pregunta: "¿Qué pasará, que habrá pasado entre él y ella?" Estado que cegó al invadirlo fiebre alta, determinada por haber sobrevenido fuerte inflamación de su herida del hombro.

Aquel mismo día convocó Bertier a consejo, por pensar que si las voladuras de la galería subterránea fallaron, según pensaban los sitiados, por deficiente carga, podía esto ser lección aprovechada en lo venidero por los sitiadores para nuevos intentos de igual índole, siendo preciso prevenirse contra tal clase de ataque, en el que no se había pensado hasta entonces por no creer a los sahareños con aptitud para emplearlo, y acerca del cual y de los medios de defenderse de él quería el jefe oír el parecer de los ingenieros.

Desde luego no se podía contar con la asistencia de Pepe, a quien substituía Manuel en las funciones de jefe de la defensa técnica, a las que, a ruegos de todos y en aras de la salvación común, se dedicó por completo, renunciando a cuidar a su hermano, asiduamente asistido por Don Gustavo, con la ayuda de Raúl y Don Héctor cuando no estaban de cuarto: servicio a que ni el anclano consintió substraerse, no obstante el tristísimo estado de su espíritu, al cual se sobrepusieron, aun cuando sólo él supiera a costa de qué heroicos esfuerzos, sus deberes de jefe del personal ferroviario, cuyas vidas peligraban.

Opinaron los consultados por Bertier que, aun aceptado el más favorable suceso de que los indígenas no hubieran con anterioridad abierto sino la mina que el hundimiento había convertido en zanjón en el interior del recinto atrincherado, siempre les quedaría sin cegar la parte de ella si-

tuada al otro extremo de la brecha recompuesta, desde donde podrían lanzar nuevos ramales hacia donde quisieran.

Siendo la contramina la única arma capaz de luchar con las minas, lo más urgente era desenmascarar la llegada a la brecha, excavando para ello bajo ésta; pero tanto para no ir en esto a ciegas como para saber si los sitiadores se acercaban minando en otras direcciones era necesario montar inmediatamente bajo tierra, en zanja o pozo, varios juegos de *geófonos diferenciales*—teléfono para oír a través de la tierra (1)—que descubrieran los golpes de los zapapicos de los minadores o el roer de las barrenas.

Cada uno de estos aparatos sería constituido aplicando a los muros de la excavación-observatorio dos micrófonos orientados en diferentes direcciones, a los cuales llegarían los ruidos de la perforación enemiga transmitidos a través de la tierra, pero con superior intensidad por el micrófono más próximo a la dirección de donde el ruido viniera: con lo que variando la respectiva situación de los de ambos geófonos hasta oír con igual fuerza los recibidos por ambos, la dirección promediada entre las de ellos sería la del lugar donde estuvieran picando.

(1) El geófono (de *geos*, tierra, y *fonos*, sonido) fué por primera vez empleado en la gran guerra europea de 1914 a 1918, para la busca y salvamento de minadores enterrados en desastres subterráneos.

En la época en que se escribe el presente libro (1922) su alcance no es aún grande, pues según publicaciones de la Oficina central de Minas de los Estados Unidos, no pasa del capaz de percibir el ruido del rodar de una vagoneta por una galería de mina separada del aparato por espesor de masas de carbón de hasta 350 metros, reduciéndose casi a la mitad cuando son tierras o rocas las interpuestas.

El ruido de los trabajos de excavación se oye hasta unos 300 metros.

Pero en la época en que Manolo Lobera usó los que le sirvieron para descubrir a los minadores sahareños, el geófono, que en su principio, no había sido sino un teléfono especial, estaba muy perfeccionado, no solamente como tal teléfono, dando mayores sensibilidades al micrófono escuchante y al auditivo reproductor de los ruidos oídos por aquél, sino combinándolo con un *sismógrafo* local, que en vez de revelar las vibraciones que en las tierras producen los temblores de la Tierra, registraba las determinadas por los golpes de los minadores y los dientes de las perforadoras subterráneas.

Con este doble perfeccionamiento eran los aparatos empleados en la Residencia más que geófonos, *geosismófonos*, y tenían alcance de varios kilómetros.



Ha de advertirse que para juzgar de la igual intensidad de los ruidos no requerían estos instrumentos comparar al oído las dos reproducciones de ellos, pues un aparatito que podríamos llamar *brújula telefónica*, con una aguja atraída en sentidos antagónicos por dos electroimanes, donde actuaban las corrientes de ambos teléfonos, marcaba dicha dirección en un cuadrante circular (1).

El socavón para instalar estos teléfonos no había de hacerlo, pues el sótano del campo insulatorio se prestaba a maravilla a tal aplicación.

Asimismo fué acordada la apertura inmediata de tres galerías de mina a partir de los parapetos y en las direcciones en que ya se veía habían comenzado los indígenas a avanzar cubriéndose con zapas, que aquellas minas volarían al llegar bajo ellas.

Además de su principal objeto ofrecían tales faenas la ventaja de tener en actividad la guarnición, evitando la depresión que en ella determinaría contemplar pasivamente los progresos de los aproches enemigos.

Distribuida entre los concurrentes al consejo la dirección de los diversos trabajos, se disolvió aquél, conviniendo en que a la siguiente mañana se comenzaría a poner por obra el plan acordado, simultaneándolo con la repetición de los bombardeos aéreos de aquella tarde, que preferentemente hostilizarían las cabezas de zapa. Pero en la noche intermedia llegó la amenaza de degollar a Emma, obligando al capitán a suspender la ofensiva de los aviones, con asombro de todos, que hallaban incomprensible tal cambio de opinión; pues por las razones ya dichas no creyó oportuno dar explicación ninguna.

La noche del siguiente día trajo la novedad de un segundo mensaje, también escrito, pero en francés, en las blanqueadas paredes de Techiasco, el cual decía:

*Salga en seguida alguien recoger pliego relativo prisionera.*

Obedeciendo, como no podía menos, aunque le ocasionara gran coraje, esta orden de Gahel, hizo Bertier salir un daza, que de un tuareg recibió un pliego, donde, una vez abierto, leyó aquél:

*Mañana, nueve de la misma, estarán dos*

*jefes africanos a mitad camino Techiasco centro ferroviario, para tratar con señores Duvery, padre e hijo, rescate prisionera. Inútil vengan otros; sólo con ellos trataremos. Si no vienen no respondemos vida prisionera.*

—¡Canalla!—exclamó el gendarme—. Por lo visto, con la amenaza de matarla, piensa hacer de nosotros cuanto se le antoje: porque después de esta exigencia vendrá otra, y otra, hasta tenernos a todos, desarmados, en sus manos... Pues no y no.

Y al decir esto rasgó el papel; pero antes de dar el segundo de sucesivos desgarrs para reducirlo a pizcas se detuvo, al pensar que aquel asunto, donde creía peligraban las vidas de sus amigos, no debía resolverlo por sí solo como comandante de la fortaleza, por no afectar en definitiva a la seguridad de ella, e incumbir realmente su resolución al padre y al hermano de quien nuevamente era amenazada por aquel bandido; y tras un rato de intentar en vano convencerse de que podía en conciencia callarse la invitación recibida, se fué a buscar a Dubery, que con Raúl estaba en la alcoba de Pepe, amodorrado con la fiebre.

Informados padre e hijo del mensaje, ni un instante dudaron en acudir a la cita, no obstante las objeciones del veterano, que presintiendo alguna treta propia de la arteria africana, y en su deseo de hacerles asistir llegó hasta descubrirles la causa de la suspensión de los bombardeos, agregando que el traidor que explotaba la posesión de Emma para ir logrando cuanto se proponía no era probable fuera leal en la oferta de desprenderse por rescate de tal arma.

Contestáronle que era posible estuviera en lo firme; pero que aun cuando solamente hubiere una contra mil probabilidades de rescatar a Emma, jamás pondrían voluntariamente en peligro su vida, estando, por lo tanto, decididos a afrontar toda traición y todo riesgo; quedando, al fin, los tres de acuerdo gracias a una pregunta de Duvery y a la respuesta que le dió el capitán. Helas aquí:

—Bertier, ¿qué haría usted si usted fuera el llamado y Evelina la prisionera?

—¡Mi hija!

—Sí.

—Tiene usted razón, Héctor. Vayan, vayan. Pero Dios quiera que vuelvan.

Poco antes de la hora marcada para la entrevista salieron los Duvery en motos, viendo a lo lejos avanzar a su encuentro, por el llano entre Techiasco y la Residen-

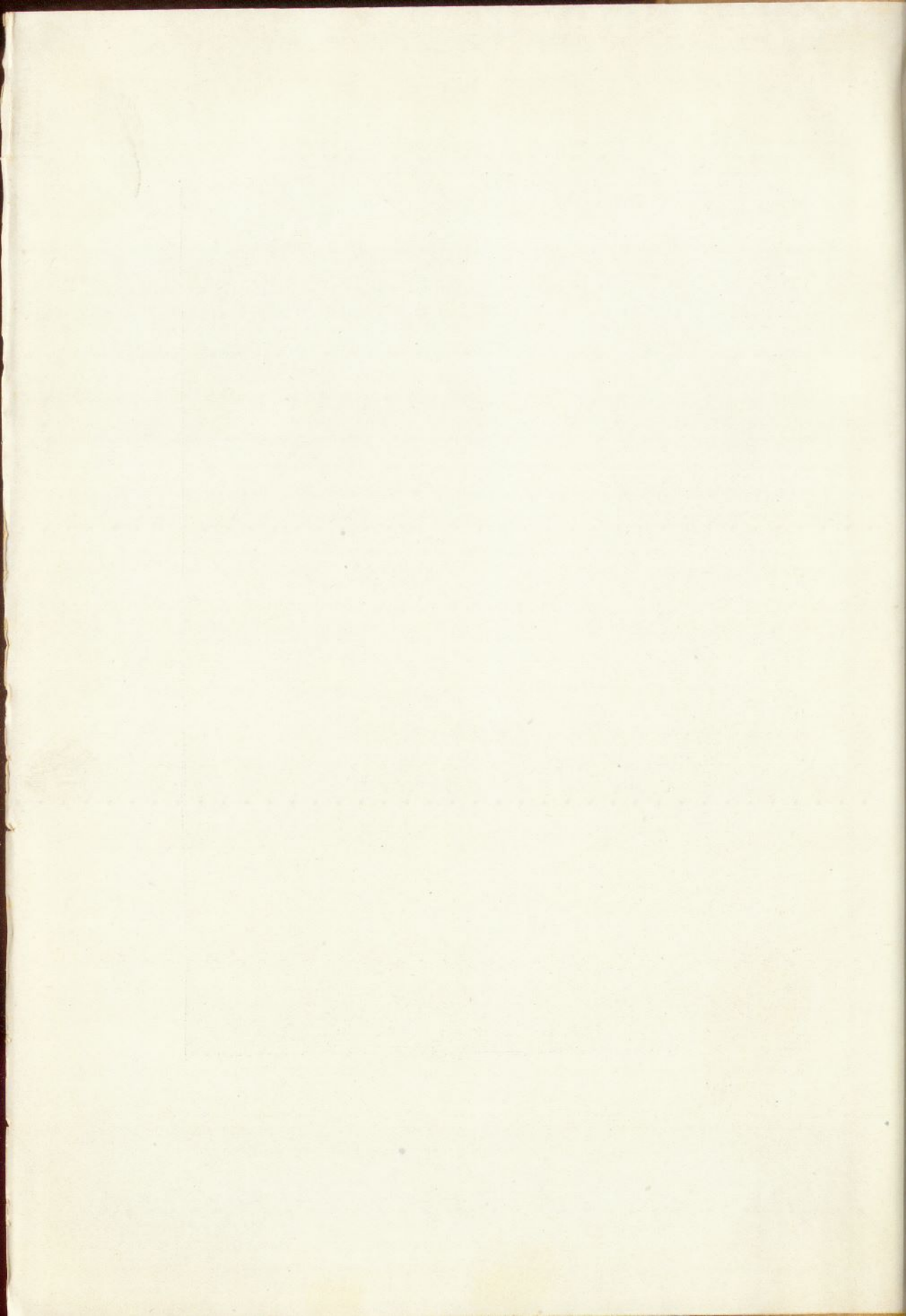
(1) No se dan detalles de la constitución de estas brújulas ni de su funcionamiento, por ser iguales a las que, como parte de los teléfonos diferenciales submarinos, hemos descrito ya en la obra de esta biblioteca *El mundo sombro*, segunda parte de *La desterrada de la Tierra*.





—¡Emma!  
—¡Hija mfa!  
—¡Papá!... ¡Rane!... Papá, papá...







cia, dos moros, que, sin duda, eran quienes iban a proponerles las condiciones del rescate. Para llegar al punto prefijado, en donde los segundos se detuvieron, tenían padre e hijo que salvar los hoyos de las fogatas voladas tres días antes, y como al acercarse al borde del barranco que formaban y antes de llegar a él hallaron el terreno tan removido que no les era posible continuar en las motos, las dejaron, para recorrer a pie el medio kilómetro restante hasta donde los otros los aguardaban y recogerlas a la vuelta. Bertier y toda la plana mayor de la Residencia desde la rotonda seguían con anteojos la marcha de ellos; el mismo interés agolpaba la guarnición entera a los parapetos, y unos y otros sentían la ansiedad de quien presiente una traición cercana.

Desde allí los vieron apearse, dejar las motos, proseguir a pie un centenar de pasos y desaparecer, hundiéndose en el suelo, al transponer la cresta de los hoyos, para bajar al fondo de ellos, atravesarlos y continuar la marcha. Era, bien lo comprendieron sus amigos, que mientras no subieran por la pendiente opuesta del barranco permanecerían invisibles por ocultarlos la escarpa del lado de él más próxima a la plaza.

Nadie en ésta había visto, ni sabía, por tanto, qué anchura ni qué profundidad tenían los hoyancos; pero por mucha que pudiera ser y dada la conocida carga de las fogatas, opinaban los técnicos que a lo sumo no podrían pasar de veinte a veinticinco metros la primera y de tres a cuatro la segunda; y por muy revuelto que la explosión hubiera dejado el suelo y por grandes que fueran las dificultades con que tal circunstancia entorpeciera el descenso, la marcha por el fondo y la subida al opuesto borde, pocos minutos debían bastar a padre e hijo para volver a ser visibles en lo llano, a la otra parte del irregular trincherón.

Pero pasaron dos, tres, diez, y la idea de una emboscada preparada a cubierto de los montones que encubrían los hoyos y de que acaso se libraba en la hondura, en aquellos

momentos, un desigual combate, cuyo resultado no podía ser dudoso, atormentaba a todos en rotonda y parapetos, al extremo de que, olvidado el capitán de su habitual prudencia, dió orden a Davoust de salir a la carrera con cincuenta gendarmes, a salvar a los que suponía luchando, o traerse a lo menos sus cadáveres para substraerlos a profanaciones. Y a la vez dispuso que Marceau siguiera con otros cincuenta en pos de los primeros, a proteger su retirada en caso de salir contra ellos gente de Techiasco.

Pero cuando, rabioso de que su carácter de jefe superior no le permitiera desamparar el recinto de su mando para acudir en persona en socorro de sus amigos, acababa de dar estas órdenes, Manolo Lobera, que no apartaba los ojos del anteojo, gritó:

—Es tarde ya, Bertier; porque no los han matado, pero se los llevan; y antes de que Davoust reúna su gente, salga y llegue allá, esos traidores estarán en la aldea entre todos los suyos.

Estas palabras, cuya certeza y oportunidad comprobó el capitán por sí con el anteojo, eran resultado de la aparición en el llano, saliendo a él por el borde de los hoyos más alejados de la Residencia, de un pelotón de africanos, entre cuyas parduscas vestiduras, de color terroso, resaltaban los trajes *kaki* claro de los que por aquéllos habían sido apresados.

—¡Y pensar que tengo a esa mala ralea al alcance de los revólveres y no puedo hacerles fuego sin exponerme a matar a Héctor y a Raúl!

—¿Y si con una columna fuerte asaltáramos rápidamente Techiasco?—preguntó Manolo Lobera.

—Eso, eso le está pidiendo el cuerpo a Gastón Bertier, y eso es lo que no puede hacer el Comandante de la plaza, que aquí tiene que mirar no sólo por las vidas de todos sus soldados, sino de las mujeres y los niños, de cuya salvación es responsable... ¡Pobres amigos míos!

## XX

### EL GABINETE NEGRO DEL CALIFA

Al amanecer el día del secuestro de los Duvery salió Tinkert de Techiasco con treinta hombres, a hora en que el incipiente

nebuloso amanecer no bastaba aún a iluminar el campo, pero sí a quitar eficacia a los proyectores de la Residencia.



No salieron juntos, sino a la deshilada, con intervalos de ocho a diez metros: agachados y encorvados mientras les bastó esto para avanzar cubriéndose con una ondulación del terreno; medio a gatas después, y arrastrándose a ratos cuando perdieron la protección de los lomos del suelo. Con tales precauciones llegaron a los hoyos antes de abrir el día, comenzando sin pérdida de tiempo a ahuecar en el declive del barranco más cercano a la fortaleza cinco anchas excavaciones poco penetrantes en la tierra y con el solo objeto de poder agazaparse en ellas, apretados a sus fondos por grupos de seis. Así, cuando padre e hijo llegaron al borde de los hoyos no sólo no vieron a los escondidos abajo, sino que al descender a lo hondo y dejarlos atrás, tampoco se percataron de su presencia hasta tener encima, por la espalda, a los doce hombres de los dos grupos más próximos al paraje por donde entre los escondrijos de ambos habían bajado aquéllos la pendiente.

Inútil fué su intento de resistir, pues abrumados por el número, en seguida aumentado con la gente de los otros pelotones, pronto fueron reducidos a la impotencia y maniatados, aunque sin brutalidades, que Tinkert tenía especial encargo de evitar.

Incapacitado de oponer otra resistencia, todavía quiso Raúl rehusarse a marchar, hasta que su padre, temeroso de que lo mataran, le ordenó deponer tal actitud y no exacerbar a los apesadores con los denigrantes epítetos con que su lengua, a falta de las manos, los abofetecaba por aquel desleal y cobarde proceder.

Tan pronto como al salir de la hoyada fueron vistos por alguien que en las afueras de Techiasco debía de acechar su aparición en el descampado, salió de la aldea un automóvil que en dos minutos estuvo junto a ellos, en donde les hicieron subir, y que partió en seguida: siendo para sus desolados amigos, que lo vieron, nueva prueba esto de la inutilidad de la temeraria embestida al pueblo prepuesta por Manolo.

Mientras al llegar a Sabankafi, adonde marchó el automóvil, participaba Tinkert al califa el arribo de los presos, quedaron éstos aguardando en aquél hasta que por orden del último fueron desatados y conducidos en el mismo auto a una casa habilitada para prisión; mas prisión confortable, en donde, sin sufrir otra violencia que la de reclusión, serían tratados con todo miramiento. Prevenían dichas órdenes que el

auto fuera a poca marcha, siguiendo dentro del poblado el camino que marcó Gahel, advirtiéndole no echara a andar el coche hasta recibir orden suya, que después de marcharse Tinkert y encaminarse él al pabellón de Emma envió en el momento de llegar a la puerta de ella.

Una vez dentro, dijo, prescindiendo de preámbulos:

—Si quieres ver vivos y sanos a tu padre y a tu hermano asómate en seguida a esa ventana.

—¡Papá! ¡Raúl!

—Sí; pero no pierdas tiempo.

Ansiosa de hacer un montón de preguntas, pero más anhelante de ver a aquellos queridos seres, las aplazó. Corrió a asomarse, y al ver a poco venir el auto hacia ella por una calle que enfrentaba la ventana, exclamó con gritos que salían del alma:

—¡Papá!... ¡Raúl!... ¡Papá, papá!...

Estos gritos fueron contestados por otros dos que al oírlos, levantar los ojos y verla de improviso lanzaron el padre y el hermano, y oídos desde dentro por Gahel. Uno dijo: "¡Hija mía!"; el otro, "¡Emma, Emma!"; y en ellos, como en los de la prisionera, se entremezclaban alegría de verse vivos y tristeza de la cautividad que padecían.

Y ya no pasó más, pues al cambiar de dirección en la próxima esquina dejó el auto de ser visible a Emma, para seguir viendo a la cual habían ido ellos hasta entonces de pie en el coche y de espaldas a la marcha, mientras ella les tendía los brazos y repetía sollozante: "¡Papá! ¡Papá!"

—¿Prisioneros? — preguntó volviéndose hacia Gahel.

—Vivos, como te dije; sanos y salvos, como he querido hacértelos ver para que aprendas a fiar en mis palabras, y ya libres de nuevos peligros, a los que para siempre los ha substraído el inmenso amor que te tengo.

—Pero presos, presos como yo.

—Porque únicamente así puedo salvarlos en este mundo musulmán, en donde hasta yo mismo, no obstante ser en él la autoridad suprema, necesito disfrazar mi clemencia de dureza para no hacerme sospechoso a mis súbditos de no ser tan salvaje como ellos.

—¿Y no podré verlos otra vez, hablarlos, abrazarlos?

—Por ahora, imposible... Mas libres sois de comunicaros por escrito cuando queráis, siempre que nadie sino yo se entere de ello.



Tú me enviarás a tu nodriza con las cartas escondidas, que no me entregará hasta estar a solas conmigo; yo las haré llegar a tu padre, y te traeré las que él te escriba. Es cuanto puedo hacer.

—Gracias. ¿Y mi marido?

—Ya te lo he dicho: a estas horas en América o cerca... Dueña eres de no creerlo. El tiempo te convencerá de mi veracidad en eso como va convenciéndote en todo lo demás.

Deliberadamente se marchó Gahel al acabar de decir esto, sin dar tiempo a Emma de responderle ni de preguntar si la prisión de su padre y Raúl era resultado de haber sido tomada la Residencia, cual ella suponía, y qué suerte había corrido el resto de sus defensores.

\*\*\*

Mientras tanto llegaban los Duvery a su prisión, en donde poco después recibió Don Héctor una carta, por Abd-el-Gahel redactada a la salida de la entrevista con Emma.

Con toda la cortesanía de un verdadero hombre de mundo disculpábase en ella el califa de la deslealtad de la captura y de la transitoria privación de libertad que por lo pronto habían de sufrir Duvery y sus hijos, invocando como causa justificativa del proceder con ellos empleado ser el único medio que el buen deseo del *Señor Núñez* había hallado para que quienes en el tren de Tánger a Agadés le dispensaron atenciones no olvidadas por Abd-el-Gahel, no quedaran expuestos a la suerte reservada a los otros moradores del centro ferroviario. Manifestaba luego la hipócrita misiva que circunstancias especiales hacían imposible en unos días la personal comunicación entre padre e hija, pero que a falta de ella podían mantenerla escrita; y terminaba con la afirmación de que la forma como Don Héctor y Raúl serían tratados en su prisión les daría la medida del respeto y la consideración de que la Señorita Duvery disfrutaba en la suya.

En cuanto Gahel hubo terminado y remitido a su destino la carta, hizo entrar en el despacho a Kitvinoff, que por él citado aguardaba en el salón de espera; pero apenas comenzada conversación con él, la suspendió al entrar un criado participando que la negra de la señora presa insistía en ver al califa en persona. Introducida inmediatamente, aguardó la salida del ingeniero ruso, y al verse a solas con Gahel sacó del seno una carta, que le entregó diciendo:

“De la niña, para el Señor”; contestándole aquél que dijera a su señora que inmediatamente sería aquella enviada a su destino.

En cuanto salió Maka desgarró el Vengador el sobre y leyó la carta, sonriéndose con satisfacción al ver que su malicia no había errado al suponer que una de las primeras preguntas de Emma a su padre versaría sobre el embuste, por ella no creído, de la huida de Pepe a la Argentina. Pedía después noticias de lo ocurrido en la Residencia con posterioridad a su salida de ella, las daba muy sumarias de las visitas de Gahel, y para tranquilizar a su padre y su hermano acababa diciendo que, aparte la violencia del rapto y la de privación de libertad, *ninguna otra* le había sido hecha.

Con la carta a la vista redactó Gahel otra, de donde desapareció toda la patraña de la fuga de los argentinos, dejando subsistente la petición de noticias de Pepe, así como los demás párrafos de la auténtica; suprimió algunas frases que le eran desfavorables y reforzó otras, adecuadas a producir contrario efecto: las relativas a su respetuosa cortesanía y a sus promesas de salvar la vida al padre y al hijo.

Al comenzar a urdir esta dolosa farsa envió a buscar a un pillastre de su secretaría: un albanés, ex empleado en la sucursal en Scutari del Crédit Lyonnais, de donde pasó a presidio por una cuantiosa falsificación de letras y correspondencia: méritos que al extinguir su condena fueron apreciados por el agente de Africa Vengadora en los Balcanes como suficientes para contratarlo y enviárselo a Abd-el-Gahel en calidad de hombre utilísimo, según sus hechos acreditaron durante la conspiración e iban a acreditar de nuevo al cumplir la orden, que al llegar al despacho le fué dada, de copiar con letra igual a la de la carta de Emma la tergiversación recién fraguada de ella, y el encargo de tener muy en cuenta que había de leer la falsificación persona predispuesta a la desconfianza y perfectamente familiarizada con la letra del original.

—Respondo de que el mismo, digo la misma, pues esto es de mano de mujer, que ha escrito la carta no podría distinguirla de la imitación.

—¿Y cuánto tiempo necesitas?

—Dos horas bastan: es letra sencillísima, franca y muy común.

—Pues a ello. Aquí estaré hasta que me traigas tu trabajo.

... ..  
... ..



Antes de la hora prometida volvió el falsificador con su obra, dejando satisfechísimo a Gahel, que, metiendo la carta en el sobre, la envió inmediatamente a su destino. Diez minutos después la leían Don Héctor y Raúl.

Ya éste tenía comenzada otra para su hermana, que después de leída la de ella completó con respuestas a las pocas preguntas en aquella hechas y no contestadas ya de antemano en la de él, añadiendo Duvery de su puño y letra: "Un abrazo y un millón de besos de tu padre, que te adora y bendice,—Héctor."

Caía la tarde cuando a manos de Gahel llegó esta segunda carta, que no lo enteró de haber sido herido Pepe Lobera, pues para no afligir innecesariamente a Emma nada decía aquélla de ello, dándole noticia solamente de los esfuerzos de su marido para buscarla por la mina y en el aeroplano. Seguía el relato de la derrota de los sahareños, de la voladura que cegó la galería y de cómo creyendo ir a pactar el rescate de ella habían sido Don Héctor y Raúl apresados: callando la salida de los hijos de Maka, los detalles del pasado combate y cuanto pudiera constituir dato utilizable por Gahel para nuevos ataques.

Bien lo vió él, apreciando en el modo de escribir sus nuevos prisioneros que recelaban les leyeran las cartas. Pero aunque le hubiera complacido hallar en éstas algo de interés militar, no le produjo gran contrariedad la desconfianza de Duvery, por no ser fines bélicos los que él perseguía al autorizarle a comunicarse epistolarmente con Emma.

La carta del padre pasó por los mismos trámites que la de la hija, que recibió otra casi igual a aquélla, con respuestas a cuantas preguntas había hecho en la suya, pero modificando la referente a su marido en forma que la contestación por ella leída fuera que "Había salido con sus paisanos por vía aérea a buscar refuerzos a América". Contestación a intento absurda, pues no de América, sino de Francia, debían esperarse los refuerzos, y la cual suponía el taimado

árabe que, habiendo él dicho a Emma que su esposo había huido, haría a ésta el efecto de precaución de Don Héctor para no asustarla sin preparación el duro golpe de enterarla de haber sido cobardemente abandonada.

¿Que andando el tiempo sabría ella la verdad al avistarse con su padre o su hermano?... ¡Bah! Cuando esto ocurriera ya sería Emma viuda y suya.

Además de mixtificar en la respuesta lo relativo a Pepe, reforzó Gahel el párrafo en que Raúl manifestaba la alegría de su padre y suya al enterarse de no haber sido Emma víctima de ningún atentado contra su pudor ni padecido ninguna otra violencia, y además del refuerzo agregó un inciso diciendo que en la triste situación en que los tres estaban, tenían a lo menos la suerte de no haber caído en manos de un bestial jefe subalterno tan salvaje como todos los súbditos del Gran Califa, sino en las de éste, a quien, por muy enemigo que fuera, no podía negársele cultura ni los humanitarios sentimientos que con ellos demostraba.

En sucesivos días continuó la correspondencia entre los prisioneros, desfigurada a medida de los planes y miras de Abd-el-Gahel, quien insistiendo en sus cotidianas visitas a la *hurl* observaba en la actitud de ésta el efecto de los retoques en las cartas de su padre, donde con suma habilidad se hablaba siempre mal, cual de enemigo, del califa, pero en forma de la que resaltaban su poderío, grandeza y talento. En cuanto a las adiciones introducidas en las de Emma, dejaban entrever con igual solapada malicia el respetuoso y paciente amor de Gahel—que, entre paréntesis, iba ya cansándose de respeto y paciencia—, pero sin insistir en el tema, como de pasada y de modo que de los hechos, no de los comentarios a ellos, resultara la impresión de la lectura.

De la que a Emma, Don Héctor y Raúl fueron produciendo estas cartas se hablará cuando hayan recibido unas cuantas; pues la ordenada narración de los sucesos obliga ahora a no dejar otras cosas rezagadas.



## XXI

UNA ARTIMAÑA DE KITVINOFF Y LA CONTRAOFENSIVA  
SUBTERRÁNEA

En el tiempo mediante entre el envío de la falsificada carta de Emma a su padre y la llegada de la contestación a manos de Gahel, volvió éste a llamar al ruso, que en el despacho de los ayudantes llevaba varias horas de plantón, preguntándole al tenerlo delante:

—¿Cuántos días necesitas para acabar lo que entre manos llevas?

—De diez a doce.

—¿Tantos?

—Es que son cuatro ramales y muchos metros que perforar.

—Pues yo no tengo paciencia para esperar tan larga.

—Si quieres ir más de prisa siempre te queda el otro medio.

—¿El del gran sótano?

—Sí: los trabajos de las seis acometidas que me ordenaste hacer hacia la pared de esa gran excavación cubierta se han simultaneado con los de los ramales contra las trincheras, por los que preguntabas; y para tener cuando quieras ese número de salidas a la enorme cueva no hay sino derribar treinta centímetros de espesor de tierras que solamente separan de ella a las seis cabezas de mina: cuestión, en diez minutos, de abrir, como quien dice, las puertas, que además me comprometo a que no hagan ruido.

—Para mis planes actuales me convendrían más hornillos en las cabezas de las acometidas, con cuanta carga fuera necesaria para volar entero el centro ferroviario, o siquiera sus edificios centrales.

—Imposible. Por grandes que las cargas fueran, nada conseguiríamos; porque estando todo el terreno socavado en torno de ellas, los gases de la explosión no encontrarían masa suficiente de tierras contra la que trabajar durante el tiempo necesario para producir gran estrago; pues derribadas rapidísimamente las endeble paredes se esparcerían por la vasta cavidad del sótano,

cuyo débil techo volaría en seguida. Y como los edificios no están sobre él, ni siquiera cercanos, es imposible lo que deseas.

—¿Entonces por ese lado no cabe hacer nada?

—Únicamente tu primitivo proyecto de una sorpresa nocturna y subterránea. Si ahora no entra ya en tus planes, para nada nos sirven las seis acometidas.

—Aguarda, aguarda... ¿Te has enterado, como te encargué, de si con frecuencia baja gente a ese subterráneo?

—Tres días hace que al extremo de una de esas seis galerías se relevan día y noche vigilantes encargados de espiar constantemente desde una cámara fotográfica.

—¿Desde!... Querrás decir con una cámara.

—No: desde; porque los he metido en ella.

—¿Que has metido a los vigilantes en la cámara?

—Sí: la necesidad y las circunstancias me han sugerido la treta, que en verdad no merece nombre de invento, de convertir en cámara oscura el extremo ciego de una de las acometidas.

—¡Hombre! Es curioso. Explica cómo. Me coges en un rato en que puedo perder unos minutos.

—La cosa es sencillísima. He horadado la pared entre sótano y mina con tres orificios que, al desembocar en el primero, no tienen sino veinticinco milímetros de diámetro, pero ensanchantes hacia la segunda en forma de cono. El de en medio es perpendicular a la pared y mira al frente en el subterráneo; los laterales, oblicuos a aquélla, lo registran a derecha e izquierda. En cada agujero he metido un objetivo fotográfico, teniendo la precaución de retrazarlos unos cuantos centímetros de las aberturas de los orificios del lado de la cueva, con objeto de interceptar los reflejos en aquéllos de la luz que allí enciendan, que,



no obstante la pequeñez de dichas lentes, sería posible delataran la existencia de éstas a quienes allí entrarán.

—Se me figura que voy comprendiendo. Y con ellas tomas fotografías...

—Aun cuando bien podría, pues la mina está completamente a oscuras, no he pensado en hacerlo por innecesario, habiéndome contentado con instalar frente a cada objetivo un bastidor con una hoja de papel blanco donde mis vigilantes ven el sótano y cuanto en él ocurre al modo que, antes de poner la placa en su máquina, el fotógrafo ve en el vidrio deslustrado de ésta la persona a quien va a retratar: solamente que sin necesitar, como él, cubrirse la cabeza; pues más negras que el paño con que se la tapan los fotógrafos son las tinieblas de la cámara formada por el extremo de la acometida en donde están metidos mis vigilantes.

—Bien, hombre, bien. La solución es muy natural, mas no por eso menos ingeniosa. ¿Y has averiguado algo de provecho con esa vigilancia?

—Eso, Gran Señor, serás tú quien lo aprecie. Ni durante día y noche alumbran el sótano sino unas cuantas lámparas de incandescencia, suficientes no más a hacer sentir lo escaso de la claridad reinante en él, ni allí entra nadie ni a otra hora que a las cuatro de la madrugada, sino dos inviduos que, alumbrándose con una linternilla de mano, inspeccionan una en pos de otra unas barras verticales descendentes en gran número del techo al suelo cerca de dos paredes opuestas del subterráneo. Supongo que se trata de una revisión, pues consultan un aparato que sospecho sea de medición eléctrica; mas no lo afirmo, porque la pequeñez del instrumento, el ocultármelo quienes lo usan, de espaldas siempre a mi cámara fotográfica, y el gran número de columnas de sostenimiento del techo, que forman un verdadero bosque, han impedido que aquélla lo vea.

La inspección dura de dos a tres cuartos de hora, y una vez pasada, nadie vuelve ya por la cueva hasta la madrugada siguiente.

—¿Y tiene el subterráneo una o más salidas?

—Que yo sepa, dos en los extremos de la pared del lado del recinto interior del centro ferroviario: esos hombres no entran ni salen nunca sino por ellas.

—¿Y abren a la parte interior del recinto antiguo o entre éste y el exterior?

—De estar bien tomadas las dimensiones

del covarrón, que Tinkert midió a pasos cuando trabajaba en la excavación de él, cuarenta o cincuenta metros al interior del segundo parapeto.

—¿Y dices que en quince minutos pueden venir abajo las delgadas paredes que has dejado entre la cueva y los extremos ciegos de las acometidas?

—Ni aun tanto, Gran Señor.

—Bien. Hemos terminado. Continuarás las tareas de las otras minas, apresurándolas cuanto puedas; pero sin descuidar la vigilancia del sótano, de la que no hay necesidad me des partes mientras no adviertas variación en lo observado. Pero si echaras de ver...

—Entendido: avisaría en seguida.

—Pues ya puedes marcharte... ¡Ah, no!... Oye, oye: una vez francas esas seis entradas, ¿será preciso para entrar en el subterráneo ir de uno a la desfilada, o podrán pasar por cada una dos hombres de frente?

—Pueden. ¿Mandas algo más?

—Solamente que a las dos y media de la próxima madrugada me aguardes en Techiasco, en la boca de la galería de donde parten las seis acometidas hacia el sótano. Quiero verlas por mí mismo. Y de paso curiosaré tu máquina fotográfica.

En aquel momento entró un criado con la carta de los Duvery a Emma, y al cogerla Gahel encargó al ruso dijera al ayudante de guardia que si Tinkert no se había ido todavía a Techiasco le avisara que el califa quería hablar en seguida con él, y que en caso contrario le ordenara por telégrafo volver inmediatamente a Sabankafi.

Como el tuareg se había ya marchado, solamente después de terminados todos los manipuleos con la carta para Emma, pudo acudir a la llamada, cuyo objeto era pedirle noticias sobre el sótano de que había hablado Kitvinoff, para con ellas aquilatar la situación y dimensiones de aquél en el plano de la Residencia, desplegado siempre en una mesa del despacho del califa, que así vino en conocimiento de que el extenso subterráneo se correspondía con el área cuadrangular donde entre los parapetos interior y exterior habían montado los americanos "un montón de trebejos raros que relumbraban mucho": los reflectores del campo insolatorio cuya finalidad, ignorada de los dos conversantes, excitaba y no poco sus curiosidades.

De los informes de Tinkert resultó que, según había supuesto el jefe de los minadores, era más grande el sótano que el área



citada, más allá de la cual se prolongaba por debajo del segundo parapeto hacia el interior del antiguo recinto del centro ferroviario.

—Trescientos o trescientos cincuenta metros a lo sumo—dijo para sí Abd-el-Gahel, midiendo con un doble decímetro la distancia entre la plaza del gran edificio central de donde había sacado a Emma; y en alta voz despidió a su auxiliar, encargándole lo aguardara a las dos y media de la noche en Techiasco, a la entrada de la mina donde había citado a Kitvinoff.

\* \* \*

Por si el lector no lo tiene presente, conviene recordarle que la víspera del día de la captura de los Duvery y de la conversación ha poco relatada entre Abd-el-Gahel y el ruso, fué cuando se celebró en la Residencia el consejo donde quedó acordado emplear geófonos para explorar desde el socavón inferior al campo insolatorio las direcciones en que tal vez minaban los sitiadores.

El disgusto de los amigos de Don Héctor y su hijo por la traidora aprehensión de éstos y los comentarios que sobre ella hicieron, demoraron unas horas la ejecución del acuerdo; pero aun siendo tristísimo lo acaecido, no por ello podían ni debían los sitiados olvidarse de la propia defensa; así que al acordarse de ésta bajó Manolo Lobera con varios auxiliares al lugar citado, donde a primera hora de la tarde instaló los aparatos y efectuó las primeras observaciones.

Al efecto montó un juego de dos geófonos en cada una de las cuatro paredes, con las aberturas receptoras de ambos aplicadas al muro, y separando los dos micrófonos de cada juego a distancia entre sí de doscientos metros, obteniendo así el resultado de que en los auriculares de tres pares de geófonos se oyeran o choques sordos separados por breves intervalos de silencio, o un continuo zumbido, que cualquier práctico en minería no tenía sino oír para reconocer en unos los golpes de los zapapicos de los minadores enemigos, y en el otro el rumor del continuo arañar de las barrenas automáticas al abrirse camino a través del subsuelo.

Fué después puesto cada par de geófonos en comunicación con los dos electroimanes de su brújula telefónica, que al ser recorridos por la corriente eléctrica engendrada

por los ruidos llegados a aquéllos, atraieron la aguja en opuestos sentidos, y con mayor intensidad el correspondiente al micrófono, adonde llegaban los ruidos con superior fuerza.

Observando en seguida la posición de la aguja con respecto a los electroimanes y corriendo por el muro hacia el otro micrófono, el que en su auditivo daba el ruido más débil—o del cual distaba más la aguja—, se llegaron a obtener en los diversos juegos direcciones equidistantes de sus respectivos electroimanes antagónicos, las cuales eran las de los lugares del terreno adonde llegaban las cabezas de mina de los ramales de Kitvinoff, que en el salón de edecanes de Sabankafí aguardaba pacientemente a aquella hora que el califa lo recibiera.

Para individualizar tales direcciones, todas comprendidas en el cuadrante norte—oriente de la rosa de los vientos—se realizaron operaciones bastante más largas y complicadas de lo que se deduce de la anterior explicación, aun cuando para no confundir los ruidos procedentes de las cabezas de ramales diferentes, fué de gran auxilio el que mientras en unos giraban las barrenas—en la forma que antes de ahora le oímos explicar al ruso—, en otros golpeaban los picos derruyendo las paredes entre los pequeños túneles por aquéllas horadadas.

Y aun así no bastó; pues para distinguir los ruidos entre sí hubo de recurrirse a la comparación indirecta de sus intensidades, no al oído—método muy grosero—, sino midiendo con amperímetros (1) las de las

(1) Lo que el litro para el agua es el *colombio* para la electricidad, pues si en litros se mide la cantidad de la primera contenida en una vasija, en colombios se evalúa la de electricidad de la carga de un cuerpo electrizado.

Pero el agua líquida es prácticamente incomprendible, y, por tanto, para saber cuánta hay en un recipiente basta aquel dato, mientras que si se trata de agua gaseosa, es decir, de vapor encerrado en una caldera, no basta cubicar la caldera en litros para saber la cantidad de vapor contenido en ella—pues como la fuerza expansiva de él es causa de que, sea poco o mucho, la llene siempre—y lo mismo diríamos del aire, el hidrógeno o cualquier otro cuerpo en estado gaseoso—, hay que agregar a la cubicación de la capacidad geométrica el dato complementario de la presión que el vapor ejerce sobre las paredes entre las cuales está contenido, o sea su *tensión*, o, dicho de otro modo; la cuantía de la fuerza con que cada molécula del vapor repele a cada una y es repelida por cada una de las que la rodean; pues esta repulsión, venciendo a la cohesión, es la característica del estado gaseoso.

De aquí que un recipiente de un metro cúbico,



respectivas corrientes por aquéllos producidas en los teléfonos y dependientes de la distancia a que sonaban. Además comparáronse estos resultados con las indicaciones de las curvas marcadas por las plumas de los sismógrafos que en tiras de papel trazaban las representaciones gráficas de las vibraciones en el terreno producidas por los diversos ruidos que movían dichas plumas: del mismo modo que los latidos del corazón humano son registrados en el esmógrato usado en las clínicas.

Pero con tener interés todo esto, pues el grado de intensidad de los sonidos de barreras y picos y el estudio de los sismogramas dió confianza a Manolo Lobera de que las minas enemigas no estaban todavía tan cercanas que constituyeran inminente peligro, averiguaron algo más los geófonos que debía ser muy interesante, a juzgar por la reserva con que de ello habló a Bertier: tan en secreto y encerrado con él a piedra y lodo en su despacho, que a Ignotus no le fué posible enterarse de nada, sabiendo solamente que a la salida del sigiloso conciliábulo ordenó Manolo al jefe de la central térmica que todos los días, y hasta nueva orden, abriera, a las tres de la

tarde, el circuito de las pilas enterradas, a fin de que en vez de producir corriente durante todo el tiempo que el Sol hería los reflectores del campo insulatorio, dejaran de funcionar desde dicha hora. El cumplimiento de aquella orden no requería sino dar vuelta a una manivela de contactos interruptora de la comunicación eléctrica entre los polos del conjunto formado por la totalidad de dichas pilas.

Después llamó Manuel al ingeniero jefe de la central de una de las fabricaciones auxiliares, y le participó que desde la inmediata noche turnarían los dos con el subje de la misma central en un importantísimo servicio de vigilancia cuya entidad no consentía encomendarlo a obreros, ni siquiera a capataces.

Bajando de nuevo al sótano, desmontó los geófonos diferenciales, dejando solamente montado, no un par de ellos, sino uno solo, pero amplificador y sumamente sensible con la bocina receptora de su micrófono adaptada a la pared más cercana a Techiasco (la oriental) y los alambres colgados a lo largo del ángulo de ella con el techo, hasta llegar a los auditivos instalados al otro lado de una de las puertas. Detrás de ésta

donde el vapor tenga presión de diez atmósferas, contiene doble cantidad de vapor que cuando éste se halla a cinco atmósferas, y diez veces más que cuando la tensión sea de una sola.

Ahora bien, la electricidad es, cual los gases, eminentemente compresible y extensible, y por tanto, para saber la que un cuerpo contiene es preciso consignar la tensión, en este caso llamada *potencial*—no medida en atmósferas, sino en *voltios*—, con que empuja a la electricidad a salir fuera del cuerpo, venciendo la resistencia que los aisladores circundantes—equiparables a las paredes de la caldera de vapor—oponen a su escape. Así, un mismo número de colombios llena cuerpos dobles, triples, que otro, pero quedando en ellos a potencial mitad o un tercio.

El colombo se define de varias maneras, que no vienen al caso, y de las cuales ya hemos hablado en otras obras de esta biblioteca, no conviniéndonos ahora decir sino que es una cantidad enorme de electricidad, pues para cargar el mundo entero de modo que su voltaje fuese el de 110, frecuente en las empresas del alumbrado madrileño, bastaría gastar no más que ¡733! milésimos de colombo.

Cuando la electricidad que carga un cuerpo pasa a otro, lo hace o rápida y violentamente en forma de chispa o descarga eléctrica, que en la naturaleza se llama centella o rayo, o de un modo más suave—que no quiere decir más lento—, canalizada en conductores que en general son alambres, por los que fluye la corriente eléctrica, en la cual pasa durante el total tiempo que circula una cantidad determinada de colombios: muchos si la corriente es intensa, pocos si no lo es.

Cuando en un segundo pasa un colombo, se dice

que la corriente tiene intensidad de un *amperio*; si el colombo tarda diez segundos en pasar, la corriente es de un décimo de amperio, y si en un segundo pasan diez colombios, el mismo número de amperios mide la intensidad de la corriente.

Los amperios son, pues, *colombios por segundo*, y los amperímetros aparatos que, empalmados en un circuito, dan el número de amperios de las corrientes que por él circulan: resultado obtenido midiendo la cuantía de los efectos de diversas clases que produzcan.

En los amperímetros industriales dichos efectos son repulsiones o atracciones electromagnéticas impulsoras de una aguja o índice que en una esfera graduada señala el número de amperios.

Los *voltios* son análogamente medidos en aparatos, primos hermanos de los anteriores, que se llaman *voltímetros*.

Quien tiene un voltímetro y un amperímetro que en un mismo instante midan, por ejemplo, 205 y 4, no necesita más para saber la potencia en *vatios* de la corriente igual a 205 voltios multiplicados por cuatro amperios, o sea 1.000 vatios.

Y si todavía quiere saber más, podrá decir que, siendo un caballo de vapor equivalente a 736 vatios, la corriente tiene potencia mecánica de 1,36 caballos de vapor.

Hay otros aparatos que en vez de medir voltios o amperios, miden directamente vatios. Su nombre técnico es *vatímetros*, y éstos son los vulgares contadores de electricidad: pues como lo que importa al consumidor no son tensiones ni cantidades eléctricas, sino potencia o trabajo de la corriente, esto, que se mide en vatios, es lo que ha de tener en cuenta a la hora de pagar las facturas.



era donde Manolo, el jefe y el subjefe mencionados habían de vigilar desde que cerrara la noche hasta que abriera el día.

Dejando al citado jefe encargo de montar otro teléfono desde la misma puerta a la central que dirigía y a las habitaciones de Manolo y de Bertier, y de practicar varias incomprensibles manipulaciones que ocuparon a sus obreros durante seis u ocho horas, se fué el atareado Manolo a la zona nordeste de los parapetos, y en lo interior de tres salientes de ellos (1) hizo excavar con perforadoras mecánicas verticales otros tantos pozos, hondos de cinco metros con dos de ancho, montando en ellos los geófonos que había desistido de continuar usando en la gran cueva de la electrotermia, y cuya observación daría la medida de los avances

de los minadores africanos en sucesivos días.

Pero habiéndole ya dicho las observaciones realizadas en el sótano, aunque a reserva de más aproximada puntualización, que todos los ramales avanzaban en direcciones comprendidas entre el este y el norte, y no pudiendo, por tanto, encaminarse sino a los tres salientes indicados o a los dos inmediatos, no aguardó a realizar otras exploraciones telefónicas para ordenar la apertura de contraminas en número de nueve, tres por saliente, e irradianes en sentidos divergentes para desenmascarar las minas del sitiador.

Comenzaba una lucha semejante a las que bajo tierra se hacen las hormigas de hormigueros rivales.

## XXII

### LA MALA PASADA QUE UNA NOCHE LES JUGÓ EL SOL A LOS SAHAREÑOS

Al llegar de madrugada a la boca de la mina donde lo aguardaban Kitvinoff y Tinkert, supo el califa que la pareja vigilante del turno de la tarde había visto a tres hombres que, contra lo acostumbrado, bajaron dos veces al sótano: la primera a la una y la segunda cerca de las seis. En una y otra habían empalmado y desempalmado alambres en diversos sitios de todas las paredes.

En la primera visita, prolongada hasta después de las cuatro, parecían atareadísimos con manipulaciones complicadas. En la segunda, que no duró ni media hora, arrollaron de prisa los alambres tendidos a primera hora y se los llevaron.

En las pantallas de la *sui generis* cámara obscura subterránea improvisada por Kitvinoff vió el califa a los obreros de la electrotermia, que a las cuatro de la madru-

da hicieron la cotidiana revisión de que el ruso le había hablado; pero más que el funcionamiento del artefacto óptico le preocupaba entonces la alteración del ordinario régimen de bajadas al sótano, la cual no permitía ya contar con la certeza de no hallar nadie en él sino de cuatro a cinco de la madrugada; pues siendo tal certeza indispensable base del plan que pensaba poner por obra a la noche siguiente, la falta de ella le obligaba a suspender la ejecución de éste mientras no averiguara si las entradas y salidas a imprevistas horas eran excepción de un día o estable cambio de régimen.

Consistía su proyecto demorado en derribar a las dos de la madrugada el escaso espesor de tierras entre acometidas y sótano; hacer entrar en éste, sigilosa y simultáneamente, doscientos de sus africanos por cada uno de los seis boquetes, que pudiendo dar paso a dos de frente—y para asegurarse de ello había ido en persona a la mina—permitirían en dos o tres minutos reunir en la vasta cavidad subterránea mil doscientos hombres, que a lo sumo en otros ocho o diez podrían salir a la superficie del terreno en lo interior del recinto fortificado,

(1) Es sabido que las minas y las zapas de quien sitia una fortaleza se dirigen siempre contra los puntos más salientes de sus obras por razones conocidas de todos los militares, las cuales no hay porqué explicar aquí, pues los lectores que las desconozcan no tendrán nunca que expugnar plaza alguna.



utilizando las dos puertas de que Kitvinoff había hablado.

Otras fuerzas previamente escalonadas en las minas detrás de las primeras seguirían en pos de éstas para adueñarse de la fortaleza sorprendiendo dormidos a sus defensores.

Pero aun cuando al caudillo se le frustrara este que podía llamarse su plan grande, era por lo menos indudable que cercando con ochocientos sahareños de la vanguardia el edificio principal para impedir que los jefes de la defensa que allí dormían recibieran auxilio del exterior, fácil sería para los restantes cuatrocientos derribar rápidamente las puertas y pasarlos a cuchillo. Y aunque cualquier inverosímil contingencia impidiera después la entrada del grueso y obligara a retirarse por la mina a la vanguardia, o aun cuando en masa pereciera ésta, siempre sería después de haber consumado la matanza que dejara a Emma viuda—objeto cardinal del ataque—y de desmoralizar la guarnición privándola de jefes, sin los cuales poco podría diferirse su rendición o total vencimiento.

Pero el éxito de este proyecto, aun reducido a las últimas y más modestas pretensiones, requería indispensablemente que nadie de la Residencia se diera cuenta de la concentración en el sótano; pues de lo contrario, unos cuantos gendarmes apercibidos contra el ataque, o dos ametralladoras enfiladas a la salida de los pasadizos, por donde a dos o tres de frente, tendrían que desembarcar los asaltantes, podrían fusilarlos a boca de jarro, impidiéndoles salir. Y para esto bastaba que a cualquiera de los de adentro le diera idea de bajar al subterráneo al comenzar los preparativos de la sorpresa, que por tal causa aplazó Abd-el-Gahel hasta que el transcurso de unos días le devolviera la confianza de poder asestar el golpe de improviso o lo convenciera de la imposibilidad de darlo.

En esta espera llevaba tres días, sin que a nadie vieran los vigilantes en el soterrado ámbito fuera de la hora de la normal inspección de madrugada, y ya iba pensando que, de pasar uno o dos más del mismo modo, podría arriesgarse a ejecutar su diferido plan, cuando un suceso no previsto lo impulsó a no aguardar ya más, dando satisfacción a su impaciencia, degenerada en obsesión, de desembarazarse pronto del marido de Emma.

La impaciencia se la había exacerbado, porque siendo sabido que cuando una mu-

jer ama con toda su alma a un hombre nada ni nadie tiene fuerza para hacerla perder la confianza en él, Abd-el-Gahel había visto en aquellos tres días que éste era el caso de Emma, quien, a despecho de la noticia de la marcha de su marido a La Plata, recibida en la falsificada carta de su padre, continuaba teniendo plena fe en que su Pepe llegaría a salvarla cuando menos se pensara: es decir, cuando menos pensarán otros, pues ella no pensaba sino en esto a todas horas. Estado de ánimo que no escapaba a las miradas de su cotidiano visitante, que no había interrumpido las visitas: donde la visitada no disimulaba serie cada vez más penosas, y Gahel iba perdiendo la ecuanimidad demostrada en las primeras; pues los obstáculos embravecían su pasión con ansiosa impaciencia de arrollarlos fuera como fuere.

El suceso imprevisto, o con más justo nombre contratiempo, fué que al comenzar el segundo día de trabajo en las contraminas radiales, el teléfono que en cabeza de una de ellas prestaba a los minadores de la defensa el mismo servicio que a un ciego el palo con que tantea camino que no ve, hizo oír tan cercanos los ruidos de uno de los ramales enemigos, que no dejaba duda en la dirección ni en la corta distancia, y mayor de diez a veinte metros, a que de él había llegado la contramina; y al observarlo el ingeniero que la dirigía dispuso proseguirla en descenso para bucear más abajo en la tierra, ganando profundidad que lo llevara no exacta, pero sí aproximadamente, a unos cuantos metros por debajo de la mina de los rebeldes.

A las treinta horas de variada la pendiente supose haber conseguido aquel propósito porque el auricular del geófono sonaba con más fuerte ruido al ser aproximado su micrófono al techo que al aplicarlo contra las paredes verticales. Suspendiéronse inmediatamente los trabajos de avance, comenzaron los de excavación en el extremo de la galería de un hornillo, carga de éste con un explosivo poderoso y subsiguiente atraque; y una vez acabados y retirados a la plaza todos los minadores, desde ésta se dió fuego eléctricamente al explosivo, que hizo volar la mina y los minadores de los atacantes, un ancho trozo de terreno con una cabeza de zapa y a quienes en ella y a su inmediación estaban: en suma, y además de las obras destruidas, cuarenta y tantas bajas, y no pequeño desencanto de los mahomeitanos al ver que de



aquello no había Al-láh informado de atemano al Gran Califa.

Cuando a las cuatro de la tarde fué éste informado de la voladura, sintió la rabia loca que le impulsó a dar precipitadamente sus disposiciones para desquitarse de aquello a la noche siguiente.

Tinkert, encargado del mando de los mil doscientos hombres de vanguardia de la nocturna expedición, recibió, además de instrucciones de Gahel sobre cómo había de vengar el revés de la tarde, recomendaciones especiales relativas al señor Lobera. Con sujeción a las primeras, ajustadas al conocido y aplazado plan, que al fin iba a ser puesto en ejecución, ya a la una de la noche tenía doscientos hombres en la cabeza de cada una de las seis acometidas al sótano. Detrás seguían a estos primeros grupos otros tantos de cuatrocientos, correspondientes al segundo cuerpo, con jefes elegidos entre quienes por haber sido cabos de cuadrillas de los antiguos trabajadores dagatums del paralizado ferrocarril conocían la Residencia, y a los que se dió orden de dirigirse desde luego con sus grupos a diversos lugares, bien puntualizados, del interior de ella: principalmente a los barracones donde se alojaba la guarnición, que sería sorprendida en profundo sueño.

Orden general: no dejar vivo a nadie, lo que no era difícil teniendo en cuenta la superioridad numérica de los acometientes y la sorpresa de los acometidos.

Orden particular a Tinkert: formar tres grupos de a veinte hombres bien escogidos que conocieran perfectamente a Pepe Lobera, con exclusivo encargo de buscarlo y matarlo, previniéndoles que si escapaba serían ellos degollados.

Por último, a Ben-Cassim, que en Tintaborak continuaba al frente de las gavillas del norte y del oeste, le fué ordenado por telégrafo que a todas las hiciera avanzar a las dos de la madrugada hasta donde llegaban las cabezas de zapa de los aproches, para que cuando, por teléfono de campaña, cuyo alambre colgaba a lo largo de una de las acometidas y de la galería maestra de donde todas partían, avisara Tinkert a Gahel estar ya a punto de salir del sótano con la vanguardia estuvieran dispuestas a cumplir la orden que éste telegrafiaría a Cassim de lanzarlas contra los parapetos, desguarnecidos, porque sus compañeros de adentro no dejarían tiempo a los sitiados de acudir a ellos.

Así, todas las hordas sitiadoras partici-

parían en el pillaje y el botín; pues excluir a alguna de la fiesta produciría en ella descontento.

En los cinco minutos anteriores y en los posteriores a la hora prefijada cayeron sucesivamente las tierras de las paredes terminales de las seis galerías abriendo paso franco a las gentes de Tinkert, que al desembocar de ellas fueron sorprendidas por el gran frío reinante en la enorme área subterránea: tan intenso que a los pocos segundos hacía a todos dar diente con diente, y que en los sucesivos fué creciendo y creciendo tan inverosímil y rápidamente, tan por cima de todo frío sentido por hombre alguno en las más glaciales regiones del globo, como aterradoramente.

Consiguiendo Tinkert sobreponerse por un instante a la impresión de tan crua temperatura, amenazante de congelarle en las venas la sangre y de inmovilizar en absoluto todos sus músculos si seguía en aumento la rigidez que los iba sujetando con espantoso y creciente envaramiento, mandó a sus hombres, ya reunidos en el sótano, echar a andar hacia las puertas de salida; pensando acaso al dar la orden más que en cumplir las de Gahel, en escapar a aquel horrendo frío. Pero paralizados todos por embotamiento de sus cuerpos y espíritus ocasionado por los cuarenta grados bajo cero que estaban padeciendo, no hubo uno entre todos, ni aun el mismo Tinkert, que pudiera dar un solo paso.

Bajando la temperatura otros veinte grados derribó en tierra, un minuto después, a toda la vanguardia; continuando el descenso llegó el álgido ambiente de la cueva a setenta, ochenta y hasta ochenta y cinco grados bajo cero: horrendas temperaturas que no dejaron vivo ni uno de los africanos, que a los pocos minutos de su entrada en el glacial antro ya no eran sino mil doscientos terrones de hielo. Y aún continuó el tremendo estrago, pues el sutil y terrible enemigo que cerraba el paso a los saharafíos penetró y avanzó por las seis acometidas haciendo que las primeras filas de las reservas en ellas concentradas corrieran igual suerte que la vanguardia: no perdiendo integridad porque perdiendo el frío intensidad según iba adentrándose en los callejones subterráneos, dió tiempo a quienes estaban más a retaguardia de volver las espaldas y huir a la carrera hacia Tchiasco; mas perseguidos por aquél, aunque no tan de prisa que lograra dar el golpe de gracia a los fugitivos, mientras cada tropel



pudo disponer para su huida del ramal de mina en donde se encontraba.

Pero perforados todos estos ramales a partir de la galería maestra, única de comunicación con Techiasco, y afluyendo a ella todos en un punto situado entre la aldea y el lugar donde fué cegada la mina por las voladuras de Kitvinoff, claro es que cuando en vez de seis pasadizos no tuvieron los fugitivos por delante sino uno, la velocidad de la fuga bajó no a un sexto, sino a muchos menos; pues aglomerándose los desventurados en el angosto túnel se apretujaban, golpeándose para abrirse paso, se atropellaban derribándose, pisoteándose, haciendo más y más difícil la evacuación. Y como el helado hálito que los perseguía no tropezaba con los obstáculos que ellos encontraban, los alcanzó, causando muchas víctimas en los más rezagados.

... ..  
... ..

\* \* \*

Cuando al califa le iba ya pareciendo que tardaba el aviso, que en Techiasco aguardaba, de que la vanguardia salía del sótano a comenzar el degüello, aparecieron en la boca de la mina los primeros escapados de la hecatombe, donde, según recuento más tarde realizado, perecieron dos mil cien africanos, y entre ellos Tinkert: pérdida la de éste, para Gahel, mayor que la de todos los demás.

Los fugitivos, que salían aterrados, se desparramaron a la carrera por la aldea, poniéndola en conmoción con los gritos "¡Al-láh nos abandona! ¡Milagro, milagro! ¡Al-láh defiende a los perros!"

Alarmado del pánico de aquellas turbas, que no podían creer fuera lo ocurrido obra de hombres, sino golpe de la ira divina, y queriendo saber cuál era el peligro que las empavorecía, hizo el Vengador detener a

unos cuantos de los escapados, de quienes no pudo obtener más explicaciones sino que "Al-láh los había envuelto en un terrible frío que, matando como el rayo, había dejado centenares y centenares de hombres muertos allá abajo".

Cuando la salida de los últimos salvados dejó expedito el acceso a la mina, quiso Gahel a todo trance darse cuenta de qué había pasado; y acompañado de unos cuantos edecanes, de Kitvinoff y varios minadores, se entró por ella para reconocerla; pero antes de haber recorrido un kilómetro, sin llegar aun donde yacían los más cercanos cadáveres, tuvo que desistir de su propósito y retroceder con sus acompañantes; pues el frío les salía al encuentro, no tan intenso como el causante de la reciente catástrofe, pero creciendo, según iban acercándose a la Residencia, de modo tal que no dejaba duda de que siguiendo tal camino llegarían derechos a inevitable muerte.

... ..  
... ..  
... ..

—Pero, ¿cómo, cómo es esto posible?—decía el califa al salir de la mina—. ¿Qué tremebunda mezcla frigorífica han usado esos perros?

—Gran Señor—respondió Kitvinoff—. No conozco ninguna capaz de rebajar a tal extremo la temperatura de la enorme masa de aire contenida en el vastísimo sótano y en las galerías invadidas por tan inconcebible frío. No puedo explicarme cómo hayan podido producirlo, y no me extraña que esas pobres gentes lo crean un azote del cielo.

Ni a Kitvinoff ni al Gran Califa podía ocurrírseles la idea paradójica de que aquel frío fuera una transformación de calor solar; que, en definitiva y en último extremo, rayos de sol metamorfoseados en helados alientos fueran las armas que por congelación habían matado dos millares de hombres.



## XXIII

COMO UN RONQUIDO PUEDE CAMBIAR LA SUERTE  
DE LAS ARMAS

El novísimo e incontrastable medio de defensa ante el cual fracasó la sorpresa subterránea surgió de una idea que cuando Manolo Lobera bajó al sótano de la electrotermia le apuntó al oído uno de sus geófonos diferenciales en la primera indagación allí intentada de si los sitiadores minaban y en qué direcciones.

Se recordará que fueron establecidos cuatro juegos de aquéllos y que tres vibraron con los ruidos de las minas.

Esto ya lo dijimos, y si respecto al otro nada se indicó entonces fué por ignorar qué había oído y aun si oyó algo. Pero ahora, ya desatadas por el éxito de la defensa las lenguas de Manolo y Bertier, que, al alcanzarlo, descubrieron a todos sus amigos cuál fué la causa y cuáles las resoluciones del misterioso conciliábulo por ambos celebrado entre la primera y la segunda bajada del primero a la cueva, podemos ya decir el objeto perseguido con los trabajos realizados en la central auxiliar y con la vigilancia, cuya finalidad ignorábamos, montada por Manolo en la puerta.

Con aquel cuarto juego de teléfonos fué oído un rumor de intensidad creciente o decreciente a intervalos desiguales: tan pronto semejante a leve acompasado resollar como a lejano y apagado mugir de un animal. El no caer al pronto en cuál fuera su causa excitó la curiosidad del hermano de Pepe, que tras varios cambios de los lugares de aplicación de los dos micrófonos del par por donde oía aquel rumor, que no era de vibración de tierras por no ser acusado en los sismógrafos, e inconfundible con los de picos ni barrenas, logró escucharlo con suficiente claridad a convencerle de que eran ronquidos lo que oía.

Y no se equivocaba, porque uno de los tuaregs de la pareja de servicio a la sazón en la cámara oscura de la mina, que con su compañero se repartía las seis horas del turno por mitades en que uno vigilaba las

pantallas y el otro descansaba, habíase dormido y roncaba a sus anchas.

Sucesivos tanteos del mayor de los Lobera, para ir oyendo cada vez mejor, fueron haciendo que los micrófonos perceptores aplicados al muro de tierra natural situado del lado de Techiasco, tras el que estaban los ramales de Kitvinoff, se aproximaran paulatinamente más y más al lugar donde estaba el roncante, cuyos trémolos adquirieron a ratos potencia que al cabo permitió a Manolo seguirles la pista con un teléfono sencillo de manejo más rápido que el juego antes usado; pues le bastó ir corriéndolo por la pared para hallar el lugar donde reproducía más claros los ronquidos, que allí consiguió oír con la oreja desnuda aproximada a la pared.

Así fué descubierto que allí llegaba una mina solamente separada del sótano por grosor muy escaso de tierras.

Ha de advertirse que en cuanto tal idea le pasó por el magín hizo Manolo, con viva perspicacia y ágil juicio, el mismo razonamiento que ya oímos emplear a Kitvinoff al explicar a Abd-el-Gahel porqué no podrían utilizarse las acometidas para volar los edificios de la Residencia, infiriendo de él, con igual rapidez, que si la galería que estaba cierto tenía a pocos pasos de sí—él no podía saber que eran seis—era inútil para hacer reventar una mina, obligaba la lógica a pensar que habría sido horadada con la finalidad de abrir a las fuerzas enemigas oculto camino para asaltar la fortaleza a somormujo y de improviso.

No queriendo, mientras no hablara con Bertier, suscitar alarmas en los defensores, buscó pretexto para enviar fuera del subterráneo a los dos obreros que lo auxiliaban, mientras llegaba a solas al fin de su pesquisa, que, poniéndolo delante de la parte de muro tras de la cual estaba la cámara oscura, le hizo ver los pequeños agujeros donde se alojaban las tres lentes obje-



tivos, y hasta las mismas lentes, interceptando con su cuerpo al acercarse a ellas la poca luz que les llegaba, y proyectando con su sombra una mancha que de negro cubrió sucesiva y totalmente las respectivas pantallas, haciendo pensar al vigilante despierto: "Ahora pasan esos por delante."

Cuando Bertier oyó a Lobera opinión concordante con la suya de estar amenazados de sorpresa, que para serlo había de ser nocturna, convinieron ambos en que preferible a cerrar el paso al enemigo cegando la mina, era darle un duro golpe cuando, al creer sorprenderlos, cayera en la emboscada que Manolo propuso preparar.

Con tal objeto, y para hacerle confiarse en la posibilidad de la sorpresa, se dejaría de nuevo solitario el sótano, desistiendo de continuar utilizándolo como centro de exploración fonosubterránea; se quitaría de allí la telefonía diferencial, dejando únicamente el aparato ordinario que en su segunda bajada montó el argentino en el tabique de separación entre la cueva y la cámara oscura, y se llevaría el auditivo de él a la puerta donde, con la colaboración del jefe y el subjefe de la central del aire líquido, estableció la nocturna vigilancia anteriormente mencionada.

Si algún día llegaba la Heliodinámica al régimen normal para el que estaba proyectada tomaría toda la fuerza necesaria para la licuefacción del aire de la energía eléctrica capturada en la atmósfera por las placas y esferas erizadas de puntas y sostenidas por los aerostatos, que sólo parcialmente se empleaban en esto, por estar no pocos destinados a sostener la aérea antena ondulante (1), y entre tanto se suplía la

(1) "Mi sistema es conjunta y trabada aplicación de los ensayos y patentes de Tesla, en su tiempo llamado *El Mago de la Electricidad*, y de Herman Plauson, para utilizar la electricidad de la atmósfera, de gran valor científico, pero que solamente mis perfeccionamientos han logrado hacer pasar de fructuosos experimentos investigatorios a empresa económico-industrial con eficacia plena, según demuestro con los resultados obtenidos, pues en tanto no llegue la época de caducidad de mis patentes no he de exponerme a posibles y poco escrupulosas competencias publicando los detalles de mis métodos"=*HISTORIA DEL PROYECTO, INSTALACION Y FUNCIONAMIENTO DE "LA HELIODINAMICA DEL SAHARA"*, por José Lobera.—Buenos Aires.—Imprenta Iberia.—Año 2001.

Es de suponer que a falta de esos detalles que en análogos casos callan todos los inventores, interesa al lector no versado en estas cosas recibir, por lo menos, somera noticia de los sistemas mencionados en el anterior párrafo, por referirse a

falta de esta energía volandera y desaprovechada con la corriente de las pilas luminicas, que era la que se enviaba a los motores de los aparatos de licuefacción. Así se producía todo el aire líquido requerido

interesante asunto hoy de actualidad, del que en los días en que se escribe esta nota dice un ilustre autor de gran autoridad:

"El empeño es seductor y sugestionante, pues "los estudios y experimentos a que ha dado lugar "llegan a punto en que realmente parece estar casi "a la vista la próxima y satisfactoria utilización "de la electricidad atmosférica."

Es sabido que la Tierra es un inmenso receptáculo de electricidad negativa; lo es también que el Sol la bombardea constantemente con *electrones*, cada uno de los cuales es la más pequeña cantidad de electricidad de tal nombre que en la naturaleza han encontrado y medido los sabios, y que en esas andanadas solares son como perdigones de ellas; pero que, no obstante la pequeñez infinitesimal de cada uno, representan en junto inmensa cantidad de electricidad negativa, porque los *perdigones* que a nuestra atmósfera llegan incesantemente suman incalculable número de millones de millones de millones.

Omitiendo, por excesivamente complicado, lo relativo a la acción (efecto ionizante) de esos electrones sobre las moléculas del aire, y prescindiendo de las auroras boreales atribuidas a ellos (y ya examinadas en otra novela de esta biblioteca), sólo diremos ahora que la antipatía que las electricidades positiva y negativa sienten por las de sus mismos nombres, y su vehemente simpatía por la de nombre opuesto, son causa de que en el aire produzcan los electrones solares desequilibrios eléctricos diferentes en diversas regiones de la atmósfera, separando en las moléculas de ella los corpúsculos positivos de los electrones negativos que integran dichas moléculas de aire.

De otra parte, el vapor de agua flotante en las alturas tiene tendencia a condensarse con preferencia y más rápidamente sobre las levísimas partículas de polvo—cuando en el aire no hay polvo, siquiera sea levísimo, no puede haber lluvia—cargadas negativamente, que sobre las electrizadas positivamente o sobre aquellas en que las dos electricidades se neutralizan; y así, cuando en forma de lluvia caen estos vapores condensados, con ella recibe la Tierra grandes cantidades de electrones solares.

Esta es una de las causas de que el Globo esté cargado de electricidad negativa. Y como al mismo tiempo pierde el aire los electrones negativos que la Tierra recibe o las nubes capturan, queda electrizado positivamente a diferentes tensiones o presiones (potencial, en términos científicos; voltaje, en lenguaje técnico industrial), según alturas y regiones.

Cuando tal presión eléctrica, que es en definitiva fuerza tendente a unir las electricidades de opuestos nombres de la Tierra y la atmósfera, o las contenidas en nubes con diferencias de carga eléctrica, no es suficiente a vencer la acción aislante de las capas de aire interpuestas en grandes distancias, tierra y atmósfera, suelo y nubes conservan sus estados propios, y la electricidad no se mueve violentamente entre ellas; pero en caso contrario salta el rayo de lo alto al suelo o las centellas de nube a nube.

Mas tiempo es ya, y no lo era antes de decir lo



por el funcionamiento de las pilas termo-eléctricas.

De grandes depósitos soterrados y protegidos con verdaderas y potentísimas corrientes térmicas de materiales malos conductores del calor, pasaba el aire líquido a diversas cañerías igualmente blindadas contra la temperatura de la tierra bajo la cual corrían llevándolo a zanjaz enterradas en el piso del sótano, donde el lector no habrá olvidado estaban las soldaduras frías de las pilas térmicas, cuyos elementos calientes se hallaban arriba bajo el vidrio del campo insulatorio.

La suspensión, que Manolo ordenó, del funcionamiento de estas pilas desde las tres de la tarde, tenía por objeto economizar aire líquido para aumentar las reservas de él que durante la noche quedaba en los depósitos.

Los trabajos extraordinarios por el jefe realizados en su central la tarde que los geófonos oyeron roncar al tuareg, consistieron en poner la cañería maestra de los depósitos a las atarjeas de las cajas frías enterradas en el sótano, en comunicación directa con éste, mediante juego de dos llaves de paso que cerraba el de las atarjeas y libremente vertía el chorro de aire líquido en el subterráneo.

Con esto queda ya explicado cómo fué

preparada y sobrevino la tremenda hecatombe cuyo anverso queda narrado en el capítulo anterior.

Veamos el reverso del desenvolvimiento de ella.

Según Kitvinoff había dicho a Abd-el-Gahel, apenas produjeron ruido los pequeños berbiquies empleados en perforar por sus contornos los tabiques entre las acometidas y la cueva, los cuales se vendrían así por sí solos abajo al quedar en vago; pero al responder de que no serían oídos no pudo sospechar que a pocos centímetros de uno de ellos y sobre la misma pared que carcomía lo escuchara no oído humano, sino el receptor extrasensible de un teléfono amplificador por el estilo de los usados por los entomólogos para descubrir ruidos imperceptibles al más finísimo oído, como rumor de pasos, batir de alas de menudos insectos y otros leves murmullos de sus curiosas vidas, andanzas y faenas. Así, cuando los berbiquies comenzaron a chirriar contra la tierra que roían fueron oídos por el subjefe de la central frigorífica, de cuarto entonces en la puerta del sótano, quien, por si acaso aquéllos fueran los preliminares del aguardado ataque, ordenó telefónicamente al capataz de guardia de dicha central abrir a medias las llaves de paso de los depósitos de aire líquido, que a poco co-

anterior, de volver a Tesla y Plauson, quienes sabiendo que cuando un cuerpo metálico se halla rodeado de electricidad de una u otra clase se carga inmediatamente, acumulándose en su superficie la que toma, utilizaron dicha propiedad para canalizar la de lo alto, trayéndola a la Tierra antes de que llegara a engendrar rayos.

Tesla propuso lograr esto elevando por cualquier medio placas metálicas a grandes alturas. Plauson, usando grandes torres, análogas a las de Eifel, pero aisladas de tierra, para sostener redes metálicas; otros propusieron elevar y sostener estas redes-antenas con globos-cometas, y el mismo Plauson realizó experimentos en Finlandia con pequeños aerostatos esféricos tachonados de grandísimo número de lentejuelas metálicas.

Placas o globos cargándose con la electricidad positiva de la atmósfera forman una de las armaduras de un condensador (nombre genérico de la vetusta *botella de Leyden*), cuya armadura opuesta, comunicante directamente con tierra, está electrizada negativamente como ésta.

Así transportaban unos y otros la gran diferencia de voltaje tierra-atmósfera a la inmediación de sus aparatos transformadores y de trabajo, que en el dispositivo de Tesla era un electroimán análogo a los empleados en los relevadores de telegrafía, y en los experimentos de Plauson una máquina estática semejante en la esencia a las antiquísimas eléctricas de los laboratorios, en las que el giro de discos movidos por la acción de un manubrio engendraba electricidad; únicamente que a la inversa, pues en la de Plauson son las atrac-

ciones entre las electricidades tomadas del suelo y de la atmósfera las que hacen girar el disco y el manubrio: es decir, el eje de la máquina que devuelve convertida en fuerza la electricidad actuante en ella.

No tenemos datos numéricos que puedan dar idea de la importancia de los resultados prácticos obtenidos por Tesla; pero en un libro publicado en Alemania por Plauson, donde se resumen los intentos realizados en aquel país para utilizar la electricidad del aire, se consignan los que él alcanzó en sus experimentos ya citados en Finlandia. Helos aquí:

Un solo globo elevado a trescientos metros dió corriente constante de 1,8 amperios con tensión media de 400 voltios—las compañías de alumbrado de Madrid trabajan casi todas a 110—: resultado que traducido a fuerza mecánica viene a ser de un caballo; pero ha de advertirse que esto era después de reducida por la máquina la diferencia de tensiones (potenciales) entre tierra y aire; pues la tensión era en el globo de 42.000 voltios.

Con dos aerostatos, a distancia uno de otro de cien metros, subieron los amperios de la corriente, o sea la *cantidad de electricidad* transportada por ella, a tres amperios, e introduciendo modificaciones en el circuito eléctrico ascendió dicha corriente a casi siete amperios con tensión de quinientos voltios. Con lo cual la potencia alcanzó a  $7 \times 500 = 3.500$  vatios, equivalentes a más de cuatro y medio caballos de vapor.



menzó a verterse, o, mejor dicho, no a verterse, sino a hervir súbitamente en las abiertas bocas de los tubos desembocantes en el subterráneo, vaporizándose a expensas del calor robado al aire que lo llenaba, cuya temperatura fué bajando, bajando, bajando.

Atendida esta primordial urgencia, dió el ingeniero aviso en igual forma a Manolo Lobera y a Bertier, en cuyas alcobas repicaron sendos timbres.

Saltaron uno y otro de sus camas; corrió el argentino adonde lo llamaban y el capitán a la guardia de prevención, dividiendo al llegar a ella los cuarenta gendarmes que la componían en dos grupos de a veinte y enviándolos frente a las dos salidas de los pasadizos del sótano a la superficie del terreno, con orden de cazar a los sahareños cual conejos a medida que, en caso de fallar la defensa por el frío, salieran a la desfilada. Y simultáneamente hizo despertar y tomar las armas al resto de la guarnición.

Precaviendo posible irrupción rápida de los africanos, habíase barreado la puerta donde Manolo era aguardado por el ingeniero, así como su gemela de acceso a la cueva: para que durante el tiempo que los asaltantes perdieran en echar abajo los blindajes, pudiera evaporarse aire en cantidad capaz de convertir el enorme camaranchón en tumba de ellos. Y no sólo para esto, sino para retardar la propagación del frío a la otra parte de las puertas.

A su llegada allá se encasquetó Lobera al fleje de los auditivos cedido por su ayudante; por sí mismo oyó el rechinar de las pequeñas perforadoras, que cesó en breve, y a los pocos minutos una voz que decía: "Ahora apoyad las pértigas en el tablón fijo en el centro del tabique y empujad con todas vuestras fuerzas; pero a una todos y no antes de dar yo la señal... Atención. A... una."

En pos de esto resonó en el teléfono el opaco retumbo prolongado de un desmoronamiento; y cumpliendo orden de Manolo dió su ayudante a la central la de abrir totalmente las llaves de paso del aire líquido.

Por tales medios se convirtió en revés desastroso la sorpresa donde confiaba Abdel-Gahel moriría Pepe, contra el cual creció su odio, si es que cabía crecimiento en él, subiendo a delirante; pues enterado por Tinkert, desde hacía tiempo, de que las obras nuevas realizadas en el centro ferroviario con finalidad de ambos desconocida habían tenido a aquél por director, no teniendo noticia de la herida que padecía, y preso en

Sabankafi Duvery, supuso obra del marido de Emma el tremendo descalabro de la bien preparada sorpresa: doliéndole principalmente en la derrota que se la infligiera el mismo hombre que le había quitado la mujer amada.

Y por si aun fuera poco esto, la estúpida explicación dada al vencimiento por la supersticiosa ignorancia de los fugitivos, que por estúpida sería más fácilmente creída por sus salvajes compañeros, era fácil se convirtiera en germen de desmoralización de las bandas sahareñas si pronto no lograba el Vengador demostrarles que podía más que los perros de la Residencia.

—Hay que acabar aquello pronto, pronto, sin dejar uno vivo—rugía a su regreso del inútil reconocimiento de la mina, paseando como fiera enjaulada por la habitación que personalmente ocupaba en la casa de Techiasco, habilitada para servirle de cuartel general en sus frecuentes idas a dicha aldea, y en donde estaba una estación de la telegrafía de campaña, por la que a las tres de la madrugada, antes de meterse en la galería, había transmitido orden a Ben Cassim de retirar sus fuerzas a las posiciones de la víspera, en espera de nuevas instrucciones.

—Hay que acabar, hay que acabar—repetía fuera de sí.

Y resuelto a jugarse de una vez y en breve el todo por el todo en un furioso y general asalto, dictó inmediatamente las disposiciones para reforzar urgentemente las diezmadadas gavillas de Techiasco con las fuerzas de segunda línea y hasta con la reserva de sus *guardias de corps*, escogidos entre los moros de la harka traída por Ben-Cassim, de los cuales no dejó en Sabankafi, donde hasta entonces estuvieron todos, sino medio centenar.

Seguidamente radiotelegrafió a los caldes de Tomboctú, Argelia y el Sudán que en plazo de cuarenta y ocho horas le enviaran ocho aviones armados, proveyéndolos de explosivos arrojadizos.

Mientras Gahel tuvo sujetos pensamiento y actividad en todo lo anterior, y estuvo rodeado de auxiliares, la reconcentrada cólera de que estaba poseído se manifestó en chispazos de intemperancias y en castigos, de que sus edecanes fueron primeras víctimas; después, cuando acabadas de dar las órdenes se quedó a solas, dió rienda suelta a su despecho, volviendo a repetir a gritos la exclamación que parecía su pesadilla:

—Sí, sí; hay que acabar en seguida, en



seguida... El día del ataque haré saber a la primera línea que si da un paso atrás, si vacila, será fusilada por la segunda, y a ésta que del mismo modo la tratarán a ella las reservas... A Kitvinoff le diré... Aun debe andar por ahí. Kitvinoff, Kitvinoff—voceó abriendo la puerta tras de la cual estaban sus ayudantes—. Que busquen y me traigan ahora mismo a Kitvinoff.

—No es necesario, Gran Señor; estoy aquí.

—Ven, ven.

Entrado el ruso y cerrada la puerta, dijo el califa:

—Necesito que en toda la noche de pasado mañana llegues con tus minas bajo los parapetos.

—Imposible, Señor.

—Debías saber que a mí no puede contestárseme así.

—Es que no hay modo de... Se está trabajando cuanto se puede; pero hay cosas que no están en la mano del hombre.

—Si no las cuatro, me bastan dos.

—La dificultad, igual para una que para ciento, es que ni pueden aumentarse minadores en la estrechura de las minas ni imprimir a las perforadoras mayor velocidad de la que llevaban ya, sin parar ni de día ni de noche.

—Te doy un día más.

—Señor, cuando menos son necesarios cuatro, porque...

—Ni tengo tiempo que perder oyéndote, ni más que decirte sino que hoy es lunes, y que si al amanecer del jueves no vuelas los parapetos te degüello en compañía de todos tus minadores.

—¡Señor! ¡Señor!

—Díselo a ellos para que se avispen.

—¡Pero, Gran Señor!

—No tengo más que hablar. Vete.

—Es que...

—Vete, vete. O si no...

Tal era la actitud de Abd-el-Gahel, que el ruso no se hizo repetir el mandato y echó a correr, mientras el otro se quedaba diciendo:

—Ya verá cómo no hay imposibles. He

dicho que acabo esto en tres días, y cuéste lo que cueste he de acabarlo... Y lo otro, porque también es ya hora de acabarlo, y antes que esto; pues en aquello me sería imposible aguardar tres eternos días, y porque cuando la tenga entre mis brazos no ha de enturbiar mi dicha el recuerdo de si es viuda o casada... Sí, sí; para hombre como yo es vergonzoso no saltar por cuanto sea preciso para que sea mía; estúpidos más aplazamientos y contemplaciones...

Aun cuando a solas, hablaba Gahel en alta voz, como loco empujado por dos rugientes tempestades: levantada una por el herido orgullo del caudillo vencido, que demandaba rápida venganza, y alzada otra por el concupiscente frenesí de inmediata posesión de la mujer apetecida con delirantes ansias, abrasantes, mientras no satisfechas, cual quemadura en carne viva. Y la violencia de aquel desenfrenado afán, hecha acicate del innato salvajismo de raza, del que ya no era sino fiera aguijada por bestiales apetitos, le arrancaba el disfraz de hombre civilizado, haciéndole exteriorizar su pensamiento a gritos al resolverse a trasladarse sin demora a Sabankafí.

—Hoy, hoy: ahora mismo. En cuanto llegue allá haré la última mesurada tentativa, pero franca, resuelta, hablando claro, y si así no obtengo la plena posesión de esa mujer...

Con una espantosa blasfemia cortó la frase antes de completar la idea que la engendraba, abrió la puerta del despacho y gritó a los ayudantes:

—Mi auto. Inmediatamente.

Volvió a cerrar, continuó paseándose de extremo a extremo del despacho, y cuando a poco, y hallándose de espaldas a la puerta, oyó rumor de varias voces a través de ella nuevamente abierta, se volvió creyendo venían a avisarle de estar ya listo el coche; pero en vez de esto vio con sorpresa entrar a Ben-Cassím, cuya presencia le produjo tan visible contrariedad, que el recién venido conoció en el momento cuán poco grata resultaba su llegada.



## XXIV

## BEN-CASSIM REAPARECE CUANDO NO ES ESPERADO

El inesperado arribo de Ben-Cassim irritó extraordinariamente a su sobrino, detenido por él en ocasión en que por nada ni por nadie estaba dispuesto a retrasar su marcha en busca de Emma.

Por ello dijo airado, al ver entrar a su pariente:

—¡Tú aquí!... De madrugada te he telegrafiado que aguardaras en Tintaborak mis instrucciones. ¿No has recibido la orden?

—Sí. Pero al verme aquí puedes suponer que algo urgente me trae.

—Las urgencias las aprecia el jefe, y el tuyo las tiene ahora más apremiantes que las tuyas. Para dejar tu puesto debiste pedirme permiso.

—Como el último cabo de taifa.

—A la hora de obedecer iguales sois cabos y emires. Y los más altos debéis dar el ejemplo.

—¿Pero es a mí, ¡a Ben-Cassim!, a quien tratas de ese modo? Vengo a decirte cosas gravísimas, y si no me escuchas nombra en seguida jefe que me substituya, pues yo no vuelvo a mandar aquella chusma sino después de hablarte. Pero luego, a nadie culpes de las consecuencias.

La ira de que alguien, aun siendo su allegado, se atreviera a hablarle como éste lo hacía y el deseo de castigar el desacato tropezaron en el ánimo de Gahel con el recelo de que sus recientes descalabros no eran base firme de violentos alardes de autoridad con personaje de tal fuste como el hijo, aunque fuera bastardo, de Abd-el-Gahel el Viejo, y menos cuando acabados de llegar a Techiasco, desde Sabankafi, casi todos los moros de la harka que él había traído, era dudoso consintieran el atropello de su señor y jefe.

De otra parte, aunque a la llegada de éste no fuera la excitación de su sobrino adecuado estado sino para dejarse ir por donde sus pasiones lo empujaban, lo impresionó el anuncio de posibles consecuencias graves si se negaba a oír al recién venido. Pero cuando buscaba, sin hallarlo, medio de avenirse a escucharle sin parecer ceder a imposicio-

nes, un edecán entró a avisar que el auto aguardaba; y recordándole esto a Emma, se le desvaneció toda otra idea y todo otro deseo que el de correr a donde estaba ella. Así que, no pensando en nada más, dijo, disponiéndose a salir:

—Ya lo ves, no puedo detenerme. Es indispensable mi inmediata presencia en Sabankafi.

—Quiere decir entonces que, no habiendo a tus órdenes puesto digno de mí, me marcho a El Eglab con mi harka—replicó Ben-Cassim.

Y volviéndose al ayudante, que aun estaba a la puerta, y era uno de sus *ouahilas*, agregó:

—Mohir, avisa a Bu-Kadur que venga inmediatamente.

—Esas son tonterías—se apresuró a decir Gahel tascando el freno, pues en la llamada a Bu-Kadur, que era quien en ausencia de Cassim mandaba la gente de éste, vió el comienzo de ejecución de la amenaza de retirarse con el contingente de su tribu—. Tú tendrás siempre digno mando a mi lado... Y te oiré y hablaremos cuanto quieras... Es decir, tan pronto resuelva el asunto apremiantísimo que ahora me preocupa.

—Eso ya es otra cosa. Entonces me voy contigo en el auto a Sabankafi.

—¿Conmigo?... Mejor será... Tú no habrás comido en el camino.

—No.

—Entonces vale más que lo hagas aquí; allá no habrá nada preparado, y mientras llegamos y lo arreglan tendrás que aguardar demasiado... Además, como hasta la noche no estaré libre para hablar con calma, a la caída de la tarde te enviaré el auto, para que vayas más cómodo que en la moto en que has venido.

—Como quieras. Y mil gracias por tus cuidados y atenciones—contestó el mulato, viendo claro que por la tarde estorbaba a su sobrino.

Pero siendo la ruda condición del bastardo de Abd-el-Gahel el Viejo por demás torpe para disimular las impresiones que



sentía, Abd-el-Gahel conoció, aunque haciéndose el tonto, la irónica intención de sus palabras.

Al montar el califa en el auto se le acercó Kadur a preguntarle si él y su tropa habían de volver también a Sabankafi, contestándole aquél que, ordenado un avance general de fuerzas sobre Techiasco, allí debían permanecer los ouahilas, pues para lo que en el otro lado habían de hacer sobraban los cincuenta allí dejados.

Aprovechó Cassim esta conversación para encargar a Mohir, el ayudante de órdenes ouahila que con Gahel marchaba, procurara enterarse de cuanto éste hiciera en Sabankafi hasta que él, Cassim, llegara.

\* \* \*

Mientras el Vengador realiza su breve viaje, conviénenos decir que la visita de Ben-Cassim obedecía a que la última orden de ataque, seguida de contraorden antes de iniciarla, agotó su paciencia, que hacía días bordeaba los límites de tal agotamiento.

Base de su disgusto, agravio acaso, era verse apartado de la inmediata comunicación con su sobrino, por demostrar en éste indiferencia, si no desdén, a su criterio. Además, teniendo en sus ouahilas tropas propias y buenas, con las cuales podía acometer más arduos empeños que con las informes, flojas y levantiscas turbas, con cuya jefatura le había aquél alejado de sí, irritábale verse desposeído del mando de su harka.

De otra parte, como únicos frutos obtenidos por Gahel en muchos días de asedio, con fuerzas seis u ocho veces más numerosas que las de los *perros*, veía un asalto sangrientamente rechazado, una mina, una cabeza de zapa y varias locenas de sahareños volados y la horrenda y misteriosa catástrofe de la pasada noche: en suma, cuatro millares de hombres fuera de combate, que probablemente no habrían costado a los otros ni un centenar de bajas; todo para no ganar ni una pulgada de terreno ni la más mínima ventaja.

Todavía más: en la dirección de las operaciones echaba de menos la inteligencia ágil, la iniciativa pronta, la acometida rápida y la fecundidad de recursos, en otro tiempo admirados por él en su sobrino, vacilante al presente en tanteos desdichados, que tras cada orden traían una contraorden, sin llegar nunca, con tan constante titubear, a nada provechoso.

Y lo más grave era que otros muchos, además de Cassim, veían lo mismo, comentándolo no tan secretamente que no llegaran a él runrunes de murmuraciones y ecos de descontento, haciéndole temer que al tratar tuaregs y moros, en quienes la felonía es hábito, de explicarse los fracasos, los achacaran a traición del caudillo, a quien sus modas europeas y el haberse rodeado de *perros*—su baraja de técnicos—iban restándole muy de prisa simpatías entre los musulmanes.

Cuando por todas estas causas rumiaba ya Cassim la conveniencia de prevenir a su sobrino del peligro y de apremiarlo a radicales cambios de conducta, recibió en el pasado amanecer la orden de nueva retirada de las taifas, en ocasión en que aquellos salvajes se estaban regodeando con la perspectiva del botín, del saqueo, de una hermosa matanza de cristianos, que siempre es fiesta para musulmanes, y de otros agradables divertimientos, propios de tales *zamboras*, con cristianas; siendo tan grande y no ocultado el descontento con que la orden fué cumplida, que decidió al mulato a no perder ya tiempo en hablar claro a Abd-el-Gahel, aun teniendo experiencia de cuán arriesgado era con tal hombre decirle las verdades.

He aquí porqué, saliendo de Tintaborak a media mañana, llegó a Techiasco corrido ya la una.

Dados los anteriores y precisos antecedentes, sólo resta agregar que, aun ignorando el rapto de Emma y el cómo las preocupaciones que antes de éste había inspirado a Abd-el-Gahel el riesgo que a su amada pudiera amenazar en un ataque a la Residencia habían influido en la manera de combinarlo, bastábale a Cassim su conocimiento de la pasión de Gahel por la *hurí* para recelar que acaso a ella fueran achacables indecisiones y fracasos.

Tal pensaba y sentía al llegar a Techiasco; pero en cuanto llegó crecieron sus agravios personales por el apartamiento en que se le tenía desde que su sobrino fué exaltado al califato y comenzó el asedio: crecieron y se agriaron al extremo que vimos en la breve conversación o más bien altercado sostenido a su llegada; pues no se le ocultó que el cambio de actitud y las hipócritas amabilidades de Gahel a última hora no respondían sino a impotencia de atropellarlo en medio de sus ouahilas y a temor de quedarse sin su mejor tropa.

Pero al comprender esto y parecerle buen



principio y argumento de fuerza para hacer entrar en razón a su sobrino cuando a la tarde hablaran, se le amenguó la molestia de no haber sido inmediatamente escuchado; y no sólo se avino de buen grado al aplazamiento, sino que, encontrando de perlas el consejo de aquél, pidió que le sirvieran la comida despachándola con muy buen apetito cuando se la trajeron, departiendo a la par con su teniente Bu-Kadur cuando éste acudió a la llamada transmitida por Mohir, el ayudante.

La conversación versó lógicamente sobre los recientes acontecimientos y la marcha de las cosas en Techiasco y Sabankafi, de las que Ben-Cassim estaba casi a oscuras, hasta que su segundo lo enteró de las graves proporciones de los fracasos sufridos, mucho más espantosas en el de la última madrugada de cuanto ya él temía, y de que las bandas sahareñas de aquella parte del frente, las más castigadas por dichos reveses, tenían su moral acaso más minada por el descontento que las de su mando.

Si esto no fué para él sorpresa, tívola grande y muy desagradable al saber el disgusto de Bu-Kadur y los ouahilas de su mando por la inacción, para ellos vergonzosa, en que se los tenía; pues mientras desorganizadas gavillas de desarrapados dagatums, tagamas, damergús, capaces solamente de asesinar gentes indefensas, pero sin consistencia ni hábitos guerreros, eran empleadas en rudas luchas donde perecían a montones, la harka de El Eglab, compuesta de bereberes puros, de verdaderos soldados, duros a la fatiga y curtidos en los combates, se pudría en Sabankafi. No era, pues, de extrañar que los otros hubieran sido ahuyentados como liebres donde seguramente habrían triunfado ellos, pues los ouahilas que el califa empleaba en guardar una mujer! servían para algo más que para eunucos de serrallo.

Tanto escocía a Bu-Kadur la desairada situación de sus tropas, que a no haber recibido aquel mismo amanecer orden de pasar a primera línea y a no haber llegado Ben-Cassim, resuelto estaba a haberle dado cuenta del ignominioso papel a que su harka estaba reducida.

Así tuvo Cassim la primera noticia del rapto de Emma, simultáneo con el primer asalto, y de haber sido éste suspendido tan pronto aquél fué realizado; así vió que a una mujer y no a la toma de la fortaleza se habían sacrificado millares de vidas, y supuso que por deseo de ocultárselo se le ha-

bía tenido en insistente apartamiento del cuartel general.

Con todos los detalles que podía darle su teniente fué después informado de los acontecimientos posteriores al rapto, interpretándolos de la peor manera para el caudillo, que era evidente había a conciencia perdido tiempo, por egoístas móviles, dándolo a los sitiados de acumular recursos y perfeccionar defensas, que hicieron de día en día más difícil la expugnación del fuerte.

Sobre el momento actual pensaba que Abd-el-Gahel iba a tramitar aquella tarde, en Sabankafi, algo para lo que él era un estorbo. Acaso a preparar una celada, donde le cobraría la amenaza de llevarse sus moros, a los que, una vez libre de él, podría ya imponerse.

Aun cuando con pariente tan cercano y auxiliar tan leal la cosa era muy dura, la Historia prueba no ser insólita entre árabes, no muy escrupulosos en fraguar análogas traiciones contra hermanos y padres y aun contra hijos; pues Ben-Cassim venía a ser como señor feudal que por tener rodeado de gentes de su tribu a Abd-el-Gahel podía hacerle la ley, lo que no ya en el mundo mahometano, sino en todas las sociedades feudales ha sido con frecuencia causa de que monarcas en tal forma cohibidos no repararan en los medios de deshacerse de vasallos demasiado poderosos.

Ya puesto a recelar traiciones—en las que tal vez pensaría Gahel cuando dejara de obsesionarlo su próxima entrevista con Emma, pero de las que por entonces no se acordaba—, pareció a Cassim muy sospechosa la amabilidad de enviarle el auto, donde muy bien podría esconderse un explosivo en un cartucho regulado para estallar a mitad de viaje, o que acaso cayera en una emboscada o experimentara accidente casual, en donde feneciera el obsequiado. Desgracia por la que su sobrino haría indudablemente grandísimas demostraciones de pesar.

Para evitarle tan gran pena decidió el tío irse a Sabankafi tan pronto acabara de comer y Kadur agotara los interesantes temas de su conversación. Mas no por el camino usualmente trillado de Gángara, sino por Manzafur y Tanaut, y no con dos acompañantes, como a Techiasco había llegado, sino con una docena de sus leales ouahilas, que en *sidecars* de los quitados a la gendarmería sahárica le darían escolta.

Pero antes de emprender la marcha, cuando ya terminada su conversación con Bu-



Kadur daba orden a éste de que se alistara la escolta, oyó en la calle un gran tumulto, movido por una turba de dagatums, que empujando y golpeando a dos negros con desgarrados trajes y las caras desnudas de *litzams*, que les habían sido arrancados, vociferaba:

—¡Son espías de los perros!

—¡Degollarlos, degollarlos!

—¡Mejor es empalarlos!

—¡No, no; quemarlos vivos!

—¡Eso, eso; a la hoguera, a la hoguera!

Y a la hoguera habrían ido, pues tal suplicio parecía alcanzar el máximo de sufragios entre la multitud, a no enterarse Cassím de que, según aseguraban varios ex jornaleros del ferrocarril, que decían conocer a los dos infelices, eran éstos gente de allá, y pensar al saberlo que convendría interrogarlos sobre cosas utilizables en venideros ataques, y aun prometerles la vida a cambio de que ellos se prestaran a servir de guías.

\* \* \*

Los sentenciados por la plebe a la hoguera eran los hijos de Maka, cuyas andanzas y aventuras en los ocho días que llevaban de pesquisas dan materia para muchos capítulos, que el lector, preocupado con personajes y sucesos más principales, no aguantaría a la altura a que llega esta historia. Teniendo en cuenta esto parécete discreto al narrador de ella limitarse a extraer muy compendiosamente las correrías y vicisitudes de los dos negros que, haciendo el diablo a cuatro, habían recorrido casi todos los vivaques de los sahareños fingiéndose rebeldes de Kaarvar (ya se recordará que de allí eran ellos), rezagados del contingente por dichos oasis enviado a la concentración, a causa de enfermedad de uno de los hermanos, que al cuidado del otro había con él quedado a medio de camino, en una aldea lejana de los lugares donde iban presentándose.

La peregrinación de campo en campo tenía por objeto ostensible preguntar dónde se hallaban sus paisanos para incorporarse a ellos; aun cuando por temor de tropezarse con quien los conociera nada estaba más lejos de su ánimo, siendo la verdadera finalidad de aquellas idas y venidas husmear donde estuvieran Emma y Maka.

Para lograrlo hacían conversación en todas partes sobre el pasado asalto, pidiendo les fueran relatadas con detalles las peri-

pecias de él; preguntando si se habían cogido prisioneros, y sin obtener en parte alguna el menor indicio de lo que deseaban saber, hasta que al cabo oyeron las murmuraciones con que las gentes de las taifas acantonadas en Gángara zaherían al califa porque, distraído con la *perra cristiana* que tenía en Sabankafi, no se cuidaba sino de ella; y lo que era peor: porque en vez de degollar a otros dos *perros* que había hecho prisioneros los trataba a cuerpo de rey.

Esta pista llevó a nuestros dos negros a Sabankafi, en donde convirtieron sus sospechas en certeza; pues no solamente vieron a Raúl tras la reja de una ventana de la casa donde estaba recluso, sino a la misma Maka cuando iba a buscar la comida, no dándosele a conocer por miedo de que los descubriera la emoción de la pobre madre al ver de improviso a sus hijos.

Aquella misma tarde—víspera de la hecatombe de la cueva de la electrotermia—salieron de Sabankafi, diciendo a los ouahilas con quienes allí trabaron conocimiento lo mismo que habían dicho en todas partes: “que iban a incorporarse a sus paisanos de Karvar”, pero con real propósito de retornar a la Residencia con la noticia de lo averiguado.

Rehuyendo los peligros que para ellos tenía el paso por Techiasco dieron un rodeo, tomando dirección que lo dejara a media legua; pero su mala suerte quiso que no solamente se cruzaran en el camino con uno de los correos que en todos sentidos y en motos salían con órdenes y entraban de retorno en el pueblo durante la siguiente agitadísima mañana, sino que el tal correo fuera uno de los antiguos ciclistas del centro ferroviario, que al ver aquel par de mozállones, con estaturas ambos extraordinarias hasta en uno solo, exclamó:

—Que la hurf que me toque cuando vaya al Paraíso sea vieja, flaca y negra, si estos dos tíos tan grandes no son los hijos de la negra de la señorita Emma.

A los diez minutos llegaba el ciclista a toda máquina a Techiasco, y a los veinte salía acompañado de cinco compañeros, que en menos de media hora dieron caza a los hermanos y los llevaron presos a la aldea.

\* \* \*

Inútiles fueron los esfuerzos de Cassím para hacer hablar a los hijos de Maka, que se limitaron a insistir en el embuste sobre sus personalidades y objeto de sus viajes,



que hacía ocho días repetían en todas partes: no siendo creídos porque al testimonio del ciclista se unieron otros muchos de los antiguos jornaleros del ferrocarril que conocían perfectamente a los dos negros.

Pero el mulato, que era muy terco, no se daba por vencido, pues todavía le faltaba emplear sus más convincentes y contundentes argumentos, que solían ser de éxito seguro; mas pensando que el soltarles la lengua a aquellos mozos podía costar trabajo y tiempo, si eran tan duros como grandes, y deseando no retrasar ya más su marcha a Sabankafi, decidió llevarse los presos para *interrogarlos* con calma allí, después de haber averiguado qué había ido a hacer con toda prisa Gahel, pues esto era lo que más importaba.

Dejándole marchar, pues lo interesante de su viaje no está en la ruta, sino al término de ella, en donde lo hallaremos cuando sea menester, quedémonos en Techiasco para seguir a Kitvinoff, que al salir del despacho del califa, aterrado con la amenaza de ser a los dos días degollado, se fué a la casa donde se alojaba y se sumió en desconsoladora meditación; pues persuadido de la imposibilidad de hacer lo que Abd-el-Gahel le ordenaba, se veía ya decapitado, sin lograr, por más que discurría, hallar algo que ofrecerle en sustitución de los maldecidos ramales de mina.

Largo rato llevaba en tal aprieto, y ninguno más duro, cuando dándose una palmada en la frente se levantó, se echó a la calle, y corriendo llegó al corralón de donde partía la mina, a cuyo opuesto extremo habían caído congelados los asaltantes de la pasada noche. Metiéndose por la boca de

la galería, avanzó por ella, pareciéndole al pronto hallarla menos fría que en el reconocimiento de la pasada madrugada en compañía de Gahel; mas, con todo, al cabo de un rato de marcha hubo de retroceder tiritando, pues el frío le impedía proseguir.

Pero sin duda había visto un rayo de luz, no en la mina, sino en una idea, que hacía menos negros sus terrores; pues al salir de aquélla no era la expresión de su semblante tan sombría como al entrar.

Una hora después—dos de la tarde—volvió a la galería provisto de un podómetro o cuentapasos y una linternilla, anotando en la nueva exploración realizada la distancia, leída en el primero, que desde la entrada pudo avanzar hasta que el frío le obligó a retroceder. A las cuatro y a las seis repitió reconocimiento y anotaciones, comprobando que cada vez podía penetrar más adentro, por ir, aunque despacio, decreciendo el frío, y deduciendo de la comparación de sus observaciones que de seguir soplando el fuerte viento con el que había tenido que luchar dentro de la mina, al cual atribuyó la elevación de la temperatura, bastaría que pasaran otras cuatro o seis horas para que, *abrigándose bien*, fuera posible llegar al extremo de la mina. Y al adquirir tal convencimiento dió un hondo suspiro de satisfacción pensando que su ingenio le había salvado la cabeza resolviendo el problema que la mañana antes le parecía insoluble.

El cómo dependía de detalles sobre los cuales había aún que discurrir, pero lo principal ya lo tenía; pues para nada necesitaba los ramales que tan terriblemente le habían preocupado.

## XXV

### LA MUJER DE LOBERA

Enojosa prolijidad sería dar íntegra cuenta de la correspondencia, corregida por Abd-el-Gahel, entre Emma y su padre; y sobre enojosa, innecesaria, pues conocidas ya las miras y tendencias con que se hacían los retoques de ella, bástanos decir que, aun siendo grandes la habilidad y la malicia puestas en tales modificaciones y añadidos, no fueron suficientes a evitar que a Raúl

y a Don Héctor les sorprendieran en las cartas de Emma cosas extrañas para quien conociera a fondo su carácter y sentir, y viceversa, que, asombrándose, leyera ella y relevara, escritos de puño y letra de su padre o hermano, juicios y opiniones incompatibles con la manera de ser y de pensar de ellos.

Despiertos con estas anomalías los recelos



de una y otros, pronto se les convirtieron en convicción de que las cartas recibidas no eran las escritas; pues no obstante hablar correctamente Abd-el-Gahel el francés, lo descubrió la diferencia entre el modo como juegan con los perfiles y modismos de un idioma quienes usan el propio y cómo los maneja un extranjero. Y hoy un refrán árabe traducido literalmente, por desconocimiento del equivalente francés, con diferente forma, mañana una palabra de uso frecuente en las colonias donde el Vengador había vivido, y jamás empleada por un parisien, y algunas que otras menudencias de análogo jaez, en las que ni Emma ni Raúl ni el padre de ambos podían incurrir, los convencieron de la mixtificación que con ellos se estaba cometiendo, la cual es claro que ni le aumentó a Emma la escasa confianza que siempre había tenido en la veracidad de Abd-el-Gahel, ni la permitió creer palabra de lo que éste ingería en las falsificadas cartas de Don Héctor.

\* \* \*

Durante el viaje de Techiasco a Sabankafi procuró Gahel recuperar el dominio de sí mismo y sujetar su violenta excitación, pues todavía deseaba no emplear violencias de forma para hacer comprender a la prisionera que estando en su poder más le valía entregarse a buenas, sin hacerla sentir, sino en último extremo que había llegado la hora de que a buenas o a malas fuera suya.

Casi sereno al parecer comenzó a hablar al presentarse a Emma, sin otro indicio externo de su villana decisión que el visible contraste entre la suavidad de la frase y el duro fulgor de la mirada, asestada a ella con tal ansia que el respetuoso sonar de las palabras no bastaba a que en lo muelle de ellas se embotara el agravio inferido por los ojos, en los cuales vió la infeliz claro el peligro.

Maka no estaba allí, porque al franquear la puerta, que aun tuvo el Vengador la hipocresía de no abrir con la doble llave que llevaba siempre, recibió orden de marcharse y aguardar del lado de la calle la salida de él; y aunque la negra intentó remolonear, tales fueron el empujón, el tono y gesto con que fué la orden reiterada, que la pobre mujer no pudo retardar su cumplimiento.

—Perdóname—dijo Gahel al llegar ante Emma—que por primera y última vez me haya permitido dar órdenes a tu nodriza, siendo el obedecer siempre las tuyas mi ma-

yor deseo; pero lo que hoy he de decirte no puede oírlo nadie sino tú.

—Como a pesar de esas protestas eres tú quien manda...

—De ti depende que desde hoy mandes tú, y vengo decidido a pedirte lo claro.

Emma no contestó, pero al oír tan brusca entrada en materia palideció, por comprender que había llegado el espantoso trance cuya perspectiva la estaba atormentando desde el comienzo de su cautiverio.

El prosiguió diciendo:

—No creo hayas dejado de advertir el respeto con que he querido hacerte comprender que si en apariencia eres mi prisionera, en realidad soy yo el esclavo... Confío que habrás sabido apreciar cómo honra ese respeto a quien para honrarte con él, enfrenando su adoración y sus deseos, ha sostenido consigo mismo duras luchas. ¿No me contestas?

—No sé qué contestar.

—¡No sabes! Entonces es que no agradeces el duro sacrificio que me impongo respetándote.

—No es eso: lo agradezco, aun cuando sólo sea el reconocimiento que haces de mi derecho a ser respetada.

—¡Derecho, derecho!... Yo también lo tengo a vivir la hermosa vida que mis ansias piden desde que te encontré. Has levantado en lo hondo de mí ser un huracán de anhelos torturantes. Arrebatada, zarandeada, atormentada por ellos va mi vida; y yo también tengo derecho a llegar, y ya es tiempo que llegue, a descansar, en un oasis de apacible calma, de este torbellino de incumplidos deseos... ¿Pero no me oyes?

—Sí.

—¿Y no ves que si te tengo presa, que si te robé fué para ofrecerte un trono, porque no puedo ya ofrecerte el alma que antes me habías robado?

—Eso, no: tu voluntad es la que me secuestra y esclaviza; mientras en tus anhelos y huracanes, que bien quisiera no existieran, ni la mía tiene culpa, ni la quiere tener.

—Tu voluntad no la tendrás; pero tú entera, sí. Por eso es preciso que me oigas, que contestes.

—Estando en tu poder habré de oírte; en cuanto a contestar—replicó Emma con voz donde a la par temblaban miedo e indignación—, pensaba que podías darte por contestado ya; pero si al cabo me convenzo de lo que temo, y no quiero creer y me resisto a ver...



—Y por eso, sin duda, huyen de mí tus ojos.

—Para no ver que los tuyos olvidan el respeto de que hablan tus palabras; para no ver cómo me afrentan tus miradas.

Al decir esto se encendió en vivísimo carmín el rostro lívido de Emma. Pero la indignación que en su alma levantaba la ofensa no sonaba al pasar por su dulce voz como airada protesta, sino cual dolorosa reconvención del pudor herido, cuyo fuego fundía la vergüenza en lágrimas.

La debilidad, la queja lastimera y el crueí, pero manso dolor de su desvalimiento, dió a la desventurada, siquier no fuera sino breves instantes, fuerza superior a la fortaleza de Gahel; pues sintiendo vencida la violencia del frenesí con que la codiciaba por el amor que la tenía, exclamó al ver su llanto.

—Llorar, no, no: yo no te ofendo, yo no puedo ofenderte; y antes que hacerte verter lágrimas...

No acertó a proseguir: hondísimamente conmovido y tremendamente trastornado, solamente pudo mirarla, mirarla con expresión muy otra que antes, y no vista por ella porque no lo miraba. Callaban ambos, y sus silencios, en los que se escondían fervientes anhelos y espantosos terrores y vergüenzas, les pesaban cual nube tempestuosa en donde había de estallar el rayo de la palabra de uno u otro.

Inútilmente buscaba él modo de decir lo que al llegar traía bien pensado, pues, no acordándose de nada, sólo atinaba a repetir:

—¡Llorar, no! ¡Llorar, no!

Sintiendo que no era dueño de sí, trató de serenarse y recordar el plan de antemano trazado para aquella entrevista: una pomposa exposición de las magnificencias y las glorias del vasto imperio recién asentado sobre su valor y su genio, y una rendida ofrenda de todo ello depositada a los pies de Emma: no como concubina, sino cual sultana, como adorada y respetada reina, por quien, *aun siendo musulmán*, renunciaría por ella a todas las mujeres.

Pero a medida que iba serenándose y recordando tal programa, veía con evidencia que no era Emma mujer en quien hicieran mella pompas, poderío ni grandezas; y en vez de pretender ganarla empleando tales medios, tomaron sus instancias otro cauce, diciendo con temblorosa voz:

—Ya lo ves: el oírte suponer que yo puedo ofenderte me ha trastornado al punto que en mi trastorno y mis incoherencias

habrás ya conocido que si teniéndote en mis manos, y pudiendo tenerte entre mis brazos, he sabido resistir a la atracción de tu belleza, es porque así aspiraba a llegar a tu alma.

—¡A mi alma!... Tiene dueño.

—Que te abandona.

—No es verdad.

—Ya te convencerás.

—Nada ni nadie me hará creer en el abandono de mi Pepe.

—No me hables de ese hombre que te olvida.

—Mentira, mentira: vil mentira tuya; pero aunque no lo fuera, aunque me olvidara él, yo no lo olvidaría, porque mi vida es suya, para siempre suya; porque mi vida es él.

—No me lo digas. Calla, no respondo de mí si vuelvo a oírte ese nombre aborrecido.

—Adorado.

—Acuérdate, insensata, que estás en mi poder; piensa que estoy pordioseando que me des lo que puedo tomar.

La actitud amenazante, la mirada encendida con desmandadas ansias donde se revolvían bestial concupiscencia y rabiosa ira, y la ronca voz de Gahel, hicieron ver a Emma cuán en riesgo se hallaba de una inminente y espantosa repugnante lucha; y al aprestarse a ella, el pudor y el deber, el amor a su marido y el desprecio a aquel hombre, acudieron en auxilio de su flaqueza, dándole energía para levantarse, presencia de ánimo para ampararse tras una mesa y brío para replicar:

—No sé hasta dónde llegarán mis fuerzas para defenderme de tu brutalidad; pero si no bastaran a evitar que tus brazos me toquen, desde ese instante hasta que me sueltes o me ahogues me oírás gritarte sin cesar: ¡Pepe de mi alma! ¡Pepe mío! ¡Pepe adorado! ¡Pepe, Pepe!

El efecto que, cuando ya Gahel se abalanzaba a ella con los brazos abiertos, produjo la valiente respuesta fué fulminante; pues la aterradora perspectiva de no recoger de aquel abrazo sino amantes palabras para el rival aborrecido lo detuvo espantado del infernal tormento en que iba a convertirse la anhelada posesión y de la cruelísima mentira de aquel placer soñado.

—¡Qué horror, qué horror!—aulló retrocediendo ante la cobarde mujer a quien por la segunda vez daba el amor valor heroico, y que alentada con el feliz resultado obtenido, cobró todavía mayor ánimo y repitió:

—Pepe, Pepe... Ya lo oyes: cada una de





—Hermosa hazafia para el nieto de Abd-el-Gahel el Grande.







tus bestiales caricias me arrancará un grito de amor a él.

—¡Qué espanto, qué espanto! Calla, calla.

—Pepe, Pepe.

—Calla, calla.

—Pepe, Pepe.

Aquel nombre, repetido y repetido, le dolía al Vengador como una quemadura: a tal extremo, que para sustraerse el insistente martilleo de él en sus oídos y aun a la tentación de matarla para hacerla callar, escapó corriendo.

Recelosa de oírle retornar, quedóse Emma escuchando, hasta que, viendo entrar a Maka sola, se derrumbó su fortaleza de un instante, prorrumpió en llanto convulsivo, abrazándose a ella y exclamó entre sollozos:

—¡Pepe, mi Pepe; bendito seas, bendito seas: tu nombre me ha salvado!

... ..  
... ..  
... ..

Abd-el-Gahel en tanto corría como un loco al edificio donde tenía el cuartel general y su residencia, y al llegar al despacho se dejaba caer en un sillón con la cabeza entre las manos. Mas trascurrido corto rato, se levantó con el semblante descompuesto, y murmuró:

—¿La quiero?... ¿La aborrezco? No sé.

no sé. Pero de todos modos ha de ser mía hoy mismo, pues sólo el hecho consumado domará a esa mansa cordera que se me ha vuelto leona...

Mía... Pero ¿cómo?... Yo no puedo afrontar su tremenda amenaza. No, no; como ya he estado a punto, capaz sería de ahogarla para no oírla. Y no quiero matarla, sino hacerla mía, quitársela a ese hombre.

Pero entonces, ¿cómo, cómo?... ¡Ah, sí! Eso, eso: Sadi-Mohan es el hombre que necesito.

Abriendo la puerta gritó:

—Mohir, coge mi auto, vete a buscar a Sadi-Mohan y tráemelo a la carrera. Antes de un cuarto de hora has de estar de vuelta con él.

Salió el ayudante, y no antes, pero sí tres minutos después del tiempo señalado, retornaba acompañado de un anciano be-  
reber.

Mas para no contar las cosas por duplicado, en vez de decir ahora quién era éste y para qué era llamado, aguardaremos a oírsele al ayudante que lo fué a buscar: cuando, dos horas más tarde, y en cumplimiento del encargo que a su salida de Téchiasco recibió de Cassim, dió noticia a éste, a su llegada a Sabankafi, de cuanto había hecho el califa desde la suya al mismo pueblo.

## XXVI

### CASSIM BUSCA UNA COSA Y ENCUENTRA OTRA

El retraso ocasionado por el interrogatorio de los hermanos de leche de Emma no permitió a Cassim llegar a Sabankafi hasta muy cerca de las siete, recibiendo al entrar en el antedespacho de ayudantes, donde Mohir montaba su servicio, la sorpresa de saber que los apremiantes quehaceres que hasta la noche habían de tener ocupadísimo a su sobrino no le impedían estar *durmiendo* desde dos horas antes, habiendo dado al acostarse orden de que por nada ni por nadie lo despertaran hasta las nueve, cuando llegara Ben-Cassim, pues estaba rendido.

Ya se recordará que Gahel no pensaba ver a su tío en Sabankafi hasta la noche.

—Sin embargo, Señor—dijo Mohir al in-

formar de ello a su jefe—, no sé qué hacer; pues el nadie no ha de rezar contigo, y a saber el Califa que llegarías antes de lo que te esperábamos, tal vez su idea fuera...

—No corre prisa. Tiempo hay de despertarlo, si conviene, después que hablemos.

¿Has hecho mi encargo?

—Hasta donde he podido.

—¿Y hasta dónde pudiste?... Pero no, aquí podrían oírnos entrantes y salientes. Mejor estaremos en las habitaciones que yo ocupaba cuando estaba aquí... A menos que las hayan dado otro destino.

—Todo sigue como cuando te fuiste.

—Pues vamos allá.

Ya instalados en el que fué despacho de Cassim, y después de tomar éste la precau-



ción de abrir sus puertas al recibimiento y a la alcoba para que nadie que llegara pudiera pasar inadvertido ni enterarse de la conversación que iba a entablar con su paisano y subordinado, dijo a éste:

—Poco habrás podido curiosear, pues por lo visto la urgencia de venirse no era sino para tumbarse.

—Eso no, porque hasta las cinco no se acostó, y antes...

—Pues cuenta, cuenta.

—Vinimos a un paso de todos los demonios; y sin duda su prisa era de hablar con la señora prisionera, pues en lugar de seguir hasta aquí, detuvo el auto a la puerta del pabellón de ella; y en vez de acicalarse, según suele hacer siempre que va a verla, se metió adentro sin quitarse siquiera el polvo del camino.

Como ni palabra me dijo al saltar del coche, allí aguardé, pensando que para cumplir el encargo de vigilarle los pasos era esto preferible a que me hubiese despedido.

No habrían pasado ocho o diez minutos cuando violentamente abrió la puerta y por ella salió precipitadamente con el rostro demudado y como si huyera de alguien.

Al verme me preguntó con muy mal aire, como molesto de ser visto en tal estado, qué tenía yo que hacer allí; y al responderle que lo estaba aguardando por no haberme dado él orden de marcharme, me pareció le contrariaba no hallar en mi conducta motivo de castigo.

No debía de apetecerle compañía, pues en vez de subir en el auto me volvió la espalda y echó de prisa hacia aquí: tanto, que al volver la esquina dió de bruces contra dos pobres aldeanos, a uno de los cuales golpeó bárbaramente la cabeza con el puño de oro de su látigo por no haberle dejado rápidamente paso, mientras el otro escapaba asustadísimo al ver a su infeliz compañero caer con la cabeza ensangrentada.

—De mal humor salía.

—De mal humor no, borracho de ira; pues cuando detrás de él llegué a mi puesto en su antecámara, desde allí oí, pero sin entender lo que decían, las voces que a solas daba en el despacho y el estrépito que al caer hicieron dos grandes tibores que, al llamarme él a poco, vi hechos afícos en el suelo.

—¿Qué te quería?

—Ordenarme que, a escape, le trajera a Sadi-Mohan.

—¿Quién es Sadi-Mohan?

—Un santón, o más bien una mezcla de

santón, saludador y curandero reputadísimo en toda la comarca: un vejete que unos tienen por iluminado y otros por brujo; que para cada mal tiene una hierba en su herbario, unos polvos en su laboratorio, una oración o un conjuro; que lo mismo cura el mal de ojo que lo hace, y a quien unos admiran, otros temen, mas por todos tenido en gran predicamento como sabio alquimista y famoso herbolario para quien la botánica africana no tiene secretos.

Predispuesto Cassim, como llegaba, a recelar de cuanto hiciera su sobrino sin transparente finalidad, no pudo menos de intrigarle que sin estar enfermo llamara a tan extraño e híbrido personaje; pero sin descubrir sus aprensiones sólo preguntó:

—¿Y vino ese hombre?

—Sí: antes de media hora ya estaba yo con él de vuelta; pues su casa, o santuario, o laboratorio, que de todo tiene, no está de aquí sino diez minutos en auto. En cuanto llegamos se encerraron los dos en el despacho, adonde, al poco tiempo, me llamó el Califa, ordenándome que llevara al viejo a su casa y trajera un paquete que allí me daría.

—¿Un paquete?... ¿Y no oíste nada de lo que hablaron?

—Aun cuando me acerqué con precaución al agujero de la cerradura fué inútil, pues hablaban muy bajo al otro extremo del despacho. Únicamente al salir ambos oí al viejo decir en voz alta: "Es cosa de un momento, pues no necesitando hacer preparación alguna no tengo sino cogerlo de..." Pero me quedé sin saber qué habría de coger, ni de dónde; pues acaso le pareció al Califa que ya había yo oído demasiado, porque sin dejarle acabar atajó a Mohan, diciendo: "Bien, bien; no pierdas tiempo."

—Es raro, es raro todo esto.

—Pues todavía es más raro lo que queda.

—Sigue, sigue.

—Al llegar a su casa me dejó Sadi-Mohan a la puerta, en el auto, y volviendo a salir casi en seguida me entregó un pequeño envoltorio fofo y blando amarrado con cordelillo.

—¿Qué contenía?—preguntó interesadísimo el mulato.

—No pude verlo porque el nudo del cordel iba sellado con lacre.

—¡Sellado...! Vaya unas precauciones.

—Únicamente al apretarlo entre los dedos sentí ceder y oí crujir lo que dentro iba, ocurriéndome que parecían hojas o yerbas secas.



—¿Y nada más?

—Sí: al dármele me encargó dijera al Califa que iba la cantidad exactamente necesaria para que, usándolo según le había dicho, se le quitaran en cinco o a lo sumo en diez minutos los dolores que le molestaban.

—¿Qué dolores?

—No sé. Porque, a pesar de haber estado el día entero junto a él, de nada le he oído quejarse, ni advertido señales de que padeciera indisposición alguna, y porque al hablar después con su ayuda de cámara y manifestarle mi temor de que la causa de acostarse a media tarde fuera el sentirse enfermo, me contestó que no era eso, sino que desde la una de anteanoche, que se fué a Techiasco, no había dormido y apenas si se había sentado.

—Es rarísimo todo esto; porque si no está malo, ¿para qué medicinas?... Y si lo está, ¿por qué no llama a su médico europeo, que es el único de quien no desconfía?... ¿Y qué hizo cuando le diste el paquete?

—Entreabrirlo inmediatamente, mirar el contenido, recatándolo a mí, volver a cerrarlo, ponerlo sobre su mesa y ordenarme que enviara a buscar al cocinero.

—¿Al cocinero!... ¡El Califa quería hablar personalmente al cocinero!

—Tan raro como a ti debió de parecerle a él en cuanto me dió la orden; pues cuando yo salía por la puerta del despacho para cumplimentarla la rectificó, diciendo que en lugar de hacerle venir le enviara recado de que, en vez de servir a la noche cena para uno, la enviara para dos.

—Ya... Era muy de agradecer que se acordara de mi cena.

Tan irónico era el tono de Cassím que hizo a Mohir mirarlo, pero sin encontrar sus ojos; pues desviándolos, agregó:

—Según eso, no vió al cocinero.

—En su despacho, no. Pero en otra parte no respondo.

—¿En otra parte! ¿Dónde? ¿Cuándo?

—No puedo asegurarlo, pero sospecho que en la misma cocina o cerca de ella.

—¿En la cocina? ¡El Califa en la cocina!... Si así fuera mucho debe interesarle el asunto, y muy grave ha de ser cuando a tal llega para no emplear en él intermediarios... Pero, ¿en qué fundas tus sospechas?

—En que apenas me mandó enviar el recado recogió de encima de la mesa el envoltorio que yo le había traído, se lo metió en el bolsillo y, diciéndome que no había

entonces menester de mis servicios, se fué a la calle sin dejarme echar, según costumbre, detrás de él.

No me atreví a seguirlo, ni aun de lejos, por miedo de que él lo advirtiera; pero subí corriendo a la azotea, miré a lo largo de la calle, y al no divisarlo ya en toda ella, cuando no tenía tiempo de haber andado sino escasa distancia, supuse habría doblado la inmediata esquina de un callejón que lleva a las cocinas.

—¿No se ve desde la azotea la entrada de ellas?

—No, pero por el lado del pretil opuesto al de la fachada de la calle hacia donde primero había yo mirado se ve un pasadizo que conduce a ellas y a los garajes, por donde, resguardándome tras el pretil, le vi volver pasado corto rato.

—Entonces había estado en las cocinas o en el garaje.

—En el garaje, no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque al volver y hallarme en mi puesto, donde me bajé a la carrera para que allí me encontrara, fué cuando me dijo que se iba a descansar hasta que tú llegaras, y porque habiendo mandádome al retirarse cuidar de que a las siete en punto saliera su auto a buscarte a Techiasco, aproveché la ocasión de llevar yo mismo el recado para averiguar, sonsacando al motorista de guardia, que el Califa no había ido por allí en todo el día.

—Bien, muy bien. Entonces es que fué al otro lado.

—O allí o a pasearse...

—Pues yo no me quedo con la curiosidad. ¿Y es eso cuanto ha hecho desde que llegasteis de Techiasco?

—No. A juzgar por las prisas que nos daba a Sadi-Mohan y a mí, quedaba impaciente cuando fuimos a buscar el paquete. Supongo que para entretener la impaciencia con que me aguardaba se fué, mientras yo fui y volví, a revisar el retén de servicio de nuestros ouahilas, y, por lo visto, le duraba el humor de cuando le rompió la cabeza al aldeano; pues porque el vigilante de las armas no avisó su llegada ni el retén formó para rendirle honores todo lo pronto que pedía su mal temple, hizo que a su presencia, e incontinenti, dieran veinticinco palos al vigilante y cincuenta al pobre Ain-Berka, que mandaba la fuerza.

—¿A Ain-Berka!... ¡Cincuenta palos a mi mejor oficial, a un noble bereber, al más



valiente de mis ouahilas!... Gahel se ha vuelto loco.

—Eso pensamos y aun decimos todos; porque ya puedes suponer cómo ha caído el bestial atropello entre los nuestros.

—No, eso no quedará así. Se equivica si cree que a mi gente puede tratarla como a dagatums o tagamas, y se ha olvidado que en mi harka mando yo, y que a nadie se castiga en ella sin contar conmigo. Pero eso vendrá luego, pues ahora urge más lo otro. ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

—Hasta las nueve tengo tiempo... Pero por si acaso vete a tu despacho, ponte a la mira, y si se levantara antes de que yo vuelva, envíame tu ordenanza a las cocinas.

—¡Ah! ¿Vas a...?

—Sí. Adiós.

La desconfianza que ya en Techiasco había hecho temer a Ben-Cassim que Abd-ei-Gahel tramara algo contra su vida, era casi certeza después de la anterior conversación: solamente que no pensaba ya en un accidente preparado en el camino de aquella aldea a Sabankafi, sino que, como consecuencia de lo oído a Mohir, atribuía a su sobrino propósito de darle, suavemente, jicarazo en la cena, para que pareciera morir de un cólico. Preparárselo antes de su llegada era la urgencia que llamaba a Gahel a Sabankafi: la cosa estaba clara.

En consecuencia, para aclarar el único punto obscuro todavía, fué al retén, ya no mandado por el pobre Berka, en cama a consecuencia del bárbaro apaleamiento; tomó cuatro de sus moros y con ellos provistos de buenos vergajos se fué a las cocinas y llamó afuera al cocinero, asombrado al pronto y pronto asustadísimo de que dos personajes del fuste del Califa y el Señor de Ouahila le dispensaran, en una misma tarde, el honor de sus visitas.

Síntesis de la conversación a media voz sostenida por él con Ben-Cassim: el interrogado comenzó negando la primera visita, al cabo confesada al serle por aquél mostrados los vergajos de sus cuatro moros, asegurarle que el califa nada sabría de la segunda, y agregar como último argumento que, aun cuando lo supiera, nunca podría degollarlo hasta después: es decir, no podría, porque el argumentante venía decidido a matar antes al cocinero a palos si no hablaba en aquel mismo momento.

Todavía vacilada el pobre hombre, pero al oír a Cassim decir a los de los vergajos "Vamos, muchachos" y ver que aquéllos se

acercaban, comprendió que la cosa iba de veras y cantó de plano haber recibido de Gahel un paquete de hierbas para hacerlas hervir en la cena de la señora presa, sacándolas después y cargando aquélla un poquito de azafrán, por ser el sabor de éste parecido al de los yerbajos.

Al ver que aquello no iba contra él, cual tenía su recelo, quedóse Ben-Cassim meditando. Recordando lo oído a Mohir sobre la cólera de Gahel al salir de ver a Emma presintió lo que en esencia podría haber sucedido en la entrevista que de tal modo le había trastornado; y al ocurrirle la idea de que a la *huri*, a quien debía no haber sido fusilado, se destinaba el veneno, preguntó ansioso:

—¿A qué hora envías la cena a la señora?

—Viene por ella su negra, y ya se la llevó hace cerca de una hora.

—¿Una hora!

Al decir esto, volvió Cassim la espalda al cocinero, preguntó a sus hombres en dónde se alojaba la prisionera y quién tenía la llave de su prisión, y al indicarle ellos el pabellón donde Emma estaba, y que de él tenía una llave el califa y otra la criada negra, echó a correr, y en cuanto allá llegó aporreó la puerta, sin que los centinelas rechistaran cuando, después de hacerle presente, con todo el respeto debido al Señor de su harka, que estaba prohibido entrar allí, les replicó que la prohibición no rezaba con él.

Hacia veinte minutos que Emma había terminado de cenar. Maka, que acababa de hacerlo, metía en una cesta los cacharros donde trajo la cena. Por cierto con bastante torpeza; pues comenzaba a sentir sueño, inusitado a tan temprana hora.

Al oír los porrazos en la puerta de la habitación donde se hallaba acudió a ella, pero tardó un poco en abrirla por costarle trabajo atinar con la llave al agujero de la cerradura.

—¿Y tu ama?—preguntó Ben-Cassim tan pronto tuvo el paso franco.

—Ahí dentro—repuso la negra haciendo un esfuerzo, pues ya tenía premiosa la palabra.

—¿Ha cenado?

—¿Cenado..., cenado?

—¿Eres estúpida—gritó él, cogiéndola de un brazo—. Te pregunto si ha cenado tu ama.

—Cenado... No sé... Déjame, déjame.

Comprendiendo el mulato que en el estado en que Maka estaba era inútil pregun-



tarle nada, la soltó, y entrándose por las demás habitaciones llegó al salón, donde vió a Emma caída sobre unos cojines, completamente inmóvil y con los ojos cerrados.

—Llego ya tarde—dijo—. Está ya muerta, y la vieja va a morir en seguida.

Y se quedó mirando consternado a Emma. Pero el viejo guerrero había visto en su vida muchos muertos para que su contemplación no le hiciera conocer en seguida que aquél no era el semblante de un cadáver, afirmándose en tal convencimiento cuando, acercándose a ella y palpándola, halló tibia y elástica la tez, sosegada y acompasada la respiración, flexibles las articulaciones.

—He sido un estúpido—exclamó, dando un suspiro de satisfacción—. Era imposible que Gahel quisiera matar a esta mujer. Debí en seguida figurarme lo que se propone.

Cuando decía esto oyó ruido a su espalda,

viendo, al volverse, a Maka, que a costa de improbos esfuerzos aprovechaba los últimos destellos de razón en vencer su sueño y su torpeza para seguirlo y defender a su niña, a quien creía en peligro, pero que no pudiendo más caía al suelo dormida.

Todavía permaneció el mulato un rato allí, yendo y viniendo del ama a la criada para asegurarse de que el sueño de ambas ofrecía los mismos caracteres de tranquilidad: sin contracciones, sin espasmos, sin debilidad excesiva ni creciente del pulso, ni indicio alguno de estar amenazadas de muerte; y cuando de ello estuvo convencido pensó que iban a ser las nueve, que si Gahel no estaba ya despierto irían a despertarlo, y se marchó, mascullando entre dientes:

—¡Pero será lo que me figuro!... ¡Será posible!

## XXVII

### DONDE SE VE QUE ALGUNA VEZ HABÍA DE SER GAHEL EL SORPRENDIDO

Durante la cena no departieron tío y sobrino sino sobre cosas indiferentes; pero en cuanto, ya terminada, se retiraron los criados, habló el primero de los recientes fracasos del segundo y del descontento de las talfas, amenazante de pasar a sedición.

No era el Vengador hombre para oír verdades, mas convencido desde mediodía de que en tanto no arreglara él las cosas de otro modo estaba a merced de su pariente y de su harka, y como tal convencimiento se hizo aún más alarmante al oírle protestar de los bestiales apaleamientos de la tarde, que tenía indignados a todos sus *ouahilas*, se resignó a contemporizar hasta que hallara medio de sacudirse la tutela, llegando a prometer un inmediato cambio en los métodos de ataque, que en dos días a lo sumo les haría dueños de la madriguera de los perros.

Ha de advertirse que, aun siendo para ambos interesantísimo todo esto, los dos tenían el pensamiento en otras cosas: Gahel, en lo que puede suponerse; Cassim, en cuanto el otro había hecho y él visto

aquella tarde: siendo muy de notar que solamente se diera por enterado del vapuléo de los del retén, sin decir palabra de Emma, ni descubrir siquiera que sabía estaba en Sabankafi, ni aludir al rapto, ni hacer el más leve reproche a su sobrino por haber antepuesto egoístas pasiones a sus deberes de caudillo.

Desasosegado éste con la impaciencia de realizar el proyecto planeado para aquella noche, estaba nerviosísimo, miraba con frecuencia el reloj y hasta caía en distracciones inverosímiles en materia de la entidad de la tratada.

Cassim, dándose cabal cuenta de esta inquietud y de la causa de ella, pensaba también más en lo que callaban que en lo que decían, hasta que convencido de la doblez de Gahel y de que a nada conducía prolongar conversación que el otro no se atrevía a cortar, la cortó él diciéndole que estando ya conformes en lo fundamental, cansados los dos, y siendo ya la media noche, a la mañana hablarían con calma de la preparación del que iba a ser definitivo asalto;



despidiéndose con aparente cordialidad, que no impidió se fuera murmurando:

—Falso, embustero. ¡Pobre de mí si en vez de mis cincuenta ouahilas tuviera otra gente en Sabankafi!

Al quedarse Gahel solo y pensar era llegada la ocasión de ejecutar el plan en que venía pensando desde que se le ocurrió llamar a Sadi-Mohan, se estremeció con emoción perturbadora; sintió después invadido su cuerpo por laxitud grandísima y tuvo miedo: aun más miedo que afán.

Transcurrieron unos instantes en que ni él mismo supo qué pensó ni sintió: tantos y tan contradictorios eran los pensamientos, tan contrapuestos los deseos y aprensiones que precipitadamente lo asaltaban, hasta que al cabo dijo:

—¿Pero estoy loco? ¿O es que soy imbécil o cobarde?

Al decirlo echó a andar, salió a la calle, donde no encontró a nadie hasta la puerta del pabellón de Emma; entró en él, y solamente se detuvo al llegar frente a ella, dormida donde Cassim la había visto antes.

La contempló breves instantes; lo sacudió temblor que le corría de los pies a la cabeza; lo empujó violentísimo impulso lanzándolo hacia ella; y cuando gritando "Mía, sus brazos, sintió que, por detrás, lo sujetaba una membruda mano por uno de los suyos, y al volverse se encontró cara a cara con Cassim, que para cerciorarse de si su sobrino sería capaz de cometer la cobarde vileza que aún se resistía a creer, se le había adelantado, valiéndose de la llave que Maka dejó puesta en la puerta y él se llevó, se había escondido tras un cortinaje para no mostrarse sino en caso de adquirir tal certeza, y que al tenerla intervenía, diciéndole:

—Hermosa hazaña para el nieto de Abdel-Gahel el Grande.

—¡Tú, tú!... ¿Cómo te atreves?... ¿Qué haces aquí?

—Impedir—dijo Cassim apretando la muñeca de Gahel con una mano que parecía una garra—que encanalles la noble sangre de mi padre.

—Vete. No te interpongas entre esa mujer y yo.

—Te has olvidado que me salvó la vida cuando yo iba a quitársela. Esa mujer es sagrada.

—Vete, vete ahora mismo. Te lo mando. Soy tu soberano.

—¡Mi soberano un cobarde que ni con

las mujeres se atreve si no las duerme antes!

Al oírse llamar cobarde echó Gahel la mano libre al cinto, buscando un arma que no llevaba por no haber supuesto pudiera hacerle falta en su vil atentado contra la inerte Emma.

Pasáronle a Cassim inadvertidos el movimiento y la intención de su sobrino, porque al mismo tiempo que buscaba éste el puñal con una mano, dió para desasirse de la que le sujetaba el otro brazo un violentísimo tirón, inútil contra las hercúleas fuerzas del mulato. Pero de pronto, y cuando repitiendo este "Cobarde, cobarde", clavaba como garfios de hierro sus dedos en el brazo que aferraba, dejó Gahel de continuar pugnando por soltarse, yéndose encima de Cassim, que al ver el rostro de él cerca del suyo creyó que iba a morderle. Mas no era eso, sino que apoderándose con la mano libre de la gumiá que su tío llevaba en la cintura la esgrimió contra éste tirándole una puñalada al cuello.

Para evitar el mordisco que temía dió Cassim con la mano izquierda un fortísimo empujón en la cara de Gahel y echó atrás la cabeza, viendo entonces brillar la gumiá, que, gracias a aquellos movimientos, no lo hirió de la garganta, sino de refilón en la clavícula, sin que el otro tuviera tiempo de secundar el golpe; pues la mano que le empujaba la frente y la que en aquel momento le soltó la muñeca le rodearon el pescuezo, apretando, apretando.

—Cobarde, traidor, cobarde.

Forcejeando y jadeantes, dando Gahel cuchilladas en vago, pues aquella presión amenazaba ahogarle, menudeando el mulato los insultos, iban los dos enracimados de un lado a otro de la estancia, hasta que al cabo tropezaron con un mueble y cayeron al suelo.

Al califa, medio congestionado ya e incapaz de defenderse, se le escapó de la mano la gumiá y se sintió sujeto contra el piso, pesando sobre él el corpachón del otro, que, levantándose en seguida, le puso una rodilla al pecho con propósito de quitarle el arma. Al no hallarla en sus manos, miró en torno, y viéndola en el suelo soltó su presa y cogió aquélla.

—¡Perro! ¡Canalla! Levántate. Ya has visto que ni a traición es fácil asesinar a Ben-Cassim.

No privado del todo, pero semidesvanecido por el principio de estrangulamiento, ya Gahel se había sentado instintivamente al



quedar libre; pero no estaba todavía en estado de poder levantarse.

Viéndolo así salió Ben-Cassim a la puerta exterior del pabellón y llamó a los centinelas, ordenando a uno de ellos que de su parte fuera a decir al oficial del retén que viniera en seguida con cuatro hombres.

Cuando volvió adentro le preguntó Gahel, que ya iba reponiéndose y se había levantado:

—¿Qué pretendes?

—Hacer justicia con el indigno descendiente de mi glorioso padre.

He sido tu perro leal toda mi vida; cien veces la expuse por defender la tuya; te he reverenciado como cabeza de mi raza, como al continuador de aquel cuya sangre acabas de verter a traición. A egoístas pasiones has pospuesto la obra que él te encomendó; para satisfacerlas has sacrificado a tus hermanos, y al prodigar sus vidas a montones has sido traidor a Africa.

—El traidor eres tú, traidor contra el Califa—replicó Abd-el-Gahel.

—¡El Califa! También a los califas les alcanzan las justicias de los pueblos: yo la haré hoy contigo, como la haría, si viviera, el héroe de quien te has hecho indigno.

—¿Que tú harás justicia! ¿Con qué derecho? ¿Cómo?

—Ya lo verás. Pero ahora quieto. No mires, no busques. Ya veo lo que maquinás; pero es inútil, no hallarás otra arma. Quietos aquí. Como intentes el menor movimiento te clavo la gümia.

Al decir esto hacía Cassim sentarse a su sobrino y junto a él se sentaba, sujetándole con una mano por un brazo y teniendo en la otra la gümia desvainada con la punta muy cercana a su pecho, sin que desde entonces volvieran uno ni otro a decir palabra hasta que al llegar los moros del retén les ordenó el jefe de su harka:

—Prended a ese hombre.

—Te acordarás y te arrepentirás de esto. Soy el Califa. Prendedlo a él.

Los recién venidos se quedaron perplejos ante los antagónicos mandatos del Señor de su cabila y del califa.

—Ouahilas, ese hombre ha hecho traición a su pueblo y sus soldados, y acaba de intentar asesinar arteramente a vuestro jefe. Vedlo, ved mi sangre.

—¡Viva nuestro Caid!

—¡Viva Ain-Berka!

—¡Muera el Califa!

Antes de oír los muera al califa se vio perdido éste, porque los vítores a Ain-Ber-

ka le dijeron claro que el rencor a quien injustamente lo había hecho apalearse movía a los ouahilas tanto cuando no más que la obediencia y el cariño a su señor.

—¡Muera, muera!

—No; ese es poco castigo, y parecería asesinato—dijo Cassim haciendo de su cuerpo escudo a Abd-el-Gahel—. Será juzgado, destrozado y degollado por sentencia de la misma asamblea que lo proclamó, ante la cual lo acusaré.

—Y yo a ti, ruin bastardo.

—El bastardo se llevó, sin dejarte a ti nada, toda la noble sangre de su glorioso padre. Pero basta de pelearnos, como mujeres, con la lengua. Hixem, llévatelo... Mientras mañana dispongo su traslado a donde yo convoque la asamblea, encerradlo en su alcoba, guardándolo allí bien. Pero sin maltratarle, y acordándoos de que a un Abd-el Gahel no le puede tocar sino el alfanje que corte su cabeza.

Como no todos los días se prende a un califa, no es extraño que el oficial encargado de custodiar al recién aprehendido estuviera un poco atortolado y no pensara en la probable contingencia de que en la alcoba en donde iba a encerrarlo tuviera armas, como efectivamente las tenía: inadvertencia que fué causa de que no se cuidara sino de meterlo en aquel aposento, cuya puerta no se cerraba sino con cerrojo por dentro y picaporte por afuera, y de quedarse con sus hombres en el inmediato.

La primera idea de Gahel al verse solo fué armarse, como lo efectuó inmediatamente; la segunda, salir de improviso, aprovechar la sorpresa de sus guardianes para abrirse paso a pistoletazos y cuchilladas; correr a las habitaciones de Ben-Cassim y hacerse dueño de la situación asesinando; la tercera, que todo aquello era disparatado, pues tantas y tan difíciles cosas era muy problemático le salieran bien.

Con el colosal poder que aquel hombre tenía sobre sí consiguió serenarse; y comprendiendo que en aquel difícil trance le era más necesario que nunca meditar con cordura, se sentó, y discuriendo y cavilando, analizando y desechando uno en pos de otro los sucesivos planes que para salir de él se le iban ocurriendo, se acordó al cabo de una hora de la ventana, que por estar muy alta nadie pensaría en vigilar, pero de la que, a riesgo de estrellarse, y bien valía la pena de correrlo, podría acaso pasar a un terrado cercano apoyando los pies en una moldura que corría a lo largo



de la fachada y agarrándose con las manos al cornisamento de ella, al nivel del piso de la azotea. Del terrado, si conseguía llegar a él, saltaría o se descolgaría a la azotea de una de las alas bajas del edificio, y de ésta al tejado de paja de una de las casucas inmediatas de un solo piso, del cual ya era fácil bajar a la calle. Una vez en ésta correría al garaje, cogería su auto y se iría a buscar 2.000 ifoghas que en Gángara tenía para aplastar con ellos a los 50 ouahilas y a su maldito jefe.

Después de madurar fríamente su temerario proyecto se decidió a correr el albur de estrellarse si la moldura no tuviera resistencia para sostenerlo, o si se le resbalara una mano en el saliente de la azotea. Ya decidido, corrió silenciosamente el cerrojo interior de la puerta, escuchó un rato junto a ella y en seguida salió por la ventana.

No habiéndose matado, como más de una vez estuvo a punto, porque sin duda Dios quería que muriera en otra parte, pudo realizar punto por punto su peligrosa excursión cual la había trazado; pero al llegar a los garajes, donde a aquella hora no había nadie, no halló su auto. A falta de él pensó utilizar una moto, y cuando andaba en busca de gasolina para llenarle el depósito oyó un rumor venido de la altura, que

lo alarmó, por conocer inmediatamente que era producido por motores de aéreas naves, aun cuando poco intenso, cual si volaran a gran elevación. Salió del cobertizo cuando ya comenzaba a aclarar la negrura de la noche, viendo en el cielo dos grandísimas manchas fusiformes y reconociendo en ellas dirigibles.

Los vió pasar por encima del pueblo hasta que se los ocultó el tejado del cochero. Para saber si pasarían de largo o iniciarían el bombardeo, en que pensó en seguida, se subió a aquél por una escalera de mano, y al ver a favor de la luz, muy tenue, pero ya alboreante, que uno de ellos descendía resueltamente a tierra más allá de la aldea, dijo: Tienen que ser los perros... Pero si no nos bombardean, ¿a qué vienen?

Su clara inteligencia acertó la respuesta: allí venía Lobera a rescatar a Emma, y al acertarlo lo enloqueció la idea de que se la llevara, que volviera a ser suya, que en brazos de su *Pepe* diera ella de nuevo al rival aborrecido la felicidad que a él se le había escapado cuando estaba a punto de alcanzarla. Y olvidando a Cassím, a ifoghas y ouahilas; no pensando ya sino en matarla antes de que él se la llevara, echó a correr como un loco para llegar al pabellón antes de que los perros tuvieran tiempo de entrar en la aldea.

## XXVIII

### A SABANKAFI

Se ha dicho que Gahel no se había equivocado al pensar que los *perros* eran quienes llegaban en los dirigibles; pero para explicarnos cómo sin haber podido llegar los hijos de Maka a la Residencia sabían allí que Duvery y sus hijos estaban en Sabankafi preciso es que volvamos allá antes de mediar aquella noche y demos cuenta, aun cuando sea brevisima, de lo acaecido en la fortaleza durante el tiempo que hemos pasado en el opuesto campo. Convinieron recordar los lectores que van pasadas nueve fechas desde el día del primer asalto, del rapto de la mujer de Lobera y de la herida de éste, y cinco desde el secuestro de los Duvery.

Repuesto de la fiebre causada por la infección de su herida, y no siendo ésta de importancia, cuatro días llevaba Pepe levantado, pero en estado de hosca misantropía, siéndole todo indiferente—hasta aquel secuestro de que se había enterado al levantarse—fuera de la idea fija, de que tampoco hablaba, pues no podía pensar sino en que ya estaría consumada la bochornosa catástrofe, que nosotros sabemos fué evitada por la providencial intervención de Ben-Cassím. Temía no volver a ver a Emma, pero le horrorizaba la confesión que de ella oiría si llegaba a verla. Y, sin embargo, tal terror no bastaba a sofocar sus ansias de abrazarla, aunque después los matara a los



dos la pena y la vergüenza: desenlace menos cruel que el de vivir atormentados por el recuerdo de *aquello*.

No pensaba en matarse, cual Don Gustavo había temido, porque aunque no lograra recuperar a su mujer, le era la vida necesaria para buscar y castigar al infame raptor. Esta esperanza, tanto lo menos como el amor a ella, lo llevaba todas las madrugadas a los proyectores, a mirar del lado de Tarkás: hora y dirección que al marcharse fijaron los hijos de Maka para hacer desde el campo la seña que había de darlos a conocer de los centinelas cuando volvieran con la ansiada noticia de en dónde estaba Emma.

Mas comprendiendo que de llegar diciendo "está en tal sitio" podría hallarse lejano éste y ser de imposible acceso si para llegar a él fuere preciso romper antes por entre multitudes de africanos, dispuso que los dirigibles llegados con el segundo cargamento de vituallas no regresaran a Fernando Poo, pues pensaba que solamente por vía aérea sería realizable la expedición con que soñaba.

Adoptar esta decisión fué su único acto de autoridad, pues cuando Manolo quiso, no ya resignar en él el mando de la defensa técnica, sino a lo menos consultarle algunas determinaciones, contestó que teniéndole sin cuidado defensa, heliodinámica, moros y cristianos no se acordaran de él sino para batirse como el último de todos cuando llegara el caso, y concluyó diciendo:

—Sigue tú, sigue al frente de todo... Es mejor, porque tú puedes pensar en esas cosas, mientras yo no es posible que piense sino en esto.

Y llevándose los puños a la cabeza volvió la espalda y se alejó, porque ni aun con Manolo quería hablar de *aquello*.

Y como no sólo su hermano, sino todos sus amigos comprendieron cuán penosísimo le sería que le hablaran de la horrenda situación en que Emma y él estaban, facilitaron su deseo de aislamiento, no visitándolo, ni acercándosele si de lejos lo vefan vagar meditabundo por lo más solitario de los parapetos, siempre mirando ansioso al campo o al cielo, como queriendo penetrar dónde estaba Emma, mientras el pensamiento lo torturaba sin cesar, repitiéndole estas dos palabras: "violada, muerta".

Tal era el triste estado del infeliz marido, que ya desesperaba de recibir noticia alguna al ver pasar noches y noches sin que volvieran los hijos de Maka, cuando a las

once de la en que su mujer yacía narcotizada en Sabankafi vió entrar de pronto en su aposento a Bertier y Manolo gritando que ya sabían en dónde estaba Emma.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—En Sabankafi.

—Vamos, vamos. ¿Dónde están los hijos de Maka? Quiero hablar con ellos.

—No han vuelto.

—Pero ha venido un desertor de los rebeldes.

... ..  
... ..  
... ..

Ya el lector ha adivinado que el desertor era Kitvinoff, quien para conservar sobre los hombros la cabeza que Abd-el-Gahel le prometió cortar, se entró a las diez de la noche, provisto de linterna y abrigado cual para hacer un viaje al polo, en la galería por donde veinte horas antes habían huído los sahareños que en ella no quedaron, y en donde el frío, aun cuando muy intenso—diez y seis bajo cero padeció el ruso al fin de su caminata subterránea—, se había atenuado mucho, según progresivamente había él comprobado en los reconocimientos de la tarde.

La razón de tan rápido cambio era que no siendo posible penetrar en el sótano en tanto hiciera en él la insoportable temperatura de la noche pasada, y cosa larga aguardar que subiera por el solo efecto de la influencia de la exterior a través de dos únicas puertas y de la mina—ya que siendo el aire más pesado cuanto menos caliente—tendería a quedarse en el subterráneo el frío que lo llenaba, y por sí solo no bajaría á él el templado y más ligero de lo alto, decidió Manolo Lobera emplear ventilación artificial muy poderosa, acudiendo a las bombas de la fabricación del aire líquido, que en cuanto amaneció comenzaron a extraer aire frío de la cueva, reemplazado por el caliente de afuera, que en fortísima corriente entraba por las puertas y la mina. Este era el fuerte viento que a Kitvinoff le había llamado la atención en sus exploraciones.

Pero como la vastedad del soterrado recinto requería muchas horas de faena para terminar por completo la renovación, por ello tiritó el ruso horriblemente al recorrer la mina, y no sólo de frío, sino de pavor cuando en la última parte de ella tuvo que avanzar sobre los muertos de la víspera: en tan gran número caídos que a trechos no pudo continuar marchando en pie, teniendo



que proseguir a gatas y aun a rastras sobre el hielo de sus rígidos cuerpos endurecidos por el frío.

De allí salió a la gran tumba de los 1.200 hombres de la vanguardia de Tinkert, y helado de frío y espanto corrió a una de las puertas, teniendo que luchar en el pasadizo de ella al exterior con un verdadero huracán de aire templado que de afuera se precipitaba a reemplazar en la cueva de la electrotermia al que sin intermisión extrañan las bombas.

Detenido por un gendarme, de centinela en la salida, y llevado ante Bertier, a la sazón acompañado de Manuel Lobera, no perdió tiempo ni malgastó palabras para decir quién era, porqué huía y ofrecer, a cambio de perdón y olvido por lo hecho contra franceses y argentinos, decir en dónde estaban Emma, Raúl y Don Héctor, y dar utilísimos informes para libertarlos.

Aceptado el trato, dijo en seguida que en Sabankafi *"no habían quedado sino cincuenta moros ouahilas del Eglab"*, lo cual daba facilidades para rescatar a los cautivos, según plan que Bertier y Manolo no tuvieron que molestarse en idear por traerlo hecho aquel listísimo bribón, que habiendo visto días atrás llegar y no marcharse los dirigibles, había pensado eran transportes pintiparados al caso, capaces de llevar gente sobradísima para abrumar a los ouahilas: máxime sorprendiéndolos de noche, porque los refuerzos más cercanos que pudieran llegarles estaban en Gángara, a 30 kilómetros.

Además, y verosímilmente, se podría apresar o matar al califa: un además nada desdiable para el capitán, a quien le desvaneció los escrúpulos de abandonar el mando de la fortaleza; pues en lo tentador del cebo halló pretexto para hacer su gusto de mandar la expedición que iba a intentar salvar a sus amigos.

Como se ve, Pepe Lobera, Kitvinoff y los hijos de Maka—que también éstos habían pensado en los aerókinos—coincidían, aun sin saberlo ellos, en la manera de acometer la empresa. Prueba de que podría discutirse si era buena, pero no que era única.

Y como no lo discutió nadie y el golpe había de darse aquella madrugada, pues sobre no admitir Pepe aplazamiento, tampoco era prudente dar tiempo a que variaran las favorables condiciones del momento, solamente fué demorada la partida el tiempo indispensable para acordar detalles de la ejecución del plan que iba a desarrollarse en

Sabankafi y adoptar disposiciones para el desembarco, parte la más comprometida de la empresa por falta de lugar preparado para anclar o amarrar los dirigibles, y por no haber en aquellas áridas comarcas ceibas ni baobabes, que por su tamaño y resistencia pueden, en caso extremo, servir de amarrazos.

Para solventar esta dificultad fué consultado el ruso, quien manifestó haber en Sabankafi un sólido alminar que, de hallar medio de rodearle un cable, la dejaría zanjada; pues preso en él el dirigible, podría desembarcarse desde no más de 12 a 15 metros con escalas y cuerdas.

Pero Pepe, que había recobrado su lucidez de espíritu, desechó la solución, porque no habiendo quien desde el alminar ayudara a la maniobra, sería insegurísimo el enganche. Y como no admitía la hipótesis de retornar sin descender, no había sino afrontar la posible pérdida de uno de los aerókinos, haciéndolo bajar hasta tocar el suelo o tan cerca de él que permitiera saltar directamente a tierra.

Riesgos de ello: que de hacer viento (lo cual de madrugada era improbable en aquellos parajes), fuera después arrojado el dirigible contra alguna colina o contra el pueblo y zozobrar, y que si la sorpresa se frustrara o el combate tomara mal sesgo cayera el globo en poder del enemigo, dejando a los expedicionarios sin medios de regresar. Pero tales riesgos podían salvarse o siquiera atenuarse llevando en uno de los aerókinos toda la gente de desembarco, encomendando al otro la defensa con sus ametralladoras y con bombas del que aterrizara, y conservándolo en reserva para el retorno de todos en caso de tener éxito el ataque y perderse el primero.

De fracasar en el pueblo, no había que acordarse del regreso, sino de morir matando. Así dijo Pepe, y tal debían entenderlo cuantos le acompañaran.

En cuanto al mando, tenía él demasiado ocupada la mente en otras cosas para asumir la responsabilidad de dirigir expedición en donde iban a arriesgarse muchas vidas, y, por tanto, Manolo llevaría la dirección de los dos aparatos, cada uno conducido por su capitán, y el mando de las tropas, una vez en tierra lo ejercería quien Bertier designara.

El aludido contestó que ya se había designado a sí mismo; y pensando con su habitual desconfianza que un bandido, como forzosamente había de ser un europeo de cul-



tura que contra europeos servía a musulmanes, no era más de fiar que éstos, previo a Kitvinoff que él era quien primero se jugaba la piel; pues iría a Sabankafi para servir de guía, pero entre dos gendarmes, que al menor indicio de traidora emboscada lo matarían inmediatamente. Y terminó diciendo:

—Piénsalo bien. Si venías a engañarnos. todavía estás a tiempo, pues si lo confiesas te perdonaré, dejándote volverte con los tuyos.

—¿A que Gahel me corte la cabeza?.. Gracias. Voy con vosotros.

—Con los brazos atados, ¿eh?

—Sí. Y entre dos gendarmes. Conformes. Me parece muy lógica esa desconfianza.

Siendo cincuenta hombres la guarnición de Sabankafi y habiendo de coger dormidos a la mayor parte de ellos, parecieron ochenta muy sobrados para tropa de desembarco: mas no tratándose de ganar batallas, sino de dar un golpe por sorpresa, coger a los que se quería rescatar y volverse. Aparte que Bertier, siempre previsor, pensaba que en la guerra fracasa a veces lo mejor pre-

parado, y no quería que el posible fracaso de la próxima empresa mermara demasiado la capacidad de resistencia para venideros ataques de la guarnición de la fortaleza.

De los ochenta hombres, sesenta eran gendarmes, mozos de pelo en pecho, escogidos entre muchos más que se presentaron voluntarios para la expedición. Ingenieros y ayudantes del ferrocarril, capataces y obreros argentinos completaban la fuerza, yendo los últimos al mando de Pepe, que dijo a Bertier no contara para sus combinaciones con aquella gente, pues él quería estar libre y desembarazado en cuanto allá llegara.

—Libre de hacerte matar: ¿no es eso?— replicó el veterano, sin advertir que apeaba a Pepe el tratamiento.

—Libre de no retirarme en caso de que usted considere preciso retirarse... Porque si allí está Emma no me vuelvo sin ella, y si no está no ha de faltarme a quien buscar.

—Haga usted lo que quiera—contestó conmovido el capitán; pero no crea que yo soy vivo en retirarme.

## XXIX

### ¿DÓNDE ESTÁ EMMA?

No habiendo luna y siendo temerario meterse completamente a oscuras en un pueblo desconocido, decidieron los expedicionarios zarpar a hora que a la llegada permitiera utilizar los primeros claros precursores de la aurora, para descender tan pronto hubiera luz que bastase siquiera a ver el suelo y desembarcar a no mayor distancia de 500 metros a sotavento de la aldea, con tiempo de entrar en ella antes de la amanecida.

Obrando así era probable hallar durmiendo todavía a la mayor parte de los ouahilas; pero en último extremo, y aun de no ser así, se prefirió arrostrar lucha más dura a tener que operar en las tinieblas.

Inmediatamente antes de desembarcar señalara Kitvinoff desde lo alto el edificio del Cuartel General del Califa, donde el retén, que no debía de pasar de doce a quince hombres, hacía guardia, el pabellón de Emma y la casa donde estaban los Duvery.

Como además de las citadas edificaciones no había en el poblado sino otras dos que no fuesen miserables, y para eso al otro extremo de él, no habría lugar a confusiones.

Se dividió la fuerza en cuatro grupos: uno de veinticuatro hombres, mandado por el sargento Friand, caería por sorpresa sobre el retén, a la par que Pepe, con doce, correría a libertar a su mujer, y uno de los ingenieros franceses, con otros tantos asaltaría la prisión de Don Héctor y Raúl; por último, Bertier, con el resto de la tropa, ocuparía la encrucijada de las calles, a cuyos opuestos extremos estaban los alojamientos de una y otros, para acudir, de ser preciso, en auxilio de Pepe y el francés; pues siendo los cautivos lo que allí interesaba, ya sabían Friand y sus valientes que su papel era atraer sobre sí el mayor número de enemigos, sin esperar ayuda. Aunque si los rescates se realizaran pronto y bien ya se la prestaría el capitán, pero nua-



ca antes de haber cubierto la retirada de los rescatados; pues las patrullas de Pepe y el ingeniero francés no habrían de cuidarse sino de forzar las prisiones, apoderarse de los presos y correr a embarcar, sin perder minuto, en el aerókindo.

Tal plan se adoptó sobre un sumario croquis del pueblo, trazado de memoria por Kitvinoff, que sólo marcó en él la encrucijada y las calles conducentes a los tres lugares de ataque: en total cuatro rayas, pero las necesarias, y de las cuales tomaron calcos Bertier, Pepe y el otro jefe de patrulla.

Kitvinoff iría con Bertier; Manolo Lobera quedaría bien a regañadientes en el dirigible de reserva.

A las tres de la madrugada se elevaron los aerókindos y en menos de una hora estuvieron sobre Sabankafi, en cuya masa obscura no brillaba otra luz que la salida por la ventana de la alcoba de Abd-el Gahel.

Cuando la proximidad del alba convirtió las tinieblas en neblina agrisada reconoció el ruso el edificio de donde la luz salía, diciendo que allí debía de estar trabajando el califa, que allí estaba el retén, y después señaló a Pepe, a Bertier y al ingeniero jefe de grupo, las dos casas ocupadas por los que se pretendía libertar: las cuales, por estar encaladas, destacaban como manchas claras en la sombría del pueblo.

Jugaron las bombas compresoras del helio de los globos alojados en lo interior de la gran envoltura externa del dirigible; descendió éste al aumentar de peso con la entrada de aire exterior en los huecos dejados por la reducción de volumen del gas; y como felizmente hacía calma optó Pepe por no perder el tiempo en emplear escalas, sino descender hasta que la gran barquilla casi tocara el suelo. Cuando se estuvo cerca de éste subieron sobre las bordas los ochenta hombres de desembarco, quedando en pie sobre ellas, agarrados a los cables que suspendían la barquilla del cuerpo flotante del aerostato, y dispuestos para saltar todos a tierra en el mismo instante y a la voz.

—Atención: ¿listos?—gritó Pepe, y en seguida—Ahora.

Eran las cuatro y cuarto, y la luz sólo permitía columbrar bultos, cuando al oír el "ahora" saltaron a una todos, quedando realizado el desembarco sin más accidentes que algunos batacazos de pequeña importancia.

Aligerado el aerókindo, pegó un brinco hacia arriba.

Se reunieron los hombres por grupos en

el mayor silencio; con el propio sigilo recorrieron el medio kilómetro hasta la aldea; un cuarto de hora escaso después del desembarco llegaban a la plazolucha o descampado, en la que Bertier había de quedar con la reserva y desde donde Kitvinoff mostró a los otros tres grupos los edificios a donde habían de dirigirse: visibles dos al extremo de otras tantas calles y el otro por encima de chozas y casuchas.

\* \* \*

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el ouahila de centinela a la puerta del zaguán donde estaba el retén, por haber visto aparecer un grupo al doblar la esquina de la bocacalle más próxima, a cuarenta y tantos pasos de él. Eran los gendarmes, que en cuanto oyeron el alto se lanzaron a la carrera, sin dejar tiempo al moro sino de disparar su arma, hiriendo a uno de los guardias, pero no de hacer fuego por segunda vez, porque cayó cosido a bayonetazos.

—Silencio y pegaos a la pared a los dos lados del portón—mandó Friand, montando el rifle y apostándose solo en la opuesta acera, mas no frente a la puerta para evitar ser visto desde adentro.

Al oír el ruido del disparo ordenó el jefe del retén al vigilante de las armas despertar a la gente, que, vestida, dormía tirada por el suelo; acompañado del cabo de cuarto corrió en seguida a mirar por el ventanillo de la puerta, y al no oír nada ni ver a nadie la abrió, saliendo afuera con el cabo.

Al mismo tiempo que Friand hacía fuego, derribando al cabo, se lanzó hacia el otro, gritando a sus gendarmes:

—Adentro a la carrera. Esos no dan cuartel. Acordaos y pagadles en la misma moneda.

La refriega de veinticuatro hombres contra trece, medio dormidos todavía, fué tan breve que antes de tres minutos no quedaba vivo un ouahila del retén, de los que algunos ni tuvieron tiempo de llegar al armero a coger los fusiles.

Mientras esto ocurría llegaba el ingeniero francés con su tropa a la prisión de los Duvary, mataba al centinela, hacía saltar la cerradura de la puerta a hachazos y abrevy, mataba al centinela, hacía saltar la pito saltaron desnudos de la cama.

En el corto tiempo que ambos tardaron en vestirse apresuradamente fueron enterados de que Pepe estaba en aquellos momentos libertando a su mujer. Ya vestidos,



les invitó el jefe de la patrulla a correr sin demora al dirigible, a lo cual no accedieron por no avenirse a huir sin Emma, no quedándole a aquél otro remedio que plegarse a la decisión de padre e hijo, yendo a reunirse a Pepe guiados por Raúl, que recorriendo la calle por donde le había traído el automóvil, después de ver a su hermana en la ventana del pabellón que ocupaba, y el aspecto inconfundible de éste, tenía seguridad de encontrarlo.

Por el camino oyeron fuego de fusilería. Era Bertier, que combatía con los ouahilas no pertenecientes al retén, agrupados en torno de Ben-Cassim, que los capitaneaba.

Friand, por su parte, buscaba con ahínco en el edificio que había atacado a su antiguo conocido el *Señor Núñez*, pero infructuosamente; y él y sus gendarmes *despachaban* de paso a cuantos africanos encontraban.

.....

Para entrar en la prisión de Emma no fué preciso matar centinelas, porque ninguno la guardaba, ni forzar la puerta, abierta de par en par, por la que Pepe se precipitó adentro gritando: "¡Emma, Emma!"

Cruzó anhelante tres habitaciones, donde continuaban luciendo las lámparas que alumbraron la lucha de Ben-Cassim con Abd-el-Gahel y el vencimiento de éste, con quien se encontró Pepe cara a cara al entrar en el último aposento.

.....

Con el propósito que le vimos formar al ver aterrizar el dirigible llegó el Vengador al pabellón antes que el marido de Emma; y no hallando a ésta en parte alguna, y suponiendo que adelantándosele aquél se la había ya llevado, creyó que la ira iba a ahogarlo.

Pero cuando reflexionaba en la imposibilidad de ello, dado el momento y el lugar en que se había efectuado el desembarco, oyó a sus espaldas los gritos de Lobera llamando a su mujer; y al volverse y verle en la puerta del salón, gritó:

—Perro maldito, Al-láh te trae.

Y con una pistola de repetición, que no tuvo que sacar por tenerla en la mano desde que, con intento de matar a Emma, había entrado en el pabellón, le disparó dos tiros.

Por suerte, el frenesí rabioso que ya antes de ver a Pepe tenía a Gahel fuera de sí, lo impensado de la presencia de su odiado

enemigo y el ansia misma de matarlo, hicieron temblar la mano que empuñaba el arma y errar la puntería, dando tiempo al otro para llegar de un salto hasta tocarle la cabeza con la boca de su pistola y cerrarle los seis tiros de la carga entera.

Tan rapidísimo fué todo, que al entrar en el salón los argentinos que muy de cerca seguían a su jefe, ya estaba Abd-el-Gahel tendido con la cabeza destrozada.

—¡Emma, Emma!—volvió a gritar Lobera al no ver tampoco allí a su mujer—. ¡Emma, Emma!—gritaba registrando de nuevo, pero inútilmente, todo el pabellón, hasta que convencido de que allí no estaba Emma, exclamó consternado: —¡Se la había llevado ya, se la había llevado antes de llegar yo!... ¿Dónde, dónde, Dios mío?

\* \* \*

Teniendo que atender a Sabankafi y a la Residencia, a Ben-Cassim y al califa, a los cautivos y a sus rescatadores, al viaje, al desembarco y a los combates, forzoso era se quedara algo atrás. Y pues cuadró la narración de modo que rezagado se quedara lo ocurrido a Emma desde que Ben-Cassim impidió fuera manchada por bestial concupiscencia, retrocedamos al momento en que, después de apresar a su sobrino, se quedó aquél solo con la hurí, y no poco perplejo de qué iba a hacer con aquella criatura.

Porque ni él podía convertirse en canchero de una bellísima mujer entre hordas de salvajes, ni para dejarla abandonada a los seguros desmanes de ellas valía la pena de haberla salvado de lo pasado.

Parecíale lo mejor enviársela a su marido. Pero esto no era fácil, pues tan pronto los de la Residencia veían aproximarse gente a ella rompían el fuego, y lo mismo harían contra el parlamentario que por delante fuera a decirles quién llegaba detrás.

—Si enviara a esa cuando se despertara—dijo al tropezar sus ojos con Maka dormida—. Ca: antes de llegar lo suficientemente cerca para ser reconocida la fusilarían... Además, ¿quién sabe cuánto tardará en despertarse? Y yo necesito resolver esto pronto para quedar libre de estorbos y poder atender a lo otro... ¡Calla! ¡Qué estúpido! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Dijo esto el moro al caer en que si Maka no era utilizable, podían serlo sus hijos, que de Techiasco se había traído presos, los cuales ordenó fueran despertados y traídos



inmediatamente al pabellón. Dada esta orden, agarró a la negra por los pies, y tirando de ellos, la arrastró por la alfombra hasta el centro del salón, en donde la dejó dando frente a la entrada. Hecho esto, se escondió y aguardó la llegada de los dos mozállones, a quienes, diciéndoles que los cambiaban de prisión, llevaron los ouhillas que los conducían hasta la puerta del salón, retirándose ellos.

Solos entraron, pues, y al ver a su madre tendida y creerla muerta, cual Cassím deseaba, gritaron precipitándose hacia ella:

—¡Madre, madre!

—Canallas, la han matado.

—No está muerta—dijo Cassím mostrándose—, sino sólo dormida. Pero vosotros ya habéis confesado. Y me figuro que para que ella y esa vuelvan a la Residencia...

—¡La niña!

—¡La Señorita!

—... sabréis hallar el modo y el camino que para llevarme a mí decíais no conocer.

—Sí, sí—contestó uno.

—Según—dijo el otro, más precavido que su hermano—. Si nos das seguridad bastante de que detrás de ellas y nosotros no ha de meterse allí tu gente, sí; pero sin esa seguridad, no; porque lo mismo da que las matéis aquí que allí.

—Tendréis esa seguridad—repuso Ben-Cassím sonriéndose al ver la malicia del negro.

Puntualizado cómo les sería dada la garantía pedida, dijeron los hermanos que sabían y podrían entrar en la Residencia, pero no hasta la siguiente noche, porque si bien para que los reconocieran los de dentro tenían convenida con ellos seña, consistente en mostrarse los dos a las cuatro de la madrugada, como a un kilómetro del foso hacia el lado de Tarkás, tirarse tres veces al suelo y levantarse otras tantas, era imposible llegar a aquel paraje en la presente madrugada, distando cerca de setenta kilómetros de Sabankafi, y habiendo de aguardar a que se despertaran las dormidas.

—Os equivocáis: llegaréis esta noche. Y que lleguen despiertas o dormidas me tiene sin cuidado. Aguardadme aquí un rato, que en seguida vuelvo.

Al cuarto de hora estaba de regreso el mulato con el automóvil de su sobrino, guiado por el conductor de guardia aquella noche, quien a la orden de "Servicio del Califa" dada por personaje tan principalísimo como el tío de éste, no había puesto el menor inconveniente en hacer lo que se

le mandaba, y que a las dos y media ponía en marcha el coche donde iban Emma, Maka y los dos hijos de ésta, bien pertrechados de armas que les dió Ben-Cassím.

Llevaba el motorista orden de seguir la ruta que los negros indicarian, evitando los poblados; mas por si, contra toda probabilidad a aquella hora y en aquel camino, tropezara con alguna turba sahareña, usaría de un salvoconducto con membrete de Africa Vengadora y firmado "P. O. del Califa, Ben-Cassím", ordenando se dejara paso franco al auto, que iba a efectuar un "canje de prisioneros".

Los hijos de Maka llevaban, por su parte, un pliego cerrado para entregarlo con urgencia a Emma en cuanto se despertara.

—Señor, ¡que Al-láh te premie lo que haces!—dijo uno de los negros al partir el auto.

—El te oiga—respondió el moro, que habiendo de planear demasiadas cosas para el siguiente día, no pensó en acostarse al retirarse a sus habitaciones.

Por eso, cogiéndole levantado la llegada de los cristianos y enterándose de la sorpresa del retén, pudo correr al barracón donde dormía el resto de sus ouhillas, despertarlos y organizar a la desesperada inútil resistencia, en que a la luz del día ya claro vió rematar al último de ellos: no sufriendo igual suerte porque, reconocido por Bertier y Friand cuando daba órdenes a sus moros, la dieron ellos a los gendarmes de cogerle vivo; pues el primero quería fusilar en Techiasco al condenado a muerte que de allí se había fugado. Y vivo lo cogieron: es decir, casi vivo, porque la vida se le escapaba muy de prisa por cuatro heridas.

\* \* \*

A las cuatro de la madrugada fué Davoust avisado por el capataz de los proyectores de que dos hombres hacían desde la senda de Tarkás las señas convenidas con los hijos de la nodriza. Enviada una patrulla a reconocerlos, se dió paso al automóvil que detrás habían dejado.

Emma y su nodriza llegaban tan dormidas como de Sabankafi habían salido.

\* \* \*

Cuando al llegar junto a Pepe, desesperado, se enteraron Don Héctor y Raúl de la cruel decepción del pobre esposo, se quedaron tan abatidos como éste.



Pasados los primeros momentos de inactivo estupor, resolvieron los tres, de común acuerdo, que de Sabankafi no saldrían sin registrarlo antes casa por casa; y con objeto de pedir a Bertier el concurso de la totalidad de las tropas para tales pesquisas, se fueron a buscarlo.

Ya por entonces no se oía ni un tiro en todo el pueblo, y sorprendido y aun inquieto el veterano de no haber visto pasar hacia el aerómino ninguna de las patrullas de rescate, se disponía a buscarlas. Pero cuando las vió llegar y, regocijado, abría los brazos para abrazar a Don Héctor y a Raúl, los dejó caer antes de abrazarlos al oír a Pepe que gritaba:

—No está, Bertier, no está. Ya se la había llevado aquel malvado.

Desde el sitio donde, sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una tapia, se desangraba, vió Ben-Cassim la actitud y el dolor del que había ayudado a la huri a darle la libertad y salvarle la vida, y aun cuando no entendió lo que decía por no conocer bien el francés, sospechó lo ocurrido; y llamando a uno de los gendarmes que tenía al lado, dijo:

—Necesito hablar en seguida: tengo que decirle cosas interesantísimas al Señor Lobera.

—Más son las que yo tengo que contarle—contestó el gendarme—. El señor Lobera ha matado al Vengador.

—¿Que lo ha matado!

—Sí, hace media hora.

—Pues dile... dile que necesito hablarle.

—Tiene que hacer ahora otra cosa.

—Mira que me estoy muriendo... Que es preciso que le hable... que sé dónde está su mujer...

A tal revelación no vaciló el gendarme en avisar a Pepe, que acudió a la carrera seguido de Don Héctor, Raúl y Bertier, teniendo éstos que traducir a aquél la relación muy breve, pues Ben-Cassim veía que se moría, hecha por éste de la salida de Emma y Maka para la Residencia.

Hablaba trabajosa y concisamente. Cuando hubo dado la noticia principal, omitiendo lo relativo al intento de violación, interrumpió las calurosas gracias que le daban los otros, manifestando quedarle aún por hacer revelaciones que no podían oír sino el marido y el padre de Emma; y al verse ya solo con ellos, prosiguió cada vez más despacio, por faltarle la vida, traduciendo Don Héctor sus palabras a Pepe:

—Con algo más importante que devolviéndote a tu mujer he pagado la deuda que tenía con vosotros... No, no me des gracias: matando a Abd-el-Gahel ya me has pagado, y si por lo de esta noche crees deberme algo... No me interrumpas... Ya, ya me entenderás cuando la veas a ella y leas un papel que... Pídele que a nadie sino a ti lo lea... Si después queréis pagarme lo que he hecho rompedlo, y a nadie habléis jamás de, como allí le digo ha pagado Cassim lo que a ella le debía.

Matándolo tú a él y callando ella y tú salvaréis el buen nombre de mi raza. Básete haberlo muerto. No deshonres el nombre de mi padre.

Agregó el moribundo unas palabras incomprensibles ya, y perdió el sentido.

Lo embarcaron en el aerómino, lo desembarcaron en la Residencia, y a las dos horas había muerto.

### XXX

## LA ÚLTIMA HAZAÑA BÉLICA DEL SOL Y SU RETIRO A PACÍFICO VIVIR

Por continuar sumida en el letargo no sintió Emma los besos de que, con ansia y a porfía, la cubrieron su marido, su padre y su hermano, cuando a las ocho de la mañana llegaron los aeróminos a la Residencia: ni los besos ni las lágrimas que, cual rocío de felicidad, caían sobre su rostro de los ojos de ellos.

Pero no obstante las seguridades de Don Gustavo el médico, que habiendo examinado atentamente a Emma y a la negra antes de retornar los expedicionarios, decía no haber indicio de peligro en aquel sueño, la persistente prolongación de él trocó las alegrías de los primeros momentos en temores de los allegados a las narcotizadas, has-



ta que entre cuatro y cinco de la tarde, después de haber dormido veinte horas, despertó Emma, volviendo Maka en sí una hora después; pero postradas ambas con entorpecimiento mental y laxitud física, de que tardaron varias horas en salir por completo.

Por esta causa, y temiendo las consecuencias que en tal estado pudiera acarrear a su mujer la emoción de enterarse del repugnante peligro a que había estado expuesta, nada de él ni de la carta de Ben-Cassim le dijo Pepe, a quien ésta había sido entregada por los hermanos de leche de Emma cuando llegó a la Residencia, y la cual había ya él leído mientras ella dormía. Así de nada tuvo Emma conocimiento hasta la siguiente mañana, cuando pasada por completo la depresión que aun después de despierta le quedó como efecto subsiguiente a la acción narcotizante, comprendió su marido no haber ya riesgo en referirle los acontecimientos de la *noche de Sabankafi*, tan fecunda en ellos.

La carta de Cassim relataba escueta y brevísimamente cuanto nosotros ya sabemos, agregando que para dejar pagada por completo su deuda con la huri no le faltaba sino aconsejarla que con las personas de su familia huyera inmediatamente de Africa en uno de los *barcos que vuelan*; pues muy pronto serían pasados a cuchillo todos los moradores de la Residencia, y él no era hombre que traicionara a su país perdonando a ninguno de cuantos allí encontrara.

Ni tan extraña mezcla de buenos sentimientos y salvaje ferocidad, ni aquel bestial concepto que del patrio deber tenía el fanático hijo de Abd-el-Gahel el Grande, impidieron que, recordando solamente los primeros, lo llorara Emma cuando supo su muerte y cuál había sido su último deseo al suplicar a Pepe que pagando, él y ella, con piadoso silencio la felicidad que le debían, no deshonraran el nombre de quien llevaba el mismo del que había velado por la honra de ellos.

La carta de Ben-Cassim fué, no rota, sino quemada, diciendo Emma al verla reducirse a pavesas:

—Si Bertier supiera esto, ya no diría que fuimos unos locos al hacer que ese hombre se evadiese. Pero no lo sabrá.

No tuvo Pepe tiempo de contestar nada, porque a la par que las últimas palabras de Emma oyó los rugidos reiterados de la sirena de alarma, y en la habitación inmediata el insistente repiqueteo del timbre, que

lo llamaba a la rotunda de mando, hacia la cual salió precipitadamente, viendo al llegar a ella que en varias direcciones avanzaban, aunque lejanas todavía, las hordas agarenas sobre la Residencia.

\* \* \*

La víspera se difundieron por los pueblos comarcanos y por los vivaques ocupados por los sahareños las noticias del ataque a Sabankafi, de la muerte de los cincuenta ouahilas, de haber caído prisionero Ben-Cassim medio muerto y una fantástica versión de cómo había perecido *heroicamente* Abd-el-Gahel, que con esto pasó de zaherido y poco grato soberano a héroe tan glorioso como su ilustre antecesor, y a quien, como a éste, cantarían épicas leyendas.

Había muerto el Vengador, a manos de los perros, en traidora sorpresa, y el Vengador tenía que ser inmediatamente vengado: tal era el clamor general en aldeas y campamentos.

Bu-Kadur, desde Techiasco, tomó la iniciativa de convocar a consejo a los jefes de harkas, que reunidos al anochecer, convinieron rápidamente, con unanimidad absoluta dictada por el odio, único sentimiento en que todos se unían, que al día siguiente no dejarían cristiano vivo en la Residencia. Pero con tal acuerdo se acabó el acuerdo; pues al tratar de formar plan de asalto y elegir quien lo dirigiera con carácter y autoridad de jefe de la totalidad de las fuerzas sitiadoras, se propusieron tantos planes como aspirantes a caudillo: y para contar éstos no bastaban los dedos de una mano.

Ambiciones personales, rivalidades de tribu, orgullos, envidias, disensiones frescas y rencores añejos—eterna urdimbre sobre que en todos tiempos se ha tejido la historia de imperios y de razas islamitas—, surgieron tan pronto se trató de encumbrar a uno sobre todos: siendo preciso, después de varias horas de debate parecido a pelea, desistir de nombrar jefe, y no tomándose otro acuerdo (equivalente a no tomar ninguno) sino que después del asalto se aclamaría por general al jefe de la harka o tribu que primero entrara en la fortaleza; pues así todos harían cuanto pudieran para conseguirlo y se daría impulso máximo al ataque.

Tal era la opinión externa y general, que no contaba con el interno y egoísta propósito de cada uno de ellos de no ayudar a



los demás ni hacer sino lo redundante en propio beneficio.

Así solamente se convino a la hora en que a la vez atacarían todas las turbas sitiadotomara lugares de partida, tiempos y disparas; pero como no hubo quien diera órdenes de conjunto y faltó quien en cuenta tancias; como además creyeron unos conveniente a sus miras personales adelantarse para ser los primeros, mientras pensando otros que no siempre llega más pronto quien más corre, optaron por retrasar su entrada hasta que los ataques de sus émulos se hubieran estrellado contra la resistencia de la guarnición completa y quebrantado a ésta, no se logró al siguiente día la convenida simultaneidad.

No vamos a describir el durísimo, pero informe combate que por carencia de caudillo director de toda acción conjunta y falta de reservas no fué un asalto general, sino una serie de discontinuas y desordenadas acometidas parciales, tan cruentas como ineficaces; pues el cuanto era una rechazada no acudía nadie a secundarla.

Cañoncejos, ametralladoras, fusilería y bombas llovidas de aerókinos y de hélicos repelieron a los que ni fogatas ni eléctricas centellas de las alambradas lograron detener. Mas como anteriormente ha visto ya el lector funcionar todos estos ingenios destructores en un frente, ello le da elementos para imaginar lo que ser pudo su combinada acción cuando a la par actuaron en todos los sectores durante aquella brega sangrienta a la desesperada, de la cual sólo merece relatarse, por su novedad, la embestida de los ouahilas al campo insolatorio.

El alto espíritu, la indómita bravura y el feroz fanatismo de la morisma de El Eglab, ensoberbecida al combatir al lado de otras tribus a las que desafiaba, no desmayó, a pesar de las espantosas pérdidas que el sucesivo o acumulado empleo de los medios de defensa recién mencionados la hicieron sufrir antes de llegar al parapeto exterior al campo insolatorio, que, a despecho de todo, coronaron al cabo cual manada de rabiosos chacales, atronando el aire con aullidos de triunfo al no hallar al otro lado de él tropa ninguna que los detuviera; pues obedeciendo orden de Pepe Lobera se habían retirado las que lo guarnecían a las trincheras del recinto interior, seiscientos metros retrasadas, donde, sin disparar, se mantenían en pasiva actitud detrás de los reflectores, que en grandísimo número interpuestos entre atacados y atacantes, ha-

bían quitado casi toda eficacia al fuego que desde allí pudiera haberse hecho.

Ha de advertirse que la retirada de uno a otro atrincheramiento no se efectuó pasando las fuerzas que la realizaban entre los aparatos de reflexión solar, sino en dos columnas por los flancos del campo insolatorio, dejándolo a la derecha una y a la izquierda la otra.

La primera impresión de los ouahilas al llegar a lo alto del plano de fuegos sobre el cual estaban, y ver reverberar la luz del Sol en el metal de aquella multitud de cóncavos espejos, artefactos para ellos extraños, de los que no tenían la menor noticia, fué de sorpresa, seguida de la desconfianza que casi todos los hombres, y más si son ignorantes y supersticiosos, suelen sentir ante lo desconocido. Pero los valientes, que no habían titubeado en arrostrar los mortíferos obstáculos que ya detrás quedaban, no podían ser detenidos por los inertes y al parecer inofensivos aparatos; y a la voz de Bu-Kadur, que les decía ser suyo ya el definitivo triunfo, saltaron adentro y se lanzaron a asaltar el cercano y ya último reparo de los *perros*.

Eran las diez de la mañana, y el sol del Sahara lucía deslumbrador en lo alto, caldeando el aire a cerca de sesenta grados; pero los rayos que caían sobre el área de insolación eran recogidos en los reflectores, por éstos concentrados—no de igual modo, pero sí con los mismos efectos producidos por la lente, que, al juntarlos, incendia los objetos, con tal que no sean blancos, que en su foco se encuentren—y enviados por los espejos al vidrio protector de las cajas calientes de las pilas térmicas: con lo que, por efecto del calor acumulado sobre el suelo, la temperatura de éste bordeaba los ciento cincuenta grados, y pasaba de cien la de la capa de aire comprendida entre el vidriado piso y los espejos.

Cada uno de los moros que a la carrera iban en cabeza lanzó un grito, que al unirse con los demás vibraron en inmenso alarido de dolor cuando, al llegar aquellos hombres a la zona caldeada por los condensados rayos del sol, sintieron abrasárseles las plantas de los desnudos pies cual si las hubieran puesto sobre una placa de candente hierro.

—El suelo es lumbre, arde la tierra—gritaron, tratando inútilmente de retroceder por impedírselo el tropel de los compañeros que por detrás los empujaban.

Proferían a su vez éstos, al avanzar, aná-



logos lamentos, prorrumpiendo en los mismos clamores, mientras los empujados, cuyos cuerpos estaban ya hasta los torsos sumergidos en un ambiente de fuego, pugnaban por volver atrás, forcejeando contra la masa humana que los impedía, y chillaban:

—El aire es fuego. Hemos caído en un horno. Atrás, atrás: estamos entre llamas. Y entremezclaban estas exclamaciones con espantosos ayes estridentes.

Tenían razón los desdichados: los seiscientos metros hasta el parapeto, que habían creído era ya suyo, estaban llenos de verdaderas llamas que no por invisibles eran menos quemantes, formando ante ellos barrera abrasadora tan infranqueable como lo habría sido una visible hoguera de iguales dimensiones.

Cuando quienes ya estaban en aquel infierno fueron en número suficiente a reunir fuerza capaz de resistir la de los que los empujaban por la espalda, y éstos se dieron cuenta de la causa de los ayes de aquéllos y del peligro inarroyable y misterioso que ante sí tenían, comenzó la desbandada, simultánea con otra por el norte, de la única harka que ya no había sido rechazada.

.....

Los africanos, que en todas direcciones huían despavoridos, todavía sufrieron la persecución de dirigibles y aeroplanos, que no cesaron de hacer caer bombas sobre ellos sino cuando la frenética fuga dividió a los escapantes en grupos tan pequeños que el combatirlos no merecía el gasto de explosivos.

El sitio había acabado, pues los sitiadores estaban, no solamente vencidos, sino convencidos de haberse Al-láh pasado a los cristianos, y de ser él quien, tan pronto con visible lumbre que llovía del cielo, como con terribles rayos, con el mortífero frío del subterráneo o con invisibles llamas del averno castigaba culpas de los hijos del Sahara.

Y no siendo posible, y aun pareciendo un sacrilegio intento el de luchar con la Divinidad, cada taifa resolvió de por sí, y todas con unanimidad, cual si de acuerdo procedieran, dejarse de aventuras y volverse a su tierra.

De aquí que cuando, de mañana, hicieron

al siguiente día su descubierta los aviones de la Heliodinámica, tuvieron que volar no pocos kilómetros hasta ver un sahareño; y a mediodía retornaron con la fausta nueva de estar ya todos en definitiva retirada.

En aquella misma fecha las hidroescuadras y las aviescuadras españolas y francesas bombardearon, desde el mar, Argel, Tánger y Gambia, y desde el aire, Tafílete, Tombuctú y Agadés. Era el comienzo de la lucha del mundo civilizado contra la cruzada de la barbarie musulmana que, a falta de un Sultán tan temible como Abd-el-Gahel, estaba acaudillada por cuatro sultancillos que se peleaban la herencia del Vengador: con odios tan salvajes, si no más, que el que tenían a los cristianos: circunstancia que, en vez de cuatro veces más difícil, hizo muchísimo más fácil para los europeos la empresa de recuperar su perdido dominio sobre la que de nuevo tornó a ser AFRICA IRREDENTA.

Seis meses después la Heliodinámica inauguraba las pacíficas funciones para que había sido proyectada, enviando a Europa, por la atmósfera y *sin alambres*, los primeros *caballos de energía solar*. Y allí se alumbraron casas, se caldearon hogares, trabajaron máquinas y corrieron trenes con la fuerza tomada del calor del hidrógeno, el calcio y el hierro que en el Sol ardían.

A los dos años, el campo insulatorio era decuplicado para dar abasto a los pedidos de fuerza *helioeléctrica* que del mundo entero le llegaban a Lobera; las acciones del Trust de Fuerzas Térmicas, de que no hemos vuelto a acordarnos desde el primer episodio de esta historia, eran ofrecidas en las bolsas de todo el mundo a precios de ruina, y ni aun así las quería sino algún tonto.

La humanidad podía vivir tranquila y libre de la amenaza, antaño pavorosa, del agotamiento del carbón y el petróleo, pues sabía ya explotar un manantial de calor y potencia incomparablemente más ubérrimo y duradero que minas y pozos; porque en la Tierra trabajaba la fuerza caída de una cascada de energía cuya altura en distancia era ciento cincuenta millones de kilómetros, con desnivel térmico de seis a siete mil grados centígrados.



